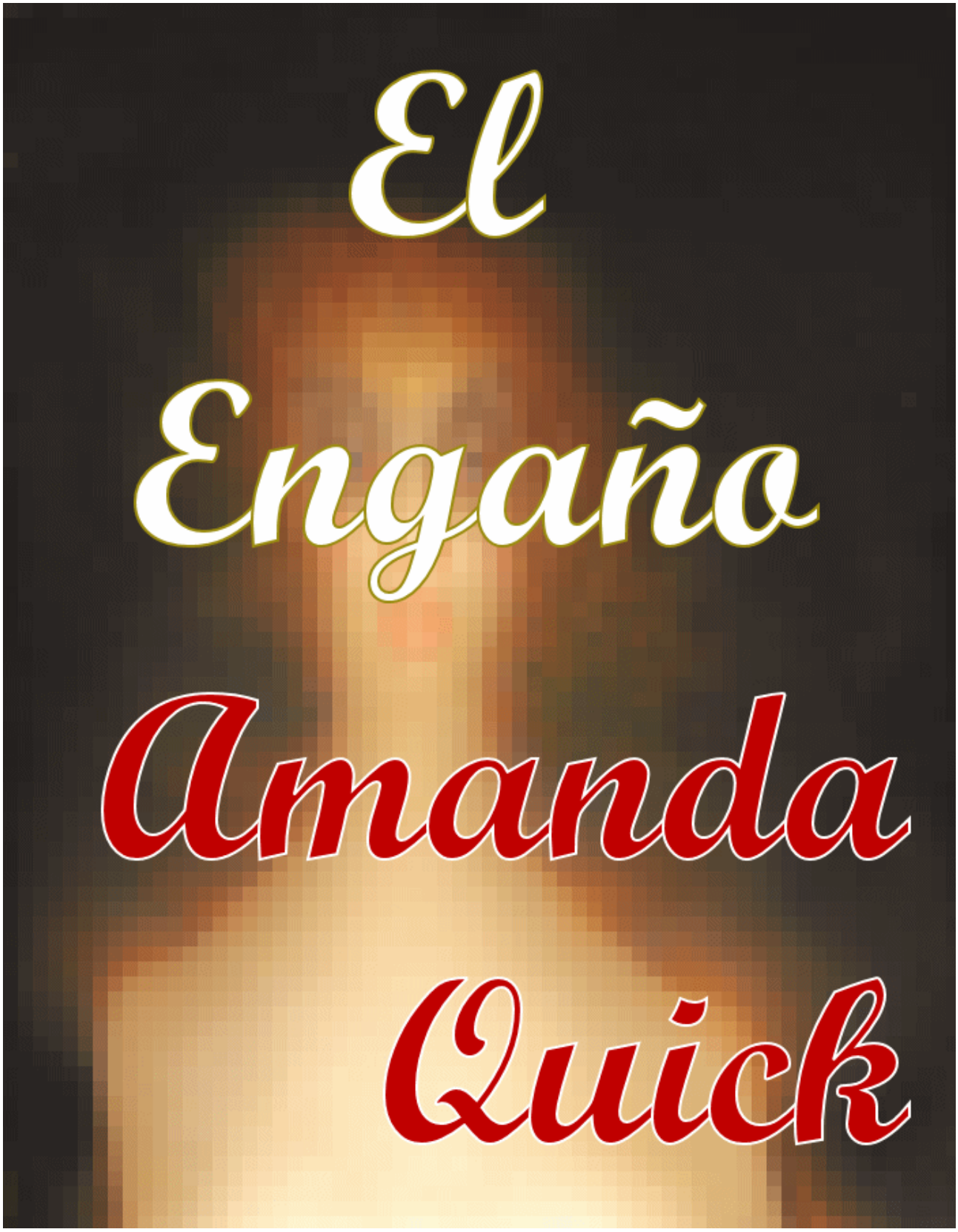
El engaño

Amanda Quick



Prólogo

-Dile que se cuide del Guardián. -Artemis Wingfield estaba apoyado contra la mesa de la taberna. Sus descoloridos ojos azules se veían muy intenso, bajo sus espesas cejas grises -¿Ha escuchado eso, Chillhurst? Ella debe cuidarse del Guardián.

Jared Ryder, vizconde de Chillhurst, apoyó los codos sobre la mesa, unió las yemas de los dedos y miró a su compañero con su único ojo bueno.

En los últimos dos días. Wingfield había aprendido a sentirse cómodo con él, al punto que ya no se quedaba mirando fijamente el parche de terciopelo negro que le tapaba el ojo inútil.

Obviamente, Wingfield había aceptado a Jared por lo que este aseguraba ser: otro inglés aventurero, como él, que se había dedicado a viajar ahora, que por fin, la guerra contra Napoleón había terminado.

Ambos hombres habían pasado las dos últimas noches en la misma hostería, en un mugriento puerto francés, esperando los buques que los llevarían a sus destinos respectivos.

La transpiración corría por las cejas de Wingfield, metiéndose en sus patillas. Era una calurosa velada de finales de primavera. La taberna estaba llena de humo y de gente. Secretamente, Jared pensó que Wingfield estaba sufriendo el calor innecesariamente. El cuello de la camisa del viejo, su corbata elegantemente anudada, el ceñido chaleco y la chaqueta de sastre contribuían innecesariamente a su evidente incomodidad.

Es***e*** atuendo tan formal en nada se acomodaba con la cálida noche ni con el entorno de la taberna portuaria. Wingfield. Sin embargo, era la clase de persona que daba prioridad a las apariencias por encima de todo lo demás, incluso de la comodidad personal, Jared tenía la sospecha de que su nuevo conocido se vestía prácticamente de gala para cenar todas las noches, aunque esa cena se sirviera en una carpa.

-Entiendo sus palabras, señor -Jared golpeteó los dedos entre sí.- Pero no entiendo a qué se refiere. ¿Quién o qué es ese Guardián?

Wingfield frunció el entrecejo.

-Puras tonterías, para ser totalmente honesto. Es sólo parte de una vieja leyenda

relacionada con un diario que debo enviar de regreso a Gran Bretaña. El viejo conde que me vendió el libro me hizo esa advertencia.

-Entiendo -dijo Jared amablemente-. Cuidado con el Guardián ¿eh? Interesante.

-Como ya he dicho, es simplemente lo que queda de una vieja leyenda relacionada con un diario. Sin embargo, anoche ocurrió un extraño incidente y uno debe actuar con prudencia.

-¿Un extraño incidente?

Wingfield entrecerró los ojos.

-Creo que mientras estaba cenando, alguien registró mi habitación.

Jared frunció el entrecejo.

-No mencionó nada al respecto esta mañana.

-No estaba seguro. No se llevaron nada, sabe. Pero durante todo el día, he tenido la extraña sensación de que me observaban.

-Qué desagradable.

-Ciertamente. Pero, sin duda, nada tendrá que ver con ese diario. Claro que esto me preocupa un poco. No quiero exponerla a ningún peligro.

Jared separó las yemas de los dedos y bebió un sorbo de su cerveza.

-¿De qué trata ese diario que usted dice que enviará a su sobrina?

-En realidad, es el diario de una dama, explicó Wingfield. Perteneció a una mujer llamada Claire Lightboume. Eso es todo lo que sé al respecto. En su mayoría, todo lo que está escrito allí es incomprensible para mí.

-¿Porqué?

-Aparentemente, está escrito en una mezcolanza de griego, latín e inglés. Es más bien como un código privado. Mi sobrina cree que el diario de Lightboume contiene pistas que deben conducirla hacia un fabuloso tesoro.

Wingfield resopló.

-¿ No creerá en esa historia, verdad?

-Ni por asomo, si le interesa saberlo. Pero Olympia va a divertirse mucho tratando de descifrar ese diario. A ella le encanta esa clase de cosas.

-Aparentemente, se trata de una mujer muy especial.

Wingfield rió.

-Lo es. Pero no por culpa suya, supongo. La crió una tía bastante excéntrica y la

compañera de ésta. Nunca conocí bien esa rama de la familia, pero se ha dicho que la tía y su amiga asumieron la responsabilidad de criar a Olympia por su propia cuenta. Le llenaron la cabeza de cosas raras.

-¿Qué clase de cosas?

-Gracias a la educación que recibió, a Olympia le importa un rábano la propiedad. No me tome a mal. Es una joven refinada. Su reputación es impecable. Pero no tiene ningún interés en la clase de cosas por las que las jóvenes en general se interesan. ¿Entiende lo que digo?

-¿Por ejemplo?

-La moda, para empezar. No le interesa la ropa. Y esa tía suya jamás le enseñó las cosas útiles que toda muchacha debe saber, como por ejemplo, a bailar, a flirtear y a caer bien a la gente, en especial, a un potencial candidato. -Wingfield meneó la cabeza.- Una crianza muy extraña a mi entender. Sospecho que ésa fue la razón principal por la que no consiguió encontrar a un buen esposo.

-¿Qué cosas le interesan a su sobrina? -Aun sin querer, la curiosidad en Jared aumentaba por momentos.

-Todo lo que esté relacionado con las costumbres y leyendas de tierras lejanas fascina a esa Jovencita, ¿Sabe? Tiene una participación muy activa en la Sociedad de Viajes y Exploraciones, aunque jamás haya salido de Dorset en toda su vida.

Jared le miró.

-Si no viaja personalmente, ¿cómo es que tiene una participación tan activa en esa sociedad?

-Se dedica a la investigación de viejos libros, diarios y cartas que se refieren a viajes y exploraciones- Estudia los datos que encuentra y luego escribe sus conclusiones. En los últimos tres años, ha publicado varios artículos en la edición trimestral de la sociedad.

-¿De verdad? -Jared se sentía intrigado cada vez con mayor fuerza.

-Sí. -Una fugaz expresión de orgullo se encendió en los ojos de Wingfield.- Son artículos muy famosos porque incorporan toda clase de información instructiva sobre los usos y costumbres de los extranjeros.

-¿Cómo descubrió ella el diario de Lightboume? -preguntó Jared cuidadosamente.

Wingfield se encogió de hombros.

-Por una serie de cartas que encontró durante sus investigaciones. Le llevó casi un año, pero finalmente localizó el diario aquí, en un pueblito de la costa francesa**.** Originalmente formó parte de una biblioteca mucho más grande que quedó destruida durante la guerra.

-¿Y usted vino aquí específicamente para comprar el diario para su sobrina?

-Me quedaba de paso -dijo Wingfield-. Me dirijo a Italia. Aparentemente, en los últimos años, el diario pasó por varias manos. El viejo que me lo vendió estaba muy presionado. Como necesitaba dinero estaba más que dispuesto a vender sus libros. En el trato, escogí un número considerable de volúmenes interesantes para Olimpia.

-¿Dónde está el diario en estos momentos?

-Oh, a buen recaudo -Wingfield parecía tranquilo**.-** Ayer lo embalé y me aseguré de que fuera guardado en el depósito del Llama del mar*,* junto con las demás mercancías que estoy enviando a Olympia.

-¿No le preocupan las mercaderías mientras están a bordo del buque**?**

-Oh, no, claro que no. El Llama del mar es uno de los barcos de Flamecrest. Tienen una excelente reputación. La tripulación es digna de confianza y tiene una larga experiencia, y los capitanes son muy idóneos. Totalmente seguros. No, no, no. Mis mercancías estarán bien a salvo mientras estén en alta mar.

-¿Con lo que no está tan tranquilo es con la seguridad de los caminos terrestres de Gran Bretaña, verdad?

Wingfield hizo una mueca**.**

-Me siento mucho mejor al respecto ahora que sé que usted personalmente acompañará las mercancías hasta Upper Tudway, en Dorset.

-Aprecio su confianza**.**

-Sí, señor. Mi sobrina estará hecha un cascabel cuando vea ese diario.

En su interior, Jared llegó a la conclusión de que Olympia Wingfield era, realmente, una criatura muy extraña. Y se recordó a sí mismo que no era porque él no hubiera conocido un par de criaturas extrañas. Después de todo, él también había sido criado por una familia de ostentosos y extravagantes.

Wingfield se reclinó hacía atrás y comenzó a estudiar la taberna. Su mirada se detuvo en un hombre robusto, con varias cicatrices, que estaba sentado a la mesa de al lado. El individuo portaba un cuchillo y tenía una expresión tan beligerante que nadie se habría

atrevido a compartir la mesa con él. Era típico de muchos patrones de taberna.

-¿Tipos duros, eh? -comentó Wingfield, inquieto.

-La mitad de los hombres que ve usted aquí, esta noche, son poco mejor que los piratas -dijo Jared-. Son soldados que no tenían adónde ir después de la derrota de Napoleón. Navegantes esperando algún barco.

Hombres en busca de alguna prostituta bien dispuesta o de alguna pelea. La gentuza de siempre que merodea en los pueblos portuarios.

-¿Y la otra mitad?

Jared sonrió brevemente.

-Se trata probablemente de piratas.

-No me sorprende. Usted dijo que ha viajado mucho, señor. Por lo tanto, debe de haber visto muchos lugares como éste. Espero que haya aprendido a moverse en este medio.

-Como verá, hasta el momento, he logrado sobrevivir.

Wingfield miró significativamente el parche de terciopelo que cubría el ojo estropeado de Jared.

-No completamente ileso, según veo.

-No, no completamente ileso. -Jared hizo una sonrisa carente de todo sentido del humor.

Sabía perfectamente bien que, por lo general, su aspecto no inspiraba ninguna confianza. Y no solamente por el parche. Incluso en las ocasiones en que su cabellera había estado prolijamente cortada y su ropa era más elegante, toda su familia le había resaltado el hecho de que parecía un pirata.

Claro que la principal compunción de todos sus parientes era que, justamente, Jared no actuaba como un pirata.

Jared sabía que, se dijera lo que se dijera, se hiciera lo que se hiciera, él era un hombre de negocios, no el espectacular y brioso hijo de sangre caliente que su padre había esperado, para que continuase con las tradiciones familiares.

Wingfield había sido muy cauto con él en un principio. Jared sabía que eran sus modales gentiles y su educada forma de hablar lo que había convencido al viejo, y no su aspecto físico. Así, Wingfield aprendió a aceptarlo como a su igual, como a un caballero.

-Disculpe que le pregunte, pero ¿cómo perdió su ojo?

-Es una larga historia -dijo Jared-. Y bastante dolorosa. Preferiría no hablar de eso

ahora.

-Por supuesto, por supuesto**.** -Wingfield se puso colorado**.-** Disculpe la impertinencia.

-No se preocupe. Estoy acostumbrado a que la gente se quede mirándome.

-Sí, bueno, digamos que me encontraré menos preocupado una vez que zarpe el Llama del mar por la mañana. Saber que usted estará a bordo del buque y que, además, escoltará las mercancías hasta Upper Tudway es una gran tranquilidad para mí. Le agradezco una vez más la responsabilidad que ha tomado.

-Como yo también vuelvo a Dorset, me alegro de poder ayudar.

-No me avergüenza decirle que, con esto, me he ahorrado algunos dinerillos -confió Wingfield-. No tendré que solicitar los servicios de siempre de la empresa en Weymouth para que se haga cargo de las mercaderías y que se aseguren de que lleguen a las manos de Olympia Me viene bien no tener que pagar los servicios por esta vez. Son muy costosos y desgraciadamente Olympia no ha reunido la suma de dinero suficiente que yo esperaba para los dos últimos despachos. Aunque estamos un poco más adelantados de lo esperado.

-El mercado de los artículos importados es impredecible -dijo Jared**-. ¿**Es su sobrina una mujer inteligente en las cuestiones comerciales**?**

-Oh, no lo creo, no. -Wingfield rió orgulloso.- Olympia no tiene visión para los negocios. Es una lumbrera, pero los aspectos financieros no le interesan en lo más mínimo. Me temo que sale a mi familia. Le gusta mucho viajar, como yo, pero por supuesto, es imposible.

-Una mujer sola tendría grandes dificultades para viajar en cualquier parte del mundo -comentó Jared.

-Eso no habría detenido a mi sobrina. Ya le dije, no es la típica señorita británica. Ya tiene veinticinco años y es muy inteligente. Sólo Dios sabe lo que habría hecho si hubiera tenido unos ingresos más jugosos y si no hubiera tenido que cargar con esos tres diablos que tiene por sobrinos.

-¿Ella está criando a sus sobrinos?

Las patillas de Wingfield se crisparon espasmódicamente.

-Ella dice que son sobrinos suyos y los muchachitos la llaman tía Olympia pero en realidad, no es verdad; el parentesco es un poco más lejano. Son hijos de un primo y de su esposa, quiénes murieron en un accidente en un carruaje, hace unos años.

-¿Y cómo fue que los niños quedaron a cargo de su sobrina?

-Ya sabe cómo son esas cosas, señor. Después de la muerte de sus padres, fueron rodando de pariente en pariente, hasta que por fin aterrizaron en la puerta de la casa de mi sobrina, seis meses atrás, Olympia los aceptó.

-Vaya tropilla para una muchacha joven.

-Especialmente, cuando se trata de una mujer que sólo se ha preocupado por investigar otras tierras y otras leyendas. -Wingfield frunció el entrecejo pensativamente.- Esos muchachos están creciendo como salvajes. Ya trituraron a tres maestros que conozco. No son malos, pero sí demasiado traviesos. Toda la casa parece siempre una revolución cuando están ellos.

-Entiendo. -El propio Jared había sido criado en una casa que era siempre un revuelo y la experiencia no le había gustado. Prefería una existencia más tranquila y ordenada.

-Por supuesto que yo trato de ayudar a Olympia. Hago lo que puedo mientras estoy en Inglaterra.

Pero jamás se queda en Inglaterra el tiempo suficiente como para poner a esos jovencitos en su lugar, ¿no?, pensó Jared.

-¿Qué más envía a su sobrina además del diario de Lightbourne?

Wingfield bebió el último sorbo de su cerveza**.**

-Géneros**,** especias y unas chucherías. ¡Ah! Y libros, por supuesto.

-¿Y ella se encargará de venderlos en Londres?

-Todo menos los libros. Son para su biblioteca. Pero el resto va para Londres. Utiliza el dinero en parte para solventar los gastos de su casa y, el resto, para financiar mis viajes. El sistema nos ha dado buenos resultados a ambos hasta el momento, pero como ya le dije, esperábamos ganar un poco más.

-Es muy difícil triunfar en los aspectos comerciales si no se presta la debida atención a los estados contables -observó Jared secamente.

Pensó en los problemas que había advertido en sus propios negocios**,** durante los últimos seis meses. Tendría que investigar más a fondo el tema**.** Ya no había dudas de que se habían malversado unos cuantos miles de libras del significativo imperio financiero Flamecrest. A Jared no le agradaba para nada la idea de haber sido timado. No le gustaba jugar el papel de tonto. Cada cosa a su tiempo, recordó. Por el momento, debía solucionar el asunto del diario.

-Tiene mucha razón en eso de que debe prestarse la debida atención a los estados

contables, señor, pero el tema es que ni Olympia ni yo tenemos el tiempo suficiente como para ocupamos de esas nimiedades. Aun así nos arreglamos. -Wingfield miró de cerca a Jared.- ¿Está seguro de que no le importa hacerme este favor?

-Segurísimo. -Jared miró por la ventana, el puerto envuelto en las sombras de la noche. Llegaba a ver la silueta del Llama del Mar, anclado, esperando zarpar la mañana siguiente.

-Se lo agradezco mucho, señor. He tenido mucha suerte por haber encontrado a un caballero como usted en esta parte de Francia. Y más afortunado aun porque usted se dirige a Inglaterra, a bordo del Llama del Mar.

Jared apenas sonrió.

-Sí, muy afortunado -Se preguntó qué diría Wingfield si se enterase de que Jared controlaba no sólo al Llama del Mar, sino a toda la flota Flamecrest al completo.

-Bueno, bueno, me siento mucho más tranquilo ahora que sé que usted se asegurará de que la mercancía y el diario lleguen seguros a manos de Olympia. Por lo tanto, podré seguir con el tramo siguiente de mi itinerario. --Se dirige a Italia, ¿ no es así?

-Y de allí a la India. -Los ojos de Wingfield traslucían la anticipación del viajero inveterado.- Siempre quise conocer la India, sabe.

-Le deseo un buen viaje - dijo Jared.

-Lo mismo para usted, señor, Y otra vez, muchas gracias.

-Ni lo mencione. -Jared extrajo su reloj de oro del bolsillo para consultar la hora. -Ahora, le ruego me disculpe. -Introdujo de nuevo el reloj en el bolsillo y se puso de pie.

Wingfield le miró.

-¿Parece que se acostará temprano esta noche, verdad?

-Todavía no. Creo que caminaré un rato por el embarcadero, para despejarme la mente antes de subir a mi cuarto.

-Cuide sus espaldas-le advirtió Wingfield en voz baja. No me gustan mucho las caras que veo por aquí. Vaya Dios a saber la clase de villanos que debe haber fuera a estas horas.

-No su preocupe por mí, señor. -Jared inclinó la cabeza a modo de cordial saludo. Se volvió y se encaminó hacia la puerta.

Uno o dos hombres que estaban sentados a una mesa, inclinados sobre sus respectivos jarros, miraron especulativamente las costosas botas de Jared. Luego, subieron

un poco más la mirada, hasta el cuchillo que llevaba amarrado a la pierna y, más arriba todavía, hasta el parche de terciopelo negro que le tapaba el ojo.

Ninguno se movió para seguirle.

La brisa de la noche alborotó la larga y despareja cabellera de Jared.

A diferencia de Wingfield, se había vestido conforme al clima templado reinante. No llevaba pañuelo de cuello. Los detestaba, al igual que las corbatas. Tenía el cuello de su camisa de lino blanco abierto y estaba arremangado hasta los codos.

Jared comenzó a andar por el camino empedregado, con la mente en los negocios que tenía entre manos y los sentidos aguzados al entorno. Un hombre que ya había perdido un ojo, tenía todo el derecho del mundo a velar celosamente por el que le quedaba.

Una linterna se sacudía rápidamente, de arriba hacia abajo, al otro extremo del embarcadero. Cuando Jared se acercó, vio a dos hombres que emergían de las sombras. Ambos eran robustos, casi tan altos como Jared y aproximadamente del mismo ancho de hombros que este. Sus rostros toscos se enmarcaban con patillas plateadas y espesas cabelleras blancas.

Caminaban orgullosamente, con pasos largos y fanfarrones, aunque los dos superaban ampliamente los sesenta. Dos viejos bucaneros, pensó Jared, aunque afectuosamente.

El primero de los dos hombres recibió a Jared con una sonrisa que se iluminó a pesar de la oscuridad. El color de sus ojos se veía desteñido a la luz de la luna, pero a Jared le resultaba muy familiar ese tono de gris. Veía ese mismo matiz todas las mañanas, frente al espejo, cuando se afeitaba.

-Buenas noches, señor -saludó Jared formalmente a su padre.

Luego hizo un gesto afirmativo con la cabeza al otro hombre-. Tío Thaddeus- Linda noche, ¿verdad?

-Ya era hora de que aparecieras. -Magnus, conde de Flamecrest, alineó sus cejas.- Empezaba a pensar que tu nuevo amigo te tendría ocupado charlando toda la noche.

-A Wingfield le encanta conversar.

Thaddeus elevó más la linterna.

-¿Y bien, muchacho? ¿De qué te has enterado?

Jared tenía treinta y cuatro años. Hacía ya tiempo que había dejado de ser un muchacho. De hecho, a menudo se sentía mayor que cualquiera de sus familiares. Pero no tenía ningún sentido corregir a Thaddeus.

-Wingfield cree que ha encontrado el diario de Claire Lightbourne -dijo Jared con toda tranquilidad.

-Por todos los demonios. -La satisfacción en el rostro de Magnus fue más que notable, a pesar de la escasa luz que producía la linterna.- Finalmente se ha encontrado ese diario después de todos estos años.

-Maldición -exclamó Thaddeus- ¿Cómo rayos habrá hecho Wingfield para echarle mano antes que nosotros?

-Creo que fue su sobrina la que, en realidad, lo encontró primero -dijo Jared-. Como os daréis cuenta, el famoso diario fue encontrado aquí en Francia. Por lo tanto, mis primos no hicieron más que perder su tiempo cuando salieron corriendo a España hace un par de meses, para buscarlo.

-Bueno, Jared -apaciguó Magnus-. El joven Charles y William tenían motivos válidos para creer que esa obra había sido llevada allí durante la guerra. Tú sólo estás un poco molesto porque tus primos permitieron que esos bandidos los apresaran.

--Todo ese asunto fue muy desagradable -comentó Jared apesadumbrado-. Además, me costó casi dos mil libras de rescate, dejando de lado todo el tiempo y esfuerzo que perdí, lejos de mis negocios.

-Maldición, hijo -protestó Magnus-. ¿No puedes pensar en otra cosa? ¿Sólo en tus asuntos de negocios? Rayos, por tus venas corre sangre de bucanero, pero en el corazón y en el alma no eres más que un comerciante.

-Soy plenamente consciente de que constituyo una decepción para usted y el resto de la familia, señor, -Jared se apoyó contra la pared de piedra frente al puerto.- Pero como ya hemos discutido el tema en varias ocasiones, no creo que sea necesario tocarlo también esta noche.

-Tiene razón, Magnus -contestó Thaddeus de inmediato-. Tenemos cosas más importantes de que ocupamos esta noche. El diario está prácticamente en nuestras manos. Yo diría que ya lo tenemos.

Jared arqueó una ceja.

-¿Quién de ustedes dos fue el que intentó apoderarse de él anoche? Wingfield dice que su cuarto fue registrado.

-Valía la pena intentarlo -respondió Thaddeus descaradamente.

Magnus asintió con la cabeza.

-No fue más que un vistazo.

Jared se tragó un improperio de exasperación.

-El diario está en la bodega del Llama del Mar desde ayer por la tarde. Tendremos que descargar todo el maldito buque para hacernos con él.

-Una pena -declaró Thaddeus derrotado.

-De todas maneras -continuó Jared-, el diario pertenece a la señorita Olympia Wingfield de Meadow Stream Cottage, en Dorset. Ella lo ha comprado y lo ha pagado.

-Bah, el diario es nuestro -dijo Magnus estoicamente- Es una reliquia familiar. Yo diría que ella no tiene ningún derecho a tenerlo.

-Usted parece haber olvidado que, aunque tengamos la suerte de apoderarnos de él, es muy poco probable que podamos descifrarlo. Sin embargo... -Jared se detuvo lo suficiente como para intrigar a su padre y a su tío.

-¿Sí? -preguntó Magnus, ansioso.

-Artemis Wingfield está seguro de que su sobrina podrá decodificar lo que está escrito en ese diario -dijo Jared-. Según él, la Srta. Wingfield es una experta en la materia.

El rostro de Thaddeus se iluminó de inmediato.

-Se diría entonces, muchacho, que tu curso de acción ya está bien definido, ¿eh? Seguirás al diario a su destino y luego te insinuarás a la Srta. Wingfield, para que ella caiga rendida a tus pies y te cuente todo.

-Brillante idea. -Las patillas de Thaddeus se movían con entusiasmo.- Tienes que dejarla encantada contigo. Sedúcela, Cuando se derrita en tus manos, haz que te revele todo lo que sepa sobre el diario- Luego se lo arrebataremos de su poder.

Jared suspiró. Era muy difícil ser el único sano y sensato en una familia donde abundaban los excéntricos y los originales.

La búsqueda del diario de Lightboume había preocupado a todos los hombres Flamecrest durante generaciones, excepto a Jared. El padre, el tío y los primos de Jared lo habían buscado durante cierto tiempo. También su abuelo y tíos abuelos. El tesoro tenía un efecto sorprendente en un clan que descendía de bucaneros auténticos.

Pero todo tenía su límite. Algunas semanas antes, los primos de Jared casi resultaron muertos por culpa del famoso diario. Jared había decidido que ya había llegado la hora de terminar con esa tontería del diario de una vez por todas. Desgraciadamente, la única manera que tenía para concretar ese plan era recuperar ese diario y comprobar si realmente contenía los secretos tan buscados, sobre el tesoro escondido.

Nadie había puesto reparos cuando Jared anunció que le tocaba su turno para salir a buscar la fortuna misteriosa que se había perdido hacía más de cien años. A decir verdad, lo dos, especialmente su padre, se habían mostrado, muy complacidos por el interés que todo el asunto había despertado en Jared.

Él sabía que la familia le consideraba gracias a su habilidad por los negocios. Pero también era consciente de que, en realidad, eso no tenía mucho significado en una familia famosa por sus hombres valientes y de sangre caliente.

Sus parientes le consideraban deprimentemente insulso. Decían que le faltaba el fuego de los Flamecrest. Jared, en cambio, sostenía que lo que a ellos les faltaba era saber comportarse y sentido común. Claro que ninguno vacilaba en recurrir a él cada vez que tenían que enfrentarse con un problema, o cuando les faltaba dinero.

Jared había sido el encargado de ordenar las cosas y de asumir la aburrida responsabilidad de velar por los detalles de la vida de los Flamecrest desde que con diecinueve años. Todos sus familiares coincidían en que aquella era la única actividad en la que Jared sobresalía.

Jared pensaba que siempre tenía que estar rescatando a uno u otro de sus parientes como si ello fuera una constante.

A veces, cuando se quedaba levantado hasta tarde, escribiendo notas en su libro de citas, se preguntaba si, alguna vez, alguno de ellos vendría a rescatarle a él.

-Para ustedes dos es muy fácil hablar de encantamiento, de seducción -dijo Jared-, pero todos sabemos que yo no he heredado ese talento de los Flamecrest.

-Bah. -Magnus descartó el comentario con un movimiento de su mano.- El problema es que tu nunca te preocupaste por conseguirlo.

Una expresión de profunda preocupación se dibujó en el rostro de Thaddeus.

-Bueno, Magnus, yo no diría que nunca se esmeró por conseguirlo. Simplemente, tuvo mala suerte este muchacho, hace tres anos, cuando trató de conseguir una esposa.

Jared miró a su tío.

-Creo que podríamos dejar de lado la discusión de ese tema. No quiero seducir a la Srta. Wingfield ni a ninguna otra para conseguir averiguar los secretos del diario.

-¿Y entonces, cómo le sacaremos la información, ¿muchacho? -preguntó Thaddeus.

-Le ofreceré la compra de esa información -respondió Jared.

-¿Comprarla? -Magnus parecía contrariado.-¿Crees que puedes comprar un secreto legendario como este solamente con dinero?

-Por experiencia, sé que uno puede comprar casi todo con dinero en esta vida -observó Jared-. Un acercamiento directo y comercial logra maravillas en cualquier situación imaginable.

-Muchacho, muchacho, ¿qué vamos a hacer contigo? -gruñó Thaddeus.

-Deben dejarme manejar este asunto a mi manera -dispuso Jared. -Mientras tanto, quiero que me den su palabra de que recordarán este trato.

-¿Qué trato? -preguntó Magnus, desconcertado.

Jared apretó la mandíbula.

-Mientras yo esté ocupado con todo este asunto, ustedes no se meterán, bajo ningún concepto, en las cuestiones comerciales de los Flamecrest.

-Por todos los demonios, hijo, tu tío y yo hemos manejado las cuestiones comerciales de la familia desde mucho antes que tú nacieras.

-Sí, señor, lo sé. Y los han manejado tan mal que la empresa se fue a pique.

El bigote de Magnus se elevó, en un gesto furioso.

-No fue nuestra culpa que hayamos tenido un poco de mala suerte. Los negocios no andaban muy bien en esa época.

Jared, astutamente, decidió no seguir insistiendo en el tema. Era ampliamente sabido que la falta de sentido comercial del conde, junto con las igualmente indeseables habilidades de su hermano, Thaddeus, se habían combinado para destruir lo poco que quedaba de la fortuna de los Flamecrest.

Fue Jared el que debió hacerse cargo de todo, a la corta edad de sus diecinueve años, apenas con tiempo para salvar el único barco decrépito que aún pertenecía a la familia. Había empeñado el collar de su madre para conseguir el dinero que necesitaba. Claro que ninguno de sus familiares le perdonó por haber tomado una medida tan drástica, ni siquiera su propia madre. Hasta se lo hizo notar dos años atrás, en su lecho de muerte. Por entonces, Jared había estado demasiado embargado por la pena como para recordar a su madre que

ella también había gozado de los frutos de una nueva fortuna Flamecrest al máximo, como cualquier otro miembro del clan.

Jared había logrado reconstruir el imperio Flamecrest a partir de aquel único barco que componía todo el patrimonio. De corazón esperaba no tener que repetir tan ardua tarea cuando regresara de esa loca aventura que había emprendido.

-Ya tenemos fortuna -señaló Jared-. No necesitamos ese tesoro robado que el capitán Jack y su compañero Edward Yorke enterraron en aquella maldita isla, hace algo así como cien años.

-No era un tesoro robado -estalló Magnus.

-Como recordará, señor, el bisabuelo fue pirata mientras vivió en las Indias Occidentales. -Jared arqueó una ceja.- Es altamente improbable que él y Yorke consiguieran ese tesoro de una manera totalmente honesta.

-El capitán Jack no era ningún pirata -dijo Thaddeus de una manera feroz-. Era un inglés leal que navegaba siguiendo las órdenes recibidas. Ese tesoro les pertenecía legalmente, porque fue el botín de una embarcación española, por el amor de Dios.

-Sería interesante escuchar la versión de los españoles -se mofó Jared.

-¡Bah! -dijo Magnus-. Ellos no tienen la culpa de esa situación. Si los malditos españoles no les hubieran acosado, el capitán Jack y Yorke no habrían tenido que enterrar el botín en esa maldita isla y nosotros tampoco estaríamos aquí esta noche, tratando de recuperarlo.

-Sí, señor -dijo Jared, cansado. Ya había escuchado ese argumento varias veces con anterioridad y siempre le aburría de la misma manera.

-El único verdadero pirata fue Edward Yorke -continuó Magnus-. Ese tunante mentiroso, tramposo y asesino, que delató a su bisabuelo delante de los españoles. Sólo por la gracia de Dios el capitán Jack pudo escaparse de la trampa.

-Todo sucedió hace cien años. No podemos tener la certeza de que Yorke haya traicionado efectivamente al capitán Jack -dijo Jared tranquilamente-. De todas maneras, eso ya no tiene mucha importancia en estos momentos.

-Por supuesto que la tiene -saltó Magnus-. Tú desciendes de una orgullosa tradición, mi muchacho. Es tu obligación encontrar ese tesoro perdido. Nos pertenece y tenemos todo el derecho de reclamarlo.

-Después de todo -agregó Thaddeus, con gesto serio-, tú eres el nuevo Guardián, muchacho.

-Carajo -se quejó Jared-. Todo esto es una estupidez y lo saben bien.

-No es ninguna estupidez -insistió Thaddeus-. Tú te ganaste ese título hace años, la noche que tomaste la daga del propio capitán Jack para salvar a tus primos del contrabandista, ¿Ya lo has olvidado?

-Es muy poco probable que me olvide de algo así, señor. Me ha costado un ojo -rezongó Jared-. Pero de todas maneras, no estaba de humor para discutir otra de las estúpidas leyendas familiares. Ya estaba demasiado ocupado con todo eso de encontrar el tesoro enterrado.

-No se descarta el hecho de que seas el nuevo Guardián -dijo Magnus con expresión solemne-. Ensangrentaste la daga. Además, eres la viva imagen del capitán Jack cuando era joven.

-Basta ya. -Jared extrajo el reloj de su bolsillo y lo acercó a la linterna para poder mirarlo mejor.- Es tarde y debo levantarme temprano mañana.

-Tú y ese maldito reloj que tienes -gruñó Thaddeus-. Apuesto a que también tienes tu libro de citas.

-Por supuesto -le confirmó Jared-. Ya sabe que dependo de él.

Jared pensó que las dos cosas más importantes que tenía en la vida eran su reloj y su libro de citas. Durante años, ambos elementos le habían ayudado a establecer un orden y una rutina en un mundo que, a menudo, se vuelve caótico e inestable por su familia, tan alocada e impredecible.

-No puedo creerlo -Magnus meneó la cabeza, resignado.- Estás a punto de zarpar para encontrar el tesoro perdido y de lo único que te preocupas es de consultar ese tonto reloj y tu libro de citas, como un desabrido hombre de negocios.

-Soy un desabrido hombre de negocios -dijo Jared.

-Eso es suficiente como para hacer llorar a cualquier padre -despotricó Magnus.

-Trata de demostrar un poco del fuego de los Flamecrest, muchacho -le urgió Thaddeus.

-Estamos a un paso de recuperar la herencia perdida, hijo. -Magnus se aferró del borde de la pared del embarcadero y contempló el mar oscurecido en la noche. Era la imagen del hombre que puede ver más allá del horizonte.- Lo siento en lo más profundo del

alma. Después de todos estos años, el tesoro Flamecrest está prácticamente en nuestras manos. Y tú tendrás el honor supremo de ser quien lo recupere para nosotros.

-Le aseguro, señor -declaró Jared cortésmente-, que mi excitación ante esta perspectiva no conoce límites.

1

-También tengo otro libro que le puede resultar muy interesante, Sr. Draycott. - Olympia hacía equilibrio con un pie sobre la escalera de la biblioteca, mientras que con el otro se apoyaba en el borde de un estante y se estiraba para alcanzar un volumen que estaba en la parte más alta del armario. - Este también contiene información fascinante sobre la leyenda de la Isla del Oro. Y me parece que hay otro más, que debería examinar.

-Por favor, tenga cuidado, Srta. Wingfield. -Reginald Draycott sostenía la escalera por ambos lados, para mantenerla derecha. Observaba a Olympia, que volvía a estirarse para tomar otro tomo de un estante alto.- Seguramente va a caerse si no tiene cuidado.

-No hay cuidado. Le aseguro que estoy acostumbrada a estas cosas. Bueno, yo utilicé esta obra cuando escribí mi último informe para la publicación trimestral de la Sociedad de Viajes y Exploración. Es muy útil porque contiene datos sobre los insólitos hábitos de los habitantes de ciertas islas de los mares del sur.

-Es usted muy amable por prestármelo, Srta. Wingfield, pero realmente me preocupa mucho verla en esa posición sobre la escalera.

-No se inquiete, señor. -Olympia miró a Draycott con una sonrisa tranquilizante, pero notó que el hombre tenía una expresión de lo más extraña. Sus pálidos ojos cansados estaban inmóviles y tenía la boca abierta.

-¿Se siente mal, Sr. Draycott?

-No, en absoluto, querida. -Draycott se humedeció los labios y siguió mirándola fijamente.

-¿ Está seguro? Parece que tuviera náuseas. Si así lo desea, puedo bajar estos libros en otro momento.

-¡Oh, no! No podría esperar otro día más. Le juro que estoy bien. La verdad es que usted ha reavivado mi curiosidad sobre la leyenda de la Isla del Oro, querida. No podría irme de aquí sin más material para estudiar.

-Bueno, entonces, si está seguro... Este libro trata sobre las fascinantes costumbres de la legendaria Isla del Oro. En lo personal, siempre creí que las costumbres de otras tierras son fascinantes.

-¿De verdad?

-¡Oh, sí! Como mujer de mundo, pienso que esas cosas son muy estimulantes. Los rituales de la noche de bodas de los habitantes de la Isla del Oro son particularmente interesantes -Olympia pasó varias páginas del antiguo libro y luego se atrevió a mirar a Draycott nuevamente. Decididamente, algo estaba mal, pensó Olympia. La expresión de Draycott realmente empezaba a inquietarla. No la miraba directamente a los ojos; más bien, más abajo.

-¿Hablaba de los rituales de la noche de bodas, Srta. Wingfield?

-Sí. Costumbres muy insólitas, por cierto. -Olympia frunció el ceño, concentrada.- Aparentemente, el novio entrega a la novia un gran objeto de oro, en forma de falo.

-¿De falo, dijo usted, Srta. Wingfield? -La voz de Draycott sonó como si alguien hubiera estado estrangulándole.

Por fin, Olympia se dio cuenta que desde la posición en que estaba, Draycott veía perfectamente lo que tenía debajo de sus faldas.

-¡Dios mío! -Olympia perdió el equilibrio y se sujetó en el travesaño superior de la escalera. Uno de los libros que tenía en la mano cayó sobre la alfombra.

-¿Le sucede algo malo, mi querida? -preguntó Draycott de inmediato.

Mortificada al darse cuenta de que había expuesto la mayor parte de sus piernas con medias a la descarada mirada del hombre, Olympia se sintió muy acalorada.

-Nada malo, Sr. Draycott. Ya he encontrado los libros que quería. Ya bajo, de modo que puede hacerse a un lado.

-Permítame que le ayude. -Las manos suaves y regordetas de Draycott rozaron las pantorrillas de Olympia bajo sus faldas de muselina.

-No, por favor, está bien -respondió ella, agitada. Jamás había sentido las manos de ningún hombre sobre sus piernas. El contacto con Draycott la alarmó en gran medida.

Trató de volver a subir la escalera para escapar de las manos de Draycott. Pero él la tomó por el tobillo antes que ella pudiera zafarse.

Olympia trató de retirar la pierna, para quitarse de encima la mano del otro, pero sin éxito.

-Si tan solo consigue hacerse a un lado, Sr. Draycott, podré bajar sin problemas.

-No puedo arriesgarme a dejarla caer. -Draycott deslizó los dedos un poco más arriba y la apretó.

-No necesito ninguna ayuda. -Otro de los libros que Olimpia había tenido en su mano cayó al suelo con un ruido seco.- Tenga la amabilidad de soltarme el tobillo, señor.

-Sólo trato de ayudarla, querida.

Para entonces, Olympia ya estaba furiosa. Hacía años que le conocía. No podía creer que no le hiciera caso. Empezó a dar patadas, enloquecida. Logró golpear a Draycott en el hombro.

-¡Ay! -Draycott se tambaleó, dio un paso hacia atrás y miró a Olympia con mirada de dolor.

Olympia no prestó atención alguna a la expresión acusatoria de sus ojos. Bajó presurosa la escalera, en un revuelo de muselina. Sintió que la cabellera se le zafaba del rodete en el que la había confinado. Su cofia de muselina se había torcido.

Cuando tocó el suelo con los pies, sintió que Draycott la tomaba de la cintura por detrás.

-Mi querida Olympia, ya no puedo ocultar más mis verdaderos sentimientos.

-Ya se ha extralimitado Sr. Draycott. -Abandonando todo intento por conducir la situación de una manera femenina, Olympia le clavó el codo en el diafragma.

Draycott se quejó pero no la soltó. Le jadeaba en la oreja. Olimpia le notó olor a cebolla en el aliento. Se le revolvió el estómago.

-Olympia, querida, ya eres una mujer madura, no una jovencita que acaba de salir de la escuela. Has estado encerrada aquí, en Upper Tudway, durante toda tu vida. No has tenido oportunidad de experimentar las dichas de la pasión. Ya es hora de que vivas.

-Creo que le vomitaré encima de las botas, Sr. Draycott.

-No seas ridícula. Seguramente, sólo estás un poco nerviosa porque no estás acostumbrada a los placeres del deseo físico. No temas. Yo te enseñaré todo lo que necesitas saber.

-Suélteme, Sr. Draycott. -Olympia dejó caer el último libro y le clavó las uñas en las manos.

-Eres una mujer encantadora que nunca ha saboreado el amor. No querrás negarte la más sublime experiencia sensual, ¿no?

-Sr. Draycott, si no me suelta ahora mismo, me pongo a gritar.

-No hay nadie en casa, querida. -Draycott la arrastraba hacia el sofá.- Tus sobrinos se han ido.

-Estoy seguro de que la Sra. Bird debe de estar por aquí.

-Tu ama de llaves está afuera, en los jardines. -Draycott empezó a mirarle el cuello.- No temas querida, estamos solos.

-Sr. Draycott. Compórtese. No sabe lo que está haciendo.

-Llámame Reggie, querida.

Desesperada, Olympia trató de arrebatar la estatua del caballo troyano de plata que tenía sobre el escritorio. Pero fue en vano. Sin embargo, para su sorpresa, Draycott gritó y la soltó.

-Por todos los demonios -gruñó Draycott.

Libre, por fin, pero totalmente desequilibrada, Olympia se tambaleó y estuvo a punto de caer. Se asió del escritorio para mantenerse erguida. A su espalda, sintió que Draycott volvía a quejarse.

-¿Quién rayos es usted? -preguntó, totalmente desasosegado.

Se oyó el nauseabundo ruido de carne estrellándose contra carne y luego un repentino golpe seco.

Con la cofia pendiéndole de una oreja, Olympia se dio media vuelta de inmediato. Apartó varios mechones de su rostro para poder contemplar, atónita, a Draycott. Estaba tendido, desparramado, en el suelo.

Con una extraña sensación de lo inevitable, la mirada de Olympia se dirigió al par de botas negras que se encontraban muy cerca de Draycott.

Lentamente, alzó la vista.

Al instante, se sorprendió al observar el rostro de un hombre, que bien podría haber salido de una leyenda de tesoros escondidos de islas misteriosas, ubicadas en mares no explorados. Su imagen la inspiraba profundamente, por aquella cabellera oscura, castigada por el viento, el parche de terciopelo que le cubría el ojo y la daga que llevaba amarrada a su muslo.

Era el hombre de aspecto más poderoso que había visto en toda su vida. Alto, de hombros anchos y contextura delgada, el hombre irradiaba fuerza y gracia masculina. Sus rasgos habían sido tallados con descaro e insolencia por la mano de un escultor que menospreciaba la sutileza y el refinamiento.

-¿Por casualidad, es usted la Srta. Olympia Wingfield? -preguntó el hombre con toda serenidad, como sí el hecho de tener a un hombre tendido en el suelo, inconsciente, fuera algo de todos los días para él.

-Sí. -Olympia levantó la voz hasta tal punto que pareció un chillido más que una respuesta. Carraspeó y volvió a intentarlo.- Sí, soy yo. ¿Cuál es su nombre, señor?

-Chillhurst.

-¡Oh! -Le miró, sin verle. Jamás había escuchado antes ese nombre.- Un placer, Sr. Chillhurst.

Su ropa de montar le sentaba muy bien, pero incluso ella, que había vivido toda la vida en el campo, se dio cuenta de que estaba totalmente pasada de moda. Un hombre de escasos recursos, obviamente. Al parecer, tampoco le alcanzaba para comprarse una corbata, porque no llevaba ninguna puesta. Tenía el cuello de la camisa abierto. Al ver su garganta desnuda Olympia advirtió algo incivilizado en ella, hasta primitivo. Hasta podía vérsele una parte del pecho. Aparentemente, estaba cubierto de vello oscuro y rizado.

El hombre parecía peligroso, parado allí, en su biblioteca. Peligroso y abiertamente fascinante. Sintió un estremecimiento, aunque en nada parecido a aquel tan desagradable que había experimentado cuando Draycott la tomó del tobillo.

Este estremecimiento fue de excitación.

-No creo conocer a nadie con el nombre de Chillhurst -logró decir Olympia, con dulzura.

-Su tío, Artemis Wingfield, me ha enviado.

-¿Tío Artemis? -Se sintió profundamente aliviada.- ¿Le conoció usted en alguno de sus viajes? ¿Se encuentra bien?

-Muy bien, Srta. Wingfield. Lo conocí en la costa de Francia.

-Esto es maravilloso. -Olympia le ofreció una sonrisa radiante.- Estoy ansiosa por escuchar las noticias. Tío Artemis siempre cuenta aventuras tan interesantes. Cómo le envidio. Debe cenar esta noche con nosotros, Sr. Chillhurst y contarnos todo.

-¿Está usted bien, Srta. Wingfield?

-¿Perdón? -Olympia lo miró confusa.- Por supuesto que estoy bien. ¿Por qué no tendría que estarlo? Mi salud es excelente. Siempre lo ha sido. Gracias por preguntar.

Chillhurst arqueó la ceja oscura de su único ojo bueno.

-Me refería a la experiencia que acaba de tener en manos de esta persona que está en el suelo.

-¡Oh!, ya comprendo. -Abruptamente, Olympia recordó la presencia de Draycott en la biblioteca.- ¡Ay Dios mío! Casi me olvidaba de él. - Vio que Draycott empezaba a pestañear y se preguntaba qué tendría que hacer. No era muy hábil para manejar situaciones sociales difíciles. Ni tía Sophy ni tía Ida se habían ocupado jamás de enseñarle esas sutilezas.

-Este es el Sr. Draycott. Un vecino -dijo Olympia- Hace años que le conozco.

-¿Siempre le ha conocido usted la costumbre de atacar a las mujeres en sus propias casas? -preguntó Chillhurst secamente.

-¿Qué? ¡Oh, no! -Olympia se puso colorada.- Al menos, eso creo. Aparentemente, se ha desvanecido. ¿Cree que debería llamar a mi ama de llaves para que traiga vinagre?

-No se preocupe. Se despertará en cualquier momento.

-¿Sí? Nunca ha tenido experiencia con los efectos del pugilismo. Sin embargo, mis sobrinos son grandes admiradores de ese deporte. -Olympia lo miró inquisitivamente.- Usted parece muy versado en esto, ¿Ha estudiado en alguna de las academias de Londres?

-No.

-Pensé que sí. Bueno, no tiene importancia. -Volvió a mirar a Draycott.- Ciertamente, estaba poniéndose pesado. Espero que haya aprendido la lección. Debo decir que, si sigue con ese comportamiento, no le permitiré volver a usar mi biblioteca.

Chillhurst la miró como si hubiera estado un poco loca.

-Srta. Wingfield, permítame decirte que este sujeto no debe volver a entrar en su casa bajo ninguna circunstancia. Por otra parte, cualquier mujer, a su edad, debería saber que no es aconsejable recibir hombres a solas, en sus bibliotecas.

-No sea ridículo, señor. Tengo veinticinco años y muy poco que temer de hombres solos que me vengan a visitar. De todas maneras, soy una mujer de mundo y, como tal no voy a dejar que se me intimide por circunstancias inusuales o extraordinarias.

-¿Es ese un hecho, Srta. Wingfield?

-Seguramente. Creo que el pobre Sr. Draycott fue víctima simplemente de esa clase de pasión intelectual que nace, frecuentemente, a partir del interés por leyendas antiguas. Todo eso de los tesoros perdidos tiene un interés irritante en ciertas personas.

Chillhurst la miró.

-¿Y en usted también surte el mismo efecto, Srta. Wingfield?

-Sí, por cierto. -Olympia se interrumpió, al ver que Draycott comenzaba a recuperar el sentido.- Mire, está abriendo los ojos. ¿Cree que le quedará dolor de cabeza por ese tremendo golpe que usted le asestó?

-Con un poco de suerte, sí -respondió Chillhurst.

-Demonios -se lamentó Draycott-. ¿Qué ha ocurrido? -Durante unos minutos, se quedó mirando a Chillhurst sin comprender la situación. Luego abrió los ojos desmesuradamente, atónito.- ¿Quién diablos es usted, señor?

Chillhurst le miró.

-Un amigo de la familia.

-¿Cómo se atrevió a atacarme? -preguntó Draycott, tocándose tímidamente la mandíbula-. Voy a denunciarle a las autoridades por esa acción, señor. Por Dios.

-No hará nada por el estilo, Sr. Draycott -dijo Olympia, crispada-. Su comportamiento ha sido atroz y, sin duda, ya lo sabe. Seguramente deseará marcharse ahora mismo.

-Primero tendrá que disculparse con usted, Srta. Wingfield -sugirió Chillhurst sin demora.

Olimpia le miró sorprendida.

-¿Sí?

-Maldita sea. Yo no hice nada malo -se quejó Draycott, agraviado-. Simplemente, estaba tratando de ayudar a la Srta. Wingfield a bajar de la escalera. Y mire el agradecimiento que he recibido.

Chillhurst se agachó, cogió a Draycott del pañuelo de cuello y le obligó a ponerse de pie.

-Va a disculparse -le ordenó deliberadamente-Y después se marchará.

Draycott parpadeó varias veces. Miró a Chillhurst a los ojos, que estaban inmutables, y comentó incómodo.

-Sí, claro. Fue todo un error lo lamento mucho.

Chillhurst le soltó sin previo aviso. Draycott se tambaleó y, a toda prisa, se alejó de él para que no pudiera volver a sujetarle. Se dirigió a Olympia con una expresión de inconfundible incomodidad.

-Lamento mucho cualquier malentendido que pueda haber surgido entre nosotros, Srta. Wingfield -dijo Draycott, tenso-. No fue mi intención ofenderla.

-Por supuesto que no. -Olympia no pudo ignorar la diferencia que había entre un hombre y otro. Draycott parecía pequeño e indefenso, al lado del Sr. Chillhurst. Por consiguiente, le resultó bastante difícil recordar el miedo que le había tenido a aquel minutos atrás, antes de que apareciera el Sr. Chillhurst.- Creo que lo mejor será que olvidemos todo este incidente. Hacemos a la idea de que nunca sucedió.

Draycott miró de reojo a Chillhurst.

-Como guste -Se acomodó la chaqueta y la corbata.- Ahora, si me disculpa, debo retirarme. No se moleste en llamar a su ama de llaves. Conozco la salida.

El silencio envolvió la biblioteca en el momento en que Draycott se marchó a toda prisa. Luego, Olympia miró a Chillhurst. Él, en cambio, estaba estudiándola con una expresión indescifrable. Ninguno de los dos pronunció palabra, hasta el momento en que escucharon el ruido de la puerta del vestíbulo, que se cerraba detrás de Draycott.

Olympia sonrió.

-Gracias por venir a rescatarme, Sr. Chillhurst. Fue muy galante de su parte. Nunca antes me habían rescatado. Fue una experiencia inédita para mí.

Chillhurst inclinó la cabeza con burlona cortesía.

-No fue nada, Srta. Wingfield. Me alegra haberle sido de utilidad.

-Por cierto que lo fue. Claro que, sin su intervención, dudo que el Sr. Draycott se hubiera atrevido a algo más que a robar un beso.

-¿Le parece?

Olimpia frunció el entrecejo ante el escepticismo presente en los ojos de Chillhurst.

-En realidad, no es una mala persona. Hace mucho que le conozco. Desde que vine a vivir aquí, en Upper Tudway. Pero debo admitir que su actitud ha sido de lo más extraña

desde que su esposa murió, hace seis meses. -Hizo una pausa-. Se ha interesado repentinamente por las antiguas leyendas, que, justamente, es lo que a mí más me interesa.

-No sé por qué, pero no me sorprende.

-¿Qué? ¿Qué yo también me interese en eso?

-No, no. Que Draycott, repentinamente, haya demostrado interés en esas leyendas. -La expresión de Chillhurst fue sombría.- Obviamente lo ha hecho para seducirla, Srta. Wingfield.

Olympia estaba azorada.

-Por el amor de Dios, no estará insinuando que lo que pasó aquí esta tarde ha sido intencionado, ¿verdad?

-Tengo la gran sospecha de que todo esto ha ocurrido de forma muy intencionada, Srta. Wingfield.

-Ya veo. -Olympia consideró la observación por unos segundos. - No había pensado en esa posibilidad.

-Ya lo creo. De todas maneras, lo más inteligente será que no vuelva a recibir a ese hombre estando sola.

Olympia descartó el consejo.

-Bueno, tampoco es para tanto. Ya terminó. Y yo estoy olvidando mis buenos modales. Tal vez le agradaría beber una taza de té, ¿no? Probablemente, habrá tenido un largo viaje. Llamaré a mi ama de llaves.

El ruido de la puerta exterior que se abría repentinamente impidió que Olympia llamara a su criada, la Sra. Bird. Unos ladridos ensordecedores hicieron eco en el vestíbulo. Uñas de perros rasgaban la puerta de madera, desde el lado externo de la biblioteca. Taconeos de botas. Voces de jóvenes que estallaban a coro como una bomba.

-¿Tía Olympia? ¿Tía Olympia, dónde estás?

-Ya estamos en casa, tía Olympia.

Olympia miró a Chillhurst.

-Me temo que mis sobrinos acaban de regresar de su viaje de pesca. Estarán ansiosos por conocerle. Aprecian mucho a tío Artemis y, sin duda, querrán enterarse de todo lo que usted tiene que contarnos sobre él. También podría mencionar sus habilidades de pugilista. Mis sobrinos le bombardearán a preguntas sobre el tema.

En ese preciso momento, un perro lanudo, de raza indeterminada, entró abruptamente en la biblioteca. Ladró una sola vez, pero intensamente, a Chillhurst y luego avanzó al trote hacia Olympia. Estaba empapado y con sus enormes patas, dejó huellas de barro en la alfombra del recinto.

-¡Ay, Dios mío! Minotauro volvió a soltarse -Olympia se preparó para lo que la esperaba.- Abajo, Minotauro. Abajo, vamos. Muy bien, eso, así se hace.

Minotauro siguió avanzando torpemente, moviendo la lengua de un lado a otro de su boca abierta.

Olympia se alejó de él rápidamente.

-¿Ethan? ¿Hugh? Por favor, llamen al perro.

-Aquí, Minotauro -gritó Ethan desde el pasillo-. Aquí, muchacho.

-Vuelve aquí, Minotauro -gritó Hugh, a su vez.

Minotauro no les prestó ninguna atención. Estaba muy dispuesto a saludar a Olympia y no había quien se lo impidiera. Parecía un monstruo, pero era muy simpático, y Olympia había aprendido a quererlo desde que sus sobrinos lo habían encontrado abandonado y decidieron traerlo a la casa. Por desgracia, la bestia tenía pésimos modales.

El enorme animal se detuvo frente a ella y se paró sobre sus patas traseras. Olympia trató de interponer sus manos entre ambos, como para defenderse, pero supo desde el primer momento que no le serviría para nada.

-Quieto, muchacho, quieto -dijo Olympia sin muchas esperanzas-. Por favor, siéntate. Por favor.

Minotauro ladró, saboreando la victoria. Sus patas sucias comenzaron el inevitable descenso, apoyándose, por supuesto, sobre la impecable delantera del vestido de Olimpia.

-Bueno, ya basta -dijo Chillhurst-. Nunca me gustó tener perros desobedientes en la casa.

De reojo, Olympia notó que Chillhurst avanzaba un solo paso, que le sirvió para tomar el collar de cuero del animal. Así, le presionó hacia abajo hasta que Minotauro apoyó sus cuatro mugrientas patas sobre el suelo.

-Quédate tranquilo -ordenó Chillhurst al perro-. Siéntate.

Minotauro le miró, con auténtico asombro canino. Durante un momento, ambos se miraron fijamente a los ojos. Luego, para sorpresa de Olympia, el animal se sentó sobre sus patas traseras.

-No lo puedo creer -dijo Olympia-. ¿Cómo demonios lo logró? Minotauro jamás obedece las órdenes.

-Simplemente, necesita una mano firme.

-¿Tía Olimpia? ¿Estás en la biblioteca? -Ethan entró en el recinto como una tromba. Su rostro de ocho años revelaba genuino entusiasmo.

Tenía el cabello castaño claro aplastado sobre la cabeza y la ropa tan mojada y embarrada como el pelaje de Minotauro.- Hay un carruaje desconocido en la entrada. Es enorme y parece cargado con muchos baúles. ¿Acaso ha venido a visitarnos nuevamente tío Artemis?

-No - Olympia miraba con el entrecejo fruncido la ropa en estado lamentable de su sobrino y estuvo a punto de preguntarle por qué había ido a nadar vestido.

Pero antes de que pudiera hablar, el mellizo de Ethan, Hugh, entró tan intempestivamente como su hermano en la biblioteca. Además, tenía la camisa rota.

-Tía Olympia, ¿tenemos visitas? -preguntó Hugh, ansioso. Sus ojos azules brillaban de entusiasmo.

Ambos niños se detuvieron repentinamente cuando vieron a Chillhurst. Se quedaron contemplándole, inmóviles, mientras el agua y el barro les chorreaba sobre la alfombra, alrededor de sus pies.

-¿Quién es usted? -le preguntó Hugh sin rodeos.

-¿Viene de Londres? -preguntó Ethan- ¿Qué lleva en el carruaje?

-¿Que le pasó en el ojo? -preguntó Hugh.

-Hugh, Ethan, ¿dónde están vuestros modales? -Olympia miró a ambos muchachos con expresión de reprobación-. Esa no es manera de saludar a una visita. Por favor, subid de inmediato a cambiaros. Parece que os habéis caído en un arroyo.

-Ethan me empujó, entonces yo le empujé a él también -explicó Hugh brevemente-. Y después, Minotauro se tiró al arroyo con nosotros.

Ethan se puso furioso de inmediato.

-Yo no te empujé al agua.

-Sí, me empujaste.

-No, no te empujé.

-Eso no importa ahora -interrumpió Olympia de inmediato-. Subid y os vais a poner presentables. Cuando bajéis os presentaré al Sr. Chillhurst como es debido.

Librodot

-¡Ay, tía Olympia! -se quejó Ethan con ese quejidito chillón que era tan molesto y que últimamente había perfeccionado al punto de hacerlo insoportable-. No seas tan aguafiestas. Dinos primero quién es este tipo.

Olympia se preguntó dónde habría aprendido a hablar ese chiquillo.

-Os explicaré todo más tarde y os aseguro que es muy excitante. Pero estáis los dos muy embarrados y primero tenéis que subir y poneros presentables. Ya sabéis lo mucho que se enfada la Sra. Bird cuando encuentra la alfombra manchada de barro.

-¡Que se vaya al infierno la Sra. Bird! -expresó Hugh.

-Hugh -exclamó Olympia.

-Bueno, ella se viene quejando por cualquier cosa de nada, y tú lo sabes, tía Olympia -Miró a Chillhurst.- ¿Es usted un pirata?

Chillhurst no respondió. Probablemente, porque se escuchó otro ruido tremendo en el pasillo. Dos perros de aguas irrumpieron en la sala. Ladraban, contentos, anunciando su llegada, sin dejar de moverse como salvajes. Luego atravesaron corriendo toda la biblioteca, para averiguar qué demonios estaba sucediendo con Minotauro, que aún seguía sentado sobre sus patas traseras, junto a los pies de Chillhurst.

-¿Tía Olympia? ¿Qué pasa? Hay un carruaje desconocido en la entrada.

-¿Quién está aquí? -Robert, dos años mayor que los mellizos apareció en la puerta. Tenía el cabello más oscuro que sus hermanos, pero el color de ojos era del mismo azul vivaz. Si bien no estaba mojado como los otros dos, tenía las botas cubiertas en una costra de barro y mucha suciedad en la cara y en las manos.

Llevaba un gato enorme debajo del brazo. La cola larga y sucia del animal se arrastraba por el suelo, detrás de él. Tres pequeños pescados colgaban de un sedal que sostenía con la otra mano. Se detuvo en su marcha cuando advirtió la presencia de Chillhurst. Abrió los ojos desmesuradamente.

-Hola. ¿Cómo le va? -saludó Robert-. ¿Quién es usted, señor? ¿El carruaje que está afuera es suyo?

Chillhurst ignoró a los jadeantes perros de agua y observó, cavilante, a los jovencitos expectantes.

-Me llamo Chillhurst -dijo por fin-. Vuestro tío me ha enviado.

-¿De verdad? -preguntó Hugh-. ¿Cómo fue que conoció a tío Artemis?

-Nos conocimos hace poco -dijo Chillhurst-. Se enteró de que yo venía para Inglaterra y me pidió que pasara por Upper Tudway.

La expresión de Robert se encendió.

-Eso significa que, tal vez, nos ha enviado algunos regalos ¿Los tiene en el carruaje?

-Tío Artemis siempre nos envía regalos -explicó Hugh.

-Eso es cierto -corroboró Ethan-. ¿Dónde están nuestros regalos?

-Ethan -dijo Olympia-. Es de mala educación reclamar a un invitado nuestros regalos sin haberle dado previamente la oportunidad de refrescarse un poco después de un viaje tan largo.

-No hay cuidado, Srta. Wingfield -dijo Chillhurst suavemente. Se volvió a Ethan-. Entre otras cosas, tu tío me ha enviado a mí.

-A usted -Ethan parecía desolado.- ¿Y para qué habría de enviarle a usted?

-Porque yo voy a ser el nuevo maestro de vosotros tres -dijo Chillhurst.

Un implacable silencio reinó en la biblioteca. Olympia observó los rostros de sus jóvenes sobrinos, que cambiaron del entusiasmo al espanto.

Se quedaron mirando, atónitos a Chillhurst.

-Por todos los demonios -refunfuñó Hugh.

-No queremos a otro maestro -Ethan arrugó la nariz.- El último fue insoportable. No dejaba de machacarnos la cabeza con el griego y el latín.

-No necesitamos ningún maestro -aseguró Hugh a Chillhurst-. ¿ No es verdad, Robert?

-Es verdad -coincidió Robert de inmediato-. Tía Olympia puede enseñarnos todo lo que necesitamos aprender. Dile que no queremos ningún maestro, tía Olimpia.

-No comprendo, Sr. Chillhurst -Olympia se quedó contemplando al pirata que estaba quieto en su biblioteca.- Seguramente, mi tío no habrá contratado a un maestro para mis sobrinos sin consultarme previamente.

Chillhurst se volvió hacia ella, con una extraña expresión en sus ojos gris plata.

-Pero es exactamente eso lo que ha hecho. Espero que esto no le traiga problemas. He recorrido todo este largo camino, con la promesa de que obtendría un puesto. Confío en serle de utilidad.

-Creo no estar en disposición de poder pagar a otro maestro -dijo Olympia lentamente.

-No tiene que preocuparse por mis honorarios, porque su tío ya me ha pagado todo por adelantado -aclaró Chillhurst.

-Entiendo -dijo Olympia, aunque no sabía qué decir.

Chillhurst se volvió hacia los tres muchachitos que le miraban con abierto rechazo y aprensión.

-Robert, tú volverás por el mismo camino que entraste. Irás a la cocina a llevar esos pescados y a limpiarlos.

-La Sra. Bird es la que siempre los limpia -le aclaró Robert de inmediato.

-Tú los pescaste. Tú los limpias -contestó Chillhurst con toda serenidad-. Ethan, Hugh, ustedes se llevarán estos perros inmediatamente de aquí.

-Pero los perros siempre entran a la casa -dijo Ethan-. Al menos, Minotauro es el que entra. Los otros dos son del vecino.

-Por lo tanto, sólo Minotauro tendrá derecho a entrar en la casa, siempre y cuando esté limpio y seco. Encárguense de que los otros dos perros vuelvan a su casa y ocúpense del de ustedes.

-Pero, Sr. Chillhurst -Ethan empezó otra vez con ese tonito chillón tan exasperante.

-Nada de llantitos. Me molestan sobremanera -reprendió Chillhurst. Extrajo su reloj de oro del bolsillo y miró la hora-. Bien, tenéis media hora para tomar el baño y cambiar de ropa y poner una limpia.

-Yo no necesito bañarme -gruñó Robert.

-Pero te bañarás y lo harás rápidamente -Volvió a guardarse el reloj en el bolsillo.- Una vez que hayan terminado, nos reuniremos y hablaremos de los diferentes estudios que habrán de seguir mientras yo esté a cargo, ¿Queda entendido?

-Carajo -murmuró Robert-. Es un loco perdido. Eso es lo que es.

Ethan y Hugh seguían mirando a Chillhurst con expresiones aterradas.

-Pregunté si queda entendido -Repitió Chillhurst con una voz peligrosa.

Los ojos de Ethan y de Hugh se centraron en el cuchillo que Chillhurst llevaba en la pierna.

-Sí, señor-dijo Ethan de inmediato.

Robert dirigió a Chillhurst una mirada rebelde pero no discutió.

-Sí, señor.

-Os podéis retirar -dijo Chillhurst.

Los tres muchachitos se volvieron y marcharon hacia la puerta. Los perros les siguieron con la misma premura. Por un breve lapso, hubo una conmoción en la salida, pero pronto se resolvió.

Un momento más y reinó la paz nuevamente en la biblioteca.

Olympia se quedó mirando la puerta, vacía, sin poder creerlo.

-Eso fue absolutamente increíble, Sr. Chillhurst. Puede considerar que el puesto es suyo.

-Gracias, Srta. Wingfield. Me dedicaré plenamente a mi tarea con el fin de ganarme mis honorarios.

2

-Debo ser totalmente honesta con usted, Sr. Chillhurst -Olimpia colocó una mano encima de la otra, sobre el escritorio y observó a Chillhurst.- En los últimos seis meses, he contratado a tres maestros distintos y no logré que ninguno de ellos se quedara más de quince días.

-Le aseguro que me quedaré todo el tiempo que sea necesario, Srta. Wingfield -Jared se reclinó contra el respaldo de su silla, apoyando los codos sobre los reposabrazos tapizados de la misma. Unió las yemas de los dedos y miró a Olympia por encima de la figura que había creado con sus manos.

Maldición, pensó. No podía quitarte los ojos de encima. Olympia le había fascinado desde el primer momento que la vio en la biblioteca. No, se corrigió, pues recordó que su fascinación había comenzado aquella noche, en la mugrienta taberna francesa, cuando Artemis Wingfield describió a su original sobrina. Durante toda la travesía, mientras cruzaba el canal, Jared no había hecho otra cosa más que especular sobre la mujer que había sido capaz de localizar el diario Lightboume. Varios miembros de su familia habían tratado de llegar a él, en vano. ¿Qué clase de mujer había podido vencerles?

Sin embargo, aun admitiendo abiertamente que la muchacha despertaba gran curiosidad en él, no podía explicar esa sensación tan extraña que experimentó cuando entró

en la biblioteca y encontró a Draycott tomándola por el tobillo. En ese momento, su impulso fue perturbador, casi salvaje en intensidad.

Ocurrió como si hubiese sido su mujer la que estaba siendo atacada por un extraño. Habría estrangulado a Draycott, pero al mismo tiempo, se enfureció por la falta de sentido común de Olimpia. Habría querido zarandearla, arrastrarla hacia la alfombra y hacer el amor con ella.

Jared estaba asombrado por la fuerza de sus sentimientos. Recordó lo que había vivido el día que conoció a su prometida, Demetria Seaton en brazos de su amante. Ni en ese momento, había tenido una reacción tan violenta como la que experimentó con Olimpia.

No tenía sentido. No tenía lógica alguna.

Pero aun bajo la luz de esos hechos, Jared tomó una determinación en cuestión de segundos. Todos aquellos planes, eminentemente lógicos y fríamente concebidos, se esfumaron en un abrir y cerrar de ojos. Toda intención de perseguir el diario y sus secretos para luego regresar a sus negocios de costumbre, se desvanecieron en un instante.

Con un inédito desdén por el sentido común, totalmente atípico en él, mandó el diario Lightbourne al cuerno. Lo último que deseaba era hacer un mundano pacto comercial con Olympia. En realidad, no soportaba ni siquiera ese pensamiento.

La deseaba. La deseaba.

Una vez que descubrió su realidad, lo único que realmente le parecía importante era que, por fin, había hallado la manera de quedarse cerca de su hermosa sirena. Jared necesitaba explorar esa atracción feroz, poderosa y apasionada, aunque fuera lo último que hiciera en la vida.

Ya nada le importaba tanto como eso: ni su maquinado plan para conseguir el diario y terminar así con la persecución familiar del mismo, ni sus asuntos comerciales, ahora tan lejanos de su entorno, ni siquiera dar con la persona que le estaba estafando.

Su familia, así como sus negocios y el maldito estafador, podían esperar un tiempo. Por primera vez en la vida, estaba a punto de hacer algo que realmente quería y al diablo con sus responsabilidades.

Con su espontánea sagacidad de siempre, Jared se había aferrado a la solución más obvia: presentarse como el nuevo maestro. Y le resultó extremadamente sencillo, como si el destino hubiera tomado las riendas del asunto.

Pocos momentos después, Jared tuvo la oportunidad de reflexionar sobre su impulso. Se preguntó si no se habría vuelto loco.

De todas maneras, no podía arrepentirse de lo que había hecho. Sabía que el deseo que sentía en sus entrañas y el calor que corría por sus venas constituían serias amenazas para su tan preciado autocontrol. Pero aunque ignoraba por qué, le importaban un rábano los riesgos que correría.

Esa despreocupación era lo que más le llamaba la atención. Algo que Jared siempre había valorado en la vida era la calma, la frialdad y lógica con las que emprendía cada aspecto de su vida.

En una familia en la que todos sus miembros siempre parecían estar a merced de sus pasiones y caprichos, el autocontrol y la compunción calculada siempre habían brindado a Jared paz interior y sentido del orden.

Había aprendido a dominar sus emociones a tal punto, que llegó a preguntarse si aún le quedaría alguna.

Pero ahora, Olympia Wingfield le había demostrado que sí. Definitivamente, ella era una sirena, pensó Jared. Una sirena de la que aún desconocía los alcances de su poder.

No fue la belleza de Olympia lo que había logrado penetrar en esa coraza con la que Jared se había protegido durante tanto tiempo. Admitió que la belleza de Demetria era mucho más refinada y elegante.

Pero Olympia, con su cabello rojizo salvaje, sus rasgos expresivos y el color de ojos de una laguna escondida, iban más allá de la belleza, pensó Jared. Era excitante. Intrigante. Vivaz. Había un encanto inocente en ella, tan cautivador que Jared jamás lo habría imaginado.

Jared tenía la sensación de que aquel cuerpo delgado, de curvas poco pronunciadas, entonaba una canción silenciosa y sensual, debajo del vestido de muselina que llevaba puesto. Todos los Reginald Draycott del mundo tendrían que ir a otra parte a buscar compañía femenina, porque él quería a Olympia y no permitiría que ningún hombre se le acercase, mientras él fuera víctima de su hechizo.

A pesar de que seguía bajo la influencia de la curiosidad y la fascinación, Jared advirtió que había un aire de desorganización y desparpajo en torno de Olympia. Su atuendo presentaba un toque divertido, desde la cofia torcida sobre su cabellera de fuego hasta el calcetín de algodón que se había zafado del jarrete y caía simpáticamente sobre su tobillo.

Tenía el aspecto de una mujer atrapada entre el mundo cotidiano y algún fabuloso paisaje que sólo ella podía ver.

Era una marisabidilla, una mujer para ser exhibida, pero, aparentemente, se mostraba contenta con su destino. Jared bien podría haber asumido que a Olympia le agradaba su soltería. Para entonces, indudablemente, la joven habría descubierto que había muy pocos hombres capaces de entender, y mucho menos compartir, su mundo interior privado.

Olimpia se mordió el labio inferior.

-Es muy amable por su parte prometer quedarse, y estoy segura de que tendrá las mejores intenciones. La cuestión es que mis sobrinos son un poco difíciles de llevar. Han tenido problemas para adaptarse a vivir aquí.

-No se preocupe, Srta. Wingfield. Yo me encargaré de ellos. -Después de años de trato con ladinos comerciantes, beligerantes capitanes de barcos, alguno que otro pirata y los miembros de su propia familia, la perspectiva de gobernar a tres muchachitos malcriados no intimidaba a Jared.

Por un instante, la esperanza se encendió en los magníficos ojos verde azulados de Olympia. Luego, bufó repentinamente.

-Confío en que sus métodos de educación no se basen en los azotes, Sr. Chillhurst. No permitiré que les golpee. Ya han sufrido lo suficiente en estos últimos dos años, después de la muerte de sus padres.

-No comparto la idea de controlar a una persona o a un caballo con un azote, Srta. Wingfield. -Humildemente, Jared se sorprendió al escucharse repetir la misma frase que años atrás le había dicho su padre-. Esos métodos sólo sirven para quebrar el espíritu o crear un comportamiento vicioso en la víctima.

Olympia volvió a animarse.

-Es exactamente lo que yo pienso. Sé que muchos creen que esas viejas técnicas disciplinarias dan buenos resultados, pero yo no las comparto. Mis sobrinos son buenos niños.

-Entiendo.

-Sólo hace seis meses que los tengo a mi cargo -continuó Olympia-. Después del fallecimiento de sus padres, fueron pasando de un pariente a otro. Cuando llegaron a mi casa, estaban ansiosos, aunque decepcionados. Hugh, ocasionalmente, tiene pesadillas.

-Entiendo.

-Ya sé que son terriblemente indisciplinados, pero al menos tengo la satisfacción de que en los últimos meses han aprendido a estar más contentos. Durante las primeras semanas, se les veía demasiado callados. Yo estimo que ese estado de alboroto constante en el que viven es un síntoma de su nueva felicidad.

-Es muy probable que sean más felices ahora -concedió Jared.

Olympia entrelazó los dedos, apretándolos.

-Sé cómo se sintieron el día que sus tíos de Yorkshire les dejaron aquí, conmigo. Sufrí en carne propia aquella dolorosa soledad y aprensión cuando me depositaron en casa de tía Sophy.

-¿Cuántos años tenía entonces?

-Diez. Cuando mis padres se perdieron en el mar, tuve que pasar de pariente en pariente, igual que mis sobrinos. En realidad, nadie quería cargar con la responsabilidad de criarme, aunque algunos trataron de cumplir con su deber.

-El deber mal remplaza al afecto.

-Muy cierto, señor. Y un niño capta muy bien la diferencia. Finalmente, terminé aquí, en casa de tía Sophy. Tanto ella como tía Ida tenían más de sesenta años entonces, pero me aceptaron y me enseñaron lo que era un hogar de verdad. Yo tengo la intención de hacer lo mismo con mis sobrinos.

-Muy loable, Srta. Wingfield

-Desgraciadamente, no tengo mucha experiencia en criar muchachos -admitió Olympia. -A veces tengo miedo de regañarles, para que no se sientan rechazados.

- Una rutina ordenada y una disciplina razonable no hacen que un niño se sienta rechazado -dijo Jared con voz serena-. Precisamente, sucede lo contrario.

- ¿De verdad lo cree?

Jared golpeteó las yemas de los dedos entre sí.

-En mi opinión de maestro, un esquema de clases firmemente establecido y las actividades instructivas beneficiarán en mucho a sus sobrinos.

Olympia suspiró aliviada.

-No dude que le estaré infinitamente agradecida si esta casa recupera un poco su orden habitual. Le juro que es casi imposible trabajar con todo el ruido y el alboroto que se oye desde fuera. En los últimos meses, no he podido escribir ni un solo artículo. Parece que viviéramos constantemente en crisis.

-¿En crisis?

-El domingo pasado, Ethan llevó una rana a la iglesia. No creerá el revuelo que se armó. Hace pocos días, Robert trató de montar el caballo de un vecino y terminó rodando por los suelos. El vecino se puso furioso porque no había dado permiso a Robert para que montara el animal y yo estaba aterrada por si mi sobrino se hubiese lastimado seriamente. Ayer, Hugh y el pequeño Charles Bristow se enzarzaron en una pelea. La madre del niño se puso histérica y provocó un escándalo.

-¿Por qué se pelearon? -preguntó Jared con curiosidad.

-No tengo la menor idea. Hugh no quiso decírmelo. Pero la nariz le sangraba a chorros. Pensé que la tendría rota.

-¿Debo entender que Hugh perdió la pelea?

-Sí, pero eso no viene al caso. El tema es que no debió haberse peleado, en primer lugar. Yo estaba muy asustada. La Sra. Bird me dijo que debía apretar las clavijas a ese niño, pero yo no lo haré, por cierto. De todos modos, con eso se podrá dar una idea de la clase de vida que llevo desde hace unos meses.

-Hmmm.

-Y siempre parece haber tanto ruido -continuó Olympia, desalentada. - Esto siempre parece un manicomio. -Se rascó la ceja.- Debo confesar que, a veces, se pone difícil.

-No se preocupe, Srta. Wingfield. Está en buenas manos. Estableceré una rutina ordenada para los niños, de modo que usted pueda proseguir con su trabajo. Y hablando del tema... debo confesar que su biblioteca me impresiona.

-Gracias -Momentáneamente distraída por el comentario, Olimpia miró la habitación con orgullo y cariño.- Heredé la mayor parte de esto libros de mis tías Sophy e Ida. En su juventud, ambas viajaban mucho, traían todos los libros y manuscritos que encontraban en los sitios que visitaban. Hay muchos, muchos tesoros en esta sala.

Jared logró apartar su mirada de Olympia lo suficiente como para poder examinar más detenidamente el material bibliográfico. El recinto era tan impredecible e intrigante como ella.

Se trataba de un recinto para intelectuales, lleno de tomos, mapas y globos terráqueos. No había libros con flores secándose ni canastas de costura a la vista. El escritorio de Olympia era grande y fuerte, hecho en caoba lustrada, para nada similar a las delicadas mesitas que la mayoría de las mujeres usaban para escribir.

-En cuanto a su trabajo aquí, Sr. Chillhurst -Olympia frunció el entrecejo en señal de incertidumbre-, creo que deberé pedirle referencias. La Sra. Millón, una vecina mía, me ha informado que no es conveniente contratar a un maestro que no brinde excelentes referencias de varios trabajos anteriores.

Jared la miró.

-Su tío me envió. Creo que es una recomendación más que suficiente.

-¡Oh, sí! -La expresión de Olympia recuperó la tranquilidad.

-Sí, por supuesto. ¿Qué mejor referencia que esa?

-Me alegro que piense así.

-Entonces, queda todo arreglado -Olympia estaba feliz de no tener que entrar en esos minuciosos detalles de tener que recoger referencias del hombre como maestro.- ¿De modo qué conoció a tío Artemis en Francia?

-Sí, yo me dirigía de España a Inglaterra.

-¿Ha estado en España? -Olympia se mostró excesivamente entusiasmada.- Siempre he querido ir a España. Y a Italia. Y a Grecia.

-Bueno, yo he visitado todos esos lugares -Jared hizo una pausa para estudiar la reacción de la muchacha.- Y también las Indias Occidentales y América.

-¡Qué excitante, señor! ¡Cómo le envidio! Usted es, indudablemente, un hombre de mundo.

-Algunos dirían que sí -coincidió Jared. Pero interiormente, se dijo que no era más que un hombre. Y como tal, no podía evitar sentirse cautivado por la luz de femenina admiración que brilló en los ojos de la sirena.

-Entonces, me imagino que usted será muy versado en el conocimiento de las costumbres de los habitantes de otros países.- Olimpia lo miró, expectante.

-He hecho algunas observaciones- dijo Jared

-Yo me considero una mujer de mundo gracias a la excelente educación que recibí de mis tías- le confió Olimpia-. Pero en realidad no he realizado ningún viaje al exterior. Mis tías no me dejaron mucho dinero antes de morir. Yo vivo de la escasa herencia que me han dejado, pero por supuesto, no me alcanza para costear un viaje de esa naturaleza.

- Comprendo.- Jared sonrió por la noción que tenía Olimpia sobre eso de ser una mujer de mundo.- Bueno, Srta. Wingfield, creo que hay todavía un par de cosas que debemos discutir con respecto a mi trabajo en esta casa.

-¿Las hay?

-Eso me temo.

-Pensé que ya habíamos agotado el tema. -Olympia se acomodó en su silla y exhaló un suspiro casi imperceptible, muy sensual, que, en cualquier otra mujer habría delatado signos de pasión.- Nunca he conocido a ninguna otra persona que haya viajado tanto como usted, señor. Realmente me encantaría hacerle unas cuantas preguntas y corroborar sus respuestas con algunos datos que he extraído de mis libros.

Jared se dio cuenta de que Olympia estaba observándole como si hubiera sido el hombre más apuesto, más fascinante y más deseable en la faz de la tierra. Ninguna mujer le había mirado antes con tanto desparpajo.

Aparentemente, ni siquiera parecía preocuparse por el ojo que llevaba tapado con un parche.

Jared nunca se había considerado un hábil seductor de mujeres. Para empezar, desde los diecinueve años, había estado demasiado ocupado como para dedicarle mucho tiempo a esas cosas. Y, tal como siempre se lo decía su padre, le faltaba el fuego de los Flamecrest.

Y no porque le fallaran los apetitos masculinos normales, pensó Jared.

Por el contrario, los tenía bien identificados. Sabía perfectamente bien lo que era pasar una noche en vela, ansioso por tener entre sus brazos una cálida y generosa mujer.

El problema relacionado con todo ese asunto era que no se consideraba partidario de involucrarse en romances efímeros e insignificantes. Los que había tenido en los últimos tiempos le habían dejado con una especie de vacío, totalmente insatisfecho. Y tenía la sospecha de que sus compañeras se habían sentido así. Como Demetria siempre le había señalado, una vez superado el deslumbramiento de su título y demás, quedaba muy poco interesante por descubrir.

Pero ese día en particular, un profundo instinto masculino le indicó que podía seducir a Olympia Wingfield. Con ella no tendría que recurrir a ramos de flores, ni a poemas, ni a miradas especiales. Todo lo que tendría que hacer sería impresionarla con las historias, de sus viajes.

Consideró cómo emprendería la seducción. Indudablemente, Olimpia le sonreiría por las historias que él pudiera contarle sobre Roma o Nápoles. Probablemente, se derretiría con alguna anécdota de un viaje a América. Y vaya uno a saber de qué sería capaz si empezaba

con relatos sobre las Indias Occidentales. Se le endureció el cuerpo al analizar todas las posibilidades.

Jared inspiró profundamente y trató de repeler esa repentina sensación fogosa que lo abrumaba. Hizo lo que siempre hacía cada vez que sentía que el cuerpo le flaqueaba. Metió la mano en el bolsillo interno de su chaqueta para tomar su libro de citas. Advirtió que Olympia miraba muy interesada, mientras él consultaba los compromisos que tenía apuntados para ese día.

-Primero debemos tener en cuenta las mercaderías que su tío despachó y que encomendó a mi cuidado -anunció Jared.

-Sí, por supuesto-dijo ella sucintamente-. Fue muy amable por su parte haber escoltado las mercaderías hasta aquí. Tío Artemis y yo hemos llegado a un acuerdo muy rentable, que espero ya se lo haya explicado. Él escoge ciertos artículos que le resultan de interés durante sus viajes y me los envía desde donde esté. Luego, yo los vendo a algún mercader de Londres.

Jared trató de imaginar a Olympia como astuta vendedora de suntuosidades importantes, pero no lo consiguió.

-¿Le importa si le pregunto cómo consigue a sus potenciales compradores, Srta. Wingfield?

Ella le obsequió con una sonrisa radiante.

-Es muy sencillo. Uno de mis vecinos, el terrateniente Pettigrew, ha tenido la gentileza de colaborar conmigo en ese aspecto. Él dice que es lo menos que puede hacer, por respeto a mis queridas tías que, durante tantos años, fueron vecinas suyas.

-¿Y cómo se encarga Pettigrew de las mercaderías?

Olympia agitó la mano en un vago gesto.

-Creo que su hombre de confianza en Londres se encarga de todos los detalles.

-¿Y usted cree que el hombre de confianza del terrateniente Pettigrew hace buenos negocios? -insistió Jared.

Olympia sonrió y se inclinó hacia adelante, dando a entender que le haría una confidencia.

-Con el ultimo embarque, obtuvimos casi doscientas libras.

-¿De verdad?

-Claro que aquel embarque había sido excepcional. Tío Artemis había enviado unos cuantos metros de seda y una gran variedad de especies en esa ocasión. No creo que esta vez seamos tan afortunados.

Jared pensó en las aproximadamente tres mil libras en mercancías que él había escoltado desde Francia. Se había visto obligado a contratar a dos hombres forzudos, como guardias, después de que el barco hubiese anclado en Weymouth.

Jared extrajo una hoja de papel doblado de su libro de citas.

-Esta lista enumera los artículos que su tío le envía en este embarque.- Se la entregó a Olympia. -En comparación, ¿cómo es con respecto al envío anterior?

Olympia tomó la hoja de sus manos y la examinó frunciendo el entrecejo distraída.

-No recuerdo exactamente qué incluía el despacho anterior, pero creo que esta vez no hay tanto encaje. Y tampoco veo ninguno de esos abanicos italianos que tío Artemis incluyó en su viaje previo.

-Hay varios rollos de seda y algo de terciopelo en este despacho -señaló Jared.

Olympia apenas se encogió de hombros.

-El terrateniente Pettigrew me ha dicho que, desgraciadamente, el mercado de las sedas y del terciopelo está muy decaído en la actualidad. En suma, creo que esta vez reuniremos menos dinero que la vez anterior. Pero, de todas maneras, sacaremos nuestra tajada de esto, como dicen mis sobrinos.

Jared se preguntó cuántas veces el terrateniente Pettigrew habría engañado a Olympia.

-Tengo cierta experiencia en el negocio de las mercaderías importadas, Srta. Wingfield.

-¿De verdad? -Ella le miró auténticamente sorprendida.

-Sí -Jared pensó en los cientos de miles de artículos que llenaban las bodegas de los barcos de los Flamecrest todos los años.- Si usted quiere, yo puedo hacerme cargo de este embarque en su lugar.

-Es muy generoso por su parte. -Obviamente, Olympia estaba fascinada ante su sentido de colaboración.- ¿Pero está seguro de que quiere asumir esa responsabilidad? El terrateniente Pettigrew me dice que es una tarea que consume mucho tiempo, que uno debe cuidarse mucho de los estafadores.

-Espero que sepa de qué está hablando. -En su interior, Jared pensó que el terrateniente Pettigrew debía reconocer de inmediato a un estafador cuando le veía, porque, sin duda sería como él.- Pero, al menos, creo que con este despacho podré obtener las mismas ganancias que obtendría el terrateniente Pettigrew, si no mejores.

-Tendrá que quedarse con una buena comisión por sus servicios, por supuesto.

-Eso no será necesario. -El calculador cerebro de Jared comenzó a analizar la cuestión, pesando y calibrando el trabajo. Encomendaría la tarea a su hombre de confianza, Félix Hartwell. Y cuando le enviara las instrucciones a éste, aprovecharía la ocasión para seguir indagando sobre los fondos que a él le habían malversado.- Consideraré esta tarea como parte de mi trabajo en la casa.

-¿De verdad? -Olympia le miró embelesada.- Qué extraño. Ningún otro maestro consintió en extender sus responsabilidades fuera del salón de clases.

-Confío en que mi presencia le resulte de utilidad -dijo Jared suavemente.

La puerta de la biblioteca se abrió bruscamente, permitiendo la entrada de una mujer regordeta, que llevaba un delantal y una cofia. Sostenía una bandeja entre sus manos enrojecidas por el trabajo.

-¿Qué ocurre? ¿Qué es toda esta historia del nuevo maestro?-miró a Olympia, bastante alterada.- ¿Va arruinar otra vez los sueños y esperanzas de otro pobre infeliz que se crea capaz de educar a esos monstruos?

-Mis sobrinos no son unos monstruos. -Olympia miró a la mujer mayor con gran desaprobación.- Sra. Bird, le presento al Sr. Chillhurst. Tío Artemis me lo ha enviado y creo que me será de gran utilidad. Sr. Chillhurst, ella es la Sra. Bird, mi ama de llaves.

Jared pensó que nada en la Sra. Bird daba a uno la imagen de una etérea criatura delicada y femenina. Era una mujer robusta, de cara redonda y nariz larga, que parecía haber pasado toda su vida con los pies bien firmes sobre la tierra. Sus ojos cansados revelaban una expresión constante de alerta.

-Vaya, vaya, vaya -La Sra. Bird apoyó la bandeja ruidosamente; miró a Jared de reojo mientras servía el té.- Conque esos diablos que están allá arriba tenían razón. Usted parece más un valiente pirata que un maestro, Sr. Chillhurst.

-¿De verdad? -Jared arqueó las cejas, ante la confianza con la que se desenvolvía la criada, pero advirtió que para Olympia, nada estaba fuera de lugar. Aceptó la taza y el plato con fría gentileza.

-No importa.-La Sra. Bird le miró significativamente.- Se necesita que alguien sepa usar una cachiporra y una pistola con esos pillos. Casi despedazaron a los tres pobres hombres sabios que la Srta. Olympia contrató. Sí, eso hicieron.

Olympia miró de inmediato a Jared. Sus ojos denotaron una gran alarma.

-Sra. Bird, realmente no me parece justo que asuste al Sr. Chillhurst de ese modo, dándole tan mala impresión.

-¿Por qué no? Tarde o temprano, se va a enterar de la verdad. Me gustaría saber cuánto va a durar, si, me gustaría- ¿Lo va a poner en la misma casa de guardabosques que puso a los otros tres?

Olympia sonrió a Jared.

-La Sra. Bird se refiere a la cabaña que está al pie del camino, ¿Tal vez la vio cuando llegó?

-Sí. Estará en perfectas condiciones para mí.

-Estupendo. -Olympia pareció aliviada.- Veamos ahora. ¿Qué más nos queda por conversar? Ah, sí. Será un honor que comparta la mesa con nosotros. En el piso de arriba hay una habitación que puede servir perfectamente como salón de clases. Y por supuesto, tiene plena libertad para usar mi biblioteca-. Hizo una pausa, aparentemente con la idea de si hubiese olvidado de mencionar algo. -Puede empezar mañana temprano.

La Sra. Bird volvió los ojos.

-¿Y qué conseguirá ganar? -Echó, de reojo, una mirada de advertencia a Jared.- Tiene que hacerse a la idea que la Srta. Olympia es muy mala para los números. Siempre se olvida de pagar y uno tiene que estar recordándole esas cosas. No sea tímido para pedirle su dinero.

Olympia la miró, hecha una furia.

-Ya basta, Sra. Bird. Habla como si yo tuviera el cerebro de un mosquito. Sucede que el Sr. Chillhurst ya recibió su sueldo por adelantado, de manos de mi tío Artemis. ¿No es cierto, Sr. Chillhurst?

-No tiene por qué preocuparse de mis honorarios, Srta. Wingfield -contestó Jared con cortesía.

Olympia dirigió una mirada triunfante a su criada.

-¿Lo ve, Sra. Bird?

La Sra. Bird protestó de forma que pudiera hacerse oír. No se veía absolutamente convencida, pero dejó las cosas como estaban. -Si va a cenar con la familia, debe saber que hay rosado y cherry en la bodega.

-Gracias -dijo Jared.

-La Srta. Sophy y la Srta. Ida siempre tomaban uno o dos tragos de uno o del otro después de cenar, y uno o dos tragos de brandy antes de irse a la cama. Es bueno para hacer la digestión, sabe. La Srta. Olympia sigue con la misma tradición.

-En especial, desde que llegaron mis sobrinos -barbulló Olympia.

-Gracias, Sra. Bird. -Jared sonrió brevemente a Olympia.- Me agradaría beber una o dos copas de clarete antes de la cena hoy. Ha sido un largo viaje.

-Supongo -dijo la Sra. Bird-. ¿Cuánto tardó?

-Lo suficiente -respondió Jared-. A propósito, ¿a qué hora suele servirse la cena en la casa?

-¿Cómo puedo saberlo yo? Todo depende de cuándo la Srta. Olimpia logre traer a esos demonios a la mesa. Nunca son puntuales para las comidas. Siempre tienen una excusa.

-Ya veo -dijo Jared-. En ese caso, Sra. Bird, esta noche y todas las noches sucesivas, la cena se servirá a las seis. Todo el que no se presente a la mesa a esa hora se quedará sin comer- ¿Está claro?

La Sra. Bird le miró espantada.

-Sí, está clarito como el agua.

-Perfecto. Ya puede retirarse, Sra. Bird.

La mujer le miró, totalmente descontrolada.

-¿Y quién es el que da las órdenes por aquí ahora, eh?

-Hasta nuevo aviso, yo -contestó Jared con toda frialdad. Vio que Olympia empezaba a abrir los ojos desmesuradamente-. En nombre de mi empleadora, por supuesto.

-Bah, de todas maneras, me parece que le va a durar poco eso de mandonear -declaró la Sra. Bird antes de retirarse.

Olympia se mordió el labio.

-No le haga caso, Sr. Chillhurst. Es un poco brusca, pero bien intencionada. La verdad es que no sé qué habría hecho sin ella. La Sra. Bird y su difunto esposo trabajaron durante años para mis tías y después siguió conmigo. Yo le estoy muy agradecida. No

Librodot

cualquiera aceptaría trabajar para mí. ¿Sabe? Aquí, en Upper Tudway, consideran que soy un poco rara.

Jared advirtió la expresión de soledad en sus ojos.

-Sin duda, Upper Tudway no está acostumbrada a tener una mujer de mundo entre sus habitantes.

Olympia sonrió lánguidamente.

-Muy cierto. Es lo que siempre me decían tía Sophy y tía Ida.

-No se preocupe- Estoy seguro de que la Sra. Bird y yo nos llevaremos bien. -Jared bebió un sorbo de su té.- Hay otro punto que me gustaría discutir con usted, Srta. Wingfield.

Olympia entrecerró los ojos, preocupada.

-¿Me he olvidado de algo?. A fin de cuentas, la Sra. Bird tiene razón. Siempre dejo de lado cosas que para mí son triviales, pero que para los demás, pueden resultar de importancia.

-No ha desestimado nada importante -le aseguró Jared.

-Gracias a Dios. -Olympia, se relajó en su asiento.

-Su tío me pidió que le informara de que, además de la mercadería para vender, le envía unos cuantos libros. Entre ellos, un viejo diario.

El encantador aire de distracción permanente se desvaneció de la expresión de la muchacha en un abrir y cerrar de ojos. Concentró toda su atención.

-¿Qué ha dicho?

-Que entre las mercancías hay un libro, el diario de Lightbourne Srta. Wingfield. -Jared no tuvo que esperar mucho para ver la reacción de la joven.

-Lo encontró. -Olympia se puso de pie como por impulso de un muelle. Tenía el rubor característico de un entusiasmo exagerado. Los ojos le brillaban como una llama turquesa.- Tío Artemis encontró el diario de Lightbourne.

-Eso fue lo que dijo.

-Dónde está? -preguntó Olympia entusiasmada.

-Está embalado en uno de los baúles que están en el carruaje. No estoy seguro en cuál.

Y no fue porque no hubiera estado tentado de hacerlo. La cuestión fue que no tuvo la oportunidad de detenerse y ponerse a buscar el diario.

Una vez que el buque llegó a puerto. Sólo se dedicó a encontrar un carruaje, los dos guardias y a cargar todos los baúles. Luego viajó toda la noche hasta llegar a Weymouth. Y sólo se detuvo en el momento de llegara Upper Tudway. Prefirió correr el riesgo de que le asaltaran por el camino a dejar las mercaderías en alguna hostería desconocida, a merced de cualquier ladrón.

-Debemos descargar ese carruaje de inmediato. Estoy ansiosa por ver ese diario. -Olympia no podía contener la excitación y el entusiasmo.

Rodeó el escritorio, se recogió la falda y fue corriendo hacia la puerta.

Jared la observó, divertido, mientras ella salía de la biblioteca. Pensé que si se veía obligado a vivir en esa caótica casa por un tiempo, tendría que ser él quien estableciera las reglas y quien las pusiera en vigencia.

Nada remplazaba el orden de una buena rutina.

Debía comenzar tal como pensaba continuar.

Solo en la biblioteca, Jared terminó tranquilamente su té. Luego dejó la taza sobre el plato y extrajo el reloj de su bolsillo. Miró la hora.

-Faltaban diez minutos para que sus jóvenes alumnos estuvieran a punto de bajar.

Deliberadamente, se puso de pie y caminó hacia la puerta.

3

Varios días después, la Sra. Bird entró bruscamente en la biblioteca con una bandeja de té.

-Me parece tan raro que haya tanto silencio por aquí últimamente. -Apoyó, sin ceremonia alguna, la bandeja sobre el escritorio de Olympia.- Rarísimo, no se discute.

De mala gana, Olympia abandonó la lectura del diario Lightbourne, que presentaba un lenguaje muy complicado. Le gruñó a la Sra. Bird.

-¿De qué rayos habla? Pensé que el silencio era algo agradable. La verdad es que, desde ahora, estamos aprendiendo el significado de la palabra paz, algo que ignorábamos desde que mis sobrinos llegaron.

Los últimos días habían sido una verdadera felicidad, en cuanto se refería a Olimpia. No podía creer que Jared Chillhurst hubiera implantado un cambio tan radical en la casa, a corto plazo. Ya no hubo más botas embarradas en los pasillos, ni sapos en los cajones de su escritorio, ni parloteos constantes a una distancia audible.

Los tres niños llegaban puntualmente a la mesa, a la hora de comer, pero lo más notable en ellos era que se presentaban limpios y prolijos.

- No es algo natural.- La Sra. Bird sirvió té en la única taza que tenía sobre la bandeja.- Yo quisiera saber qué está haciendo ese pirata allí arriba con esos tres diablos.

-El Sr. Chillhurst no es ningún pirata -le reprendió Olympia severamente.- Ya le he dicho que deje de llamarle así. Es maestro. Y un maestro muy bueno, por lo que nos ha demostrado hasta el momento.

-Ja, ja. Está allá arriba, torturando a esos pobres muchachitos. Eso es lo que está haciendo. Mire, me juego la cabeza a que les está amenazando con hacerles andar la pasarela si no se portan bien.

Olympia sonrió brevemente.

-Aquí no tenemos pasarela.

-Bueno. Entonces seguro que les está haciendo creer que les va a golpear con un látigo si no hacen lo que él dice.

-Estoy segura de que Robert habría acudido a mí de inmediato si el Sr. Chillhurst les hubiera amenazado tan seriamente.

-A menos que el pirata le haya dicho que le cortará el cuello en pedacitos si se le ocurre hablar con usted.

-¡Oh!; por el amor de Dios, Sra. Bird. Usted, últimamente, no hacía más que decir que lo que mis sobrinos necesitaban era una mano firme.

La Sra. Bird colocó la tetera sobre la bandeja y se apoyó sobre el escritorio.

-Pero no dije que debía aterrorizarles para que se portaran bien. Después de todo, muy en el fondo, son niños buenos.

Olympia golpeteó su pluma sobre el escritorio.

-¿De verdad cree que el Sr. Chillhurst les ha amenazado con tomar medidas violentas para que se comporten como es debido?

-Bueno, ya que me lo pregunta, le diré que no hay nada mejor, ninguna cosa es más efectiva que la violencia para conseguir que unos niños muy traviesos se corrijan en poco tiempo- La Sra. Bird miró detenidamente el cielorraso.

Olympia le siguió la mirada. No se escuchaban golpes ni ruidos en el piso de arriba. Tampoco gritos distantes. Ese silencio tan antinatural empezó a poner un poco nerviosa a Olympia.

-Supongo que lo mejor será que suba a mirar lo que está pasando. -Olympia cerró el diario con cierta reticencia y se puso de pie.

-Tendrá que prestar bien el oído, Srta. Olympia -le advirtió la Sra. Bird-. Según parece, el Sr. Chillhurst quiere darle siempre una buena impresión. Seguro que no va a querer quedar mal, no va a querer. Si sabe que usted le está mirando, va a portarse como un santo.

-Tendré cuidado. -Rápidamente, se bebió un sorbo de té, para fortalecerse. Cuando terminó, dejó la taza en su lugar y avanzó rápidamente hacia la puerta.

-Ah, antes de que me olvide -gritó la Sra. Bird a sus espaldas -El terrateniente Pettigrew mandó una nota. Dice que ya volvió de Londres esta mañana y que va a venir esta tarde. Seguro que le va a querer ayudar en relación con las cosas que llegaron ayer.

Olympia se detuvo ante la puerta.

-¡Oh- Dios! Olvidé avisarle que ya no necesitaré su asesoramiento en este asunto.

La Sra. Bird frunció el entrecejo.

-¿Por qué no?

-El Sr. Chillhurst ha dicho que se hará cargo de todos esos detalles tan molestos para mí.

La expresión de la Sra. Bird cambió de la desaprobación a la genuina señal de alerta.

-¿Y cómo se debe entender eso?

-Tal como suena, Sra. Bird. El Sr. Chillhurst se hará cargo del último despacho de mercancías que me ha hecho tío Artemis.

-Mmm, me parece muy dudosa tanta gentileza. ¿Y si Chillhurst le sustrae los artículos?

-Pamplinas. En primer lugar, si hubiera querido "sustraerme" las mercaderías como usted dice, no me las habría hecho llegar jamás. Podría haberlas robado cuando llegó a Weymouth.

-Bueno, es posible que no se las quiera robar, pero le puede engañar -le advirtió la Sra. Bird-. ¿Y usted cómo se va a enterar de eso? Sólo le va a dar su palabra de que las vendió al precio más caro que pudo. Ya sé lo dije. Ese hombre parece un pirata. Lo mejor es que deje al terrateniente Pettigrew que se encargue de esas cosas.

Olympia perdió la paciencia.

-Estoy segura de que podemos confiar en el Sr. Chillhurst. Tío Artemis lo ha hecho. -Se marchó de la biblioteca antes que la Sra. Bird tuviera la oportunidad de responder.

Llegó hasta el descansillo de la escalera y se detuvo a escuchar. Aun allí reinaba el silencio.

De puntillas, caminó por el pasillo y, cuando llegó al salón de clase, apoyó la oreja contra la puerta. El murmullo de la voz de Jared, similar al del mar, se filtraba por los paneles de madera.

-Desde un principio, fue un plan perverso -decía Jared-. Pero al capitán Jack le encantaban las aventuras alocadas. Más tarde, esa predilección resultó ser un rasgo típico de la familia.

-¿Eso significa que había otros piratas en la familia del capitán Jack? -preguntó Ethan, ansioso.

-El capitán Jack prefería que le llamaran bucanero -comentó Jared-. Si bien, no creo que haya habido otros en la familia; me temo que varios descendientes de la misma se dedicaron al comercio libre.

-¿Qué es el comercio libre? -preguntó Hugh.

-El contrabando- explicó Jared secamente-. La familia del Capitán Jack vivía en la isla de Flame. Es un lugar hermoso, pero queda muy lejos. Robert, muéstranos en el mapa dónde está la isla de Flame.

-Aquí -indicó Robert orgulloso-. En la costa de Devon. Hay un pequeño punto aquí.

-Muy bien, Robert -le encomió Jared-. Como veis, la isla está situada en un lugar excelente para el contrabando. Bastante cerca de la costas de Francia y España, pero convenientemente alejada de las autoridades. El servicio preventivo rara vez se ve en la vecindad y los lugareños jamás se atreverían a hablar con extraños.

-Cuéntenos algo sobre los contrabandistas -dijo Ethan.

-No, primero quiero escuchar el plan que tenía el capitán Jack para cruzar el istmo de Panamá -dijo Robert.

-Sí. Cuéntenos el plan de los bucaneros para capturar el galeón español, Sr. Chillhurst-dijo Hugh ansiosamente.-Mañana puede hablar de los contrabandistas.

-Muy bien -admitió Jared-, Pero primero deben saber que la idea no sólo fue muy tonta, sino también muy peligrosa. El istmo de Panamá es un territorio muy traicionero. Está lleno de espesos bosques y de extrañas criaturas horrendas. Muchos hombres han muerto tratando de alcanzar el mar del otro lado.

-¿Pero por qué se le ocurrió al capitán Jack cruzar el istmo? -preguntó Ethan-. ¿Por qué no se quedaron en las Indias Occidentales?

-Por el oro -respondió Jared sucintamente-. El capitán Jack tenía un socio en ese momento. Habían oído hablar de un tesoro legendario, que España estaba transportando desde sus colonias en América. Los dos bucaneros decidieron ver si podían atravesar el istmo de Panamá, con un grupo de hombres, capturar uno o dos barcos españoles y hacerse ricos de la noche a la mañana.

-Por todos los demonios -exclamó Robert- ¡Qué aventura tan emocionante! Ojalá hubiera podido estar con el capitán Jack cuando hizo ese viaje.

Olympia ya no pudo aguantar más. Las palabras tesoro legendario y bucaneros la embelesaron. Estaba tan embobada como sus sobrinos con los relatos de Jared. Abrió la puerta muy despacio y entró en el salón.

Ethan, Hugh y Robert estaban agrupados alrededor del globo terráqueo. No levantaron la vista cuando Olympia entró en el salón. Estaban demasiado concentrados en el globo.

Jared estaba con ellos, sosteniendo el globo terráqueo en una mano.

En la otra, su daga, la punta de la hoja señalaba la región de las Indias Occidentales.

Olympia frunció el entrecejo al ver la daga. Hacía ya dos días que la veía, pues Jared ya no la llevaba atada a su muslo, como cuando había llegado. Por lo tanto, Olympia pensó que la habría embalado en alguno de sus baúles. Pero esa mañana la había llevado consigo y era evidente que la manejaba con natural destreza.

Parece tan peligroso como siempre, pensó Olimpia, mientras examinaba su rostro bajo la luz de la mañana. Pero empezaba a conocerle muy bien pues Jared había tomado la costumbre de reunirse con ella en la biblioteca, todas las noches, después de la cena.

De inmediato, Jared había establecido el hábito de compartir una copa de brandy con ella, antes de retirarse a su vieja cabaña del guardabosque.

La noche anterior, había leído durante un rato y luego empezó con sus viajes, atrayendo la atención de Olympia con cada palabra.

-¿Todos los maestros han viajado tanto como usted, señor? -le había preguntado ella.

Jared la miró con una expresión indescifrable.

-Oh, no. Yo he tenido bastante suerte en ese aspecto. He trabajado para varias personas, cuyas actividades comerciales les obligaba a viajar. Y la mayoría de mis empleadores preferían viajar con sus familias.

Olympia asintió con la cabeza.

-Naturalmente, querrían que el maestro de sus hijos les acompañara durante largos viajes. ¡Qué carrera tan maravillosa ha elegido, señor!

-Pero sólo hace poco tiempo que le he dado el valor que tiene.

-Jared se levantó de la silla, se dirigió hacia la garrafa que contenía el brandy y sirvió un poco más de aquel líquido ambarino en la copa de Olympia.- Veo que tiene una buena carta de navegación colgada en la pared, Srta. Wingfield. Describe muy bien los mares del Sur.

-He hecho varias investigaciones sobre las leyendas que se originaron en esa parte del mundo. -Entre los efectos del brandy y los del fuego de la chimenea, Olympia experimentaba una placentera sensación de calidez y relajación. Una mujer de mundo conversando con un hombre de mundo, pensó, satisfecha.

Jared se sirvió un poco más de brandy en su copa y colocó la garrafa nuevamente en su lugar.

-Uno de mis viajes, de los más interesantes, me condujo a cierto número de islas de esa región -comentó, pensativo. Volvió a sentarse en su silla.

¿De verdad? -Olympia le observaba maravillada.- Debe de haber sido muy emocionante.

-¡Oh! claro que lo fue- Jared unió las yemas de los dedos.- Cómo bien usted sabrá, esa región es famosa por las leyendas relacionadas con ella. Hay una en particular, que me ha intrigado sobremanera.

-Me encantaría escucharla -murmuró Olympia. La biblioteca parecía extraída de un sueño, como si todo el recinto, incluyendo a Jared y a ella misma, se hubieran trasladado a otra lugar y a otra época.

-Se trata de una joven pareja de enamorados que no podían casarse porque el padre de la muchacha se oponía a la relación.

Olympia bebió otro sorbo de brandy.

-Qué triste. ¿Y qué pasó con los amantes?

-Su pasión era tan grande, que estaban dispuestos a todo para vivir juntos -dijo Jared-. Entonces, se pusieron de acuerdo para encontrarse por la noche, en la playa, en una caverna abandonada.

-Supongo que se habrían quedado conversando hasta el amanecer- dijo Olympia-. Indudablemente, se habrían murmurado palabras poéticas. Se habrían confiado sus secretos más íntimos. Habrían soñado con un futuro juntos.

Jared la miró. -En realidad, pasaron la noche haciéndose el amor apasionadamente.

Olympia parpadeó.

-¿En una playa?

-Por supuesto.

Olympia carraspeó.

-¿Pero no les habría resultado incómodo? Quiero decir, por la arena y esas cosas.

Jared sonrió apenas.

-¿Y qué es un poco de arena para un par de enamorados que están desesperados el uno por el otro?

-Sí, por supuesto -dijo Olympia de inmediato. Tenía la esperanza de que Jared no la hubiera considerado demasiado cándida.

-Y además, esa playa era muy especial. Se decía que estaba consagrada a cierta deidad isleña, quien, al parecer, sentía compasión por los amantes.

Olympia todavía no estaba del todo convencida de que hacer el amor en la playa fuera algo muy cómodo, pero de todas maneras, prefirió no seguir hablando del tema.

-Por favor, continúe, señor. Siga con la leyenda.

-Una noche, el iracundo padre de la novia les sorprendió en la playa. Mató al muchacho.

-Qué terrible. ¿Y qué pasó?

-Naturalmente, la joven estaba angustiada, abrumada por la pena y el dolor. Se metió en el mar y desapareció. La deidad a cargo de la playa se enfureció. Castigó al padre de la muchacha convirtiendo toda la arena de la playa en perlas.

-¿Y ese fue un castigo? -preguntó ella, asombrada.

-Sí. -Jared sonrió fríamente.- El hombre estaba tan excitado por haber descubierto la playa de perlas que corrió a su casa, a despertar a toda la familia. Pero la deidad embrujó la caverna abandonada, haciendo que se volviera invisible ante los ojos de todos aquellos que quisieran buscarla.

-¿Entonces jamás encontraron la playa de perlas?

Jared meneó la cabeza.

-Los isleños todavía siguen hablando de ella hasta el día de hoy. Muchos la han buscado. Pero nadie la vio jamás. Se dice que sólo podrán encontrarla un par de amantes cuya pasión sea igual a la de aquella pareja que había optado por encontrarse allí, para hacerse el amor a la luz de la luna.

Olympia suspiró.

-Vaya, arriesgar todo en nombre del amor, Sr. Chillhurst

-He empezado a creer que una gran pasión es como una gran leyenda -comentó Jared suavemente-. Vale la pena correr cualquier riesgo por ella.

Olympia se estremeció. Al principio sintió calor, luego, frío.

-Sin duda, debe de tener razón. De todas maneras, le agradezco la historia. Fue muy bella. Jamás la había escuchado.

Jared la miró a los ojos. Algo oscuro y perturbador se advirtió en sus propios ojos.

-Sí, muy bella.

En ese momento, Olympia casi se convenció de que Chillhurst hablaba de ella y no de la leyenda. Experimentó una extraña sensación, similar a la que vivía cada vez que investigaba una leyenda, pero mucho más poderosa. Estaba agitada, un poco mareada.

-¿Sr. Chillhurst...?

Jared extrajo su reloj del bolsillo.

-Veo que se ha hecho muy tarde -dijo, con evidente pesar-. Es hora de que vuelva a mi cabaña. Tal vez, mañana por la noche, tengamos la oportunidad de conversar sobre otra costumbre, bastante original, que practicaban los habitantes de otra isla de los mares del Sur que, por casualidad, he llegado a conocer.

-¡Oh! ¡me encantaría!-suspiró Olympia...

-Buenas noches. Srta. Wingfield. La veré mañana en el desayuno.

-Buenas noches, Sr. Chillhurst.

Una vibrante sensación de deseo se había anidado en el alma de Olympia, mientras acompañó a Jared hasta la puerta de salida. Se quedó allí, parada, mirándole mientras observaba la oscuridad de la noche, hasta que se perdió en ella.

Y luego, cuando se fue a acostar, soñó que Jared la besaba, en una playa de perlas.

En ese momento, a plena luz del día, mientras escuchaba a Jared relatar historias a sus sobrinos, se dio cuenta de que él se había convertido en una parte muy importante de su pequeño hogar, y en muy poco tiempo.

Estaba aprendiendo mucho sobre todo lo relacionado con ese hombre, con rostro de pirata. Notó que le gustaba mucho. Demasiado, tal vez, pensó.

No debía olvidar que algún día, Jared se marcharía y que ella se quedaría sola otra vez con su biblioteca, sin ninguna compañía adulta con quien compartir todos los placeres intelectuales que ésta contenía.

En ese momento Jared levantó la vista y la vio parada dentro del salón de clases. Apenas esbozó una sonrisa.

-Buenos días, Srta. Wingfield. ¿ Desea algo?

-No, no, continúe. Yo, simplemente, quería observar la clase.

-Por supuesto -Jared señaló el globo terráqueo.-Estamos estudiando geografía esta mañana.

-Eso veo. -Olympia dio un paso hacia ellos.

Ethan sonrió.

-Estamos aprendiendo todo sobre las Indias Occidentales, tía Olympia.

-Y sobre un pirata que se llamaba capitán Jack -agregó Robert.

Jared carraspeó suavemente.

-Debemos resaltar que el capitán Jack era un bucanero, no un pirata.

-¿Cuál es la diferencia? -preguntó Hugh.

Librodot

-En verdad, la diferencia es muy pequeña -explicó Jared-. Pero cierta gente insiste mucho en esa distinción. Los bucaneros navegaban en comisión. En teoría, estaban autorizados por la corona, o por las autoridades locales de las Indias Occidentales, a atacar a los barcos enemigos. Claro que, a veces, el asunto se complicaba mucho. ¿Por qué crees que sucedía eso, Robert?

Robert encuadró los hombros.

-Supongo que porque había muchos países que tenían colonias en las Indias Occidentales, señor.

-Precisamente. -Jared sonrió en señal de aprobación.- En la época del capitán Jack, había buques ingleses, franceses, alemanes y españoles en la región.

-Y, con seguridad, los bucaneros no debían atacar los barcos y las ciudades de sus respectivos países -añadió Ethan. Frunció el entrecejo-. Eso significa que los ingleses tendrían que atacar a los franceses, a los españoles y a los alemanes. Los franceses, tendrían que haber atacado a los ingleses, a los españoles y a los alemanes.

-Parece bastante complicado -dijo Olympia. Dejó de fingir ser una interesada observadora de los métodos instructivos de Jared. Cruzó a toda prisa el salón para reunirse con sus sobrinos-. ¿Qué era toda esa aventura de querer cruzar el istmo de Panamá para buscar un tesoro?

La sonrisa de Jared fue perezosa y misteriosa.

-¿Le gustaría quedarse con nosotros para escuchar la historia, Srta. Wingfield?

-Sí, claro -dijo Olympia. Le sonrió agradecida-. Me encantaría. Tengo mucho interés en esos relatos.

-De acuerdo -dijo Jared suavemente-. Acérquese un poco más. No me gustaría que se perdiese ningún detalle, Srta. Wingfield.

El terrateniente Pettigrew llegó a las tres de la tarde. Olympia ya estaba de regreso en su biblioteca cuando escuchó el ruido de las ruedas de la calesa en la entrada de la casa. Se levantó de la silla y se acercó a la ventana, para ver al terrateniente Pettigrew salir de su carruaje.

Pettigrew era un hombre corpulento, de casi cincuenta años. En su época, tuvo fama de buen mozo y, en la actualidad, seguía actuando como si todas las mujeres del mundo

todavía le considerasen irresistible. Olimpia no entendía que habrían visto las mujeres en el terrateniente.

La verdad era que el hombre podía volverse un verdadero pelmazo, para ser sutil. Olympia sabía que su juicio no era muy cualificado en la materia. Después de todo, para ella, la mayoría de los hombres de Upper Tudway eran insulsos y tontos. Rara vez tenían los mismos intereses y objetivos que ella y, por lo general, los hombres tendían a imponer sus inquietudes sobre las mujeres. Pettigrew no era una excepción, claro. Por cuanto Olympia sabía, sus principales pasiones eran los perros sabuesos, la caza y el laboreo de la tierra.

Sin embargo, Olympia sabía muy bien que estaba en deuda con él por atenderle todos los embarques de mercadería que su tío le despachaba.

Se sentía auténticamente agradecida por todo lo que el terrateniente Pettigrew había hecho por ella.

La puerta de la biblioteca se abrió justo en el momento en que Olympia volvía a sentarse. Pettigrew entró en la sala. El aroma a su colonia predilecta anticipó su entrada.

El terrateniente Pettigrew viajaba a Londres con mucha frecuencia y aprovechaba la oportunidad para quedarse allí un tiempo y ponerse al tanto de la moda. Esa tarde, llevaba unos pantalones bordeados con numerosos pliegues pequeños. La chaqueta le ajustaba demasiado, entallada en la cintura. La parte posterior de la misma caía en dos colas largas, que llegaban hasta sus rodillas. Debajo de esta, llevaba una camisa elaboradamente plisada. Tenía la corbata tan alta y rígida que Olympia la creyó almidonada.

-Buenas tardes, Srta. Wingfield. -Pettigrew le ofreció una sonrisa que intentó ser amable, mientras se acercaba al escritorio.- Tiene hoy un aspecto excelente.

-Gracias, señor. Por favor, tome asiento. Tengo noticias bastante interesantes para usted.

-¿De verdad? -con un gesto muy diestro, Pettigrew se separó las colas de la chaqueta para poder sentarse.- Sospecho que querrá hablarme sobre el último envío de mercaderías que le ha hecho su tío. No se preocupe mi querida. Ya me ha llegado el rumor y, como siempre, estoy dispuesto ayudarla.

-Es muy amable de su parte, señor. Pero justamente, la buena noticia es que no necesitaré de sus servicios para venderlas.

Pettigrew pestañeó varias veces, como si se le hubiera metido alguna pajita en el ojo y, luego, se quedó inmóvil. -¿Cómo ha dicho?

Olympia le sonrió con mucha calidez.

-Ha sido una gran ayuda para mí y se lo agradezco profundamente. Pero ya no puedo seguir molestándole.

El terrateniente Pettigrew frunció el entrecejo.

-Vea, Srta. Wingfield. Yo no considero molestia alguna ayudarle a vender las mercancías. En realidad me siento obligado a colaborar con usted. Estaría faltando a mis obligaciones de amigo y de buen vecino si le permitiera caer en las manos de algún timador sin escrúpulos que no vacilaría en aprovecharse de una inocente muchacha como usted.

-No tiene por qué preocuparse por la Srta. Wingfield -dijo Jared desde la puerta-. Ella está en muy buenas manos.

-¿Qué rayos? -Pettigrew se volvió bruscamente hacia la puerta. Observó a Jared.-¿Quién es usted, señor? ¿ De qué está hablando?

-Me llamo Chillhurst.

Olympia advirtió una repentina tensión en el aire, entre los dos hombres. Se esforzó en hacerla desaparecer, haciendo las presentaciones correspondientes.

-El Sr. Chillhurst es el nuevo maestro de mis sobrinos. Hace muy pocos días que está con nosotros, pero ya ha hecho maravillas. Esta mañana, los muchachos han estado estudiando geografía y apuesto a que ahora deben saber mucho más sobre las Indias Occidentales que cualquier otro niño de Upper Tudway. Sr. Chillhurst, permítame presentarle al terrateniente Pettigrew.

Jared cerró la puerta detrás de sí y caminó hacia el escritorio.

-La Sra. Bird mencionó que había llegado.

La mirada del terrateniente Pettigrew se fijó automáticamente en el parche de terciopelo negro que le cubría el ojo. Luego, tácitamente, reprobó la desnudez de su garganta, porque tenía el cuello de la camisa abierto.

-Demonios, hombre. Lo que menos parece es un maestro. ¿Qué está sucediendo aquí?

Olympia estaba irritada.

- No hay dudas de que el Sr. Chillhurst es un maestro, y excelente. Tío Artemis me lo ha enviado.

-¿Wingfield le envió? -Pettigrew le lanzó una mirada de irritación.-¿Está usted segura?

-Sí, por supuesto que estoy segura. -Olympia luchó por conservar la paciencia.- Y sucede que el Sr. Chillhurst es muy versado en temas financieros. Se ha ofrecido a ejercer como mi hombre de confianza. Esa es la razón por la que ya no necesitaré de sus servicios para vender la mercadería que mi tío me envía.

- Su hombre de confianza.- Pettigrew estaba indignado.- Bueno, pero usted no necesita ningún hombre de confianza. Por eso me tiene a mí, para que le administre las cosas.

Jared se sentó. Apoyó los codos sobre los posabrazos de la silla y juntó las yemas de sus dedos.

-Ya ha escuchado a la Srta. Wingfield. Ya no necesitará de sus servicios, terrateniente Pettigrew.

El hombre le clavó la mirada con todo su odio y luego se dirigió a Olimpia.

–Srta. Wingfield, en varias oportunidades le he advertido de los peligros que existen al tratar con personas de quienes ignoramos sus antecedentes por completo.

-El Sr. Chillhurst es un hombre perfectamente respetable -dijo Olimpia firmemente-. Mi tío jamás lo habría contratado para trabajar en esta casa si hubiera sido de ese modo.

Pettigrew volvió a mirar desdeñosamente a Jared.

-¿Ha revisado sus referencias, Srta. Wingfield?

-Mi tío se ha encargado de esas cosas -le defendió Olympia.

Jared sonrió fríamente al terrateniente Pettigrew.

-Le aseguro, señor que no hay razones para preocuparse. Me encargaré de que la Srta. Wingfield obtenga jugosas ganancias de lo que su tío le ha enviado.

-¿Y quién puede decir qué es una ganancia jugosa? –replicó Pettigrew-. La Srta. Wingfield no tendrá posibilidad alguna de saber si usted la ha engañado, ¿no? Tendrá que depender exclusivamente de su palabra.

-De la misma manera que se ha visto obligada a depender de su palabra en el pasado -contestó Jared suavemente.

Pettigrew se puso tenso.

-¿Está insinuando alguna cosa, señor? Porque, si es así, permítame informarle que no lo toleraré.

-En absoluto. -Jared golpeteó las yemas de los dedos de una mano contra las de la otra, en un tamborileo silencioso.- La Srta. Wingfield me ha comunicado que, del último despacho, obtuvo doscientas libras.

-Correcto -corroboró el terrateniente Pettigrew, tenso-. Y fue muy afortunada al reunir esa suma. Porque de no haber sido por mis contactos en Londres, no habría ganado más de cien, o ciento cincuenta, como mucho.

Jared inclinó la cabeza.

-Será interesante ver si yo puedo desempeñar ese encargo tan bien como usted, ¿no? Tal vez, hasta logre mejorar sus esfuerzos.

-Yo digo -contestó Pettigrew, indignado- que no me importa su actitud señor.

-Su opinión no me va ni me viene -observó Jared, conservando un tono suave-. Pero le aseguro que vigilaré bien de cerca los asuntos comerciales de la Srta. Wingfield. Después de todo, lo que ella necesita es dinero, ¿no? Una mujer soltera que debe mantener a tres niños, tiene que aprovechar hasta el último centavo de lo que pueda ganar.

El rostro relleno de Pettigrew se volvió desagradablemente carmesí.

-Mire, señor. No puedo permitirle tomar posesión de las mercaderías la Srta. Wingfield así porque sí. Bien podría llevárselas y desaparecer para siempre.

-Lo que ha desaparecido es la mercancía -interrumpió Olimpia-. Bueno, es un decir. El Sr. Chillhurst las despachó para Londres esta mañana.

El terrateniente Pettigrew abrió los ojos desmesuradamente, hecho una furia.

-Srta. Wingfield, no puedo creer que haya sido tan precipitada como para permitir a este hombre que se llevara las mercaderías de Upper Tudway.

Jared siguió golpeándose las yemas de los dedos.

-Están a salvo Pettigrew. Las despaché con vigilancia. Un conocido mío, en quien confío profundamente, las recibirá cuando lleguen a Londres, para encargarse de su posterior venta.

-Por Dios, hombre. -Pettigrew se le acercó - ¿Qué ha hecho usted? Esto es un robo. Daré parte de inmediato a las autoridades.

Olympia se puso de pie repentinamente.

-Ya basta, Sr. Pettigrew. No pongo en tela de juicio que el Sr. Chillhurst tenga en mente otra cosa más que defender mis intereses. No quiero ser grosera, pero tampoco deseo que siga con todo este parloteo insultante. El Sr. Chillhurst podría defenderse.

-Sí. -Jared seguía tamborileando los dedos, mientras consideraba la posibilidad.- Podría.

Pettigrew movió la boca por unos instantes, pero no logró articular palabra. Luego, fuera de control, se dirigió a Olympia.

-Bien, Srta. Wingfield. Eso es todo. Si usted prefiere depositar su confianza en un extraño en lugar de en un vecino a quien conoce desde hace años, es asunto suyo-. Pero espero que se arrepienta muy pronto de lo que está haciendo. Su nuevo maestro parece, más bien, un maldito pirata.

Olympia estaba ofuscada. Después de todo, Jared era un empleado suyo y, por lo tanto, le competía a ella el defenderle-. Realmente, Sr. Pettigrew, ha llegado usted demasiado lejos. No puedo permitir que hable en esos términos a ninguno de mis empleados. Que tenga buenos días, señor.

-Buenos días, Srta. Wingfield. -Pettigrew caminó hacia la puerta.- Sólo espero que no pierda usted un dineral en manos de este... de este... individuo.

Olympia se quedó mirando la puerta, hasta que se cerró a espaldas de Pettigrew. Luego arriesgó una rápida mirada a Jared. Se sintió aliviada al comprobar que ya había dejado de golpearse los dedos. Sospechaba que ese gesto no era de buen augurio.

-Le pido disculpas por esta desagradable escena -dijo Olimpia.- El terrateniente Pettigrew tiene muy buenas intenciones, pero creo que se ha sentido ofendido al enterarse de que encomendé todas las mercaderías a usted en lugar de entregárselas a él.

-Me llamó pirata.

Olympia carraspeó delicadamente.

-Sí, pero por favor, no se ofenda. No podemos culparle por haber hecho el comentario. La verdad es que la Sra. Bird ha hecho antes la misma comparación. Hay algo en usted, señor, que hace que uno le imagine como a un pirata.

Jared esbozó una sonrisa.

-Espero que no la decepcione el hombre que hallará bajo el rostro de pirata.

-Oh, no -susurró Olympia-. No sería posible decepcionarme, señor.

La noche siguiente, Olympia estaba sentada ante su escritorio, mirando el cabello de Jared. Negro y abundante, estaba cepillado por detrás de las orejas, llegando hasta el cuello

de la camisa. No había dudas de que su estilo estaba pasado de moda y que contribuía a su aspecto salvaje. Pero a Olympia no le importaba. Todo lo que deseaba hacer era poder pasar la mano sobre él.

Era la primera vez en la vida que sentía deseos de recorrer la cabellera de un hombre con los dedos.

Jared estaba sentado en un sillón, frente a la chimenea, con las piernas extendidas hacia adelante. Llevaba botas y leía un libro que había escogido de un estante cercano.

El brillo del fuego acentuaba más sus rasgos duros. Después de la cena se había quitado la chaqueta. Olympia ya se había habituado a que no se pusiera corbata, pero aun le perturbaba el hecho de que estuviera en mangas de camisa, en la misma sala que ella, a solas.

Tan embriagante sensación de intimidad la elevaba dos centímetros del suelo. Tenía escalofríos. No podía evitar preguntarse si Jared no estaría sintiendo otra cosa, además del cansancio lógico del día.

Era casi medianoche, pero aún no había dado señales de querer retirarse a su cabaña. La Sra. Bird se había ido a su cuarto después de la cena. Ethan, Hugh y Robert hacia horas que se habían acostado. Minotauro se había ido a la cocina.

Olimpia estaba a solas con Jared, consumida por una extraña y desconocida inquietud. Esos sentimientos habían ido cobrando intensidad cada noche, desde la llegada de Jared. Por cuanto a ella concernía, él no se mostraba para nada incómodo ante tanta inquietud.

Olympia sintió urgencia por hablar con él. Vaciló. Luego cerró el diario de Lightbourne con un fuerte golpe.

Jared levanto la vista de su lectura y le sonrió con picardía.

-¿Va progresando, Srta. Wingfield?

-Eso creo -dijo Olympia-. La mayoría de los datos son prosaicos. A simple vista, no es más que un diario que relata los eventos de día. Parece referirse al período desde el que la Srta. Lightbourne se comprometió, hasta los primeros meses de casada, con un tal Sr. Ryder.

La mirada de Jared se volvió enigmática.

-¿Ryder?

-Ella parece muy feliz con él -Olympia sonrió.- Le llama su “amado Sr. Ryder".

-Ya veo.

-De hecho, es la única manera que emplea para llamarle, aunque está casada con él. Extraño, pero es así. Debe de haber sido una dama muy formal.

-Eso parece. -La voz de Jared sonaba extraña. Estaba casi aliviado.

-Como ya le he dicho, el diario parece algo vulgar, con la diferencia de que está escrito en una combinación de inglés, griego y latín. Pero cada cierto número de páginas, me encuentro con una serie de números mezclados entre los párrafos, que parecen no tener ningún sentido. Creo que esos números y esas palabras son las claves de lo que estoy buscando.

-Suena bastante complicado, pero creo que así son los códigos.

-Sí. -Olympia detectó una falta de interés en Jared. Sabía que había llegado el momento de cambiar de tema.

Empezaba a darse cuenta de que, por alguna razón, el misterio del diario de Lightbourne no presentaba ningún atractivo intelectual para Jared.

De hecho, se mostraba genuinamente aburrido cuando ella lo mencionaba.

Y eso le decepcionaba, porque habría preferido discutir sus hallazgos con él.

De todas maneras, no podía quejarse porque él deseara eludir el tema, pensó. Después de todo, siempre estaba bien dispuesto a charlar de cualquier otra cosa con ella.

-¿Le resulta familiar el latín y el griego? -preguntó Jared, casi con indiferencia.

-¡Oh!, sí -le aseguró Olympia-. Tía Sophy y tía Ida me enseñaron los dos.

-Echa de menos a sus tías, ¿verdad?

-Mucho. Tía Ida murió hace tres años. Y luego tía Sophy, hace meses. Eran la única familia que tenía hasta que llegaron mis sobrinos.

-Ha estado sola por un buen tiempo.

-Sí.- Olimpia vaciló. - Una de las cosas que más echo de menos son las conversaciones que solíamos tener por las noches. ¿Sabe lo que es no tener a nadie con quién hablar, Sr. Chillhurst?

-Sí, Srta. Wingfield -contestó él suavemente-. Lo sé muy bien. He sentido la falta de una compañía cercana durante la mayor parte de mi vida.

Olympia le miró a los ojos y advirtió que Jared estaba permitiéndole penetrar brevemente en su alma. Es justo, pensó, pues ella también le había mostrado parte de su interior. Le tembló la mano cuando bebió otro sorbo de brandy.

-Aquí en Upper Tudway nadie se interesa por las leyendas y costumbres de otras tierras -confió Olympia-. Ni siquiera el Sr. Draycott. Aunque por un tiempo pensé... -Su voz se desvaneció.

Jared apretó la copa con fuerza.

-Draycott no está interesado en esas cuestiones, Srta. Wingfield, pero yo sí.

-Eso presentí- Realmente usted es un hombre de mundo- Olimpia miró el brandy que tenía en su copa y luego volvió a alzar la vista.- Anoche mencionó conocer ciertas costumbres muy poco comunes, que practicaban los habitantes de una isla de los mares del Sur.

-¡Ah!, sí -Jared cerró el libro y miró el fuego.- Unos hábitos de galantería muy interesantes los de esos isleños-.

-Prometió darme más detalles esta noche. ¿Lo recuerda?

-Claro -Jared tomó un sorbo de su brandy y asumió una expresión contemplativa.- Aparentemente, la tradición del lugar dicta que el supuesto pretendiente debe llevar a su dama a un lugar de la jungla que se considera mágico. Me dijeron que se trata de una laguna, donde una enorme cascada cae sobre un muro de rocas.

-Parece encantador. -Olympia bebió otro sorbo de brandy.- ¿Y después qué pasa?

-Si la dama desea que el hombre le haga la corte, entonces permite que la bese debajo de la cascada. -Jared hizo girar la copa con sus manos.- Él le entrega una muestra de sus sentimientos, como símbolo de su amor. La leyenda dice que una unión que empieza de ese modo resultará armoniosa y fructífera.

-¡Qué interesante!

Olympia se preguntaba cómo sería un beso de Jared. Su físico se veía perfecto, poderoso y fuerte allí, sentado junto a ella. Pensó que podría levantarla con una sola mano, si quisiera.

Se preguntó cómo se sentiría si Jared la levantara entre sus brazos.

Y la estrechara contra su pecho.

Y la cubriera con la boca con la suya.

Aturdida por el curso que habían tomado sus pensamientos, Olimpia se sobresaltó y la copa amenazó con caérsele de las manos. El brandy se derramó sobre el escritorio.

-¿Se encuentra usted bien, Srta. Wingfield?

-Sí, sí, por supuesto.

A toda prisa. Olympia enderezo la copa y la apoyó sobre el escritorio. Mortificada ante su torpeza, secó el brandy derramado con un pañuelo mientras buscaba desesperadamente algún tema intelectual que la salvara de tan engorrosa situación.

-Y hablando de símbolos de amor en los mares del Sur...- Olimpia se concentró en terminar de enjugar hasta la última gota de brandy derramada.- Recientemente he leído algo en relación con una práctica muy fuera de lo común, en esa parte del mundo.

-¿De verdad. ¿Srta. Wingfield?

-Parece ser que, entre los habitantes de una de las islas, es tradición que el novio entregue a la novia un gran objeto de oro, en forma de falo.

Al otro lado de la sala, se produjo un profundo silencio. Olimpia levantó la vista, pues creyó que Jared no la había escuchado. Experimentó una extraña sensación cuando vio la perturbación en sus ojos.

-¿Un falo de oro? -preguntó Jared.

-Bueno, sí. -Olympia dejó el pañuelo empapado en brandy sobre el escritorio.- Una costumbre muy rara. ¿no lo cree usted, señor? ¿Qué supone que una puede hacer con un gran falo de oro?

-No podría asegurarlo de antemano, pero sospecho que existe una interesante respuesta a esa pregunta.

-Sin duda. -Olympia suspiró.- Pero jamás conoceré la respuesta porque nunca viajaré a los mares del Sur.

Jared dejó su copa de brandy y se puso de pie.

-Como usted misma lo dijo, Srta. Wingfield, no se necesita viajar mucho para tener experiencia sobre el mundo.

-Cierto. -Le miró mientras él, deliberadamente, se le acercaba.- ¿Sucede algo, Sr. Chillhurst?

-Sí. -Rodeó el escritorio, extendió los brazos y levantó a Olimpia de la silla.- Hay algo que quiero saber esta noche y sólo usted conoce la respuesta, Srta. Wingfield.

-Sr. Chillhurst -Olympia casi no podía respirar por la excitación que ardía en ella. Sentía que estaba a punto de derretirse.- ¿Cuál es esa pregunta, señor?

-¿Me besaría, Srta. Wingfield?

Librodot

Olympia estaba tan agitada que no podía hallar las palabras para responderle. Hizo lo único que pudo. Le rodeó el cuello con los brazos y alzó su boca hacia la de él, en silenciosa invitación.

Con repentina y absoluta certeza, se dio cuenta de que había esperado ese momento durante toda su vida.

- Sirena. -Jared la estrechó con todas sus fuerzas entre sus brazos, al tiempo que poseía sus labios con gran intensidad.

4

Fuego, como una llama salvaje e implacable, corrió en las venas de Olympia. Estaba tan azorada, como estimulada.

La boca de Jared era caliente, persuasiva y exigente. La convencía, la conquistaba. En reacción a sus labios, que se movían sobre los de ella sin cesar, Olympia no dejaba de temblar.

Sentía el calor del cuerpo de Jared y la fortaleza de sus manos. Sabía que estaba volviéndose terriblemente vulnerable ante él, pero no le importaba, porque estaba disfrutando mucho de aquella experiencia. Le abrazó con más fuerza todavía, como si de ellos hubiera dependido toda su vida, mientras él la conducía a un mar de sensaciones.

Jared gimió cuando ella abrió la boca, ante su sutil insistencia.

-Estoy ansioso por escuchar tu canción, mi querida -murmuró él contra sus labios y al instante se encontró en el interior de su boca.

Cuando Jared le tocó la lengua con la suya, Olympia se asombró e, instintivamente, trató de retirarla.

Todavía no -le urgió Jared-. Quiero saborearte.

Olimpia se sintió cautivada por esas palabras.

-¿Saborearme?

-Así. -Jared volvió a tomar la boca de Olympia una vez más, saboreándola plenamente.- Y así. Por Dios, eres más embriagadora que el más fino brandy.

Olympia echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos, totalmente abandonada a la delicia de experimentar ser besada por Jared.

Sintió que Jared cambiaba sus brazos de posición. Pasó uno por detrás de sus rodillas y el otro, alrededor de los hombros. Olympia suspiró profundamente cuando él la levantó para transportarla hacia el otro lado de la sala.

Entonces, abrió los ojos y le miró, cuando la depositaba sobre los almohadones de terciopelo del sofá. Advirtió un apetito incontenible en los ojos de Jared y supo que dentro de ella también había algo que respondía a ese apetito. Nunca se había sentido tan gloriosamente viva.

-Todo esto es muy extraño -Olympia le tocó el rostro, embelesada.- Me siento como si estuviera a punto de emprender un largo viaje hacia una tierra desconocida.

-Yo también. -La sonrisa de Jared fue lenta y sensual. Se hincó sobre una de sus rodillas, en el suelo, junto al sofá.- Haremos este viaje juntos, mi encantadora sirena.

Sin poder mencionar palabra alguna. Olympia le tomó la mano y se la llevó a los labios. Le besó la palma, con una profunda emoción.

-Dios mío, no tienes idea de lo que me estás haciendo. -Jared le apoyó la palma de la otra mano, sobre la garganta y luego, deliberadamente, la bajó, hasta posarla sobre su pecho.

Olympia le miró entre sus pestañas bajas.

-Esto es pasión, ¿no es cierto, Jared?

-Sí, Olympia, Esto es pasión.

-No sabía que tuviera tanto poder -murmuró-. Ahora entiendo por qué ésta en la base de tantas leyendas. -Se extendió para llevarse la boca de él una vez más contra la suya.

Mientras la besaba, Jared exploró la forma de su seno con la palma de la mano. Olympia advirtió que todo el cuerpo le latía, con una extraña ansiedad. Se movió en el sofá, buscando una mayor intimidad.

Jared inhaló profundamente y comenzó a desatar las cintas del vestido de Olympia. Sus poderosos dedos temblaron ligeramente.

-¿Jared? ¿Estás sintiendo la misma tibieza que yo?

-No se trata simplemente de tibieza, mi dulce sirena. Estoy ardiendo.

-¡Oh!. Jared. Me está pasando exactamente lo mismo.

-Me temo que cuanto más lejos lleguemos en este viaje, más no costará volver. -Jared bajó el talle del vestido hasta la cintura.

Olympia se estremeció de la cabeza a los pies cuando Jared tomó uno de sus pezones entre los labios.

-No quiero volver nunca más.

-Tampoco yo -Jared levantó la cabeza para mirarla intensamente a los ojos.- Pero, por mucho que te desee, no quiero llevarte más lejos de lo que tú quieras llegar. Si quieres que me detenga, mejor que me lo digas mientras todavía pueda hacerlo.

-Tengo veinticinco años, Jared -le dijo ella, acariciándole la mejilla - Soy una mujer de mundo; no una jovencita recién salida de la escuela. Me enseñaron a tomar mis decisiones, sin prestar atención a lo que normalmente se entiende por apropiado o debido.

Jared le sonrió lentamente.

-Me habían dicho que eras una mujer de lo más original. -Bajó la vista para contemplar sus senos desnudos.- Pero también eres muy hermosa.

Olympia tembló con anticipación. Estaba en una encrucijada. Por un lado tenía el impulso de escaparse de la intensa mirada de Jared, pero por el otro habría dado cualquier cosa con tal de parecerle atractiva. Nunca se había considerado hermosa, pero ahora que Jared la miraba así, se sentía gloriosa.

-¿Sabes cuanto te deseo?-Jared acarició el pezón con el dedo.- ¿Puedes imaginártelo remotamente, al menos?

-Me siento feliz, profundamente feliz de que me desees, Jared.

-Olympia se arqueó contra la palma de su mano. Sintió que el seno se le hinchaba, adquiriendo turgencia. Los pezones parecían insoportablemente sensibles al contacto con su piel.

-Vas a llevarme a la locura, pero yo voy a abandonarme a este viaje. -Jared llevó la mano hasta el tobillo de Olympia, para ascender con la palma de la mano por debajo de las faldas.

Olympia sintió la mano en la cara interna de sus piernas y algo en su interior empezó a latir. El calor la derretía. De pronto, se dio cuenta de que le urgía tocarle, explorarle de la misma manera que él estaba tocando y explorando su cuerpo.

Busco torpemente los botones de la camisa, pero por fin logró abrirla. Los oscuros y rizados vellos del pecho le fascinaron. Apoyó la mano sobre éste y sintió la rigidez de sus músculos.

-Sabía que serías así. -Suspiró maravillada.- Tan cálido, tan fuerte, tan poderoso.

-Olympia... Mi sirena...

Jared apretó con más fuerza el muslo de la joven, por encima del portaligas, mientras besaba apasionadamente el valle de sus pechos.

Un grito breve, de temor y angustia, apuñaló la nube de pasión que envolvía a Olympia. Se quedó helada, como si acabara de caerse en una corriente de agua fría.

Jared levantó la cabeza de inmediato.

-¿Qué rayos fue eso?

-Es Hugh.- Olimpia luchó por sentarse. Le temblaban los dedos mientras trataba de acomodarse el vestido.- Ya te he dicho que, en ocasiones, tiene pesadillas. Debo ir a su lado de inmediato.

Lentamente, se puso de pie. Él la contemplaba mientras ella trataba de volver a atar las cintas de su vestido.

-Permíteme.

Agradecida por la ayuda, Olympia se dio vuelta y esperó con impaciencia a que él terminara de acomodarle el talle de su vestido de muselina.

-Por favor. Date prisa. Hugh se asusta tanto.

-Ya está. -Jared retrocedió.

Olympia corrió hacia la puerta. La abrió y salió a toda marcha por el pasillo, rumbo a las escaleras. Sabía perfectamente bien que Jared la estaba siguiendo. Cuando volvió la vista atrás, por encima de su hombro, notó que él, metódicamente, estaba abotonándose la camisa y metiéndola dentro de la cintura de sus pantalones.

Una vez arriba, Olympia siguió el pasillo, hacia la alcoba de Hugh.

La puerta de la izquierda se abrió cuando ella pasó. Robert apareció con su camisón.

-¿Tía Olympia? -Robert se restregó los ojos, como para despabilarse.- Creo que escuché a Hugh.

-Sí, fue él -Olympia se detuvo brevemente para tocarle el hombro.- Otra pesadilla, seguramente. Vuelve a la cama. Robert. Yo le atenderé.

Robert asintió y comenzó a cerrar la puerta. Se detuvo al ver que estaba Jared.

-Sr. Chillhurst. ¿Qué está haciendo aquí, señor?

-Estaba con tu tía cuando escuchamos el grito de Hugh.

-¡Oh! Hugh se asusta mucho, sabe.

-¿Por qué? -preguntó Jared.

Robert se encogió de hombros.

-Tiene miedo de que pronto nos trasladen de aquí a la casa del próximo pariente que quiera recibirnos. Ethan también tiene el mismo miedo. Yo les he dicho que tienen que ser valientes, pero todavía son muy pequeños, sabe. Les cuesta entenderlo.

-Nadie será trasladado de esta casa, Robert -dijo Olympia firmemente-. Ya se lo he dicho.

-Sí, tía Olympia -contestó Robert, con una extraña y ominosa gentileza.

Olympia suspiró. Sabía que Robert no la creía completamente, aunque ella no había dejado de insistir sobre lo mismo durante los últimos seis meses. Pero no había tiempo para dedicarse a este asunto esta noche. Primero, debía atender a Hugh.

Recorrió el pasillo hasta llegar al cuarto de Hugh. Los sollozos del niño aún se escuchaban con la puerta cerrada. Olympia la abrió suavemente y entró al cuarto oscuro. A la pálida luz de la luna, la muchacha alcanzó a ver un bultito, patético, acurrucado debajo de las mantas.

-¿Hugh? ¿Hugh? Soy yo, tía Olimpia. -Se acercó a la cama y se sentó sobre esta, junto al tembloroso montoncito. Corrió las mantas y puso la mano sobre el hombro de Hugh, que no dejaba de temblar.- Ya pasó. Todo terminó. Yo estoy aquí.

-Tía Olympia -Hugh se sentó lentamente y la miró con ojos muy grandes, aterrorizados. Luego se echó en sus brazos, sollozando.- Otra vez he tenido ese sueño.

-Lo sé querido. Pero simplemente fue eso, un sueño.-Olimpia le estrechó con más fuerzas todavía y le acunó.- Estás seguro aquí, conmigo. Nadie te llevará a otro lugar. Ahora esta es tu casa, tu hogar.

Se oyó un rasgueo en la oscuridad. El cuarto se iluminó cuando Jared encendió una vela. Hugh, de inmediato, levantó la cabeza para espiar por encima del hombro de Olympia.

-Sr. Chillhurst. -Hugh parpadeó y escondió la cabeza. Obviamente, se sentía muy avergonzado ante la evidencia de las lágrimas en su rostro.- No sabía que todavía estaba aquí.

-Estaba abajo, en la biblioteca, cuando tuviste ese sueño -contestó Jared tranquilamente. -¿Te sientes mejor ya?

-Sí, señor. -Hugh se secó las lágrimas de la cara con la manga del camisón.- Ethan dice que siempre lo echo todo a perder.

Librodot

-¿Sí? -Jared arqueó una ceja.- Si mal no recuerdo, Ethan echó a perder unas cuantas margaritas ayer, cuando se cayó del árbol.

El rostro de Hugh se encendió.

-Eso hizo. ¿No es verdad?

Olympia miró a Jared.

-Nadie me dijo que Ethan se había caído de un árbol.

-No fue tan terrible -declaró Jared-. Toda la lesión fue un raspón en la rodilla.

-El Sr. Chillhurst dijo que no había necesidad de contártelo -explicó Hugh-. Dijo que las mujeres hacen un gran escándalo por un poquito de sangre.

-¿Ah sí? -Olympia dirigió a Jared una mirada de reprobación.- Bueno eso es una muestra de lo mucho que el Sr. Chillhurst conoce a las mujeres.

La sonrisa de Jared fue peligrosamente divertida.

-¿Está insinuando que mis conocimientos sobre las mujeres son deficientes en algunos aspectos, Srta. Wingfield?

-Eso es precisamente lo que estoy insinuando, Sr. Chillhurst.

-Entonces, tal vez, tenga que dedicarme con más ahínco a estudiar el tema. Después de todo es mi obligación profesional alcanzar la cumbre de la educación y la instrucción. Claro que, para mis investigaciones, necesitaré un espécimen voluntario. ¿Le importaría ser esa voluntaria?

Olimpia sintió una gran confusión. Sabía que él estaba bromeando, pero no entendía su significado. ¿La estaría subestimando, ahora que la había visto medio desnuda entre sus brazos, en el sofá de la biblioteca.

Tía Sophy y tía Ida le habían advertido que muchos hombres, secretamente, desaprobaban a las mujeres de mundo liberadas, auque en la mayoría de los casos, esos mismos hombres se sentían muy felices de llegar a intimar con ellas.

Por un instante, en el que el corazón se le paralizó, Olympia se preguntó si no habría juzgado mal a Jared. Tal vez él no era la clase de hombre que ella creía. Tal vez en nada difería de Reginald Draycott, ni de los demás hombres de Upper Tudway. Tuvo calor y, después, frío. Se alegró de que sólo una vela estuviera iluminando la alcoba.

-¿Te encuentras bien, tía Olympia? -le preguntó Hugh, frunciendo el entrecejo por la preocupación.

Un tanto avergonzada, Olympia volvió la mirada hacia él.

-Por supuesto que sí. ¿Qué me dices de ti?

-Sí. -Se limpió la nariz con la manga del camisón.- Lamento haberte alarmado.

-Todos tenemos pesadillas de vez en cuando, Hugh -dijo Jared.

Hugh parpadeó.

-¿Hasta usted?

-Hasta yo.

-¿Qué clase de pesadillas tiene usted? -preguntó Hugh, con genuino interés.

Jared notó que Olympia tenía el rostro a un lado.

-Hay un sueño en particular que siempre se ha repetido en mi vida. Sueño que estoy en una isla desconocida y que, a lo lejos, veo un barco en el puerto.

-¿Y qué le pasa en el sueño? -inquirió Hugh, más interesado que antes.

-Sé que el barco está a punto de zarpar y que yo debo subir a bordo o me dejarán abandonado allí. Pero no puedo alcanzarlo. Paso el tiempo mirando mi reloj, pero, aunque haga lo que haga, jamás llegaré al buque por mis propios medios. Si alguien no me rescata, me dejarán abandonado en la isla.

Olympia levantó la vista de inmediato.

-Yo he tenido sueños como ése -susurró-. Uno sabe que estará solo para siempre y no puede tolerar esa idea.

-Sí, es muy desagradable -Jared le miró. Por un instante, una remota soledad, combinada con un profundo e irrefrenable deseo, brilló en su mirada.

En ese mismo momento, Olympia concluyó que no había juzgado mal a ese hombre. Les unía un lazo que no podía traducirse en palabras. Se preguntaba si Jared lo entendería con la misma claridad que ella.

-Pero no es más que un sueño, tía Olympia -la reconfortó Hugh.

Olimpia se desembarazó del hechizo que la había atrapado temporalmente y sonrió a su sobrino.

-Tienes razón. Son sólo sueños. Bueno, creo que ya hemos discutido bastante el tema.-Se levantó de la cama.-

Si estás seguro de que puedes volver a dormirte, Hugh, entonces nos marcharemos.

-Estaré bien, tía Olympia -Hugh se cobijó bajo las mantas.

Muy bien entonces -Olympia se agachó para darle un beso. Hugh hizo una mueca de disgusto, como siempre, pero no le volvió la cara. - Nos veremos mañana en el desayuno.

Hugh esperó hasta que Olympia apagó la vela y alcanzó la puerta.

-¿Tía Olympia?

-¿Sí, cariño?. -Se volvió para mirarle.

-Robert dice que Ethan y yo debemos ser valientes, porque algún día tú te cansaras de nosotros y nos enviarás de vuelta con nuestros parientes de Yorkshire. Me preguntaba cuándo falta para que te canses de nosotros y nos lleves de aquí.

Olympia sintió un nudo en la garganta.

-Nunca voy a cansarme de teneros en mi casa. La verdad es que no sé cómo he hecho para vivir sola, antes de que llegarais vosotros.

-¿Es cierto? -preguntó Hugh ansiosamente.

-Oh, sí, Hugh -contestó Olympia con toda franqueza-. Es cierto. La vida aquí era muy aburrida antes de que llegarais tú y tus hermanos. No se me ocurre nada más deprimente en mi vida que veros partir.

-¿Estás segura? -volvió a preguntarle Hugh, con la misma ansiedad.

-Juro que si tú, Ethan y Robert os marcháis, rápidamente me convertiría en una intelectual muy rara, que sólo encontraría diversión en sus libros.

-No es cierto -contravino Hugh con vehemencia-. No eres extraña. Charles Bristow dijo que lo eras y yo le golpeé por eso. Porque no es cierto. Eres muy agradable, tía Olympia.

La desconcertada mirada de Hugh se fijó de inmediato en Jared.

-No quise decírtelo. El Sr. Chillhurst dijo que tuve razón en no contarte nada cuando sucedió.

-Cierto- dijo Jared-. Un caballero que se reta a duelo con otro para defender el honor de una dama, jamás lo discute con ella. Ni antes ni después del duelo.

-Por el amor de Dios. -Olympia estaba enfurecida.- No voy a permitir que nadie se pelee por mi culpa. ¿Queda entendido?

Hugh suspiró.

-No tiene importancia. Perdí. Pero el Sr. Chillhurst me dijo que me enseñaría algunos trucos para que me vaya mejor la próxima vez.

Olympia miró a Jared, furibunda.

-¿Ah, sí?

-No se preocupe, Srta. Wingfield -dijo Jared.

-Usted no hace más que repetirme esa frase. Pero estoy empezando a creer que lo más correcto sería que empiece a observar mas detenidamente las clases que da a mis sobrinos.

Jared arqueó una ceja.

-Tal vez sea mejor que discutamos esto a solas, Srta. Wingfield. Buenas noches, Hugh.

-Buenas noches, señor.

Olympia salió, muy tensa. Jared la siguió y cerró cuidadosamente la puerta detrás de sí.

-La verdad es, Sr. Chillhurst -empezó Olympia en un murmullo-, que no puedo permitir que aliente a mis sobrinos para que riñan con otros niños.

-No es mi intención hacer nada por el estilo. Srta. Wingfield. Debe confiar en mí. Me considero un hombre inteligente, que busca remedios no violentos para resolver cualquier controversia, en la medida de lo posible.

Ella le miró.

-¿Está seguro de eso?

-Muy seguro. Pero a veces, el mundo no es color de rosa y un hombre debe saber defenderse.

-Mmm.

-Así como debe saber defender el honor de una mujer -concluyó Jared suavemente.

-Ese es un concepto muy antiguo, con el que no coincido -dijo Olympia, apesadumbrada-. Tía Sophy y tía Ida me enseñaron que una mujer debe defender sola su honor.

-De todas maneras, espero que siga confiando en mis métodos de enseñanza. -Jared le tomó la mano para detenerla.- Y en mí.

Olympia estudió el rostro de Jared, a la luz del candelabro de pared. Su ira desapareció.

-Por supuesto que tengo confianza en usted, Sr. Chillhurst.

Jared le sonrió.

-Entonces, le doy las buenas noches, Srta. Wingfield.

Agachó la cabeza y plantó un beso tenaz sobre su boca, pero antes de que tuviera la responsabilidad de responder, el beso terminó y Jared la soltó. Bajó las escaleras sin decir ni una sola palabra más y salió de la casa.

Olympia bajó las escaleras lentamente. Trató de identificar el torbellino de emociones que giraba dentro de ella, pero fue un esfuerzo inútil. Había demasiadas cosas nuevas. Era asombroso, inquietante y, tal vez, un poquito peligroso. Tenía la sensación de haber entrado en el corazón de una leyenda escrita expresamente para ella.

Con una sonrisa pensativa, pasó por la enorme puerta de hierro de la entrada. Fue a la biblioteca y tornó el diario de Lightbourne. Durante unos instantes, se quedó en medio de la habitación, saboreando el recuerdo del abrazo de Jared. Fue muy apropiado que la besara por primera vez allí, en ese lugar tan especial para ella.

Olimpia recordó la primera imagen que tuvo de esa biblioteca. Fue aquel día oscuro y lluvioso, en el que la habían dejado en esa casa, con tía Ida y tía Sophy. Entonces, Olympia estaba muerta de frío y de miedo, desesperada y dispuesta a no revelar sus temores. Otra vez la habían depositado en la casa de otro pariente anónimo. Esos dos años, durante los cuales la habían pasado de mano en mano, habían dejado sus huellas. Con sólo diez años de edad, Olympia era demasiado delgada, demasiado callada, extremadamente ansiosa y con tendencia a padecer terribles pesadillas.

Algunas de ellas, adoptaban formas humanas. Por ejemplo, tío Dunstan, que la miraba con un brillo raro en los ojos. Un día, la siguió a la habitación y cerró la puerta. Empezó a hablarle de lo bonita que era y a tocarla, con esas manos enormes y sudorosas. Olympia gritó. Tío Dunstan la soltó al instante y le suplicó que dejara de gritar, pero ella estaba tan nerviosa que no podía parar. Siguió gritando hasta que tía Lilian abrió la puerta. La mujer captó la situación con sólo mirar la escena. No dijo nada, pero a la mañana siguiente Olympia fue enviada a la casa del siguiente pariente en la lista.

Y también estuvo su primo Elmer, un muchacho perverso, tres años mayor que ella. Gozaba aterrando a Olympia en cuanta oportunidad se le presentaba. Solía abalanzársele, a gritos, emergiendo de cuanto escondrijo encontrara en los pasillos, cada vez que la veía pasar. Le había prendido fuego a la única muñeca que tenía. La amenazaba con encerrarla en el sótano. En pocas semanas, Olympia tenía miedo hasta de hacer el movimiento más insignificante. Se sobresaltaba hasta de ver la sombra más pequeña. Cuando el médico la

Librodot

examinó, diagnosticó una enfermedad nerviosa, razón suficiente para que la despacharan a casa del siguiente pariente.

Y la que seguía en la lista era tía Sophy. Ella y tía Ida la llevaron a la biblioteca el primer día que llegó. Le ofrecieron chocolate caliente, asegurándole que esa sería su residencia permanente. Por supuesto que Olimpia no les creyó al principio, pero trató de ser amable al respecto.

Las tías intercambiaron una mirada suspicaz y, luego, tía Sophy le tomó la mano y la llevó ante el enorme globo terráqueo.

-Puedes venir a la biblioteca cuando quieras, Olympia -le dijo tía Sophy con afecto-. En esta sala eres libre. Libre para explorar tierras desconocidas. Libre para soñar lo que quieras. En este recinto hay todo un mundo entero, Olimpia, y es tuyo.

Llevó su tiempo, en realidad meses, hasta que Olympia aprendió a florecer bajo el afecto y las atenciones recibidas por parte de las tías. Pero floreció al fin, y a medida que fue creciendo, feliz y segura en su nuevo hogar, comenzó a pasar horas interminables en esa biblioteca.

Muy pronto, ese lugar se convirtió en su favorito. Era su mundo privado, donde cualquier cosa podía pasar. Un lugar en el que las leyendas podían convertirse en realidad. Un lugar en el que estar sola no importaba tanto.

Fue el lugar perfecto para saborear el beso del pirata.

Con el diario debajo del brazo. Olympia salió de la biblioteca y recorrió toda la casa, verificando que las puertas y ventanas estuvieran perfectamente cerradas. Apagó las velas y subió a su alcoba.

Era una bella noche. Jared no podía recordar otra mejor. La temperatura era agradable, había luna llena y, en el aire, flotaban las fragancias de la primavera que llegaba a su fin. Tuvo la sensación de que, si aguzaba bien los oídos, hasta podría escuchar alguna melodía desde las praderas.

Era la clase de noche ideal en la que un hombre tomaba plena conciencia de su virilidad. Una noche para susurros y dulces suspiros de deseo. Una noche en la que cualquier cosa podía suceder.

Una noche en la que un hombre podía seducir a una sirena.

Ciertamente, si el joven Hugh no hubiera hecho añicos la magia de unos momentos atrás, pensó Jared con cierta desazón, Olympia ya sería suya.

Al imaginarse a Olympia en la llama de una apasionada sumisión, notó que su cuerpo se endurecía una vez más. Estaba tan encantadora, allí, tendida sobre el sofá, a la luz del fuego. Añoró tenerla así una vez más.

Su cabello parecía un río de fuego sobre los almohadones de terciopelo. Sus pechos, firmes y turgentes, de hermosas curvas y con unos pezones generosos, rosa-coralinos. Su cálida piel, tan suave como la seda. Su boca, de miel. Todavía tenía su perfume impregnado.

Y ella le había dejado, le había respondido, se había abandonado a él.

Jared experimentó una honda satisfacción. Era la primera vez en la vida que una mujer le deseaba simplemente por lo que era. Pues para Olympia, sólo había sido seducida por el maestro de sus sobrinos.

Jared sonrió. Le excitaba. Olympia se derretía cada vez que él la tocaba. En sus ojos leyó una dulce y honesta pasión.

En ningún momento había mostrado la frialdad de Demetria.

Y Jared, estaba convencido de que no había otro amante en la vida de Olympia, al menos por el momento.

No podía estar seguro de su pasado, pues Olympia siempre se consideraba una mujer de mundo. La deducción era que ya no era virgen. Pero a juicio de Jared, Olympia nunca había experimentado la profunda pasión a la que se entregó esa noche a él, aunque ya se hubiese acostado con otro hombre. Había detectado la sorpresa y asombro en su mirada. Lo sintió en sus caricias. Y entonces se dio cuenta de que había sido el primero en llevarla hasta la cima de esa emoción. Con una súbita convicción, Jared se prometió que, si alguna vez había existido otro hombre en la vida de Olimpia, él se encargaría de que lo olvidara.

Qué diferente de Demetria.

Cuando el corazón del Guardián abras con tu llave, cuídate de su
beso mortal mientras buscas la clave.

Olympia frunció el entrecejo cuando, a duras penas, logró desentrañar la frase. No la entendía, pero estaba segura de que acababa de hallarla primera clave del diario.

Bostezó mientras garabateaba las palabras en una hoja de papel. Era muy tarde ya. Casi las dos de la madrugada. La vela que estaba sobre su mesa de noche se había consumido casi por completo. Como no había logrado conciliar el sueño después de que Jared se marchara, decidió atacar el diario.

Cuando el corazón del Guardián abras con tu llave, cuídate de su beso mortal mientras buscas la clave.

Olympia no tenía idea del significado de las palabras, pero presentía que se trataba de algo importante. Comenzó a dar vuelta la página. Un ladrido distante, proveniente de la cocina, la detuvo.

-Algo había despertado a Minotauro.

Alarmada. Olympia dejó el diario y se quitó las mantas de encima.

Se levantó de su cama alta, se dirigió hacia la chimenea y cogió un atizador de hierro. Después se puso una bata.

Fue hacia la puerta y la abrió cautelosamente.

El silencio fluyó desde el primer piso, como una ola inmensa.

Minotauro había dejado de ladrar. Olimpia concluyó que lo que, desde afuera, lo había despertado, ya había desaparecido. Tal vez lo había perturbado algún gato u otro animal pequeño que había venido a las cercanías de la cocina a buscar comida.

Sin embargo, no podía desembarazarse de la horrenda sensación de que algo andaba mal.

Apretando muy fuerte el atizador, Olympia recogió el vuelo de su bata y empezó a bajar lentamente las escaleras. El aire frío de la noche la recibió al pie de las mismas. Parecía venir de la biblioteca.

Olympia se encaminó hacia allí. La puerta estaba entreabierta como ella la había dejado. Utilizó el atizador para terminar de abrirla.

El fuerte olor a brandy le hizo fruncir la nariz. Con una mirada ceñuda, entró lentamente en la biblioteca.

Había luz suficiente como para ver que las cortinas se agitaban sutilmente por la brisa de la noche. Olympia se estremeció. Estaba segura que no había dejado ninguna ventana abierta. Todas las noches, ponía especial atención en cerrar todas las puertas y ventanas de la planta baja.

Recordó que, por supuesto, esa noche había sido muy especial antes de irse a la cama, no había logrado arrancar sus pensamientos de sus vivencias anteriores con Jared. Tal vez, por esa causa, había olvidado revisar la ventana de la biblioteca.

Pero el olor a brandy se intensificaba a medida que se acercaba a la ventana. No se dio cuenta de la verdad hasta que, con los píes descalzos, tocó el charco sobre la alfombra.

El pánico hizo presa de ella. Trató de repelerlo mientras se acercaba rápidamente al escritorio. Tanteó torpemente la lámpara hasta que, por fin, pudo encenderla. La luz tranquilizante le demostró que el recinto estaba vacío.

También indicó a las claras que el charco de brandy provenía de la garrafa que se había volcado.

Olympia contuvo la respiración. Alguien había estado revolviendo su biblioteca pocos minutos atrás.

5

-¿Qué vamos a estudiar esta mañana, Sr. Chillhurst? -preguntó

Ethan, mientras untaba su tostada con mermelada.

Jared abrió su libro de compromisos, que estaba junto a su plato. Miró lo que había anotado debajo del título: lecciones matinales.

-Geometría.

-Geometría. -Ethan protestó con toda franqueza.

Jared ignoró la reacción y cerró el libro. Miró una vez más la tensa y distraída expresión en el rostro de Olympia. Algo andaba mal, pero no podía saber de qué se trataba exactamente. Sintió escalofríos al pensar que, tal vez se estaba arrepintiendo de los hechos de la noche anterior. La había empujado a los hechos, pensó. Debió haberle dado más

tiempo para que se adaptara a la pasión que tan inesperadamente había nacido entre ellos. No tenía que echar todo a perder por presionar demasiado.

-No me importan las matemáticas -anunció Hugh.

-Especialmente la geometría -agregó Robert-. Estaremos encerrados toda la mañana.

-No estaremos dentro hoy. -Jared miró a la Sra. Bird. - Un poco más de café por favor Sra. Bird.

La Sr. Bird se apoyó pesadamente sobre la mesa, con la cafetera. Dirigió una mirada ceñuda a Ethan mientras llenaba la taza Jared.

-Dime que estás haciendo con ese pedazo de salchicha.

-Nada- respondió Ethan con una sonrisa angelical.

-Estás dándole de comer al perro por debajo de la mesa, ¿ no?

-No, claro que no.

-Sí -dijo Hugh, muy alegre-. Yo te vi.

-No puedes probarlo -contravino Ethan.

-No tengo que probarlo -dijo Hugh-. Todos sabemos que es cierto.

Olympia levantó la vista, momentáneamente distraída de la contemplación que estaba haciendo de los huevos que tenía en el plato.-¿ Otra vez os estáis peleando los dos?

-La pelea ya había terminado -dijo Jared, sin perder la serenidad en ningún momento. Miró a cada uno de los mellizos con una expresión severa y ellos, de inmediato, obedecieron-. Sra. Bird, tal vez sea mejor que se lleve a Minotauro de aquí.

-Tiene toda la razón, señor. Yo nunca quise que anduvieran los perros dando vueltas dentro de la casa. -La Sra. Bird fue hacia la puerta de la cocina y chasqueó los dedos para llamar a Minotauro.

De muy mala gana, el perro emergió de su escondite, debajo de la mesa y, con una última mirada esperanzada hacia Ethan, se metió en la cocina.

-¿Cómo haremos para estudiar geometría al aire libre, Sr. Chillhurst?

-Empezaremos por medir el ancho del arroyo, sin cruzarlo realmente -contestó Jared. Volvió a mirar a Olympia, que no dejaba de observar los huevos que tenía ante ella.

-¿Cómo puede hacerse eso? -preguntó Ethan, a quien obviamente, estaba picándole la curiosidad.

-Yo os lo mostraré -dijo Jared, aún con la vista fija en Olympia-. Y cuando hayáis aprendido a hacerlo, os contaré cómo el capitán Jack utilizó la misma técnica para encontrar la salida de la jungla.

-¿Una jungla en el istmo de Panamá? -preguntó Hugh.

-No, esta jungla estaba en una isla en las Indias Occidentales -explicó Jared. Sonrió al ver que, al fin, había logrado atraer la atención de Olympia, que se dignó levantar la vista del plato. El bueno y viejo capitán Jack, pensó, con pesar.

-¿Y qué estaba haciendo el capitán Jack en medio de la jungla de una isla? -preguntó Ethan.

-Supongo que estaba ocultando un tesoro, por supuesto- murmuró Jared.

Olympia abrió unos ojos enormes muy interesada.

-¿ Alguna vez volvió a esa isla a desenterrar el tesoro?

-Creo que sí -dijo Jared.

-¿De verdad el capitán Jack usó la geometría para poder salir de la jungla?- Preguntó Robert.

-Claro que sí -Jared bebió un sorbo de café y examinó la expresión de Olympia por encima de la taza. Otra vez se había perdido en sus pensamientos. Ni siquiera la anécdota sobre el capitán Jack había bastado para mantenerla concentrada esa mañana. Decididamente, algo andaba mal.

-¿El capitán Jack degolló a algún hombre y dejó sus huesos diseminados sobre el tesoro para desalentar a cualquier persona que se hubiere animado a enterrarlo? -preguntó Hugh.

Jared casi se atragantó con el café.

-¿De dónde rayos sacaste una idea así?

-Yo escuché por ahí que los piratas siempre hacían eso -dijo Hugh.

-Ya os he dicho que el capitán Jack era un bucanero y no un pirata. -Extrajo el reloj de su bolsillo para ver la hora.- Si ya habéis terminado, podéis levantaros de la mesa. Yo quiero hablar unos minutos a solas con vuestra tía. Mientras tanto, id corriendo a buscar unos lápices y papel. Yo me reuniré con vosotros en unos pocos momentos.

-Sí, señor -dijo Robert, ansioso.

Hubo un estruendo terrible de sillas que se corrían, cuando los tres jovencitos se atropellaban entre sí para salir del salón.

Librodot

-Un momento, por favor -dijo Jared tranquilamente.

Los tres se volvieron con sumisión.

-¿Se olvidó de algo, Sr. Chillhurst? -preguntó Robert.

-No. Vosotros habéis olvidado algo- Ninguno de los tres pidió el correspondiente permiso de la tía para retirarse de la mesa.

-Disculpe, señor. -Robert hizo una pequeña reverencia exagerada.- Por favor, con tu permiso, tía Olympia.

-Discúlpame, tía Olympia -dijo Hugh-. Tenemos que irnos ahora.

-Perdóname, tía Olympia -canturreó Ethan-. Tenemos que prepararnos para estudiar, ya sabes.

Olimpia parpadeó y sonrió a los tres, aunque vagamente.

-Sí, claro que paséis una bella mañana.

Hubo otro concierto de ruidos hasta que llegaron a la puerta. Jared esperó pacientemente hasta que la habitación estuvo desierta. Luego miró al otro extremo de la mesa donde estaba Olympia.

Jared pensó que era hermosa, sentada allí, con el sol iluminándole la cara. Experimentó una extraña sensación de intimidad, al encontrarse allí, compartiendo un desayuno con ella. Y, de inmediato, esa familiar ráfaga de deseo le envolvió.

Esa mañana, el rostro de la muchacha estaba enmarcado con el volante plisado de su modesta camisa de linón. El amarillo intenso de su vestido de talle alto realzaba el color de su cabellera, apenas recogida bajo la cofia de encaje.

Jared se preguntó cuál sería la reacción de Olympia si él se ponía de pie, se dirigía a donde ella estaba y la besaba. Y con la pregunta, sobrevino una imagen: Olympia tendida sobre la mesa, entre los platos y las tazas de té; sus encantadoras piernas, colgando sobre el borde, las faldas levantadas hasta la cintura y su cabellera en salvaje desorden.

También se imaginó a sí mismo en esa imagen, entre las suaves piernas de Olympia, tan blancas. Estaría violentamente excitado, ante la miel que tendría al alcance de las manos.

Jared debió sofocar un suspiro de frustración y controlar sus emociones.

-Esta mañana, aparentemente, hay algo que la perturba. Srta. Wingfield. ¿Puedo preguntarle cuál es el problema?

Olympia echó un rápido vistazo en dirección a la puerta de la cocina y luego otra, a la puerta que se había cerrado detrás de sus sobrinos. Se inclinó hacía adelante y bajó la voz.

-Bueno, sucede que durante toda la mañana he estado muy ansiosa por hablar con usted, Sr. Chillhurst.

Jared, fugazmente, se preguntó si ella seguiría llamándolo "Sr. Chillhurst" después de haber experimentado su primer clímax entre sus brazos.

-Creo que ahora disponemos de un momento para estar solos.

-Dígame en qué piensa.

Olympia frunció las cejas, en señal de gran concentración.

-Anoche sucedió algo muy extraño en la biblioteca.

Jared sintió un nudo en el estómago. Luchó por mantener la voz serena y normal.

-Tal vez inusual. Srta. Wingfield, pero yo no lo calificaría de extraño. Después de todo, los hombres y las mujeres han gozado de tales interludios desde la época de Adán y Eva.

Olympia le miró, sin verlo.

-¿De qué demonios está hablando?

Vaya suerte la suya, pensó Jared, decepcionado. Justo cuando por fin descubrió su propia sirena, se daba cuenta de que ella también cargaba con la cruz de tener un cerebro que sólo podía concentrarse en una cosa cada vez.

No obstante, se sintió aliviado al comprobar que, después de todo, ella no estaba arrepintiéndose de la pasión que se había encendido entre ellos la noche anterior.

-No se preocupe, Srta. Wingfield -Jared apoyó los codos sobre mesa y unió las yemas de sus dedos.- Estaba refiriéndome a algo inconsecuente.

-Ya veo. -Olympia volvió a echar otro rápido vistazo a la puerta.- Respecto de lo de anoche...

-¿Sí?

- ...Minotauro se puso a ladrar, alrededor de las dos de la madrugada. Yo bajé a ver que era lo que le inquietaba -bajó la voz aun más.- Sr. Chillhurst, encontré tirada por el suelo la botella de brandy.

Jared, la contempló.

-¿Se refiere a la que tiene en la biblioteca?

-Sí, por supuesto. Es la única garrafa de brandy que tengo. Era de tía Sophy y tía Ida siempre la dejaban en la biblioteca.

-Srta. Wingfield, tal vez lo mejor será que siga con su relato –dijo Jared.

Ella le miró impaciente.

-Eso es precisamente lo que estoy tratando de hacer señor, pero usted no hace más que interrumpirme.

-Mis disculpas -Jared golpeteó los dedos entre sí.

-Además de la garrafa volcada, descubrí que una de las ventanas de la biblioteca estaba abierta.

Jared frunció el entrecejo.

-¿Está segura de que estaba abierta? No recuerdo que estuviera así cuando estuvimos allí.

-Precisamente. No había ninguna ventana abierta.

-Tal vez, la brisa que entró por la ventana volcó la garrafa -concluyó Jared.

-No lo creo. Esa garrafa es demasiado pesada, Sr. Chillhurst. Creo que alguien entró anoche en mi biblioteca.

-Srta. Wingfield, debo decirle que esto no me complace en absoluto.

Olympia abrió desmesuradamente los ojos.

-A mí tampoco. Le confieso que nunca antes sucedió nada por el estilo en esta casa. Estoy muy alarmada.

Jared la estudió por encima de sus manos unidas.

-¿Va a decirme que bajó sola las escaleras para verificar de dónde venían los ruidos extraños? ¿No se le ocurrió llamar a la Sra. Bird, o soltar al perro primero?

Olympia restó importancia al asunto.

-No hay razones para preocuparse, señor. Estaba armada con un atizador. De todas maneras, cuando llegué a la biblioteca, ya no había nadie. Seguramente, el ladrido de Minotauro debió de haber espantado al intruso.

-¿Un atizador? Dios querido. -De pronto, Jared se puso furioso por la falta de sentido común de Olimpia. Se puso de pie y se dirigió hacia la puerta.- Creo que voy a echar un vistazo a la biblioteca personalmente.

Olympia saltó como un resorte.

-Iré con usted.

Jared abrió la puerta del comedor y la miró duramente, en señal desaprobación cuando pasó junto a ella. Olympia no se dio cuenta del motivo de esa expresión. En el

pasillo, tomó la delantera y, rápidamente, entró en la biblioteca. Jared se vio obligado a seguirla, con un paso más rápido.

Cuando entró en el recinto, un momento después, encontró a Olimpia examinando una de las ventanas.

-¿Ve esto? -señaló el seguro.- Lo rompieron. Alguien forzó esta ventana anoche. Sr. Chillhurst.

Jared estudio más de cerca el seguro de la ventana. La verdad era que la vieja pieza de metal estaba torcida.

-¿Este seguro no estaba en estas condiciones antes?

-No, yo me habría dado cuenta. Durante años, cada noche me he tomado la molestia de comprobar cada uno de los seguros de las ventanas.

Jared recorrió toda la biblioteca con una mirada.

-¿Ha notado la falta de algo?

-No. -Olympia se acercó a su escritorio y miró las gavetas que estaban cerradas.- Pero faltó poco. Quienquiera que haya roto mi ventana anoche, no habría tenido dificultades para tener acceso a mi escritorio.

Jared la miró alarmado, -¿Cree que quien entró aquí lo hizo con la idea de sacar algo de su escritorio?

-Por supuesto. Sólo hay una cosa que alguien podría querer robarme de aquí, Sr. Chillhurst, el diario de Lightboume.

Jared la observó, confundido ante tal conclusión. Nadie sabe que lo tiene, excepto yo, pensó.

-No podemos estar tan seguros de eso. Yo he dado a tío Artemis instrucciones precisas de no revelar a nadie que me enviaba el diario, pero no podemos afirmar a ciencia cierta que nadie se haya enterado que está en mi poder.

-Me resulta muy improbable que su tío haya mencionado el tema a otra persona -dijo Jared cuidadosamente.

-Él se lo contó a usted, ¿no?

Jared se puso tenso.

-Sí.

-Por supuesto que lo hizo porque sabía que podía confiar en usted, pero creo que debe de haber existido otra gente que descubrió que tío Artemis había comprado el diario.

-¿A quién se está refiriendo, Srta. Wingfield?

-Bueno, para empezar, un viejo francés vendió el diario a mi tío. -Olympia golpeteó el piso con la puntera de su zapato. - Ese hombre pudo haberse enterado de que el diario me sería enviado y puede haberlo divulgado.

Olympia estaba en lo cierto. Y si supiera toda la verdad, pensó Jared, tendría todo el derecho del mundo en considerar al nuevo maestro de sus sobrinos como el principal sospechoso. Pero Jared se había pasado la noche contemplando las técnicas probables para conquistar a su sirena. No se había metido sin permiso en la biblioteca de la joven.

Jared trató de hacer caso omiso a su creciente nerviosismo. Durante largos años, muchos habían perseguido el secreto del diario de Lightbourne, pero hasta donde Jared sabía, sólo los miembros de su familia sabían dónde estaba. Los demás involucrados en esa centenaria leyenda hacía muchos años que habían muerto.

Jared había dado órdenes expresas a los miembros de su familia para que se quedaran al margen de la cuestión mientras él perseguía el tesoro. Pero ahora se preguntaba si alguno de los impredecibles e impulsivos Ryder. Había decidido desafiar su edicto.

Jared apretó la mandíbula. Si alguno de sus familiares había recurrido al robo irrumpiendo en la casa de Olympia para apoderarse del diario, como que había un Dios que lo pagaría.

Pero Jared recordó que había otras explicaciones mucho más lógicas para la intrusión en la biblioteca de Olympia la noche anterior.

-Srta. Wingfield, creo que si realmente alguien irrumpió en su casa anoche fue para apoderarse de algo mucho más valioso que un viejo diario. La garrafa del brandy, por ejemplo. Cualquier ratero podría obtener una suma considerable de dinero vendiéndola.

Olympia frunció el entrecejo.

-Dudo mucho que el intruso de anoche hubiera estado detrás de la garrafa, o de los candelabros, o de cualquier otra cosa. Nunca hemos tenido esa clase de problemas en este vecindario. No, he pensado mucho en todo esto y he llegado a la conclusión de que la advertencia que descubrí en ese diario es muy clara.

-¡Santo Dios! -Jared tuvo una terrible premonición.- ¿Qué advertencia?

Los ojos de Olympia brillaron de excitación.

-Anoche descifré la primera dé las pistas ocultas en el diario. Decía: "Cuando el corazón del Guardián abras con tu llave, cuídate de su beso mortal mientras buscas la primera clave."

-¿Está segura?

-Absolutamente segura. El Guardián, quienquiera que sea, puede ser extremadamente peligroso. Tendremos que cuidarnos.

Dios mío, pensó Jared. Debía de desviarla de esa línea de pensamiento lo antes posible.

-Mire Srta. Wingfield. No creo que tengamos que preocuparnos por una leyenda que tiene como cien años. Si alguna vez existió un Guardián seguramente debe estar muerto hace mucho tiempo.

-Por experiencia, sé que detrás de toda leyenda siempre hay algo de verdad. Es obvio que debo seguir estudiando el diario. Tal vez, encuentre más referencias sobre el Guardián, o una explicación de quien es.

-Lo dudo -masculló Jared.

-Mientras tanto, debo proteger el diario. Fue por pura casualidad que lo hubiera tenido anoche en mi cuarto, cuando el intruso se metió en la biblioteca. -Olympia examinó el recinto pensativamente.

El estruendoso ruido de pisadas en el pasillo y las uñas de un perro rasgando el piso interrumpió la conversación antes de que Jared pudiera contestar. Miró hacia la puerta abierta. Hugh, Ethan, Robert y Minotauro entraron como una tromba a la biblioteca.

-Estamos listos para nuestra clase de geometría, Sr. Chillhurst -anunció Robert.

Jared vaciló y luego asintió con la cabeza.

-Muy bien. -Se volvió brevemente hacia Olympia.- Terminaremos esta conversación más tarde, Srta. Wingfield.

-Sí, por supuesto.

Pero fue evidente que la atención de Olimpia ya no estaba en la discusión. Estaba demasiado ocupada, examinando la biblioteca, en busca de buenos escondites.

Jared siguió a los muchachos hacia fuera. Pensó que las cosas estaban complicándose. Olympia estaba preparándose para defenderse, a sí misma y al diario, de una vieja leyenda.

Mientras tanto, en su mente, la leyenda en cuestión no tenía otro objetivo que el de hacer desesperado y apasionado el amor de Olympia.

Jared descartó el problema de la seducción, en favor de cuestiones más mundanas. Era un experto en la materia.

Se preparó para anotar, en su libro de compromisos, todos esos asuntos que necesitaban atención rápida. Como primera medida, verificaría todos los cerrojos y postigos de la casa, encargándose de que se reparara el seguro que habían roto.

Lo más factible era que el intruso se hubiera introducido en la biblioteca en busca de cosas de valor, que pudiera vender fácilmente. Sin duda, los ladridos de Minotauro le habrían espantado y, seguramente, no se arriesgaría a volver a intentarlo.

De todas maneras, no estaba en los planes de Jared correr ningún riesgo.

Poco después de las tres de la tarde, el ruido de las ruedas de un carruaje en la entrada de la casa, distrajo a Olympia de la investigación que estaba haciendo sobre el diario. Se quedó escuchando durante un momento, con la esperanza de que el visitante, quienquiera que fuese, se retirada una vez que la Sra. Bird le informara que ella estaba ocupada en el estudio.

-La Srta. Wingfield no recibirá visitas esta tarde -anunció la Sra. Bird, a quienquiera que estuviera en la puerta.

-Tonterías. Nos recibirá.

Olimpia molesta, se quejó al escuchar el tono familiar de aquella voz femenina. Cerró el diario cuando la Sra. Bird abrió la puerta de la biblioteca.

-¿Qué sucede Sra. Bird? -preguntó Olimpia, sobre lo que creía que era un tono autoritario-. Ya le he dado instrucciones de que no quiero interrupciones esta tarde, estoy muy ocupada.

-Se han personado la Sra. Pettigrew y la Sra. Norbury para verla, Srta. Wingfield- dijo la Sra. Bird, bastante irritada-. Insistieron mucho.

Olimpia sabía que no tenía ningún sentido tratar de eludir la visita. Tanto ella, como la Sra. Bird podrían haberse quitado de encima a la Sra. Norbury, esposa del vicario. A la pobre mujer no podía intimidársela con nada, pues tenía mucha experiencia en soportar las

palizas que le propinaba su insoportable esposo. Pero no hubiera habido Cristo que detuviera a la Sra. Pettigrew, que era tan autoritaria como el mismo terrateniente.

-Buenas tardes, -Olympia logró esbozar una sonrisa a sus visitantes, cuando las hicieron entrar en la biblioteca.- Qué agradable sorpresa. ¿Desean una taza de té?

-Por supuesto. -A la Sra. Pettigrew, una mujer robusta y sustanciosa, le agradaban los sombreros grandes y amplios. Tomó asiento.

Internamente, Olympia siempre había dicho que Adelaide Pettigrew era la pareja ideal para el terrateniente. Como esposa del hombre que más tierras poseía en el vecindario, tenia plena conciencia del lugar que ocupaba en la sociedad. Además, según Olympia, se preocupaba demasiado de los debidos lugares que debían ocupar todos los demás. Ethan, Hugh y Robert la habían apodado la metereta vinagreta.

Años atrás, tías Sophy e Ida se habían formado el mismo concepto de ella.

La Sra. Norbury asintió con la cabeza con cierto titubeo, mientras se sentaba en una silla pequeña. Colocó cuidadosamente su bolsito sobre la falda y lo estrujó entre sus manos, nerviosamente. Era una mujer pálida y menuda, con rasgos de lechuza, que parecía estar eternamente refugiándose en algún rincón, como si en algún sitio del zócalo pudiera encontrar el agujero que la llevaba a su guarida.

A Olimpia no le gustaba en absoluto la idea de que la Sra. Pettigrew hubiera traído consigo a la esposa del vicario. No era un buen augurio.

-Traeré la bandeja del té- anunció la Sra. Bird entre dientes.

-Gracias, Sra. Bird.- Olympia se enfrentó a sus visitantes; aspiró el aire profundamente y se preparó.- Un día hermoso, ¿no?

La Sra. Pettigrew ignoró el comentario.

-Hemos venido aquí por un asunto muy grave.- Dirigió a su compañera una mirada mandona.- ¿No es así, Sra. Norbury?

La Sra. Norbury se sobresaltó.

-Muy cierto, Sra. Pettigrew.

-¿Y cuál es ese asunto tan grave? -preguntó Olimpia.

-Ha surgido una cuestión de propiedad -anunció la Sra. Pettigrew, con ominosos acentos-. Para ser franca, me sorprendió que fuera su casa la que estaba involucrada. Srta. Wingfield. En consecuencia, su comportamiento, si bien es admisiblemente excéntrico y ocasionalmente insólito, extrañamente, ha carecido del debido decoro.

Librodot

Olympia la miró, confusa.

-¿Acaso algo de mi comportamiento ha modificado últimamente?

-Por supuesto que sí, Srta. Wingfield. -La Sra. Pettigrew hizo una pausa, para lograr el efecto deseado.- Tenemos entendido que ha contratado a un maestro de lo más inadecuado para sus tres sobrinos.

Olympia se quedó literalmente petrificada.

-¿Inadecuado? ¿Inadecuado? ¿De qué rayos está usted hablando, por el amor de Dios? El maestro que he contratado es un excelente instructor para los jóvenes. El Sr. Chillhurst está haciendo un trabajo excepcional.

-Nos hemos enterado de que su Sr. Chillhurst tiene un aspecto extremadamente amenazante y que no se puede confiar en él. -La Sra. Pettigrew miró a la Sra. Norbury, buscando apoyo.- ¿No es así, Sra. Norbury?

La mujer estrujó su bolsito con más fuerza todavía.

-Sí, Sra. Pettigrew. Un aspecto extremadamente amenazante. Parece un pirata, según nos dijeron.

La Sra. Pettigrew se volvió hacia Olympia.

-Tenemos entendido que su aspecto no es sólo amenazante y tosco, sino que, además, presenta un temperamento muy violento.

-¿Violento? Eso es ridículo -protestó Olympia.

-Se comenta que ha golpeado al Sr. Draycott de la manera más espantosa -garantizó la Sra. Norbury-. Por cierto, aseguran que el señor Draycott todavía tiene los dos ojos negros después de esa experiencia.

-¡Oh! se están refiriendo a ese incidente que ocurrió la otra tarde en mi biblioteca. -Olympia sonrió para tranquilizarlas.- No fue nada, sólo un lamentable malentendido.

-No creemos en malos entendidos -dijo la Sra. Norbury, pesarosa-. Su Sr. Chillhurst es obviamente una amenaza para todo nuestro vecindario.

-Tonterías. -Olympia dejó de sonreír.- Está exagerando Sra. Pettigrew.

-No sólo constituye un peligro para todos nosotros- replicó la Sra. Pettigrew-, sino que también, mi esposo tiene razones para creer que podría aprovecharse de su naturaleza ingenua, Sra. Wingfield.

Olimpia se puso furiosa con ella.

-Le aseguro que el Sr. Chillhurst no se ha aprovechado de mí.

-Al parecer, le ha robado las mercaderías que su tío le envió –dijo la Sra. Pettigrew.

-Eso no es cierto. -Olympia se puso de pie.- Sra. Pettigrew, me temo que tendré que pedirle que se retire. Tengo mucho trabajo esta tarde y no puedo darme el lujo de perder el tiempo de esta manera.

-¿Ha visto algún centavo de la venta del último despacho de mercaderías de su tío? -preguntó la Sra. Pettigrew, fríamente.

-Todavía no. Pero prácticamente, no ha habido tiempo de que las mercaderías se vendan en Londres. Por lo tanto, mucho menos puedo pretender que ya haya recibido las ganancias de esa venta.

-Mi esposo me ha informado de que lo más probable es que usted jamás vea ni un centavo de esa operación -dijo la Sra. Pettigrew-. Pero, por supuesto, su situación financiera no es mi principal preocupación.

Olympia apoyó ambas manos de plano sobre el escritorio y apretó los dientes.

-Sra. Pettigrew, ¿cuál es, exactamente, su principal preocupación?

-Su reputación, Srta. Wingfield.

Olympia la miró sin poder creerlo.

-¿Mi reputación? ¿Y cómo podría peligrar mi reputación?

Fue entonces, cuando la Sra. Norbury sintió que había llegado el momento de tomar parte. Tosió suavemente para definir su voz.

-No queda muy bien que una mujer soltera, como usted, tenga, digamos, una asociación íntima con una persona de la clase del Sr. Chillhurst.

-Es cierto -dijo la Sra. Pettigrew. Dirigió a la esposa del vicario una mirada de aprobación y luego volvió a concentrar su atención en Olympia-, su Sr. Chillhurst debe ser despedido de inmediato.

Olimpia miró con ojos entrecerrados a ambas mujeres.

-Bueno, el Sr. Chillhurst es el maestro de los niños de esta casa. Y resulta ser que desempeña sus funciones de una manera excelente. Por lo tanto, no tengo intenciones de despedirlo. Además, ninguna de ustedes dos tiene derecho a desparramar mentiras y rumores sobre él.

-¿Y que nos dice de su reputación? -insistió la Sra. Norbury, ansiosamente.

Olimpia advirtió de reojo, un movimiento al costado de ella. Volvió la cabeza y vio a Jared que estaba apoyado casualmente contra el marco de la puerta. Le sonrió con dulzura.

-Mi reputación es asunto mío, Sra. Norbury -le contestó Olimpia sin diplomacia alguna-. No se moleste por eso. Durante todos estos años, nadie se ha preocupado por mi reputación y he logrado sobrevivir perfectamente bien.

La Sra. Pettigrew levantó el mentón.

-Lamento tener que decirle esto, pero si usted se niega a entender razones, nos veremos obligadas a tomar medidas.

Olympia la miró, exasperada.

-¿Y qué clase de medidas serían esas Sra. Pettigrew?

-Tenemos la obligación de velar por el bienestar de esos tres jovencitos inocentes que están a su cuidado -anunció fríamente la Sra. Pettigrew-. Si usted no se encarga de proveerles un hogar decente, entonces mi esposo no tendrá más remedio que sacarlos de su tutela, Srta. Wingfield.

El pánico y la ira hicieron que Olympia se encendiera como una mecha.

-No pueden quitarme a mis sobrinos. No tienen derecho a llevárselos de esta casa.

La Sra. Pettigrew sonrió con sorna y superioridad.

-Estoy segura de que si mi esposo se contactase con alguno de los otros parientes de los niños y les informara sobre la situación actual de esta casa, habría más de uno dispuesto a llevárselos sin dilaciones.

-Ni lo sueñe -refunfuñó Olympia-. En primer lugar, están aquí porque ninguna otra persona los aceptó.

-Esa situación cambiaría radicalmente si ellos se enteraran de que la educación de los jovencitos está a cargo de una mujer de moral dudosa. Estoy segura de que el Sr. Pettigrew podrá convencer a algún pariente suyo para que cumpla con su deber en relación con esos niños. -La sonrisa de la Sra. Pettigrew fue de lo más amenazante.- En especial, si el Sr. Pettigrew ofreciera un pequeño estipendio para que el tutor de los niños pueda enviarlos lejos, a estudiar en una escuela.

Olympia estaba literalmente temblando, por el enfado y los nervios.

-¿Serían capaces de pagarle a alguien para que me quite a mis sobrinos y los envíe a una escuela?

La Sra. Pettigrew asintió brevemente con la cabeza.

-Si es necesario, sí. Por el bien de ellos, por supuesto. Los jóvenes son tan fácilmente impresionables.

Olympia ya no pudo resistirlo más.

-Por favor, váyase ahora mismo, Sra. Pettigrew. -Miró a la esposa del vicario, que estaba agazapada en su silla.- Usted también, Sra. Norbury. Y no se molesten en volver. No voy a soportar la presencia de ninguna de las dos en esta casa. ¿Está claro?

-Bueno, mire, jovencita-comenzó la Sra. Pettigrew, bruscamente.

Cualquiera que hubiese sido el discurso que la señora estaba a punto de dar, fue interrumpido por un alarido aterrorizado de la Sra. Norbury, que se levantó violentamente de la silla y se volvió hacia la puerta.

-¡Oh! que el Señor se apiade de nosotras. Ese debe de ser él-. Se llevó la mano a la garganta, en un femenino gesto de horror. -Es tal como usted dijo, Sra. Pettigrew. Este hombre parece un pirata asesino, sediento de sangre.

La Sra. Pettigrew se volvió y miró a Jared con honda desaprobación.

-Un pirata de carne y hueso. Permítame decirle, señor, que usted no tiene nada que hacer en una casa decente.

-Buenas tardes, señoras. -Jared inclinó la cabeza en una grácil y burlona reverencia. -No creo que hayamos sido debidamente presentados. Me llamo Chillhurst.

La Sra. Pettigrew marchó hacia la puerta.

-No suelo conversar con individuos de su clase. Si tiene algo de civismo, debe abandonar esta casa de inmediato. Está causando graves daños a la reputación de la Srta. Wingfield y sólo Dios sabe las perversidades que ya habrá metido en las mentes de esos tres pobres niños. Y mejor no mencionar los problemas financieros producidos por su culpa.

-¿Se marcha tan pronto? -Jared se irguió y se interpuso en el camino de la Sra. Pettigrew.

-Mi esposo se encargará de individuos como usted. -La Sra. Pettigrew salió al pasillo airadamente.- Vamos, Cecily. Nos retiramos.

La Sra. Norbury, nerviosamente, contempló el parche de terciopelo que tapaba el ojo de Jared.

-Le pido disculpas, señor -balbuceó-. Espero que no le hayamos ofendido.

-¡Oh!, sí que me han ofendido -dijo Jared, muy suavemente-. Profundamente.

La Sra. Norbury parecía haber dialogado con el mismo diablo.

-¡Oh, Dios!

Jared le sonrió de tal manera que le hizo sentir escalofríos. Luego se dirigió a la puerta de salida y la abrió de par en par.

-Deprisa, Cecily -gruñó la Sra. Pettigrew.

-Sí, sí, ya voy. -La Sra. Norbury trató de recuperar la compostura y salió rápidamente hacia la puerta.

-Pero ¿qué pasa? -La Sra. Bird apareció desde la cocina, trayendo una bandeja de té en las manos.- Acabo de preparar el maldito té.

Olimpia se dirigió hacia el vestíbulo, para detenerse junto a Jared.

-Esta tarde nuestras invitadas no tomarán el té. Sra. Bird.

-Ja, lo de siempre -Protestó la Sra. Bird-. Una hace tanto lío y al final nadie se lo toma. Cierta gente no tiene consideración para con las criadas.

Olimpia se quedó de pie junto a Jared, observando al cochero de la Sra. Pettigrew que bajaba del pescante, para ayudar a ambas damas a subir al flamante y elegante landó. Las dos capotas plegables del vehículo habían sido levantadas, a pesar de que la tarde era muy agradable.

La Sra. Pettigrew subió al carruaje, seguida de cerca por la Sra. Norbury. El cochero cerró la puerta.

Un grito hizo eco en el jardín.

-Dios nos proteja -gritó la Sra. Norbury-. Hay algo aquí. Abra la puerta. Abra la puerta.

-Sáquenos ya de aquí, tonto -gritó la Sra. Pettigrew al cochero.

El hombre corrió de inmediato a abrir la puerta del vehículo. La Sra. Pettigrew bajó del landó de un salto y la Sra. Norbury también hizo lo propio inmediatamente después.

Olympia escuchó el inconfundible croc-croc de varias ranas. A través de la puerta del landó, que había quedado abierta, Olympia alcanzó a ver al menos media docena de ellas, que no dejaban de saltar dentro del reducido recinto.

-Saque esas espantosas criaturas de inmediato -ordenó la Sra. Pettigrew-. Sáquelas ya o le despido en este preciso instante, George.

-Sí, señora. -George se quitó el sombrero para recoger las saltarinas ranas en él y sacarlas del carruaje.

Olympia observó todo el alboroto que se armó con una sensación de creciente perturbación. Entre el canto de las ranas, los insultos del cochero, los gritos de terror de la

Sra. Norbury y las miradas ponzoñosas de la Sra. Pettigrew, Olympia tenía el presentimiento de que se avecinaba el desastre.

Jared contemplaba toda la escena con una sonrisa tranquila.

Cuando la última de las ranas hubo desaparecido de dentro del landó, lugar que ocuparon de inmediato las Sra. Pettigrew y Norbury, Olympia, por fin, se dignó mirar a Jared.

-¿Qué pasó con la clase de geometría?

-Se pospuso momentáneamente, para dedicamos a estudiar la historia natural -dijo Jared.

-¿Cuándo se tomó esa decisión?

-Hace un rato, cuando Ethan, Hugh y Robert vieron el landó de la Sra. Pettigrew ante la entrada de la casa.

-Me lo temía -dijo Olympia.

-¡Oh! no ocurre absolutamente nada -dijo Jared-. Creo que todas las ranas sobrevivirán. Seguramente encontrarán el camino de regreso a la laguna.

-Sr. Chillhurst. Usted no tiene la menor idea del daño que se ha causado aquí. Las cosas no podían estar peor de lo que están. –Olimpia se volvió, muy deprimida, y se dirigió hacia su biblioteca.

6

Sorprendido por la profunda depresión de Olympia, Jared la siguió hasta la biblioteca y cerró la puerta.

-¿Qué pasa, Srta. Wingfield? No estará tan preocupada por las ranas del carruaje de la Sra. Pettigrew, ¿verdad?

Olympia le miró, disgustada.

-Eso de las ranas no pudo haber sido de lo más inoportuno.

-¿Por qué? -Jared la miró resueltamente.- ¿Ya se está arrepintiendo de haberme defendido?

-Por supuesto que no. Usted forma parte del personal que trabaja para mí y, en consecuencia, tiene derecho a que yo le proteja. -Olimpia se dirigió a la ventana y se puso a contemplar el jardín.- La Sra. Pettigrew es una mujer extremadamente desagradable, que tiene la mala costumbre de meterse en los asuntos ajenos. No me arrepiento ni por un segundo de haber defendido su presencia en esta casa ante ella.

-Gracias. -Jared estudió la orgullosa línea de la grácil espalda de Olimpia.- Creo que nunca nadie hizo algo semejante.

-¿Nadie hizo qué?

-Saltar a defenderme.

-¡Oh! no fue nada. -Olympia levantó los hombros, como restando importancia al agradecimiento.

Jared sonrió.

-Para mí fue mucho, Srta. Wingfield.

-La Sra. Pettigrew no tenía ningún derecho a atacarle de esa forma. Y tampoco la Sra. Norbury, aunque supongo que ella tiene una excusa: es una mujer muy débil.

-A diferencia de usted -dijo Jared-. Pero aun hasta la más fuerte de todas las mujeres, debe cuidar su reputación. Por lo que pude escuchar desde que llegué, la Sra. Pettigrew está terriblemente preocupada por la suya.

-Eso parece. -Olympia no se volvió.

-¿Y usted, Srta. Wingfield? -Jared dio un paso y se detuvo. No estaba seguro sobre lo que tenía que hacer o decir. Nunca nadie había visto manchada su reputación por culpa de sus actos. Los hombres de negocios insulsos y aburridos como él, rara vez se veían envueltos en situaciones que amenazaran el buen nombre de una mujer.

-Me importa un rábano mi reputación. -Olympia unió las manos entre sí, apretándolas firmemente.- Tía Sophy solía decir que la reputación no era más que la opinión del mundo y que el mundo, por lo general, está equivocado- Lo que importa es el honor y según ella, éste era un asunto privado, entre uno y su conciencia. No me preocupa en absoluto lo que la Sra. Pettigrew piense de mí.

-Entiendo. -Jared suponía que debía sentirse aliviado de que ella no le culpara por haber puesto en peligro su reputación. Entonces, se preguntó por qué no se sentía como si le

hubieran quitado una enorme carga de encima de los hombros.- Si no está amargada por la opinión que puede formarse sobre usted la Sra. Pettigrew, ¿cuál es su problema, Srta. Wingfield?

-¿No la escuchó, señor? Amenazó con quitarme a mis sobrinos. -susurró Olympia-. Dijo que los niños no deben quedar expuestos a las influencias inmorales de esta casa y que su marido estaría dispuesto a pagar una suma considerable de dinero al pariente lejano que esté dispuesto a llevárselos.

-Bastardo -gruñó Jared entre dientes, casi en un susurro.

-¿Cómo ha dicho?

-Nada, nada, Srta. Wingfield, Simplemente que acabo de darme cuenta de que el señor Pettigrew está mucho más desesperado de lo que pensaba.

-Sí. No sabía que el terrateniente Pettigrew y su esposa se preocuparan tanto por mi reputación. -Olympia se volvió para mirarle con gran determinación.- Tal vez, lo mejor sería llevarnos a mis sobrinos de aquí por un tiempo. ¿ Usted cree que con las mercancías que vendamos podremos obtener el dinero suficiente para llevarlos cerca del mar?

Jared arqueó una ceja.

-Sí, creo que le alcanzará para ese viaje.

-Estupendo. -El rostro de Olimpia se encendió.- ¿Cuando cree que tendremos noticias de su amigo en Londres?

-En cualquier momento, Sra. Wingfield. Tal vez, mañana o pasado. -Jared pensaba que Félix Hartwell no tardaría mucho en vender las mercancías de Olympia. Sólo esperaba que Hartwell también estuviera avanzando sobre la investigación que llevaba a cabo en relación con la malversación de fondos. Tal vez, cuando le enviara el producto de la venta de las mercaderías, también le enviaría alguna novedad respecto de su investigación.

-Me alegra mucho escuchar esas noticias -dijo Olympia-. Si desaparecemos de Upper Tudway por quince días, aproximadamente, puede que la Sra. Pettigrew se tranquilice un poco. También tengo la esperanza de que el terrateniente Pettigrew no esté tan dispuesto a pagar a nadie para que se lleve a los niños. Es bastante cuidadoso con su dinero.

Jared contempló la situación por un momento.

-Srta. Wingfield, creo que su idea de ir al mar con los niños no es mala, pero sí innecesaria.

Olympia abrió los ojos desmesuradamente, sorprendida.

-¿Por qué?

-Mi intención era la de hacer una visita al Sr. Pettigrew en un futuro cercano. Pero, como su esposa se ha presentado hoy aquí para proferir amenazas, creo que no debo posponer más ese compromiso. Mañana mismo iré a verle.

Olympia le miró, confusa.

-No entiendo, Sr. Chillhurst. ¿Por qué quiere hablar con el terrateniente Pettigrew? ¿Qué le dirá?

-Me ocuparé de dejarle bien claro que ni él ni su esposa le volverán a proferir a usted más amenazas, de ningún tipo; ni inquietarle de la manera que le han perturbado hoy. O sea, le diré que se ocupe de sus propios asuntos y le deje en paz.

-Jared. Quiero decir, Sr. Chillhurst. No quiero que haga nada que pueda traerle más problemas. -Olympia cruzó apresuradamente el salón, y cuando llegó junto a Jared, le puso la mano en el brazo.-Debe tener en cuenta su propia reputación.

Jared sonrió brevemente.

-¿Mi propia reputación?

-Por supuesto. Un maestro debe cuidarse mucho. Será un placer para mí darle una excelente carta de recomendación cuando se vaya de esta casa, por supuesto; pero, si el terrateniente Pettigrew se encarga de difundir por ahí que usted constituye una influencia negativa para los niños, entonces ni le cuento lo difícil que le resultará conseguir otro puesto.

Jared cubrió la mano de Olympia con una de las suyas.

-No tiene porque preocuparse de mi reputación, Srta. Wingfield. Le aseguro que jamás tendré dificultades para mantenerme.

Ella buscó sus ojos, preocupada.

-¿Está seguro de eso?

-Absolutamente seguro, Srta. Wingfield.

-De todas maneras, creo que lo mejor sería que nos marchásemos de Upper Tudway por un tiempo.

-Como quiera. -Jared vaciló.- ¿Se supone que debo ir con ustedes?

Olympia le miró sorprendida.

-Por supuesto. Forma parte del personal de la casa. No sé qué haría sin usted.

-Gracias, Srta. Wingfield. -Jared inclinó la cabeza en una sutil reverencia.- Me esforzaré en satisfacerla.

-Quédese tranquilo por eso, Sr. Chillhurst.

El mensaje de Félix llegó en el correo de la mañana. La Sra. Bird lo trajo a la mesa del desayuno y se lo entregó a Jared.

-Gracias -le dijo él.

-No se recibe mucha correspondencia aquí en Meadow Stream Cottage -le informó la Sra. Bird. Se quedó parada, esperando, con la cafetera en la mano.

Jared se dio cuenta de que la mujer esperaba escuchar los contenidos de la carta. Miró alrededor de la mesa y la misma expresión expectante se leyó en todos los rostros. Olympia v sus sobrinos lo miraban ansiosos. Hasta Minotauro parecía estar interesado. Evidentemente, cualquier comunicado que viniera de otro lugar, fuera de las cercanías de Upper Tudway, era de importancia.

-¿La carta la ha enviado su amigo de Londres? -preguntó Olympia.

-Sí, él la envió -Jared rompió el sello y abrió la única hoja de papel en la que se había redactado toda la carta.

-¿El Sr. Hartwell nos ha vendido todas las mercancías, Sr. Chillhurst? -preguntó Ethan.

-Apuesto a que su amigo las vendió tan caras como el terrateniente Pettigrew -dijo Robert.

-Y yo apuesto a que ganó más dinero -declaró Hugh.

Jared leyó rápidamente la misiva.

-Tienes razón, Hugh.

-¿De verdad? -El rostro de Olympia cobró luminosidad.- ¿Lo suficiente como para que podamos ir todos al mar durante quince días?

-Más que suficiente -Jared miró la nota y la leyó en voz alta.

Chillhurst:

He seguido sus instrucciones y vendí las variadas mercancías que me ha enviado. Si me permite, no es su estilo habitual. De todas maneras, la operación está hecha. He hecho

un depósito de tres mil libras, en una cuenta a nombre de la señorita Olympia Wingfield. Por favor, no vacile en avisarme si puedo servirle en algo más.

Robert casi calló de su silla.

-¡Tres mil libras!.

-¡Tres mil libras! -repitió Hugh, atónito.

Olympia sólo se quedó sentada, boquiabierta.

Jared tuvo que olvidarse de seguir leyendo la carta en voz alta porque toda la sala se convirtió en un alboroto impresionante. Rápidamente, siguió leyéndola con la vista, mientras los demás gritaban de alegría.

En cuanto al otro asunto que me había pedido averiguar, lamento comunicarle que no he avanzado mucho. Creo que fue el capitán de uno de sus barcos el que le sustrajo el dinero, pero me temo que no podremos probarlo. Mi consejo es que despida al capitán en cuestión. Infórmeme respecto de su decisión y yo actuaré de conformidad con ella.

Suyo,

Félix

Jared frunció el entrecejo, pensativo, mientras volvía a doblar la hoja de papel. Mentalmente, se dijo que avisaría a Félix de que todavía no tomaría ninguna medida en relación con el capitán involucrado.

Colocó la carta junto a su plato y alzó la vista. Notó que aún todos seguían en estado de shock por el dinero obtenido con la venta del último embarque recibido.

Hugh y Ethan saltaban enloquecidos, en sus respectivas sillas. Robert estaba dando a Olympia un sinfín de sugerencias, sobre las mil maneras que podía emplear para invertir el dinero. Minotauro, de alguna forma, se había ingeniado para conseguir una salchicha.

-Una montaña de dinero -dijo la Sra. Bird, asombrada. Y luego repitió la frase una y otra vez-. ¡Una montaña de dinero!

Olimpia parecía no querer dar rienda suelta a su placer.

-Sr. Chillhurst, ¿está seguro de que no ha habido error?

-No hubo ningún error. -Jared cogió su tenedor y empezó a comer los huevos que tenía en el plato. -Le aseguro que Hartwell no comete errores cuando de dinero se trata. -Lo

que, sin duda, significaba que Félix tampoco se había equivocado al decir que el capitán de uno de los buques de Flamecrest había sido el responsable de las malversaciones de dinero de las que Jared había sido víctima en el transcurso del año anterior. Pero Jared no estaba satisfecho con la respuesta. Quería más pruebas.

-Pero debe de haber algún error -insistió Olympia-. Tal vez, quiso decir trescientas libras, aunque aun siendo así, sería una cifra muy superior a la que hicimos la última vez.

-Obviamente, el mercado de los artículos importados ha mejorado considerablemente en los últimos meses -dijo Jared secamente-. Ahora, si me disculpan, tendré que demorar la clase de hoy en una hora, aproximadamente.

-¿Por qué? -preguntó Hugh-. Se supone que esta mañana nos tocaba estudiar las propiedades de las nubes y del viento.

-Sí -dijo Ethan de inmediato-. Usted nos prometió que nos contaría cómo hizo el capitán Jack para eludir un buque español sólo por conocer más de meteorología que el capitán enemigo.

-Eventualmente, tocaremos ese tema -Jared se puso de pie y miró la hora en su reloj.- Primero debo atender este otro asunto. -Volvió a guardar el reloj en su bolsillo.

Olympia se levantó también, para seguirle hasta el pasillo. Cuando estuvieron a una distancia suficiente, para que los niños no pudieran escucharles, ella le puso la mano en el brazo.

-Sr. Chillhurst, ¿está completamente seguro de que no se arriesgará indebidamente al ir a ver en persona al terrateniente Pettigrew?

-Completamente seguro. -Jared tomó su chaqueta del perchero y se la colocó encima. Pudo sentir el peso de la daga en el bolsillo oculto de la misma. Cuando tuvo puesta la prenda, sintió que la hoja se apoyaba cómodamente entre sus costillas.

Olympia frunció el entrecejo.

-Quizá debiera ir con usted.

-No será necesario. -Jared se sentía emocionado. Realmente, le resultaba muy extraño, y para nada desagradable, tener a alguien que se preocupara tan genuinamente de su bienestar. Le aseguro que ya hace bastante tiempo que me cuido solo.

-Sí, lo sé. Pero ahora está trabajando en mi casa y yo siento cierta responsabilidad hacia usted. No quiero que resulte perjudicado en ningún aspecto.

-Gracias, Srta. Wingfield. -Jared le tomó el mentón, con suma delicadeza y apenas rozó la boca de la muchacha con la suya.- Le aseguro que el terrateniente Pettigrew no representa peligro alguno para mí. –Le sonrió con picardía.- Sólo existe una amenaza de la que debo cuidarme por el momento.

Olympia abrió los ojos desmesuradamente, alarmada.

-¿Cuál es?

-La posibilidad de que muera incinerado en cualquier momento por las llamas del deseo no satisfecho.

-¡Sr. Chillhurst! -Olympia se puso colorada, pero en sus ojos se encendió una chispa de profunda excitación femenina.

-Hasta luego, mi dulce sirena.

Silbando suavemente, Jared dejó a Olympia inmóvil en el vestíbulo, mientras él salía de la casa, disfrutando de la cálida mañana primaveral.

-Sr. Chillhurst, espere. -Olympia bajó corriendo los escalones de la entrada de la casa.

Jared se volvió y sonrió.

-¿Sí, Srta. Wingfield?

-Será cuidadoso, ¿verdad?

-Sí, Srta. Wingfield, seré muy cuidadoso.

Minotauro vino trotando, desde el otro lado de la casa. Con la lengua colgando y moviendo la cola, levantó la vista esperanzado, en dirección a Jared.

-Me temo que esta mañana no podrás venir conmigo -le dijo Jared-. Quédate aquí y vigila todo por mí- Yo regresaré pronto.

Minotauro se sentó en los peldaños y se recostó pesadamente contra Olympia. Evidentemente, el perro estaba desilusionado, pero había tomado las cosas con filosofía.

Era relativamente una corta caminata a la finca de los Pettigrew, si se cortaba camino por la pradera y el monte que bordeaba al arroyo. Jared se tomó ese tiempo para analizar cómo había cambiado su vida desde que había llegado allí.

Lo sucedido en la biblioteca de Olympia la tarde anterior le había dado una tregua. Los comentarios de la Sra. Pettigrew sobre la reputación de Olympia habían sido bastante punzantes, pero Jared no pudo restarles importancia. Jared sabía, aunque Olympia no, que esa gente quería mancharle la reputación.

La pasión era una extraña emoción, pensó Jared. Ahora que la había experimentado por primera vez sentía el mayor de los respetos por su poder. No obstante, era un caballero y, como tal, no podía arruinar a Olympia. Por poco que a ella le importara que le arruinasen.

Los aullidos de una perrera llena de sabuesos dio la bienvenida a Jared cuando entró en el camino principal que le conduciría a la residencia de los Pettigrew. Examinó la propiedad con gran interés. Evidentemente, la finca era próspera. Jared se preguntó cuántas de las mejoras que habían sido hechas allí se habrían pagado con el dinero que Pettigrew le había robado a Olympia y a su tío.

Jared subió los peldaños de la entrada y golpeó intensamente la puerta.

Pocos minutos después, abrió una ama de llaves de mediana edad, que llevaba un vestido gris, una cofia blanca y un delantal. Lo primero que miró fue el parche de Jared.

-Por lo que, se cuenta por ahí, usted debe ser el nuevo maestro de los Wingfield, ¿no? -le preguntó.

-Me llamo Chillhurst, Por favor, tenga la amabilidad de informar al Sr. Pettigrew que he venido a hablar con él.

-No está -contestó rápidamente la criada-. Quiero decir, que no está en la casa en este momento.

-¿Y dónde está?

-En los establos. -El ama de llaves seguía mirándolo con evidente fascinación.- Si quiere, le voy a buscar.

-Gracias, pero iré yo personalmente.

Jared, se volvió y bajó las escalinatas. Rodeó la casa y divisó el establo, recientemente pintado.

Voces chillonas y alborotadas le llamaron la atención cuando pasó junto a la puerta abierta de la cocina.

-Es él, te lo digo yo -decía el ama de llaves a otra persona que estaba en la cocina-. El maestro nuevo. Andan diciendo por ahí que ha estado acostándose con la Srta. Wingfield todas las noches desde que llegó a Meadow Stream Cottage.

-Yo creí que estaba viviendo en la cabaña del guardabosques, que está al pie del camino, como los demás que ella contrató antes que a él -le respondió la otra voz.

-Bueno, ¿quién puede saber lo que pasa allí por las noches? -replicó el ama de llaves-. Me da pena que allá puede pasarle cualquier cosa y nadie estará allí para defenderla. Pobre Srta. Wingfield.

-Es digna de lástima.

-¿Cómo puedes decir semejante cosa? Es una joven correcta, eso es -insistió el ama de llaves-. Es un poco rara, nada más. No por culpa de ella, no. Por esas dos tías que tenía y que la criaron.

-Nunca dije que no fuera una mujer correcta. Pero ya tiene veinticinco años y ni miras de casarse. Y menos todavía con esos tres diablos que tiene que criar. Seguramente que lo debe estar pasando de maravilla con los ataques nocturnos del pirata. Hay cosas peores.

-No para la Srta. Wingfield. -En la voz del ama de llaves se detectó una auténtica preocupación- Nunca una palabra de escándalo en contra de ella y tú lo sabes bien. No, ese maldito pirata está abusando de ella. Sólo Dios sabe lo que le debe hacer durante la noche.

-Algo interesante, espero, por el bien de la Srta. Wingfield.

Jared apretó los dientes y siguió su camino.

Pocos minutos después, cuando entró a los establos en penumbra, sintió olor a heno y a excrementos. Un corpulento bayo castrado relinchó con curiosidad y asomó la cabeza sobre la puerta del establo, Jared examinó con ojo crítico al caballo, que aparentemente, era de bastante valor.

Escuchó la voz de Pettigrew, que provenía desde el otro extremo de las caballerizas, tenuemente iluminadas.

-Ya está todo listo para que el semental de Henninger sirva a la yegua. Es de pura sangre, sin duda. Me costará un dineral, pero vale la pena.

-Sí, señor.

-¿Has cambiado la herradura de la mano izquierda del bayo? -Pettigrew salió de la caballeriza, con una fusta en la mano. Le seguía un cuidador de baja estatura y muy delgado.

-Ayer lo llevé al herrero -aseguró el cuidador-. Anda como un violín ahora, Sr. Pettigrew.

-De acuerdo, estupendo, porque quiero montarlo para la cacería local que tendrá lugar la semana que viene. -En un gesto ausente, Pettigrew se golpeaba la pierna con la

fusta.- Vamos a ver los sabuesos. –Entrecerró los ojos, pues le molestaba el rayo de sol que entraba por la puerta que estaba detrás de Jared, - ¿Qué es eso? ¿Quién está ahí?

-Chillhurst.

-¿Chillhurst? -Pettigrew le miró asombrado.- ¿Qué rayos está haciendo usted en mis establos?

-He venido a intercambiar con usted algunas palabras, Sr. Pettigrew.

-Vamos, yo no tengo nada que decirle, de modo que lárguese ahora mismo de mi propiedad.

-Me iré de inmediato, pero primero tendrá que saber algunas cosas. -Jared echó un vistazo al cuidador, a quien se le veía bastante turbado. -Sugiero que tengamos esta conversación en privado.

-Maldito y arrogante maestro de mierda -vociferó Pettigrew, pero, de todas maneras, hizo un breve gesto con la fusta, indicando al cuidador que se marchase.

Jared esperó a que el cuidador atravesara la puerta del establo.

-No le robaré mucho tiempo, Pettigrew. Sólo hay dos cosas que debe saber. La primera es que no debe seguir amenazando a la Srta. Wingfield.

-¿Amenazando? ¿Cómo se atreve, señor? -masculló Pettigrew, furioso-. Jamás he amenazado a la Srta. Wingfield.

-No, tengo entendido que envió a su esposa para que hiciera el trabajo sucio en su lugar -le dijo Jared-. No tiene ninguna importancia. Lo único que debe tener muy presente es que esas amenazas no deben volver a repetirse y mucho menos llevarse a efecto.

-Se está usted pasando de la raya, maldito bastardo. ¿De qué mierda está hablando?

-Sabe usted muy bien de lo que estoy hablando, Pettigrew. Su esposa le dijo a la Srta. Wingfield que, a menos que me quitara a mí de en medio, le arrebatarían a los sobrinos.

-La Srta. Wingfield debería despedirle y sacarle de aquí de inmediato -estalló Pettigrew-. No puede decir que su presencia es una buena influencia para esos jóvenes tan fácilmente influenciables. Ni para la joven, tan fácilmente influenciable como ellos, en este caso.

-Sea como fuere, yo seguiré ocupando el cargo que ocupo en la casa de los Wingfield. Y si usted sólo intenta quitar a los niños de la tutela de la Srta. Wingfield, le juro que se arrepentirá.

Pettigrew entrecerró los ojos.

-Hace años que conozco a la Srta. Wingfield. De hecho, me he considerado un amigo de sus tías. Siento que es mi responsabilidad hacer lo que sea mejor para esa muchacha. Por otra parte, no permitiré que usted me intimide, Chillhurst.

-Pero voy a intimidarle de todas maneras -Jared le sonrió.- Si usted da un solo paso para quitarle los niños a la Srta. Wingfield, yo me encargaré de que todo el mundo se entere de cómo la ha estado traicionando sistemáticamente todos estos años.

Pettigrew se quedó mirándole, azorado, boquiabierto. Un intenso color carmesí tiñó su regordeta cara.

-¡Cómo se atreve a acusarme de haberla traicionado!

-Con toda naturalidad, se lo aseguro.

-Es una maldita mentira.

-No -dijo Jared-. Es la verdad más absoluta. Sé muy bien qué mercaderías venían en el último despacho que el señor Wingfield le mandó a su sobrina. Casi lo mismo que vino en éste y que yo me encargué de vender. Consecuentemente, debieron de haber arrojado casi las mismas ganancias, alrededor de tres mil libras.

-Eso no es cierto -dijo Pettigrew entre dientes.

-Usted sustrajo dinero, Sr. Pettigrew.

-No tiene ni una sola prueba, maldito cerdo.

-¡Ah!, ah, está usted en un error. Tengo un conocido en Londres que podría rápidamente descubrir todos los hechos- Y le daré instrucciones para que lo haga si usted no devuelve lo que debe a la Srta. Wingfield.

El rostro de Pettigrew se distorsionó por la ira.

-Yo te voy a enseñar a provocar amenazas, hijo de... -Levantó la fusta y la bajó bruscamente, dirigiéndola al ojo bueno de Jared.

Jared bloqueó el movimiento con un solo brazo. Arrancó la fusta de la mano de Pettigrew y la arrojó a un costado, disgustado. Luego metió la mano en el interior de la chaqueta y quitó la daga de su vaina. Empujó a Pettigrew contra la puerta de una de las caballerizas y apretó la punta de la hoja de la daga contra su garganta.

-Me has ofendido, Pettigrew.

Pettigrew no podía quitar los ojos de la daga. Se humedeció los labios.

-No puedes hacer esto. Te acusaré ante las autoridades. Te colgarán, Chillhurst.

-Lo dudo. Pero tienes plena libertad de denunciarme a las autoridades, sí quieres. Sin embargo, primero tendrás que hacer un cheque a nombre de la Srta. Wingfield, por la suma de dinero que le has robado de los dos últimos despachos de mercaderías.

Pettigrew se estremeció. La desesperación afloró en sus ojos.

-No tengo ese dinero. Ya me lo gasté.

-¿En qué?

-Mira -murmuró Pettigrew-. Tú no entiendes. Necesité el dinero del primer embarque para pagar algunas deudas de honor.

-¿Perdiste el dinero de la Srta. Wingfield en un juego de naipes?

-No, no. Perdí mi finca en un maldito juego de naipes. -El sudor asomó en las cejas de Pettigrew.- Pensé que estaba acabado. En la ruina. Y justo apareció Olympia, pidiéndome asesoramiento respecto de cómo debía vender las mercaderías que su tío le había enviado. Me vino como agua caída del cielo.

-Tu cielo es muy diferente del de la Srta. Wingfield -dijo Jared.

-Tenía intenciones de devolverle todo lo que le debía una vez solucionados todos mis problemas. -Pettigrew miró a Jared como buscando su comprensión- Luego, llegó el siguiente despacho y me di cuenta de que podía hacer unas cuantas mejoras en mi finca.

-De modo que tampoco pudiste resistir la tentación de robar en esa oportunidad -Jared sonrió de mala gana.- Y tuviste las agallas de llamarme a mi pirata.

-Con las nuevas mejoras, la finca será mucho más productiva -anunció el Sr. Pettigrew solemnemente-. Podré rembolsar todo a la Srta. Wingfield con la mayor brevedad.

Jared asintió en dirección al costoso caballo.

-¿Acaso el bayo era una de las mejoras necesarias que tenías que hacer aquí?

Pettigrew no podía estar más avergonzado.

-Un hombre debe tener su propio caballo para ir de cacería.

-¿Y qué me dices de ese flamante landó en el que tu esposa vino a la casa de la Srta. Wingfield?

-Ella tiene que mantener su posición en el pueblo. Mira, Chillhurst, le pagaré hasta el último centavo a la Srta. Wingfield, en uno o dos años lo juro.

-Empezarás a pagarle de inmediato.

-Pero, cielos, hombre. No dispongo ahora de efectivo.

-Puedes empezar reuniendo el dinero suficiente vendiendo ese bayo castrado. Con eso obtendrás cuatrocientas o quinientas guineas, como mínimo.

-¿Que venda el bayo? ¿Estás loco? Acabo de comprarlo.

-Le conseguirás un comprador-le dijo Jared-. Y, cuando hayas vendido el animal, buscarás otro comprador para el landó. Calculo que debes a la Srta. Wingfield unas seis mil libras.

-¿Seis mil libras?-Pettigrew parecía azorado.

-Tienes dos meses para reunir todo el dinero.

Jared soltó a Pettigrew. Envainó la daga, se volvió y salió de los establos. Una vez fuera, advirtió la presencia del cuidador de Pettigrew con mirada hosca. El hombre le observaba desde las perreras.

Jared vaciló cuando se le ocurrió una idea. Se acercó al cuidador y se paró justo frente a él.

-Dejó usted huellas de barro en la alfombra de la Srta. Wingfield la noche pasada -le dijo Jared, como restando importancia a la cuestión. -Y también volcó la garrafa del brandy. Probablemente, tendría que hacerle pagar el seguro de la ventana que rompió, del mismo modo que estoy obligando a su patrón a que devuelva el dinero que robó.

Los ojos del cuidador mostraron cierto estupor. Se quedó con la boca abierta, mirándole y, luego, empezó a tartamudear.

-Vamos, que no sé de qué está hablando, señor. No estuve anoche en la biblioteca de la Srta. Wingfield, ni ninguna otra noche. Juro que no estuve. No me importa lo que diga el terrateniente.

-¿Acaso mencioné que la alfombra embarrada y la garrafa de brandy volcada estuvieran en la biblioteca de la Srta. Wingfield? -preguntó Jared, con toda gentileza.

Los ojos del cuidador se abrieron desmesuradamente cuando se dio cuenta, con horror, que había caído en una pequeña trampa.

-Yo no tuve la culpa. Sólo estaba haciendo lo que el terrateniente me mandó hacer. No causé daño a nada. No hubiera lastimado a nadie, nunca jamás. Sólo estaba buscando una cosa que el terrateniente Pettigrew quería. Nada más. Me dijo que me iba a poner de patitas en la calle si no hacía lo que él me mandaba.

-¿Y qué estaba buscando exactamente? ¿Una carta, quizá?

-Unos papeles -dijo el cuidador-. Me dijo que juntara todas las notas, cartas, cualquier cosa que tuviera que ver con cosas y las finanzas. Pero no pude encontrar ninguna de esas malditas cosas aunque puse todo patas arriba. Después ese maldito perro se puso a ladrar, escuché ruidos arriba y me fui corriendo.

-Manténgase bien alejado de la casa -le advirtió Jared-. La próxima vez que vuelva a intentar algo de esa naturaleza, le juro que se topará conmigo en lugar de con la garrafa de coñac.

-Sí, señor. Nunca más me volveré a acercar a esa casa.

Había ciertas ventajas en tener la cara de un pirata, pensó Jared, divertido, mientras caminaba de regreso a Meadow Stream Cottage. La gente tendía a tomarle muy en serio.

Jared subió las escalinatas de la entrada y, cuando abrió la puerta principal, se encontró con una escena de caos y confusión. Sólo se había ausentado durante una hora y la casa se había convertido en un alboroto.

Jared sonrió. El trabajo de un maestro nunca terminaba.

Minotauro ladraba excitado cuando vio a Jared entrar en el vestíbulo. Ethan y Hugh se gritaban mutuamente, mientras uno le arrojaba al otro un pesado y sucio tronco por la escalera. Robert vociferaba instrucciones desde el descansillo de la misma. Sonrió ampliamente al detectar la presencia de Jared.

-El Sr. Chillhurst, ha vuelto. Tía Olympia nos dijo que no tendríamos clases hoy. Tenemos que empaquetar para el viaje.

-Veo que vuestra tía estaba dispuesta a partir sin demoras rumbo al mar-. A Jared le resultó cómico el poder de decisión de Olympia. Obviamente, estaba resuelta a defender su hogar con uñas y dientes.

-No, no. Sr. Chillhurst. -Ethan forcejeaba con su extremo del tronco.- Al final, no iremos al mar, sino a Londres.

-¿A Londres? -Jared se asombró.

-Sí. ¿No es emocionante, señor? -Hugh sonrió.-Tía Olimpia dice que, como ahora tenemos una montaña de dinero, lo usaremos para ir a Londres. ¿Sabe? Nunca hemos estado allí.

-Tía Olympia dice que el viaje será muy instructivo -explicó Robert-. Dice que visitaremos museos, que veremos los jardines Vauxhall y que haremos toda clase de cosas.

-Tía Olympia dice que, sin duda, habrá alguna feria en uno de los parques y que veremos los fuegos artificiales. Que tomaremos helados y veremos el ascenso de un globo -concluyó Ethan.

-Dice que, probablemente, iremos a un teatro que se llama Astley, donde hay acróbatas, magos y caballitos amaestrados -agregó Hugh-. Lo leyó en las publicaciones que aparecen en los periódicos de Londres.

-Ya veo. -Jared arqueó las cejas cuando apareció la Sra. Bird, con una pila de faldas dobladas.- ¿Dónde está la Srta. Wingfield?

-En la biblioteca -contestó la Sra. Bird, apesadumbrada-. Esto es cosa de locos. No sé por qué no podemos vivir como gente normal. ¿Para qué escaparse a Londres?

Jared la ignoró. Entró en la biblioteca y cerró la puerta. Olimpia estaba sentada ante su escritorio, mirando fijamente uno de los periódicos londinenses. Cuando le oyó entrar, levantó la vista de inmediato.

-Jared, quiero decir, Sr. Chillhurst -Le observó ansiosamente.- Ha regresado. ¿Ha salido todo bien?

-El terrateniente Pettigrew no volverá a molestarla nunca más, ni a usted, ni a los niños. Más tarde se lo explicaré. ¿Qué es esto del viaje a Londres?

-Una noticia que ha causado conmoción, ¿no? -Olympia sonrió, con el rostro radiante- Se me ocurrió que con todo el dinero que hemos recibido por la venta de las últimas mercaderías que tío Artemis me envió, podemos damos el gusto de llegar hasta Londres. Será una experiencia maravillosa para los niños y yo podré emplear el tiempo para seguir con mis investigaciones sobre el diario.

-¿Investigaciones?

-Sí. Me gustaría consultar algunos mapas de las Indias Occidentales, que pertenecen a la Sociedad para Viajes y Exploraciones. El diario hace referencia a una isla que yo no puedo ubicar en ninguno de los mapas que tengo de esa región.

Jared titubeó, pues, someramente, calculó todos los problemas que un viaje a Londres podría implicar.

-¿Dónde tiene planeado hospedarse?

-Bueno, podríamos alquilar una casa por un mes. Debe de ser un asunto sencillo.

-No.

Olympia parpadeó, azorada.

-¿Cómo ha dicho?

Jared se dio cuenta de que, momentáneamente, había olvidado el lugar que ocupaba en la casa. Supuestamente, él debía acatar órdenes de Olympia y no dárselas. Desgraciadamente, dar órdenes era uno de sus hábitos.

-Un viaje a Londres, en este momento tan particular, me parece algo muy incorrecto. Srta. Wingfield -le dijo, cautelosamente.

-¿Por qué?

-Para empezar, yo estaría obligado a encontrar hospedaje también y lo más probable será que las posadas estén a una distancia considerable de la casa. No me agrada la idea de que usted y los niños estén solos por la noche en una ciudad como Londres. -Hizo una pausa.- No después de lo que sucedió aquí hace dos noches.

-¿Se refiere al incidente de la persona que se metió en mi biblioteca? -Olympia frunció el entrecejo, considerando la idea.

-Precisamente -dijo Jared, con toda delicadeza.- No podemos correr riesgo alguno. Srta. Wingfield. Aquí, en el campo, yo estoy a una corta distancia de la casa. Puedo escucharla si grita pidiendo ayuda.

Sólo se trataba de una pequeña decepción más, pensó Jared. Estaba seguro de que pronto le contaría que el intruso de la noche pasada había sido el cuidador de caballos de Pettigrew. Mientras tanto, necesitaba una excusa para evitar ese atolondrado viaje a Londres.

Olympia vaciló un momento y, luego, le miró con una expresión de satisfacción en los ojos.

-La solución es obvia. Se quedará con nosotros en la ciudad.

-¿Con ustedes? ¿Se refiere a compartir la misma casa? -Jared se sintió confuso ante la idea.

-Por supuesto. No hay absolutamente ninguna necesidad de gastar más dinero, inútilmente, reservando una habitación en alguna posada para usted. Sería un despilfarro. Además, si debemos cuidarnos del Guardián, quienquiera que sea ese hombre, usted debe estar cerca, a mano, en todo momento.

-Cerca, a mano -repitió Jared como un autómata.

-Bajo el mismo techo -aclaró Olympia.

La idea de pasar todas las noches bajo el mismo techo de su encantadora sirena bastó para cortarle la respiración. Indudablemente, dormiría en una alcoba contigua a la de ella. La oiría cuando se vistiera cada mañana y cuando se quitara la ropa todas las noches, antes de acostarse. Miles de imágenes fascinantes invadieron la mente de Jared. Veía a Olympia caminando por los pasillos, para ir a tomar un baño. Se encontraría con ella en la escalera, cuando bajara a desayunar o a tomar la última taza de té antes de irse a dormir. Estaría cerca de ella mañana, tarde y noche. Pensó que se volvería loco. La pasión le consumiría. Tendría todas las oportunidades del mundo para abandonarse y rendirse a las llamadas de su sirena.

Sería paradisíaco vivir bajo el mismo techo que Olympia.

O infernal.

-¿Hay algún problema con mi plan, Sr. Chillhurst?

-Eso creo. -Por primera vez en toda su vida, Jared tuvo dificultades para pensar con claridad y determinación,- Sí, hay un problema.

Olympia ladeó la cabeza, inquisitivamente.

-¿Cuál?

Jared respiró profundamente y contuvo el aire.

-Srta. Wingfield. ¿Necesito recordarle que su reputación en este distrito ya pende de un hilo? Si voy a Londres con usted y, además, me alojo en la misma casa, su reputación quedará embarrada por completo.

-Mi reputación no me preocupa en lo más mínimo, señor, pero soy consciente de que debo cuidar celosamente de la suya. Después de todo como ya se lo he mencionado antes, no puede darse el lujo de que corran chismes sobre usted, pues eso le perjudicará en el próximo cargo que ocupe.

Jared se aferró a esa excusa, pues, aparentemente, era el único punto débil que Olympia demostraba.

-Una excelente observación, Srta. Wingfield. Como inteligentemente lo ha señalado, los chismes podrían ser muy destructivos para un maestro.

-No tema, señor. Jamás me atrevería a poner en peligro su reputación. -Olympia le sonrió, para reconfortarle.- Pero, de todas maneras, no veo la dificultad. Después de todo, nadie en Upper Tudway se enterará de que compartimos la misma casa en Londres.

-Ah... bueno... sí, también está ese detalle. Sin embargo...

-Y en Londres, nadie le conoce, excepto ese amigo suyo que vendió las mercancías de tío Artemis. Por lo tanto, no se correrá ningún chisme.

-Ah... bueno...

-Por otra parte, no nos moveremos en ningún círculo social. Seremos anónimos entre las multitudes que caminan diariamente por las calles londinenses. -Olympia rió.- ¿Quién podría advertir nuestra presencia y, mucho menos, echar a correr rumores sobre nosotros?

Jared luchó desesperadamente por encontrar algo de sentido común a la situación.

-¿El propietario de la casa que usted va a alquilar, tal vez? ¿Los miembros de la Sociedad para Viajes y Exploraciones, con quienes usted desea contactar? Cualquiera podría hablar de nosotros, Srta. Wingfield.

-Hmmm. -Olympia golpeteó suavemente la pluma sobre el escritorio.

A Jared no le agradó la expresión de su rostro.

-Srta. Wingfield, permítame decirle que una joven en su posición, simplemente, no puede...

-Ya lo tengo -declaró, repentinamente.

-¿Que tiene, qué?

-La respuesta perfecta. Si somos descubiertos y su reputación corre peligro, fingiremos ser un matrimonio.

Jared se quedó mirándola, fijamente, sin poder articular palabra.

-¿Y bien, señor? -Olympia aguardó, expectante. Como Jared no supo qué responder, ella siguió insistiendo.- ¿No le parece un plan muy astuto?

-Ah... bueno...

-Vamos, Sr. Chillhurst. Es lo más lógico, no sólo por razones económicas, sino para ser eficientes y movernos dentro de un marco de seguridad. Realmente, no hay ninguna otra solución inteligente a este problema.

Jared deseaba informarle que la inteligencia era justamente lo que faltaba en toda esa situación, pero aparentemente no pudo encontrar las palabras justas. La idea de tener que vivir bajo el mismo techo que ella y, además, aparentar estar casados, ciertamente le conduciría a la locura más desenfrenada. La canción de la sirena le había trastornado.

-¿Qué dirá a sus sobrinos? -preguntó finalmente.

El rostro de Olympia se oscureció brevemente, mientras consideraba la pregunta. Pero un segundo después, reapareció aquella sonrisa radiante.

-Por supuesto que no será necesario que sepan nada al respecto. -dijo ella-. Es muy poco probable que entren en contacto con adultos que pudieran tratar de sonsacarles, la verdadera relación que nos une. Usted será el maestro y listo. Nadie hará más averiguaciones. ¿No le parece lo correcto?

-Supongo -agregó Jared de mala gana. Rara vez, los adultos contactaban con los niños.

-Y tampoco recibiremos visitas, de modo que no tendremos que temer por ese lado -continuó Olympia, entusiasmada.

-Vamos rumbo al desastre -masculló Jared entre dientes.

-¿Qué ha dicho, Sr. Chillhurst?

-Nada. Srta. Wingfield. Nada en absoluto.

Y con eso, pensó Jared, en un abrir y cerrar de ojos, quedaban aplastados todos los beneficios de haber cultivado, durante toda una vida, el sentido común, el ser práctico y la severa cavilación.

Había dejado de ser el hombre de días atrás. Ya no era el imaginativo y centrado hombre de negocios que, inocentemente, se había propuesto ir a comprar un estúpido diario, con la pragmática intención de mantener al resto de la familia a salvo. En cambio, se había convertido en un individuo totalmente vulnerable a las llamadas del deseo, en un hombre atrapado en las garras de la pasión. Era un poeta, un soñador, un romántico.

Un idiota.

Todo habría sido mucho más simple si no hubiera desatendido su propósito de conseguir el diario, si no se hubiera dejado embelesar por el canto de la sirena.

Jared miró el encantador y esperanzado rostro de Olympia y escuchó cómo rompían las olas del mar contra las rocas. Mentalmente, se resignó a su destino.

-No veo motivos por los que su plan podría fracasar, Srta. Wingfield. Me parece una solución lógica al problema y, además, sus sobrinos tendrán una experiencia muy educativa.

-Sabía que valoraría la inteligencia de mi plan.

-Cierto. Y no tiene por qué preocuparse en buscar una casa para alquilar. Como su hombre de confianza, me encargaré de encontrar una que sea de su agrado.

-Gracias, Sr. Chillhurst. No sé qué haría sin usted.

7

En la sala de conferencias de la Institución Musgrave sólo había unas pocas personas escuchando el relato del Sr. Blanchard sobre sus viajes a las Indias Occidentales.

-No hay ni la mitad de la gente que se dio cita aquí para escuchar el maravilloso discurso del Sr. Elkins sobre sus viajes a los mares del Sur -confió una mujer regordeta a Olympia. Estaba sentada junto a ella.- Claro que el modo de hablar del Sr. Blanchard no es tan entretenido como el del Sr. Elkins.

Olympia no podía poner eso en tela de juicio. Si bien el Sr. Blanchard era, obviamente, un hombre muy observador que había viajado mucho, no había sido dotado de un gran don para la oratoria en público. No lograba obtener la atención de su audiencia. Olimpia había acudido a oír la conferencia, con la gran esperanza de ampliar sus conocimientos sobre geografía, de las Indias Occidentales. Por lo que había leído en el diario, era imprescindible ubicar la pequeña Isla a la que Claire Lightbourne hacía referencia, para descifrar el enigma. Se trataba de una pequeña porción de tierra, al norte de Jamaica. Olimpia había tratado de explicar eso a Jared la noche anterior, mientras compartían las copas de brandy de siempre, pero como era ya costumbre en él, le hizo cambiar de tema.

Hacía ya tres días que Olympia, Jared y el resto de la familia, incluso Minotauro, se habían establecido en Londres. Era la primera incursión que la muchacha hacía a un evento auspiciado por la Sociedad para Viajes y Exploraciones y Olimpia lo había estado esperando con ansiedad. Desgraciadamente, la charla monótona del Sr. Blanchard no lograba mantenerla atenta. Miró el pequeño reloj que tenía enganchado con un alfiler en el talle de su vestido y vio que todavía faltaba otra media hora para que Jared y los niños pasaran a recogerla.

Jared. En la intimidad de sus pensamientos, Olympia le llamaba por su nombre de pila. El grado de intimidad que iba creciendo dentro de ella hacía imposible que pensara en él como el Sr. Chillhurst. Sin embargo, cada vez, que lo mencionaba en voz alta, tenía el buen tino de hacerlo por su apellido.

No obstante, debía recurrir a todo su poder de concentración para mantenerse en términos formales cada vez que lo tenía cerca. Cada vez que se topaba con Jared, en algún pasillo o en las escaleras, sentía el irrefrenable impulso de echarse en sus brazos. Las noches que pasaban juntos en el pequeño estudio estaban volviéndose intolerables. Olympia no sabía cuánto tiempo más podría contenerse.

Además de su propia tensión, Olympia debía lidiar con la certeza que tenía de que Jared también debía recurrir a la misma autodisciplina cada vez que la tenía cerca.

Esa misma mañana, había habido un encuentro delicioso frente a la puerta de la alcoba de Jared, Olympia se dirigía a desayunar, a toda prisa, medio oculta tras una pila de periódicos y un globo terráqueo, Jared acababa de salir al pasillo. En lo que a Olympia se refería, el choque entre ambos había sido pura obra del destino. Sin embargo, la muchacha se preguntó si alguna parte suya no habría planeado el encontronazo. Después de todo, ella sabía exactamente cuándo saldría Jared de su cuarto. Era un hombre que valoraba las costumbres y la rutina. Después de tres mañanas de estar escuchando sus movimientos a través de la pared que les separaba, Olympia sabía que Jared bajaba a las siete en punto.

-¡Oh, Dios mío! Disculpe -Olympia se tambaleó y aferró su globo terráqueo, cuando él se alejó de la puerta de su cuarto y se interpuso, involuntariamente, en su camino.

Aunque Olympia se le había aparecido por el lado de su ojo ciego, la reacción de Jared había sido rápida y segura. Hábilmente, atrapó el globo terráqueo que a Olympia se le había resbalado de las manos.

-¡Oh! Discúlpeme usted a mí, Srta. Wingfield ¿Durmió bien?

Olympia estaba tan confusa por tenerlo tan cerca a esa hora de la mañana que experimentó cierta dificultad en contestar a esa tan sencilla pregunta. Durante varios segundos, lo único que pudo hacer fue observarle deslumbrada, preguntándose desesperadamente si Jared aprovecharía la oportunidad de besarla.

-Sí. He dormido muy bien, Sr. Chillhurst -respondió ella debidamente, decepcionada porque él no había hecho ni el menor intento de apoderarse de su boca con la suya-. ¿Y usted? -¿Cómo haría para soportar semejante tortura todas las mañanas, durante un mes?, se preguntó, alarmada.

-Últimamente, no he podido dormir muy bien -dijo Jared, con los ojos fijos en sus labios,- pues en mi mente no hay otra cosa que tu rostro, mi sirena.

-¡Oh!, Jared -suspiró ella-. Quiero decir, Sr. Chillhurst. –Una extraña sensación de deseo, muy íntima, hizo que se sintiese curiosamente débil- Yo también pienso en usted durante gran parte de mis noches.

Jared sonrió.

-Una de estas noches, tendremos que hacer algo por nuestro problema en común o, de lo contrario, jamás volveremos a dormir.

Olympia abrió los ojos desmesuradamente, al comprender, desesperada, lo que le había insinuado.

-Sí, por supuesto. Es evidente que estoy causando un gran caos en su rutina. Lamento perturbar ese orden estricto que lleva. Sé lo importante que es para usted. Por cuestiones de salud, sé que es crucial dormir bien por las noches.

-Creo que lograré sobrevivir, Srta. Wingfield.

Y después, sí la besó. Allí mismo, en el pasillo. Fue un ósculo breve, que le robó después de mirar varias veces a los costados, para asegurarse de que ninguno de los niños se había decidido a salir de su respectiva habitación.

Terminado el beso. Jared le bajó el globo terráqueo.

Olympia creía que los labios todavía le hacían cosquillas por el beso de Jared. Se irguió en su silla y trató de concentrarse en la conferencia.

Agazapado sobre las notas que tenía en el atril, el Sr. Blanchard seguía con su monótona perorata, gracias a la cual muchos ya se habían quedado dormidos.

-Además del azúcar, las islas de las Indias Occidentales exportan gran variedad de mercaderías, que incluyen el tabaco, el café, las conchas y el mimbre. Por supuesto, deben importar casi todos los artículos que consideran necesarios para la vida civilizada.

Otra vez, la mente de Olympia empezó a divagar. Había ido allí para aprender sobre islas perdidas y leyendas, no sobre importaciones y exportaciones. Para terminar con su aburrimiento, Olympia se dedicó a examinar el pequeño grupo de personas que le rodeaba. La mayoría eran miembros de la Sociedad para Viajes y Exploraciones, que estaba auspiciando la conferencia del Sr. Blanchard. Indudablemente, ella había mantenido correspondencia con algunos de ellos. Se preguntaba cómo se presentaría ante ellos una vez que terminara la charla.

-¿Ha acudido usted a las otras conferencias de esta serie? -le preguntó la mujer regordeta tras su mano enguantada.

-No -admitió Olympia en voz baja-. Soy miembro de la Sociedad, pero acabo de llegar a Londres. No he tenido oportunidad de concurrir a ninguna conferencia pública hasta hoy.

-Es una pena que haya comenzado justamente con esta. La charla del Sr. Duncan sobre el Imperio Otomano fue fascinante.

-Yo estaba ansiosa por escuchar esta conferencia, pues tengo especial interés en la geografía de las Indias Occidentales.

La mujer se le acercó más.

-¿De verdad? Lo mismo que el Sr. Torbert y lord Aldridge. Debería conocerlos.

Olympia estaba fascinada.

-Me encantaría conocerles. He leído sus informes sobre las Indias Occidentales en la publicación trimestral.

-Ambos están aquí hoy. Sentados en extremos opuestos del salón, por supuesto. -La mujer se rió.- Espero que sepa que son acérrimos enemigos. Desde hace años.

-¿De verdad?

-Será un placer para mí presentárselos. Pero primero, permítame presentarme. Soy la Sra. Dalton.

-Y yo soy la Srta. Wingfield, de Upper Tudway, Dorset –dijo Olympia, de inmediato-. Un placer conocerla.

La Sra. Dalton abrió los ojos, muy complacida.

-¿No será la misma Srta. Wingfield que escribe esos artículos tan interesantes sobre tesoros legendarios y costumbres atípicas de otros países, verdad?

Olympia se ruborizó. Era la primera vez que alguien la reconocía por su trabajo. Nadie en Upper Tudway se tomaba la molestia, siquiera, de leer la publicación trimestral de la Sociedad.

-Sí, he escrito uno o dos artículos de esa naturaleza -comentó Olympia, con un tono que esperó sonara modesto.

-Querida mía, esto es excelente. No sólo para mí, sino para varios miembros de la sociedad. Apenas el Sr. Blanchard haya terminado con su locución, le presentaré a todo el mundo.

-Es muy amable de su parte.

-En absoluto, Srta. Wingfield. Usted es prácticamente una leyenda. Vaya, justamente, el otro día, el Sr. Torbert y el Sr. Aldridge comentaban que jamás se irían de Londres sin llevarse uno o dos de sus artículos para que les guíe en sus viajes.

-¿Haciéndose pasar por maestro? Ridículo. ¿Qué juego demoníaco está jugando Chillhurst? -Félix Hartwell miró de reojo a Jared, y su expresión se notó medio divertida y medio respetuosa.

-No estoy totalmente seguro de conocer la respuesta a eso, Félix- Jared apenas esbozó una sonrisa. Tenía la vista fija en Hugh, Ethan y Robert, que estaban a cierta distancia, tratando de hacer subir a los aires una cometa.

Lo habían comprado poco después que acompañaron a Olympia hasta la Institución Musgrave. Cuando Jared se aseguró que la muchacha había entrado en la sala de conferencias, llevó a los niños a un parque cercano y envió un mensaje a Félix.

Félix se presentó en cuestión de minutos. Esa era una de las cosas que Jared más valoraba de su hombre de confianza. Félix sentía el mismo respeto por la puntualidad que él. Hacía años que trabajaban juntos, por lo que Jared consideraba a Félix prácticamente como un amigo, virtualmente, la única persona en la que podía confiar. Jared debía admitir que, en muchos aspectos, eran iguales. Ambos poseían una naturaleza serena, fría, para muchos, insulsa. Compartían un acercamiento lógico y pragmático, tanto para los asuntos personales como para los comerciales, Jared pensó que su padre los definiría como dos hombres con alma de comerciantes.

Pero últimamente las cosas habían cambiado. Jared se preguntaba cómo reaccionaría Félix cuando se enterase de que su empleador se había convertido en una irremediable víctima de la pasión.

Félix resopló.

-Le conozco demasiado bien como para creer que no sabe lo que está haciendo ni por qué, Chillhurst. Nunca hace nada sin pensarlo antes mil veces, sin planearlo minuciosamente. No es su estilo actuar impulsivamente, por mero capricho o presentimiento, señor.

-Frente a ti, tienes a un hombre diferente -Jared miró a Félix y le sonrió brevemente.

Félix se quedó mirándole, azorado. Jared no estaba sorprendido. Después de todo, a él mismo aún le costaba aceptar ese nuevo aspecto de su personalidad. No era de extrañarse, entonces, que Félix se mostrara atónito y hasta confuso por la transformación.

Aunque mantenían una correspondencia fluida, hacía varios meses que Jared no veía personalmente a su hombre de confianza. La última vez, había sido cuando Félix viajó a la isla de Flame, en la costa de Devon, donde residía Jared, para pasar allí unos quince días, revisando las estrategias comerciales de Flamecrest. Jared rara vez viajaba a Londres. Prefería mucho más el espectacular paisaje que le ofrecía su isla nativa que las rimbombantes luces de la ciudad. Aunque no se veían muy a menudo, Jared pensaba que Félix había cambiado muy poco con el paso de los años. Félix era un hombre de ciudad, realidad que se plasmaba en la delicadeza de sus manos y en la elegancia en el corte de su chaqueta. Sus rasgos simpáticos y abiertos ocultaban una astuta inteligencia que Jared valoraba inmensamente.

-¿Diferente? ¿Usted? -Félix rió- No lo creo. Jamás he conocido un estratega mas deliberado que usted en toda mi vida. Trabajar para usted es como hacerlo para un famoso jugador de ajedrez. No siempre puedo predecir cómo serán los desplazamientos de las piezas, pero he aprendido que es usted el que siempre dirige el juego.

-Esta vez, no estoy jugando al ajedrez -observó Jared complacido, mientras el cometa flameaba muy alto en el aire. Ethan y Hugh ovacionaban, excitados, y salieron detrás de Robert, quien corría a toda velocidad, con el hilo en la mano.- La verdad es que el destino me ha convertido en un juguete indefenso. En estos momentos, soy como ese cometa. Una criatura que ha nacido para que el viento haga de ella lo que quiera.

-¿Cómo ha dicho, señor?

-Bueno, Félix, debes saber que me he rendido a las poderosas garras de la pasión.

-¿A las garras de la pasión? ¿Usted, Chillhurst? Está hablando conmigo, Félix Hartwell. Hace casi diez años que soy su representante en Londres. Conozco más sus asuntos comerciales y la forma en que los maneja que cualquier otra persona en la faz de la tierra. Supongo que le conozco mejor que nadie, dado que ambos tenemos un temperamento parecido.

-Por supuesto que lo es. Y si hay algo de lo que estoy plenamente seguro, es de que no es un hombre que se deje llevar por la pasión. Es un ejemplo de autocontrol, señor.

-Ya no. -Jared pensó en el beso que le había dado a Olympia, esa mañana, en el pasillo, frente a la puerta de su cuarto. Vivir bajo el mismo techo que albergaba al objeto de su deseo era la tortura más dulce a la que había sido sometido. Su único consuelo era que Olympia también estaba sufriendo.- He oído el canto de la sirena y estoy perdido.

-¿Sirena?

-Conocida también con el nombre de Srta. Olympia Wingfield.

-Señor, ¿está divirtiéndose a mis espaldas? -preguntó Félix abruptamente. -Porque, de ser así, espero que lo haya hecho a modo de broma.

-¡Caramba! No estoy bromeando -Jared explicó brevemente toda la situación a Félix, pero no se molestó en mencionar el diario de Lightbourne, ni cómo este le había conducido hasta Olympia. Después de todo el diario ya no tenía ninguna importancia.- ¿Sabes una cosa, Félix? Por primera vez en mi vida, empiezo a comprender las excentricidades de los miembros de mi familia.

-Permítame decirle, Chillhurst, que nadie podría comprender las inmensas locuras de su familia. No se ofenda, pero usted es el único miembro razonable del clan y lo sabe muy bien. Ya me lo ha dicho el suficiente número de veces.

-Al parecer, a las palabras se las lleva el viento- Jared volvió a sonreír.- ¿Quien podría ser racional y lógico cuando cae prisionero de las llamas de la pasión desenfrenada?

Félix se puso tenso e inclinó la cabeza en un gesto brusco y ofendido.

-Mi señor, no comprendo absolutamente nada de todo esto. La idea de que se disfrace de maestro para perseguir a la famosa Srta. Wingfield me resulta imposible de creer. Usted no es la clase de hombre vulnerable a una pasión desentrenada.

El humor de Jared se desvaneció.

-Quiero que algo quede bien en claro, Félix. No quiero que esto llegue más lejos, pues la reputación de la Srta. Wingfield está en juego.

Félix dirigió a Jared una rápida mirada inquisitiva y luego desvió la vista hacia otro lado.

-Después de todos estos años, señor -dijo, con mucha tranquilidad-, espero que confíe en mí lo suficiente como para saber que no violaré una confidencia suya.

-Por supuesto que confío en ti -dijo Jared-. Si no la tuviera, jamás habría iniciado esta conversación. Bueno, ahora además de haberte revelado que estoy trabajando en casa de la

Srta. Wingfield, como maestro de sus sobrinos, debo pedirte un favor. Nadie tiene que saber que estoy aquí, en Londres.

Félix denotó una inmediata expresión de alerta, cuando comprendió la situación. Sus ojos reflejaron lo que bien pudo haberse leído como una pequeña dosis de alivio.

-¡Ah!, entonces es cierto que está en medio de uno de esos ingeniosos planes. Lo sabía.

Jared no encontró razones suficientes como para explicar mejor su situación. Después de todo, la pasión romántica era un asunto privado.

-¿De modo que no divulgarás mi presencia aquí en la ciudad?

-Por supuesto que no. -La mirada de Félix se entrecerró, con aire pensativo.- Usted rara vez viene a Londres y, cuando lo hace, no participa en ningún evento social. Por lo tanto, lo más factible será que nadie pregunte nada sobre usted.

-La verdad es que contaba con eso. Por otra parte, es muy difícil que alguien me reconozca a simple vista.

-Hay muy poco riesgo de que alguien le reconozca, incluso aquellos que le conocen personalmente -Félix torció el gesto, en señal de desagrado.- Obviamente, no planea moverse en ningún círculo social. A nadie se le ocurriría ir a buscarle en esa pequeña casa en Ibberton Street.

-Esa pequeña casa es justamente lo que yo quería, Félix. Se trata de la residencia perfecta para los requisitos de una familia de clase media baja, que procede del campo. Siempre que me mantenga alejado de lo clubes y de las características cacerías, podré moverme por la ciudad en el mayor anonimato.

Félix rió.

-Probablemente, podría pasear sin que nadie advierta su presencia, por Hyde Park, siempre y cuando lleve a esos tres niños con usted. La gente suele ver lo que espera ver. Le aseguro que nadie espera ver al vizconde Chillhurst desempeñando el cargo de maestro.

-Precisamente. -Jared se sintió aliviado de que el inteligente y pragmático Félix hubiera encontrado cierta lógica en su alocado plan. Jared estaba convencido de que ya no podía confiar en su propio sentido común.- Teóricamente, deberíamos estar a salvo con todo esto.

Félix le miró de reojo, con gesto interrogante.

-¿A salvo de qué, señor?

-Del desastre -dijo Jared.

-¿Qué clase de desastre?

-Bueno, del descubrimiento, por supuesto -contestó Jared-. Siempre existe la amenaza de que alguien me descubra en esta situación y tengo el temor de las consecuencias que ello acarrearía. Es demasiado pronto todavía.

Félix empezó a preocuparse.

-¿Demasiado pronto, señor?

-Sí. Cortejar a una sirena es una tarea difícil, Félix, en la cual tengo cero de experiencia. No quiero que todo el proyecto se me venga a pique, delante de mis narices, antes de que haya tenido la oportunidad de preparar correctamente el terreno.

Félix soltó un suspiro.

-Si no le conociera tan bien como le conozco, señor, diría que está poniéndose tan raro como el resto de sus parientes.

Jared rió y le palmeó en el hombro.

-Una idea escalofriante.

-Lo es. No se ofenda, señor.

-No te preocupes, Félix. No puedo ofenderme frente a la verdad. Nadie puede negar que mi familia es famosa por procrear a gente original.

-Sí, señor. -Félix vaciló.- Quizá debería mencionar un detalle que debe tener en cuenta.

-¿Cuál?

-Demetria Seaton está en la ciudad. Sabrá que ahora es lady Beaumont, ¿no?

-Sí, ya lo sé. -Jared trató de mantener el mismo tono de voz. -He escuchado que lord Beaumont está en Londres, buscando otra cura todavía para su pequeño, pero, aparentemente, bastante persistente problema.

-¿El de no poder lograr todavía que su esposa le dé un heredero, tal vez?

-Nunca dejo de asombrarme cómo se las ingenia para estar tan bien informado, teniendo en cuenta que prácticamente nunca viene a la ciudad. Y sí, ha dado en el clavo. Corre el rumor de que Beaumont todavía no ha podido lograr ni siquiera la consumación de su reciente matrimonio.

-¿De verdad? -Jared pensó que eso ni siquiera inmutaría a Demetria.

-Según parece, ni siquiera la presencia de la bella lady Beaumont en su cama es suficiente para solucionar su problema de impotencia - murmuró Félix.

-¡Qué pena! Pero tengo la sospecha de que lady Beaumont no debe de estar totalmente infeliz con la situación -dijo Jared.

-Otra vez más ha dado en el clavo, según dicen los rumores -Félix observó cómo se desplazaba el cometa en el aire.- Si Beaumont no logra cumplir con su deber de conservar el título, pasándolo a su heredero, lady Beaumont será quien herede toda su fortuna.

-Sí. -Sin duda, Demetria untaría a su maldito hermano, Gifford, con una jugosa porción de esa fortuna, pensó Jared. Un libre acceso a tamaña fortuna le convertiría en un cretino mayor todavía.

Gifford era el único lazo sanguíneo que Demetria tenía y le consentía más de la cuenta. Por lo que Jared sabía, esa actitud sobreprotectora que ella había asumido hacia él sólo había servido para que su hermano menor fuera un canalla malcriado, malhumorado y déspota quien, sin duda, terminaría en el suicidio.

Jared hizo una mueca cuando recordó aquella noche, tres años atrás, en la que Gifford le retó en duelo. Su exigencia de encontrarse al amanecer, armados con pistolas, fue suscitada menos de una hora después de que Jared acabara de comprometerse con su hermana Demetria.

Gifford estaba furioso entonces. Sostenía que Jared había humillado a su hermana y, en consecuencia, demandaba una compensación inmediata.

Por supuesto, Jared se negó a ello. Después de todo, por esos días era un hombre razonable y lógico, por lo que reaccionó como debía reaccionar. No tenía motivo para arriesgar su pellejo, ni el del joven Gifford, en un duelo que no solucionaría nada. La negativa de Jared a aceptar el reto en duelo en el campo de honor, no hizo más que acrecentar la ira del joven. Tachó a su futuro cuñado de cobarde.

-Como Beaumont está rozando los setenta años, casi –continuó Félix-, las probabilidades indican que Lady Beaumont quedará viuda en cualquier momento y con una herencia muy importante.

-Con mayor razón si cabe si Beaumont acelera su muerte exigiéndose a sí mismo una actividad demasiado rigurosa, a fin de terminar con su impotencia.

Félix sonrió fríamente.

-Será interesante ver si Beaumont logra hallar una cura para el mal que le aqueja.

-Yo le deseo la mejor de las suertes -dijo Jared.

-¿Sí? -Félix le miró con suspicaz sorpresa, que no pudo disimular.- Había creído que le interesaría la perspectiva de que lady Beaumont pronto pueda convertirse en una mujer libre.

Jared se encogió de hombros.

-Su libertad, o la falta de ella, ya no es asunto de mi incumbencia.

-¿No? Está más hermosa que nunca, según me han dicho. Y los rumores de un amante murieron mucho antes de su boda con Beaumont.

-¿Sí? -preguntó Jared sin mucho interés. El tema del amante de Demetria era uno de los pocos temas que él jamás había discutido con Félix. De hecho, Jared no lo había discutido con nadie.

Sabía que habían corrido muchas especulaciones, luego de la repentina ruptura del compromiso, pero él siempre se negó a dar crédito a los chismes.

-Si lady Beaumont tiene un amorcito por ahí-insistió Félix-, lo tiene bien escondido.

-Es imprescindible la discreción para ella en este caso –comentó Jared-. Beaumont jamás toleraría que su esposa tuviera un amante cuando él no puede procurarse un heredero.

-Cierto. -Félix hizo una pausa.- En cuanto al otro asunto...

-No ha aparecido nada nuevo, ¿no?

Félix movió la cabeza.

-Me temo que no he tenido acceso a más información. Debe de haber sido el capitán del barco el que arregló la malversación de los fondos. Ninguna otra persona pudo haberlo hecho.

-Preferiría tener pruebas antes de despedirlo.

Félix se encogió de hombros.

-Entiendo, señor, pero en casos como éste, es casi imposible descubrir pruebas. Eso es lo difícil en los delitos de malversación de fondos. Es muy duro seguir las pistas.

-Eso parece -Jared observó que el cometa ganaba cada vez altura y oyó los gritos de entusiasmo de Ethan y Hugh.- Esperemos un poco más, Félix. Todavía no estoy preparado para tomar medidas contra el capitán.

-Como quiera, señor.

-¡Santo cielo! -exclamó Jared, aunque manteniendo bajo el tono voz- No me gusta que me engañen. No me agrada pasar por tonto.

-Lo sé muy bien, señor.

Se produjo un momento de silencio mientras, ambos hombres se quedaron contemplando el cometa y a los niños.

Jared extrajo el reloj de su bolsillo y miró la hora.

-Debes disculparme, Félix, tengo una cita dentro de unos momentos y creo que me llevará tiempo considerable convencer a mis alumnos de que bajen ese cometa a tierra firme. Debo irme.

-Como guste, Chillhurst. Estoy disponible, como siempre, para lo que me necesite.

-No sé qué haría sin ti, Félix- -Jared inclinó la cabeza, a modo de saludo y se encaminó hacia el parque, para recoger a Ethan, Hugh, Robert y el cometa. Eran casi las cuatro de la tarde, hora de ir a buscar a Olimpia a la Institución Musgrave.

Jared perdió veinte minutos entre recoger a los niños y su nuevo juguete, y también, un coche de alquiler. Mientras las ruedas del vehículo giraban con su "clac-clac" por las transitadas calles de la ciudad, Jared miró dos veces su reloj de bolsillo.

Robert dejó, por un momento, de mirar fascinado el escenario que pasaba frente a sus ojos por las ventanillas del carruaje. Vio que Jared guardaba el reloj en su bolsillo por segunda vez.

-¿Llevamos algo de retraso, señor?

-Espero que no. Con un poco de suerte, la conferencia terminará más tarde de lo previsto.

Ethan pateaba el asiento con los talones.

-¿Podemos tomar otro helado antes de ir a buscar a tía Olympia?

-Ya has tomado uno esta tarde -le recordó Jared.

-Sí, pero eso fue hace horas y ya tengo calor otra vez.

-Apuesto a que a tía Olympia le encantaría tomar un helado -comentó Hugh, con una expresión de altruismo que no engañó a Jared ni por un instante.

-¿Eso crees? -Jared fingió estar considerando la sugerencia.

-¡Oh!, sí, señor. -Una genuina anticipación se leyó en los inocentes ojos de Hugh.- Estoy seguro.

-Veremos lo que dice ella al respecto, -Jared miró por la ventanilla.- Bueno, hemos llegado. ¿Veis a vuestra tía por alguna parte?

Ethan se asomó por la ventana.

-Allí está. Rodeada por varias personas. Le haré una seña con la mano.

-No, no lo hagas -le dijo Jared-. No se llama a una dama de ese modo. Robert bajará del coche para ir a buscarla, como corresponde.

-Tiene razón, señor. -Robert abrió la puerta del coche y bajó al pavimento.- No tardaré.

-No olvides de tomarle el brazo -le recomendó Jared.

-No, señor -Robert salió corriendo por la calle.

Jared cerró la puerta y se apoyó contra los almohadones del asiento. Observó cómo Robert se acercaba a la entrada de la sala de conferencias de la Institución Musgrave.

Félix tenía razón, pensó. La gente veía sólo lo que esperaba ver. Era muy improbable que alguien reconociera al vizconde Chillhurst en la Sociedad para Viajes y Exploraciones. Por lo que él recordaba, no conocía personalmente a ninguno de sus miembros. Sin embargo, no estaba de más actuar con cautela.

-No sabía que tía Olympia tuviera tantos amigos en Londres -dijo Ethan.

-Tampoco yo -murmuró él. Estudió a los dos hombres que estaban más cerca de ella. Uno era tan gordo que parecía estar a punto de estallar en cualquier momento. El otro, todo lo contrario. Era tan delgado que cualquiera lo habría imaginado haciendo una estricta huelga de hambre durante los últimos meses.

Jared advirtió que ambos estaban muy concentrados en cada palabra que Olympia pronunciaba.

-¿Sucede algo malo, señor? -preguntó Hugh, ansiosamente.

-No. Hugh, nada malo. -Jared mantuvo la voz suave y serena. Ya sabía que Hugh era terriblemente susceptible a la posibilidad de que su nueva y frágil vida junto a tía Olympia se viera destruida en cualquier momento.

Pero no había dudas de que Olympia estaba disfrutando mucho de la nueva compañía que se había procurado.

Jared seguía mirando cuando Olympia notó la presencia de Robert y se volvió hacia el coche. Vio el resplandeciente brillo de entusiasmo en su elocuente rostro y se sintió muy molesto, como si alguien le hubiera dado una puñalada. Esa expresión se había inspirado en la conversación que había mantenido con esos dos hombres.

De modo que esto es estar celoso, concluyó Jared, totalmente sorprendido. Era una sensación de lo más desagradable, pensó.

Jared trató de ser filósofo al respecto. Después de todo, un hombre susceptible de caer en las redes de la pasión desenfrenada debía estar preparado también para experimentar el lado oscuro de tal emoción.

-Aquí viene ya. -Ethan empezó a saltar una y otra vez, sobre su asiento- ¿Crees que querrá tomar ese helado?

-No tengo ni idea. Pregúntaselo a ella -Jared se inclinó hacia adelante para abrir la puerta. Observó, complacido, mientras Robert practicaba el arte de los buenos modales, ayudando a su tía a subir al carruaje.

-Gracias, Robert -Olympia se sentó junto a Jared. Debajo del ala sombrero de paja, sus ojos tenían un inconfundible brillo de entusiasmo - Espero que os hayáis divertido mucho esta tarde.

-Hicimos subir por los aires un cometa en el parque -dijo Ethan-. Fue muy divertido.

-¿Te agradaría tomar un sabroso helado, tía Olympia? -preguntó Hugh, ingenuamente- Con un día tan caluroso, te vendría de maravilla.

-¿Un helado? -Olympia sonrió a Hugh momentáneamente distraída.- Sí, buena idea. Hacía mucho calor en la sala de conferencias.

Todos miraron a Jared.

-Parece que hay unanimidad -dijo Jared. Abrió el escotillón que estaba en el techo del vehículo para asomarse y dar órdenes al cochero de que les condujera a la heladería más respetable y cercana que encontrara.

-Estoy tan contenta con todas las cosas que he aprendido hoy -comentó Olympia, cuando Jared volvió a sentarse-. Estoy ansiosa por seguir estudiando el diario.

-¿Oh, sí? -murmuró él, con un cuidadosamente cultivado aire de gentil aburrimiento.

Sí por mí fuera, ese maldito diario podría desintegrarse ahora mismo, pensó Jared. Lo que realmente quería saber era hasta qué grado de alegría había llegado Olympia, después de haber conocido a sus nuevos amiguitos.

Jared no pudo escuchar toda la historia completa sino hasta más tarde, por la noche, principalmente, porque Hugh, Ethan y Robert no podían dejar de hablar sobre las aventuras que habían vivido en Londres.

Eso no le perturbó. Jared sabía que tendría tiempo suficiente después de que los niños y la Sra. Bird se retiraran a sus respectivas habitaciones.

Librodot

El feroz tormento que debía padecer cada noche, encerrado en un pequeño recinto, tan cerca de Olympia, sólo se hacía llevadero cuando Jared pensaba en la manera de darle una solución. No creía que Olimpia fuera capaz de resistir la tajante tensión que flotaba en el ambiente cada vez que estaban juntos. Jared sabía, al menos, que él no lo soportaría.

Cuando toda la casa estuvo en silencio, Jared encerró a Minotauro en la cocina y fue a buscar a Olympia. La casa era pequeña y sabía dónde encontrarla exactamente.

Cuando Jared entró al estudio, Olympia levantó la vista del diario de Lightbourne. Los ojos le brillaron y su sonrisa fue tan cálida que Jared sintió que la sangre le hervía. La sola idea de que pudo haber vivido toda su vida sin conocer el significado de esa poderosa sensación le dio escalofríos.

-¡Oh! ahí está, Sr. Chillhurst -Olympia marcó la página del diario que estaba leyendo con una tira de cuero decorada.- Por fin tenemos paz y tranquilidad en la casa. Honestamente, no entiendo cómo podemos llevarnos bien con usted.

-El problema era que en su casa no había una rutina ordenada, Srta. Wingfield -Jared caminó hacia la mesa donde estaba la garrafa de brandy. Sirvió dos copas.- Ahora que la rutina se ha establecido, todo está bajo control.

-No subestime su contribución, señor -dijo ella, mientras él se acercaba al escritorio con las dos copas de brandy-. Ha hecho mucho más que establecer una simple rutina. -Le miró con auténtica admiración, mientras le aceptaba una de las copas de brandy.

-Sólo trato de ganarme mi salario. -Jared bebió un trago de brandy y se preguntó si se ahogaría en las profundidades de aquellos ojos color turquesa.- ¿Qué cosas aprendió hoy que la exaltaron tanto?

Olympia pareció brevemente desconcertada, como si por un instante sus pensamientos hubieran tomado un curso completamente distinto. Se recuperó enseguida.

-Ya sé que no le interesan en lo más mínimo los estudios que estoy haciendo sobre el diario de Lightbourne, señor.

-Mmmm -Jared mantuvo la voz indiferente.

-Le dije que necesitaba consultar algunos mapas nuevos.

-Cierto.

-Bueno, ahora tengo acceso a esas fuentes. -Hubo excitación en los ojos de Olympia.- No sólo la Sociedad tiene una amplísima biblioteca con material excelente, sino que algunos

miembros de ella me han ofrecido, gentilmente, sus colecciones privadas para que las consulte cuando desee.

Precisamente lo que Jared había temido. Recordó esos dos hombres que habían estado revoloteando a su alrededor, ante la puerta de la Institución Musgrave.

-¿Qué miembros?

-El Sr. Torbert y lord Aldridge. Aparentemente, sus bibliotecas personales contienen muchos mapas y cartas sobre las Indias Occidentales.

-¿Ha comentado con ellos lo que está estudiando en estos momentos?-preguntó Jared.

-No, por supuesto que no. Simplemente les dije que tengo mucho interés en la geografía del lugar.

Jared frunció el entrecejo.

-Supongo que ellos saben que usted estudia leyendas.

-Sí, pero no hay razones para que piensen que estoy buscando el tesoro del diario de Lightbourne -le aseguró Olympia-. No te le contado a nadie mi interés sobre esa leyenda en particular.

-Comprendo.

-Sr. Chillhurst, sé que este tema le aburre y, además, esta noche, me gustaría hablar de otra cosa.

-¿De qué, Srta. Wingfield?

-Es difícil expresarlo en palabras -Olympia se puso de pie y rodeó el escritorio. Caminó hacia el globo terráqueo.- Temo que me considerará muy atrevida. Y de hecho, tendrá razón.

Jared sintió que el cuerpo se le entumecía por la tensión.

-Jamás podría pensar que usted es muy atrevida, Srta. Wingfield.

Olympia apoyó las yemas de los dedos sobre el globo terráqueo y lentamente, empezó a girarlo.

-En primer lugar, quiero agradecerle haberme hecho posible seguir con mis estudios del diario de Lightbourne.

-Yo tuve muy poco que ver en ello.

-Eso no es cierto. Si usted no se hubiera encargado de vender ese lote de mercaderías que me envió mi tío, jamás habríamos podido venir a Londres. Y si no hubiera puesto al terrateniente Pettigrew en su lugar, yo tendría que haberme olvidado del diario, para

concentrarme en proteger a mis sobrinos y mantenerles lejos de su alcance. Independientemente de cómo vea usted la situación, estamos aquí, en Londres y yo tengo plena libertad de hacer mi trabajo, gracias a usted.

-Espero que encuentre lo que busca aquí, en Londres.

Olympia giró el globo con más rapidez.

-Aunque no encuentre el tesoro que se menciona en el diario, no me quejaré, señor. Ya he encontrado mucho más de lo que jamás soñé, gracias a usted.

Jared se quedó inmóvil.

-¿De verdad?

-Sí. -Ella no le miraba. Tenía los ojos fijos en el globo terráqueo que no dejaba de girar.- Señor, usted es un hombre de mundo. Ha viajado mucho y ha visto muchas costumbres extrañas.

-Sí, he tenido algo de experiencia en el mundo.

Olympia carraspeó ligeramente y tosió con discreta suavidad.

-Como a menudo le he explicado, yo también soy una mujer de mundo, señor.

Lentamente, Jared apoyó la copa de brandy.

-Srta. Wingfield, ¿qué está tratando de decir?

Levantó la vista del globo. Tenía los ojos brillantes de deseo.

-Como mujer de mundo, deseo hacerle una pregunta que quiero que me conteste como hombre de mundo.

-Haré todo lo posible por complacerla -dijo Jared.

-Sr. Chillhurst. -La voz de Olympia se quebró ligeramente. Hizo una pausa y luego prosiguió.- Me ha dado todas las razones para creer que tiene intenciones de involucrarse en una relación romántica conmigo mientras desempeña su cargo como maestro en esta casa. ¿Estoy equivocada?

Jared sintió que los últimos despojos que quedaban de su autocontrol se convertían en cenizas por las ardientes llamas de la pasión. Le temblaron las manos cuando intentó aferrarse de los bordes, a ambos lados del escritorio.

-No, Olympia, no estás equivocada. Estoy más que dispuesto a involucrarme en esta relación siempre y cuando dejes de llamarme Sr. Chillhurst y me tutees.

-Jared. -Se volvió bruscamente, dando la espalda al globo terráqueo y, de inmediato, salió corriendo a sus brazos.

8

-Tenía tanto miedo de que me consideraras una descarada -le confió Olympia, apoyando su cara contra la camisa de Jared. Creía estar flotando, en una combinación de placentero alivio y gloriosa excitación que la consumía siempre y cada vez que estaba en sus brazos.- Sé que eres un perfecto caballero y temía que mi pregunta pudiera ofenderte.

Jared le besó la coronilla de la cabeza.

-Mi dulce sirena. No soy un perfecto caballero.

Olympia levantó la cabeza y le ofreció una trémula sonrisa.

-Sí, lo sé, al menos, te esfuerzas por serlo. No es tu culpa si en tus venas corre una excesiva pasión. Sé que yo, deliberadamente, estoy provocando ese elemento de tu naturaleza. Sin duda, es una pésima actitud por mi parte.

-No, Olympia. -Jared tomó el rostro de la muchacha entre sus manos. Su mirada brillaba con una feroz certeza.- No creo que haya nada malo en este sentimiento y si lo hay, particularmente, no me importa.

-Me alegro tanto de que pienses así. Estaba casi segura de ello- Olympia notó la rigidez de los músculos de Jared, cuando apoyó los muslos contra su cuerpo.- Tú y yo nos parecemos bastante, ¿no? Nuestra experiencia y estudio sobre tierras lejanas, sobre otras civilizaciones, nos ha dejado una amplia visión de la naturaleza humana.

-¿Te parece?

-¡Oh! Sí. Los hombres y las mujeres de mundo como nosotros no necesitan regirse por los convencionalismos de la sociedad.

Jared le tomó el rostro y la miró a los ojos.

-No te imaginas el efecto que tienes sobre mí- murmuró ella.

-Creo que es mil veces más grande -la corrigió él, con la boca apenas a dos centímetros de distancia de la de ella-. Si tú estuvieras sintiendo lo mismo que yo, te habrían consumido las llamas.

-Ya me han consumido las llamas.

Jared susurró algo suave, ininteligible, lleno de emoción. Olimpia no pudo adivinar el significado de las palabras, pero no había necesidad. La boca de Jared estaba sobre la suya y supo precisamente qué le había querido decir. Esa noche, él la deseaba con una pasión que le nacía en el alma, una pasión que, en intensidad, se comparaba con la de Olympia.

Con una tumultuosa sensación de felicidad, la joven se abandonó al beso. Se apretó más contra su cuerpo, buscando su calor, su fortaleza. Apenas alcanzó a ver que Jared estaba apoyándose de espaldas contra el escritorio y que había separado más las piernas, de modo que ella quedaba atrapada entre sus musculosos muslos.

-Tan suave. -Jared hundió los dedos en los cabellos de Olympia, liberándolos de su cofia. Tomó varios mechones entre sus manos, soltándolos y alternándolos en sus puños.- Tan exquisitamente suave.

De reojo. Olympia vio cómo flotaba su cofia de encaje blanco hasta caer lentamente sobre la alfombra. Al verla, le invadió una extraña sensación de abandono.

-¡Oh! Jared, esto supera todos los límites -exclamó, hechizada por las emociones que le abrumaban.

-Sí, mi dulce sirena. -La voz de Jared era prácticamente irreconocible por la pasión.- Supera todos los límites.

Dibujó una línea de ardientes besos sobre el cuello y garganta de Olympia, de modo que se vio obligada a echar la cabeza hacia atrás, contra su brazo. Cuando Jared advirtió que el camino se veía bloqueado por el cuello plisado de la camisa, soltó un improperio impaciente.

-No podré soportar esta tortura por mucho más tiempo. -Jared tiró rápidamente de las cintas del vestido.- Si no puedo tenerte ya mismo, mi dulce Olympia, creo que terminaré en el manicomio, como un hombre totalmente desequilibrado.

-Comprendo. -Olympia empezó a abrirle la camisa.- Yo también creo que me volveré loca debido a esta poderosa emoción.

Jared le obsequió con una insólita sonrisa, mientras le bajaba el talle del vestido hasta la cintura. -Entonces no tenemos opción, ¿eh? Debemos salvarnos mutuamente de una completa demencia.

Una vez que Olympia hubo conseguido abrirle la camisa, se quedó mirando, embelesada, el pecho desnudo de Jared. Meneó ligeramente la cabeza.

-No estoy tan segura de que podamos salvarnos mutuamente. Creo que ya estamos perdidos, Jared.

-Entonces, que así sea. -Jared desató los tirantes de la camisa, se la quitó y la arrojó al suelo. Terminó junto a la cofia de encaje blanco, sobre la alfombra. Se quedó inmóvil, contemplando sus senos.

Olympia se ruborizó por la ardiente mirada de Jared, pero no intentó cubrirse. Por el contrario, el saber que él la deseaba tan desesperadamente la hacía aun más insolente. Jugó con los dedos sobre su pecho y luego los elevó hasta los hombros.

Jared respiró profundamente y luego expiró el aire con un audible gemido. Bajó la cabeza para besarle los rosados y erectos pezones, mientras ella trazaba los contornos de su espalda.

-Me encanta eso. -Jared cerró su único ojo y la abrazó con más fuerza, hasta que sintió que los senos se aplastaban contra su pecho.

-¿De verdad? -Olympia le acarició.- A mí también, Jared. Es maravilloso tocarte.

-Dios mío, Olympia.

Jared se movió, como impulsado por una fuerza de la que ya no podía seguir defendiéndose. Rodeó la cintura de Olympia. La levantó, giró y la sentó sobre el borde del escritorio. Las faldas se agitaron en el aire delicadamente.

-¿Jared? -Sorprendida al encontrarse sentada en el escritorio, Olympia levantó sus interrogantes ojos para encontrar los de Jared.

-Cántame tu dulce canción, mi encantadora sirena. -Jared le subió el vestido hasta las rodillas. Le separó las piernas con las manos y se colocó entre sus piernas. -Quiero dejarme llevar hasta mi destino.

-Jared.

Olympia aún estaba tratando de adaptarse a la inédita sensación de tenerlo entre sus piernas cuando Jared colocó las manos sobre la sensible piel de la cara interna de sus muslos. Ella le apretó los brazos y le miró fijamente, sin saber cómo debía reaccionar.

-No temas, mi hermosa sirena. -Jared le besó la curva del hombro.-Tú misma me informarás de cuando estés lista.

Antes que Olympia pudiera preguntarle qué había querido decir con eso, sintió que Jared subía las manos, hasta aquel sitio tan íntimo y ardiente que repentinamente, se había abierto a él.

Olympia dejó de respirar cuando sintió que la tocaba, sin prevenirla, en ese vulnerable lugar de su cuerpo. Una agudísima sensación de urgencia surgió a partir del centro desde el que los dedos de Jared se contactaban con su piel de mujer.

-Ya estás mojada -dijo Jared-. Tan cálida y suave como los mares del Sur. -Retiró los dedos y se los llevó a los labios- Su sonrisa fue lenta y profundamente sensual.- Hasta tienes el sabor del mar.

-¿Sí? -Olympia se aferró de los brazos de Jared, como si de ello hubiera dependido su vida. Le hubiera gustado saber qué debía hacer, pero estaba completamente perdida.

-Sí. Excitante. Apenas salada. Increíble.

Jared volvió a poner la mano entre sus piernas y con mucha delicadeza, introdujo un dedo en ella.

Olympia se estremeció.

-Jared, no sé qué decir.

-No tienes que decir nada en absoluto, mi dulce sirena, hasta que estés lista para cantarme tu canción.

La muchacha no sabía a qué estaba refiriéndose, pero no tenía la fuerza, ni la lucidez mental para pedirle que se lo aclarase. El dedo de Jared en su interior la perturbaba tanto que no podía dejar de temblar. Instintivamente, apretó las piernas alrededor de él.

-Anda, cántame tu canción, mi dulce sirena. -Jared retiró suavemente el dedo, mirándole el rostro mientras Olympia gemía.- Sí, así. Una vez más, mi hermosura.

Jared la tocó con la yema del pulgar y ella gimió suavemente, estremeciéndose otra vez.

-Demonios, me encanta tu canción.

De mala gana, Jared retiró la mano de entre las piernas de Olympia.

Olympia abrió los ojos, apenas, preguntándose por qué Jared habría dejado de tocarla tan íntimamente. Necesitaba sentir la mano de él allí, en ese lugar tan secreto. Estaba segura

de que ninguna otra cosa habría podido aliviar la inmensa y dolorosa inquietud que experimentaba en esos momentos.

-¿Jared? -Bajó la vista y notó que Jared estaba luchando con la bragueta de su pantalón.- Por favor, quiero que me toques otra vez.

Jared soltó una carcajada entrecortada, que terminó como un gemido.

-No podría dejar de tocarte en este momento, aunque estuvieran persiguiéndome todos los demonios del infierno.

Olympia advirtió que Jared se había abierto la bragueta del pantalón. Miró azorada cuando su miembro surgió, rígido y erecto.

-Sr. Chillhurst.

Jared apoyó su frente contra la frente de Olympia. Esbozó una sonrisa muy sensual.

-¿Podría usted pensar que es como una peculiar variación de las costumbres que se seguían en aquella isla que alguna vez has mencionado, Srta. Wingfield? Ya sé que este falo, en particular, no está hecho de oro, pero es el único que tengo.

Muy impresionada, Olympia recordó la ingenua discusión que había mantenido sobre los falos de oro. No sabía si echarse a reír, o caerse redonda al suelo, de la vergüenza que le daba.

-Tal vez sea mejor que no esté hecho de oro puro, señor -logró decir finalmente Olympia-, Después de todo, como es tan grande, valdría una fortuna. Alguien podría tratar de robarlo.

La risa que Jared le ofreció por toda respuesta se convirtió en una ronca exclamación.

-Te burlas de mí y eres tú la que corres el riesgo, sirena.

Olympia se humedeció los labios y le miró entre sus espesas pestañas.

-¿Sí?

-Sí. -Jared le separó más las piernas y las envolvió alrededor de su cintura. Se acercó más y se ubicó en la abertura de su suave y mojado pasaje.

Si Olympia se había mostrado sorprendida al ver el miembro de Jared, ahora parecía auténticamente azorada cuando sintió que empezaba a penetrar lentamente por los portales de su desprevenido cuerpo. Pero al mismo tiempo, deseaba esa sensación que parecía ser insaciable.

-Sí, por favor, -Se aferró a sus hombros.

-¡Dios mío! -Jared tomó ambas nalgas de la joven en sus manos y la mantuvo firme, mientras se introducía más en el húmedo canal femenino.

Olympia cerró los ojos y se concentró en lo que sentía mientras él penetraba en su cuerpo. La excitación y una deliciosa ansiedad se apoderaban de ella a medida que Jared incursionaba. No podía creer que su cuerpo pudiera adaptarse al de él, aunque, al parecer, eso era exactamente lo que estaba sucediendo.

A pesar de que el miembro se ajustaba perfectamente, no lo hacía de forma holgada. Casi se sentía incómoda, aunque no por ello dejaba de sentir cierto placer.

-Maldición -Jared se detuvo de pronto.

-¿Qué pasa? -Olympia abrió los ojos. El rostro de Jared se veía más duro e impenetrable que nunca, como una piedra. Claro que ella nunca había visto una piedra bañada en sudor. Bajo sus dedos, los músculos de Jared eran como bandas de acero.- ¿Estás bien?

Jared buscó el rostro de Olimpia, con una expresión casi desesperada.

-Olympia, dijiste que eras una mujer de mundo.

Ella sonrió.

-Lo soy, señor.

-Yo pensaba que con eso te referías a que tenías cierta experiencia en esta clase de cosas.

-Experiencia personal, no -Le tocó suavemente la mejilla con las yemas de los dedos.- Creo que he estado esperándole a usted, para que me enseñe, mi señor. Después de todo, es usted un maestro muy experimentado, ¿no?

-Soy un loco. -La mirada unilateral del Jared fue feroz.- Olympia, ¿estás segura de que me deseas?

-Más que nada en este mundo -murmuró ella.

-Entonces, deseo que te aferres a mí con todas tus fuerzas, mientras yo trato de lidiar con esta terrible tormenta, hasta llegar a puerto seguro dentro de ti.

Olympia casi se derritió ante tan ardientes palabras. Como no pudo articular palabra, se limitó a abrazarle, con sus brazos y sus piernas, para atraerle más hacia sí.

Las palmas de las manos de Jared se sentían seguras y fuertes, en contraste con la suavidad de las femeninas nalgas. Se valió de ese apoyo para mantenerla quieta, mientras penetraba firmemente, sin descanso en su dulce interior.

Olympia se puso tensa y abrió la boca para gritar de asombro. No pudo, Jared le cubrió la boca con la suya, ahogando su protesta.

Una vez lograda la penetración total, Jared no se movió, salvo para separar levemente su boca de la de ella.

-¿Está usted bien? - le preguntó en un ronco murmullo.

-Sí. -Olympia tragó saliva y, complacida, desenterró las uñas de la espalda de Jared.- Eso creo.

-Demuéstremelo. Cante para mí, sirena.

Jared empezó a moverse, muy lentamente, con extrema delicadeza, dentro de ella. Nunca abandonó su cuerpo. Se retiraba apenas para volver a penetrar al segundo siguiente.

El dolor que Jared pudo haber causado con su incursión desapareció ante el inminente resurgimiento de la ardiente pasión. Olympia se aferró a Jared, a medida que él la llevaba sin descanso hacia las profundidades de las aguas saladas de la pasión.

Era tanto el deseo de Olympia que ya no lo soportaba. Se creía a punto de estallar. Se escuchó implorándole urgente satisfacción, una satisfacción que no podía definir.

-Pronto, mi sirena. Muy pronto -prometió él, mientras seguía empujando.

-Ahora, Jared. Debe hacer algo.

-Está usted pidiendo poco, ¿no?

Pero Jared parecía muy complacido con la solicitud de Olimpia. De hecho, para la creciente frustración de la muchacha, él alentaba esas súplicas. Parecía saber exactamente hasta qué profundidad llegar, en qué retirarse. Manejaba la feroz tensión hasta que Olympia se sentía como un juguete al que le habían dado más cuerda de la cuenta.

Era demasiado. La cuerda que Olympia llevaba en su interior se rompió. Nunca había imaginado que existían esas sensaciones. Una ola de placer tras otra le envolvía, haciéndole temblar con posterioridad. Quería gritar de felicidad, pero Jared selló su boca con la suya.

Olympia le sintió incursionar en ella una vez más, la última. Él se estremeció, violentamente, y abrió la boca sobre la de ella. La joven se sorprendió tragando el feroz grito de satisfacción de Jared, del mismo modo que él había tragado los suyos.

Cuando todo terminó, Jared levantó a Olympia del escritorio y, en sus brazos, la llevó hacia el sofá. Allí se dejó caer pesadamente, junto a ella.

Pasó un largo tiempo hasta que Jared pudo recuperarse lo suficiente como para levantar la cabeza y buscar el rostro de Olympia. Ella se desperezó lánguidamente, debajo

de él. Su sonrisa encerraba una deliciosa y femenina expresión de satisfacción. La sonrisa de una sirena que, finalmente había conocido la intensidad de su poder, pensó.

Y había sido él el encargado de enseñarle la intensidad de su poder.

-Es usted un hombre de excesivas pasiones, Sr. Chillhurst –le dijo ella.

Jared sonrió. Estaba exhausto. Exhausto y feliz.

-Eso parece, Srta. Wingfield. Permítame decirle que sus pasiones son tan excesivas como las mías.

Ella se movió gloriosamente contra su cuerpo, al tiempo que le rodeaba el cuello con los brazos.

-Debo decirle que fue extremadamente excitante. Nunca había experimentado nada parecido.

-Ya lo sé, Olympia -Bajó la cabeza y, con gran ternura, le besó un seno. Una profunda sensación de posesión se apoderó de él.

A pesar de la opinión de Olympia sobre su apasionada naturaleza, Jared sabía que hasta el momento, siempre había conducido sus contados romances con el mismo orden y disciplina que aplicaba a sus asuntos comerciales. Por cierto, jamás había tenido nada que ver con una virgen.

No había habido duda alguna de que Olympia lo era, por la estrechez de su cuerpo. Además, vio la sangre que se mezcló con el salado fluido que había cubierto su miembro.

Pensó que, probablemente, debía de sentirse avergonzado de sí mismo. Pero la única emoción que sentía en ese momento era una profunda satisfacción. Y como la misma Olympia lo había dicho, no era una adolescente inexperta que acababa de salir de la escuela. Tenía veinticinco años.

Jared se quejó en silencio. Olympia no era una mujer de mundo en absoluto. Era una inocente, que había estado enclaustrada toda su vida en medio del campo y él había abusado de ella.

Había sido la experiencia más gloriosa de toda su vida.

Jared pensó en el libidinoso Draycott que había tratado de seducirla en la biblioteca de su casa. Se preguntó cuántos hombres más de Upper Tudway la habrían considerado como una presa auténtica. Cuántos hombres más habrían intentado hacer avancen deshonestos.

Pero Olympia había querido cantar su canción de sirena para él exclusivamente.

Jared se había conmovido al saber que, entre todos, ella le había escogido a él. Jared fue el único a quien ella se entregó. Sintió un nudo en la garganta y tuvo que tragar saliva antes de poder hablar.

-Olympia -le dijo con suavidad-. Quiero que sepas que valoro mucho el tesoro que acabas de entregarme. Te juro que te cuidaré de la mejor manera posible.

Olympia delineó su mandíbula con la yema del índice.

-Ya me cuidas mucho. -Le sonrió.- Sólo espero que te quedes mucho tiempo en esta casa.

-¿Cómo maestro y amante?

Olympia se ruborizó.

-Bueno, sí, por supuesto. ¿Qué más?

-¿Qué más? -Se tapó los ojos con el brazo. Sabía que debía contarle toda la verdad en ese momento, pero si lo hacía, todo cambiaría. Sin duda, Olympia se enfadaría y se ofendería al verse decepcionada.

Jared sabía que, si él estuviera en lugar de ella, se pondría furioso al enterarse de que le habían engañado. Tanto, como el día que sorprendió a Demetria con su amante.

Recordó las palabras que le dijo a Félix esa misma tarde: No me agrada pasar por tonto.

Cuando Olympia se enterase de toda la verdad, pensaría que Jared la había tomado por tonta, que se había divertido a expensas de ella.

Sería exactamente la misma conclusión a la que él habría llegado si se hubieran invertido los papeles.

El descubrimiento le hizo apretar los dientes. ¿Qué pasaría si Olympia reaccionaba al hecho de haber sido engañada, de la misma manera que Jared había reaccionado a la decepción de Demetria tres años antes?; se preguntó, ¿Qué pasaría si ella quisiera quitárselo de su vida, del mismo modo que él había apartado a Demetria?

¿Qué pasaría si Olympia le volvía la espalda y se alejaba de él? Se quedó helado. Jared no sabía qué hacer. No podía pensar en esa situación con la lógica necesaria. Lo único que sabía, por cierto, era que estaba demasiado cautivado por el comienzo de esa relación como para permitirse correr algún riesgo, ya desde el principio. Ya tendría la ocasión de pagar, con sudor y sangre, lo que había hecho pensó apesadumbrado. Probablemente, Olympia no toleraría eso del hombre al que había escogido para entregarse.

Jared debía enfrentarse a la posibilidad de que, una vez que Olimpia descubriera toda la verdad, no volviera a confiar en él, ni a creerle, tal como lo había hecho esa noche. Jared no podía tolerar que Olympia le volviera la espalda. Sobre todo ahora, cuando apenas acababa de encontrarla.

Todo estaba complicándose tanto, por Dios, pensó Jared y no por primera vez. Ese era el coste de la pasión.

Nunca antes había estado en esa situación, pero presentía que necesitaba tiempo. Sólo un poco más de tiempo, el suficiente para enseñarle a quererle tanto que él pudiera arriesgarse a decirle la verdad, sin temores.

Sí, el tiempo era la respuesta, decidió, agradecido de haber descubierto, por fin, una razón práctica, eminentemente lógica para eludir lo inevitable.

Sus atormentados pensamientos se interrumpieron por el ladrido del perro que venía desde abajo.

Jared quitó el brazo de sus ojos.

-¿Qué rayos...?

-Es Minotauro -dijo Olympia, asombrada.

-Ese maldito perro va a despertar a todo el vecindario -Jared rodó por el sofá y, cuando se puso de pie, se puso la ropa rápidamente.

Al imaginarse a la Sra. Bird y a los niños entrando en la biblioteca y encontrando a Olympia en ese estado, se alarmó.

-Vístete -le ordenó-. Rápido. Yo iré a ver qué pasa con el perro. -Cogió un candelabro y se encaminó hacia la puerta.

-¿Sabes? Minotauro ladró de la misma manera aquella noche, en la que alguien irrumpió en mi biblioteca de Upper Tudway. -Olympia frunció el entrecejo, con gesto cavilante, mientras se sentaba en el sofá.- Tal vez escuchó a otro intruso.-Diestramente, se acomodó el talle del vestido.

-Lo dudo mucho. Lo más seguro es que el animal haya escuchado algo o a alguien en la calle. No está acostumbrado ni a los olores ni a los ruidos de la ciudad. -Jared hizo una breve pausa al llegar a la puerta y se volvió, justo a tiempo para observar cómo Olympia se ponía la ropa. Se quedó maravillado con la imagen.

La camisa de la muchacha aún estaba en el suelo, sobre la alfombra junto a su cofia blanca de encaje. Sin esa prenda de batista, casi insignificante, que cubría una buena parte

Librodot

de su pecho, el vestido se transformaba milagrosamente. Ya no parecía tan modesto, sino atrevido. Un provocativo marco para los senos delicadamente curvados de Olympia.

Jared la vio hacer una mueca de dolor cuando intentó dar un titubeante paso. Se dio cuenta de que, tal vez, sentiría cierto ardor. Pero Olimpia no se quejó y él no supo cómo disculparse.

Antes de que pudiera decidir qué hacer, Olympia se recuperó. Le sonrió y corrió hacia la puerta.

Jared se sintió confuso, asombrado, ante la inmediata respuesta de su cuerpo. Con un gran esfuerzo, se obligó a atender el asunto que tenía entre manos.

-Aguarda aquí. Iré a ver qué pasa con Minotauro -murmuró. Con una última mirada de pesar hacia el redondeado busto de Olympia, a sus mejillas alborozadas y a sus cabellos en desorden, Jared salió al pasillo.

Olympia salió corriendo detrás de él.

-Espere un momento, Sr. Chillhurst. Yo le acompañaré.

Jared se burló de ella, arqueando una ceja, mientras avanzaba hacia la escalera de atrás. -¿Sr. Chillhurst?

-Es mejor si no salimos del hábito de la formalidad -dijo ella, muy seriamente-. Debemos mantener las apariencias, frente a los niños y a la Sra. Bird.

-Como prefiera. Srta. Wingfield. -Jared bajó la voz, a medida que empezaba a bajar las escaleras.- Pero le aclaro que me reservo el derecho de llamarle Olympia cuando vuelva a tener la oportunidad de poner la mano debajo de sus faldas.

-Sr. Chillhurst.

-Así se manejan las cosas entre los hombres y las mujeres de mundo, -le informó Jared con acabada certeza. Trató de olvidar su culpabilidad y dedicarse a disfrutar del placer que le desbordaba.

Una gran satisfacción, más potente que el brandy, comenzó a correr por sus venas. Era Ícaro volando demasiado cerca del sol, pero valía la pena arriesgarse. La recompensa de una naturaleza apasionada era jugosa, pensó Jared con optimismo. Esa noche, se había convertido en un hombre nuevo.

-Me está tomando el pelo de una manera muy poco decorosa para un caballero, señor, -La acusación de Olympia, que pronunció casi sin aliento, se interrumpió por otro ladrido que provenía de la cocina. -Decididamente, hay algo que está perturbando a Minotauro.

-Probablemente, alguien habrá venido a vaciar el pozo ciego del vecino.

-Tal vez.

Jared abrió la puerta de la cocina y Minotauro, que estaba esperando ansiosamente al otro lado, cayó prácticamente encima. El perro salió corriendo, pasó junto a él y se detuvo frente a Olimpia.

-¿Qué pasa, Minotauro? -Olympia le acarició suavemente la cabeza. -No hay nadie en la casa, salvo nosotros.

Minotauro aulló ensordecedoramente, la rodeó dando saltos y salió corriendo hacia la planta alta.

-Tal vez quiera ir al jardín -dijo Olympia-. Lo dejaré salir unos minutos.

-Yo lo haré. -Jared echó un vistazo por la cocina antes de seguir el perro arriba. Aparentemente, no había nada desordenado en el horno de hierro ni cerca del fregadero. La ventana que daba a la calle estaba trabada con el seguro, como correspondía.

Jared empezó a subir. Olympia le seguía de cerca. Juntos, recorrieron el pasillo que conducía a la puerta trasera.

Minotauro ya estaba allí. Rascaba con entusiasmo la puerta.

-Algo anda mal -dijo Olympia-. Es un comportamiento de lo más extraño en él.

-Creo que tienes razón. -Jared retiró la traba de la puerta.

Minotauro se escurrió a través de la puerta, una vez que la abertura fue lo suficientemente amplia como para permitirle el paso. Salió corriendo hacia el pequeño jardín cercado.

-Los vecinos van a molestarse mucho si empieza a ladrar otra vez -observó Olympia, inquieta.

-Es pues una suerte que no hayamos conocido a ninguno de esos vecinos -dijo Jared, mientras le entregaba el candelabro-. Quédate aquí en la casa. Yo iré a ver qué es lo que tanto le perturba.

Jared desapareció en las sombras de la noche. Pensó que Olimpia obedecería sus órdenes simplemente, porque siempre que daba una orden, en ese tono en particular, era para que se hiciera obedecer.

Minotauro se detuvo cuando llegó al otro extremo del jardín. Saltó sobre sus patas traseras y comenzó a olfatear, infatigablemente, la parte posterior de la pared.

Jared pasó junto al retrete y se abrió paso entre los altos arbustos, hasta donde estaba Minotauro, mirando en dirección a la callejuela. Había luz suficiente como para ver que la pequeña senda de piedras estaba desierta. Jared observó los jardines vecinos, a ambos lados de la casa. Los dos estaban a oscuras y en silencio. No había rastro de ningún destapador de aguas, cuyas horas de trabajo eran, precisamente, las altas horas de la noche. A muy poca gente le gustaba que le vaciaran el pozo ciego durante el día. En la mayoría de las casas, los contenidos cloacales debían sacarse del jardín por el pasillo principal, para ser depositados en un carro que estaba estacionado en la calle. La costumbre era hacer todo ese trabajo por la noche, cuando no había tanta gente caminando por la ciudad, que pudiera sentirse ofendida por los malos olores.

-No hay nadie por aquí -dijo Jared en voz baja-. Pero sospecho que ya lo sabes, ¿no es verdad, Minotauro?

Minotauro le miró y luego siguió olfateando los ladrillos.

-¿Ves algo? -preguntó Olympia.

Jared miró por encima de su hombro y se dio cuenta de que la muchacha había desobedecido sus instrucciones. Olympia había dejado el candelabro en la casa y había salido tras él. Con la luz de la luna, sus ojos se veían inmensos y, entre sus senos, aparecían fascinantes sombras.

Jared estaba en una encrucijada: por una parte, se sentía irritado por la desobediencia de Olympia, pero, por otro, no podía dejar de pensar en lo bellos que se veían los pechos desnudos de la joven.

-No -dijo-. No hay rastros en la callejuela. Tal vez alguien pasó por aquí hace unos minutos e inquietó a Minotauro.

Olympia miró por encima de la pared.

-Ya hace varias noches que estamos en esta casa y nunca antes le hemos visto reaccionar de este modo, porque alguien pasara caminando por la callejuela.

-Ya lo sé. -La tomó del brazo.- Volvamos a la casa. No tiene sentido que nos quedemos aquí.

Olympia le miró, obviamente sorprendida por la inflexión de su tono de voz.

-¿Algo te ha molestado?

Jared se preguntó cómo hacía un maestro para decirle a su empleadora que cada vez que él impartía una orden lógica y razonable esperaba que la cumplieran al pie de la letra.

Pero, antes que él pudiera hallar el medio para dejárselo bien claro, sin tener que revelar su verdadera identidad, Olimpia le detuvo con una aguda exclamación.

-¡Dios mío! ¿Qué es eso? -Olympia se quedó mirando un pequeño cuadrado blanco en el césped.- ¿Se le cayó el pañuelo, Sr. Chillhurst?

-No, -Jared se agachó y recogió el cuadrado arrugado de linón blanco. Frunció el entrecejo cuando notó el perfume.

Olympia también frunció la nariz por la intensa fragancia. Miró a Jared, con la expresión clara y solemne.

-De modo que sí hubo alguien en este jardín esta noche.

Jared observó que Minotauro se acercaba al trote, para olfatear el pañuelo.

-Eso parece -coincidió Jared.

-Me lo temía, Sr. Chillhurst. Ya no hay dudas al respecto. Estamos frente a una situación extremadamente urgente.

-¿Urgente?

Olympia entrecerró los ojos, mientras estudiaba el pañuelo perfumado.

-La advertencia que descubrí en el diario, con respecto al Guardián debe ser tenida en cuenta. Alguien está decidido a echar mano del tesoro escondido. ¿Pero cómo se enteró el villano de nuestra dirección aquí en Londres?

-Maldita sea, Olympia -le interrumpió Jared abruptamente, cuando se le ocurrió una idea desagradable. Apretó los labios-. ¿Has sido indiscreta sobre nuestra presencia aquí en la ciudad?

-No, por supuesto que no. He sido muy cuidadosa en ese aspecto. Su reputación es muy importante para mí.

-Supongo que alguno de tus conocidos de la Sociedad para Viajes y Exploraciones pudo habernos seguido hasta aquí, o enviar a alguien a que lo hiciera.

-Sí, definitivamente, es una posibilidad -dijo Olympia rápidamente-. Tal vez, alguno de ellos esté conectado con el Guardián de alguna manera.

O tal vez, uno de los nuevos amigos de Olympia se sintió atraído por la tentación del tesoro, como muchos otros, pensó Jared. Sabía hasta qué punto habían llegado los miembros de su familia, en el pasado, siguiendo las pistas del tesoro perdido. Era muy factible que hubiera otros, capaces de hacer los mismos sacrificios, las mismas locuras. Indudablemente,

todos los miembros de la Sociedad para Viajes y Exploraciones sabían que la especialidad de la Srta. Olympia Wingfield era buscar tesoros enterrados y oro perdido.

9

Al despertar a la mañana siguiente, Jared recordó la fina camisa de linón que había caído sobre la alfombra, junto a la cofia de encaje blanco.

Se dio cuenta de que, indudablemente, ambas seguirían exactamente donde estaban la noche anterior, en la biblioteca de Olimpia.

-Maldición. -Jared se sentó y tomó el parche de terciopelo negro que estaba sobre su mesa de noche.

Eso de tener un romance, sin duda le resultaría mucho más difícil de lo que había imaginado. Se preguntaba cómo harían los más notables galanes de la high society para entrar y salir de los muchos y variados burdeles con tanta espontaneidad y sin ser vistos. Rápidamente, estaba descubriendo que, al estar involucrado en una relación simple y sencilla con una sola mujer, también corría serios riesgos.

Tal vez, simplemente, no estaba hecho para esa clase de cosas, pensaba Jared, mientras desplazaba a un lado las mantas y se levantaba de la cama. Por otra parte, el encuentro amoroso de la noche anterior debía de ser uno de los eventos más increíblemente importantes de su vida entera.

Tal vez el más espectacular.

Pero el amanecer ya había llegado y, con él, todos los detalles molestos que, ineludiblemente, empañarían la bella aventura. Lo primero era lo primero, se recordó Jared. Tenía que rescatar la cofia y la camisa antes de que la Sra. Bird o cualquiera de los niños las descubriera en la biblioteca.

De inmediato, encontró una camisa blanca de algodón y unos pantalones, en su bien organizado armario ropero. En lugar de perder el tiempo calzándose un par de botas, prefirió

ir descalzo. Se puso la ropa lo más rápidamente que pudo y se dirigió hacia la puerta. La abrió cautelosamente y espió por el pasillo, para controlar que no hubiera nadie allí. Un simple vistazo a su reloj le indicó que todavía no eran las cinco y media. Con un poco de suerte, si la Sra. Bird ya se había levantado, estaría todavía en su cuarto o merodeando en la cocina.

Silenciosamente, Jared bajó las escaleras. Sus pensamientos oscilaban entre las prendas de Olympia, que habían quedado descuidadas, abandonadas en el piso y el misterioso pañuelo perfumado que habían encontrado en el jardín.

No había dudas de que alguien se había metido en el jardín de la casa la noche anterior. Lo más probable es que hubiera sido un ladrón, o un ratero ocasional, buscando una oportunidad conveniente. Pero Olimpia jamás escucharía una explicación tan mundana.

Jared insultó por lo bajo, consciente de que la creciente preocupación de Olympia por el legendario Guardián dificultaría aun más su ya caótica vida.

Exhaló un pequeño suspiro cuando entreabrió la puerta de la biblioteca y divisó la cofia y la camisa tiradas en el suelo, frente al escritorio de la joven. Estaban allí, negligentemente tiradas, como prueba irrefutable de una noche gloriosa, de alocado abandono. Jared sintió que ese familiar calor comenzaba a arder en la parte inferior de su cuerpo. No olvidaría esos momentos por el resto de su vida.

Sonrió levemente, cuando se agachó para recoger las prendas del suelo. En el proceso, descubrió tres horquillas que había quitado de la cabellera de Olympia.

-¿Se olvidó de algo, no es cierto?-preguntó la Sra. Bird, desde la puerta-. Eso pensé.

-¡Santo cielo! -Jared se irguió, cofia y camisa en mano. Se volvió con una sombría expresión de resignación- Sonrió con frialdad.- Se ha levantado temprano esta mañana, ¿verdad, Sra. Bird?

Obviamente, la Sra. Bird no se dejaría intimidar. Le miró hecha una furia y plantó ambas manos sobre sus caderas.

-Hay algunos que se las dan de caballeros; se las dan, pero sólo para conseguir lo que buscan, no más. ¿Usted es uno de esos?

-No tengo ninguna intención de marcharme, Sra. Bird, si es a eso lo que se refiere.

La Sra. Bird entrecerró los ojos, especulativamente.

-Eso sería lo mejor. Cuanto más se quede aquí, más se va a comprometer mi Srta. Olympia.

Jared la miró interesado.

-¿Eso cree?

El rostro de la Sra. Bird se puso colorado carmesí, de la rabia que tenía.

-Vea, maldito pirata. No le voy a permitir que le rompa el corazón. La Srta. Olympia es una mujer decente, a pesar de lo que usted le hizo anoche. No está nada bien que se aproveche de su inocencia y de su confianza.

Jared recordó el misterioso pañuelo del jardín y se le ocurrió una posibilidad que hasta el momento no había considerado.

-Dígame, Sra. Bird. ¿Cómo es que sabe tantas cosas sobre lo que pasó aquí anoche? ¿Acaso estaba espiándonos desde el jardín?

-¿Espiando? ¿Espiando? -La Sra. Bird se mostró ofendida de corazón.- Jamás haría una cosa semejante, señor. Yo no espío a nadie.

Vagamente, Jared recordó el perfume del pañuelo, pero no pudo asociarlo con la Sra. Bird, pues ella, generalmente, olía a aceite de lino, polvos de limpieza y ocasionalmente, a gin.

-Mis disculpas -dijo Jared.

La Sra. Bird ni se inmutó.

-Tengo ojos para ver y orejas para escuchar. Escuché todo ese lío en el jardín. Cuando abrí la ventana para ver qué pasaba, les vi a los dos, ahí, cuchicheando bajito. Y también le vi a usted, besando a la Srta. Olympia antes de volver a la casa.

-¿De verdad nos vio? -Jared recordó que ese último beso había tenido el objetivo de borrar de la mente de Olympia la idea del Guardián.

No estaba seguro de haber podido alcanzar ese objetivo.

-Pero claro que les vi, con mis propios ojos, les vi. Y es más, había luz suficiente para ver también que la pobre Srta. Olympia no tenía puesta la camisa debajo del vestido. Y eso quería decir que alguien, lo más probable, usted, se la había sacado.

-Es usted muy observadora. Sra. Bird.

-Yo sabía que usted ya le había echado el ojo y no me equivoqué. Después de lo que vi en el jardín anoche, quise levantarme bien tempranito, para venir a controlar todo aquí antes de que otro se me adelantara. Cuando vi las cosas de ella en el suelo, tuve la certeza de lo que había pasado aquí.

-Muy astuta, Sra. Bird.

El ancho mentón de la Sra. Bird tomó una postura acusadora.

-Estaba por levantar las cosas del suelo, cuando escuché que abría la puerta de su cuarto, arriba. Ahora estoy segura, como que hay un Dios, que es usted el culpable, el pecador.

-La felicito por sus brillantes investigaciones y sus deducciones lógicas, Sra. Bird. -Jared hizo una breve pausa, para asegurarse de atraer la indivisa atención de la criada.- Con esos talentos, tal vez podrá obtener usted un puesto como mensajera en Bow Street, después de ser despedida de esta casa.

La Sra. Bird abrió muy grandes sus ojos, alarmada. Luego se puso furiosa con él.

-Bah, guárdese las amenazas, señor. La Srta. Olympia no me va a despedir y ambos lo sabemos.

-¿No me diga? Por si no lo ha notado, la Srta. Wingfield confía mucho en mi palabra en lo que respecta a la organización de esta casa.

-Ella no me va dejar sin trabajo -declaró la Sra. Bird-. Tiene muy buen corazón. A usted le va a poner de patitas en la calle si se entera de que me está amenazando.

-Si estuviera en su lugar, no me animaría a poner a prueba la lealtad de la Srta. Wingfield, Sra. Bird. No después de que ella se entere de que estuvo espiándonos.

-Maldito sea, con esa mente retorcida que tiene. Ya le dije que no estuve espiando a nadie.

-¡ Ah!, pero eso es lo que ella creerá si usted le dice que sabe todo lo que pasó aquí anoche. Siga mi consejo, Sra. Bird. Cuide su lengua y métase en sus cosas.

La Sra. Bird apretó la boca, sumamente disgustada.

-Usted es el mismo demonio. Vino a esta casa derechito del infierno, para poner todo patas arriba. Hipnotizó a esos diablos que están durmiendo allá arriba, para que se porten bien. Sacó tres mil libras de la nada y ahora le arrastra el ala a la pobre Srta. Olympia. Mejor dicho, abusó de ella.

-En esto último se equivoca, Sra. Bird. -Jared caminó decididamente hacia la puerta.

-Es la pura verdad.-A la Sra. Bird no se le escapó la expresión de Jared, por lo que decidió, inteligentemente, dar un paso atrás. - Sí que abusó de ella.

-Eso sólo sirve para demostrar que usted no conoce bien esta situación. -Jared pasó junto a ella, con pasos gigantescos, rumbo a las escaleras.

-¿Qué quiere decir, canalla? -le gritó la Sra. Bird.

-Fui yo la víctima del abuso -le contestó Jared gentilmente.

Si bien Jared no se volvió ni una sola vez para mirarla, mientras subía las escaleras de dos en dos peldaños, sintió la penetrante desaprobación de la Sra. Bird hasta que llegó al descansillo de las mismas.

Esa vieja regañona era un problema irritante, pero no insuperable, concluyó Jared mientras recorría el pasillo. Podría manejarla.

Jared se detuvo frente a la puerta del cuarto de Olympia y golpeó suavemente. Se oyó movimiento dentro del cuarto y, pocos minutos después, Olympia abrió.

-Buenos días, Srta. Wingfield. -Jared sonrió al verla con su largo camisón blanco, que arrastraba por el piso y su bata de chintz, que se había puesto a las apuradas, evidentemente.

La cabellera cobriza de Olympia se veía cual magnifica nube en torno de su cautivador rostro. Se ruborizó deliciosamente cuando le vio. A la pálida luz del amanecer, se veía irresistible, Jared miró la tentadora cama desarreglada detrás de ella.

-Sr. Chillhurst, ¿qué está haciendo aquí a esta hora? -Olimpia espió por el pasillo, para verificar que no hubiera nadie.- Alguien podría verle.

-He venido a devolverle ciertos artículos personales que, aparentemente, ha olvidado anoche. -Jared le mostró la cofia y la camisa.

-¡Santo Dios! -Olympia miró las prendas. Abrió los ojos desmesuradamente, en estado de alarma. Se las arrebató de la mano.- Me alegro tanto de que haya recordado recogerlas.

-Desgraciadamente, la Sra. Bird las descubrió antes de que yo bajara.

-¡Oh, Dios! -Olympia suspiró.- ¿Se escandalizó demasiado? Estuvo muy preocupada por su presencia en esta casa y obviamente, ahora debe de estar pensando lo peor.

-Por supuesto que piensa lo peor, pero creo que tiene la inteligencia suficiente como para guardarse sus pensamientos y no divulgarlos. -Jared bajó la cabeza para besar a Olympia con toda calidez.- Estaré ansioso por verla a la hora del desayuno, Srta. Wingfield.

Jared dio un paso atrás y cerró la puerta ante el ruborizado rostro de Olympia. Fue silbando bajito por el pasillo, hacia su alcoba.

-Buenos días, tía Olympia.

-Estás muy bonita, hoy, tía Olympia.

-Buenos días, tía Olimpia. Es un día hermoso, ¿no?

Olympia sonrió a Hugh, Ethan y Robert que se habían apresurado a ponerse de pie cuando la vieron entrar en el comedor.

-Buenos días a todos. -Esperó mientras Ethan se le acercaba a toda prisa, a acomodarle la silla. Todavía no se había acostumbrado a los nuevos modales de sus sobrinos.- Gracias, Ethan.

Ethan miró a Jared, buscando su aprobación. Este asintió en silencio, con la cabeza. Con una sonrisa, Ethan volvió a sentarse en su silla.

Olympia miró en dirección al otro extremo de la mesa y captó el suspicaz ojo de Jared. Esa radiante y cálida felicidad que había florecido en ella la noche anterior resurgió una vez más. Le temblaron los dedos ligeramente cuando cogió la cuchara.

De modo que así se siente una cuando está enamorada, pensó. La noche anterior había descubierto la verdad. No había dudas de que sus sentimientos hacia Jared sobrepasaban los límites de una simple pasión.

Amor. Olympia había creído que jamás experimentaría esa sensación. Después de todo, por muy de mundo que fuera, a los veinticinco años una mujer debía ser realista.

La sensación era infinitamente más excitante que la de descubrir los secretos de una leyenda perdida o la de explorar las extrañas costumbres de otras tierras.

Amor.

Su vida era una copa que se había desbordado esa mañana. La soledad en la que se había sumido después de la muerte de tía Sophy y tía Ida acababa de llegar a su fin. Había encontrado a un hombre cuya alma era afín a la suya.

De todas maneras, recordó que no podría tenerle a su lado durante mucho tiempo. Semanas, meses, uno o dos años, tal vez, si tenía mucha suerte. No había dudas de que Jared, eventualmente, se iría de su casa para ocupar su puesto en otra. Así se manejaban los maestros. Los niños crecían y sus maestros se iban a otra casa. Pero mientras tanto, se juró Olympia, disfrutaría ese inmenso y apasionado amor, que había llegado a ella a través de un hombre con cara de pirata.

-Bueno, ¿adónde vais a ir hoy? -preguntó Olympia, con lo que esperó fuera un tono sereno y normal. Porque, internamente, no lo estaba en absoluto. Notó que la dicha era una emoción muy difícil de disimular.

Por el distintivo brillo en el ojo de Jared, advirtió que él también había captado su euforia.

-Iremos de visita al Museo Mecánico del Sr. Winslow -contestó Robert.

-Dicen que hay una araña gigante, que se mueve exactamente como si fuera de verdad -dijo Hugh, excitado-. A las mujeres les da miedo, pero no a mí.

-También escuché que hay un oso mecánico y algunos pájaros -agregó Ethan.

Olympia miró a Jared, con evidente curiosidad.

-Parece muy interesante.

-Eso dicen -respondió Jared mientras untaba su tostada con mermelada.

Olympia se quedó, durante unos momentos, pensativa. No sabía si seguir con los planes que se había hecho para ese día, o ir con ellos de visita al museo mecánico.

-Creo que debería ir al museo con vosotros.

-Si desea acompañarnos, será bienvenida -Jared mordió su tostada.

-Sí, tía Olympia, ven con nosotros -dijo Robert-. Será muy divertido.

-Y muy instructivo -comentó Ethan, inteligentemente.

-Estoy segura de ello. -Olympia pensó que, yendo al museo, no sólo tendría una experiencia instructiva sino que también le daría la oportunidad de pasar la tarde con Jared.- Muy bien, entonces haremos los arreglos pertinentes. ¿A qué hora pensáis salir hacia el museo?

-A las tres en punto -contestó Jared.

-Perfecto. Tengo una cita para ver algunos mapas en la Institución Musgrave, pero terminaré mucho antes de esa hora.

-Dudo que encuentre algo útil en la colección de la sociedad, Srta. Wingfield. -Roland Torbert juntó ambas manos tras su espalda, mientras se acercaba a Olimpia.- Aquí, la variedad de mapas sobre las Indias Occidentales es muy pobre. Pero en mi biblioteca personal, tengo una excelente colección.

-Realmente, me agradaría mucho verla, Sr. Torbert. -Olympia se alejó apenas de él. A Torbert le caracterizaba siempre una mezcla de olores: a ropa vieja y húmeda, a sudor y al perfume que usaba para tapar el resto de los olores.- Pero deseo hacer mi investigación de una manera ordenada.

-Naturalmente. -Torbert acortó las distancias entre ambos. Miró por encima del hombro de Olympia mientras desenrollaba otro mapa y lo desplegaba sobre el escritorio, junto al que ya había colocado allí en primer lugar.- ¿Le importaría decirme qué es exactamente lo que está buscando en estos mapas?

-Estoy tratando de determinar la correcta geografía de la zona. -Olympia, deliberadamente, dio una respuesta muy vaga. No tenía intenciones de confiar a nadie, excepto a Jared, los progresos que iba logrando en su investigación.- Al parecer, hay algunas discrepancias en los registros de esa área.

-Comprendo- -Torbert asumió un aire de erudito.- Es muy difícil representar esas islas en un mapa, sabe.

-Sí, por cierto- -Olympia se inclinó sobre los dos mapas, comparándolos con gran cuidado.

En ninguno de los dos halló rastros de una misteriosa isla sin nombre, al norte de Jamaica. En el mapa más nuevo de los dos, Olympia detectó la indicación de dos pequeños puntitos de tierra, pero no estaban ubicados en la correcta proximidad de las Indias Occidentales.

-Tal vez, podría ser hoy mismo, más tarde -dijo Torbert-. Sería un placer para mí recibirla esta tarde, Srta. Wingfield. -Observó que Olympia enrollaba un mapa y lo dejaba de lado.- Puedo arreglarlo todo para que vea esos mapas esta tarde.

-Gracias, pero esta tarde estaré ocupada. -Desenrolló otro mapa.- Tal vez en la semana, si le parece bien.

-Por supuesto, por supuesto, -Torbert volvió a unir ambas manos detrás de su ancha espalda y se meció sobre los talones.- Srta. Wingfield, tengo entendido que también inspeccionará los mapas de lord Aldridge.

-Tuvo la gentileza de ofrecerme esa oportunidad. -Olympia frunció el entrecejo mientras examinaba minuciosamente el nuevo mapa.

-Siento que es mi deber aprovechar esta ocasión para darle un pequeño consejo.

-¿Sí? -Olympia no levantó la vista de los mapas.

Torbert tosió discretamente.

-Es mi deber informarle que debe ser extremadamente cautelosa cuando revele cualquier aspecto de sus estudios a lord Aldridge.

-¿De verdad? -Olympia le miró sorprendida.- ¿A qué se refiere?

Torbert echó un rápido vistazo por la biblioteca, para asegurarse de que nadie más, incluso el viejo bibliotecario, pudiera escucharlo. Se le acercó más todavía.

-Aldridge podría ser capaz de aprovecharse de una mujer joven, Srta. Wingfield.

-¿Aprovecharse? -Olympia frunció la nariz cuando sintió el penetrante perfume de Torbert.- ¿De mí?

Torbert pareció avergonzado y, de inmediato, irguió su postura.

-No de su persona, Srta. Wingfield -murmuró-. De su trabajo.

-¡Ah! -Había algo extrañamente familiar en ese perfume, pensó Olimpia.

-Mi querida, es bien sabido que usted se especializa en el estudio de viejas leyendas y costumbres de otras tierras. -Torbert sonrió, con aire de complicidad.- También es un hecho que, en una de esas viejas historias que publicó para la Sociedad, deslizó la posibilidad de que existiera un tesoro escondido por alguna parte.

-Cierto. -Olympia se encogió de hombros y se inclinó sobre los mapas.- Pero jamás escuché que nadie hubiera realmente encontrado ninguno de esos tesoros, señor. La recompensa radica precisamente en la tarea de explorar.

-Pero sólo para los que tenemos una apreciación intelectual de esas cosas -dijo Torbert con suavidad-. Me temo que, para los demás, la codicia por el oro y las joyas perdidas es mucho mayor que nuestra refinada tendencia al estudio y la exploración.

-Probablemente, tenga usted razón, Sr. Torbert, pero dudo que esas personas sean miembros de un grupo tan intelectual como el que compone la Sociedad para Viajes y Exploraciones.

-Es una pena, mi querida, que se equivoque justamente en ese punto -Torbert sonrió, ausente.-La naturaleza humana es como es; siempre encontraremos buscadores de tesoros a nuestros pies. -Se incorporó.- Lamento tener que decir que Aldridge es uno de ellos.

-Tendré muy en cuenta su advertencia. -Olympia frunció nuevamente la nariz, por el intenso perfume. Pensó que lo tenía casi identificado. Sabía que lo había olido en otra parte recientemente. Muy recientemente. De hecho, la noche anterior.

-Hace mucho calor aquí dentro, ¿no le parece? -Torbert extrajo un pañuelo del bolsillo y enjugó su transpirada ceja.

Olympia se quedó mirando el pañuelo de linón. Era la copia exacta del que Jared había encontrado en el jardín.

La gran araña de cuerda caminaba sin cesar por su estuche de vidrio. Si bien sus movimientos se veían entrecortados, y sus pasos, antinaturales, no dejaban de fascinar a los espectadores. Perseguía a un ratón mecánico, que también se desplazaba de una manera similar.

Olympia se acercó lo más que pudo al vidrio, junto con Robert, Ethan y Hugh. Todos observaban el interior del estuche con gran atención. Jared estaba parado del otro lado, mirando cómo caminaba la araña con expresión indulgente.

-Es espantosamente enorme, ¿no? -Ethan miró esperanzado a Olympia.- ¿Estás asustada, tía Olympia?

-Por supuesto que no -Olympia le miró y advirtió cierta decepción en sus ojos.- ¿Cómo podría estar asustada si os tengo a vosotros tres que me vais a defender de esa bestia?

Ethan sonrió, complacido y satisfecho.

-No olvide al Sr. Chillhurst. También te protegerá, ¿no es así, Sr. Chillhurst?

-Haré todo lo que esté a mi alcance para protegerla -juró Jared suavemente.

-Es sólo una araña de juguete -dijo Robert, con una autosuficiencia que sólo un niño de diez años podía expresar-. No puede dañar a nadie, ¿verdad Sr. Chillhurst?

-Probablemente no -dijo Jared-. Pero uno nunca sabe.

-Es cierto -corroboró Ethan-. Uno nunca sabe. Por ejemplo si se saliera de ahí, podría causar muchos problemas.

Robert miró al otro lado del salón, donde los espectadores estaban observando los movimientos de un oso mecánico.

-Sólo tienen que imaginar lo que aquella dama haría si sintiera las desagradables patas de la araña tocándole el tobillo.

-Apuesto a que se pondría a gritar como una loca -se aventuró a decir Hugh. Observó, especulativamente, el seguro que trababa la parte superior del estuche.

Jared arqueó las cejas.

-Ni se te ocurra.

Los tres niños protestaron y siguieron estudiando la araña.

Olympia miró rápidamente a sus lados y se apresuró a acercarse a Jared. Era la primera oportunidad que se le presentaba para hablar a solas con él. Estaba ansiosa por contarle lo que había descubierto respecto del pañuelo de Torbert.

-Sr. Chillhurst, debo hablar con usted.

Jared sonrió.

-Para servirle, Srta. Wingfield.

-En privado. -Olympia se dirigió a otro salón, también repleto de cosas extrañas de cuerda.

Jared le siguió con paso tranquilo hacia un estuche que contenía un soldado mecánico.

-Sí, Srta. Wingfield. -Giró la manivela que estaba en la base del estuche. El soldado empezó a erguirse, a pararse firme.- ¿De qué quiere hablar?

Ella le echó una triunfante mirada de reojo, fingiendo estar muy concentrada en el soldado de cuerda.

-Creo haber descubierto la identidad del intruso. Tal vez, la del mismo Guardián.

Jared sintió que la mano se le congelaba en la manivela.

-¿De verdad? -le preguntó, sin inflexión alguna.

-Sí. -Olympia se acercó más, como si hubiera querido estudiar más de cerca el soldado mecánico.- No creerá esto, pero no es otro que el Sr. Torbert.

-¿Torbert? -Se quedó mirándola fijamente.- ¿De qué rayos habla?

-Estoy virtualmente segura de que el pañuelo que encontramos anoche pertenece al Sr. Torbert. -Olympia notó que el soldado comenzaba a levantar su pequeño rifle.- Usó uno esta mañana, en la biblioteca de la Sociedad, y era exactamente igual al otro.

-La mayoría de los pañuelos se parecen -dijo Jared.

-Sí, pero este tenía el mismo perfume que el que encontramos anoche.

Jared frunció el entrecejo.

-¿Segura?

-Casi segura. -Olympia vio que el soldado mecánico empezaba a apuntar con su rifle.- Pero existe otra explicación posible.

-¿Cuál?

-Al parecer, Torbert y Aldridge son enemigos acérrimos desde hace años. De hecho, Torbert se tomó todas las molestias para alertarme sobre lord Aldridge esta mañana. Por

consiguiente, es muy factible que este último hubiera dejado el pañuelo de Torbert en el jardín.

-¿Y para qué rayos haría una cosa así?

Olympia le miró con impaciencia.

-Con la esperanza de desacreditar por completo a Torbert ante mis ojos, por supuesto.

-Ese concepto presupone que usted podría identificar el pañuelo -señaló Jared.

-Sí, lo sé, pero es precisamente lo que he hecho.

-Aldridge no podía haber adivinado que le resultaría tan fácil reconocer el pañuelo de Torbert. No. Dudo seriamente que él haya tenido algo que ver en todo esto, -Jared se volvió hacia ella con una expresión cavilante.- Olympia, no quiero que te involucres en este asunto -le advirtió, dejando de lado las formalidades.

-Pero, Sr. Chillhurst...

-Déjamelo a mí.

-No puedo hacer eso -Olympia levantó el mentón.- Esto afecta a mis estudios, señor. Tengo todo el derecho del mundo a proteger el diario de Lightbourne del Guardián o de cualquiera que intente apoderarse del tesoro. -Se mordió el labio, con gesto pensativo.- Sin embargo, debo admitir que no considero al Sr. Torbert como parte de una leyenda. No creo que esté relacionado, siquiera, con el Guardián.

-Maldita sea, mujer -dijo Jared, entre dientes-. Yo te protegeré de Torbert, del Guardián y de cualquiera que se te acerque. Siempre y cuando, claro, pidas esa protección.

Olympia le miró, atónita.

-¿Qué ha querido decir con eso, señor? Por supuesto que hay que tomar precauciones.

-Srta. Wingfield, el asunto del pañuelo quedará en mis manos. Yo me encargaré de que Torbert entienda bien clarito que no deben volver a repetirse incidentes como el de anoche en el jardín.

-¿Vas a hablar con él?

-Tranquila. Entenderá perfectamente las cosas.

Olympia se rindió, satisfecha.

-Muy bien, señor, dejaré todo en tus manos.

-Gracias, Srta. Wingfield. Y ahora...

Antes de que Jared pudiera concluir la frase, la voz de una mujer cortó el murmullo general de las conversaciones y el clic-clac de los mecanismos de cuerda.

-Chillhurst. ¿Qué rayos estás haciendo aquí?

La mirada de Jared pasó a Olympia y se fijó en la mujer que, desde atrás de ella, se les aproximaba.

-¡Cielos!

Olympia casi no tuvo tiempo de registrar la escalofriante y enigmática expresión en el rostro de Jared, pues la mujer volvió a hablar.

-Chillhurst, eres tú, ¿verdad?

Cuando Olympia se volvió, advirtió que una hermosísima mujer se les acercaba con un paso muy elegante. La dama se detuvo y sonrió fríamente a Jared. Sus ojos celestes se encendieron al descubrirlo.

Durante un momento, Olympia no pudo más que quedarse contemplando la belleza de la mujer. Su cabellera rubia estaba prolijamente recogida bajo un sombrero azul, elegido con inteligencia y habilidad, indudablemente, gracias a una jugosa suma de dinero. Llevaba un vestido celeste y una chaqueta corta, hasta la cintura, en azul marino. Olympia pensó que sólo los guantes de cabritilla que llevaba costarían mucho más que su vestido, sus zapatos, su cofia y su bolso juntos.

La mujer no estaba sola. Le acompañaba otra dama, tan elegante como ella, vestida de amarillo. Si bien no era tan bella como la rubia, también poseía un inequívoco aire de exótico atractivo. Era un brillante contraste de su amiga, con su oscura cabellera castaña y su sombrero de pluma. Tenía los ojos oscuros y la figura más rellena y redondeada que la de su esmirriada amiga.

-No pude creerlo cuando te vi hace unos momentos, Chillhurst -dijo la rubia-. Me habían dicho que estabas en la ciudad, pero me negué a creerlo. Casi nunca vienes a Londres.

-Buenas tardes, Demetria. ¿O debo llamarle lady Beaumont?

-Jared inclinó la cabeza con fría cortesía.

-Demetria está bien. -Demetria miró a su compañera.- ¿Recuerdas a Constance, no?

-Perfectamente. -Jared sonrió fríamente.- Lady Kirkdale.

-Chillhurst. -Constance, lady Kirkdale, sonrió con cortesía. Sus ojos fueron hacia Olympia.

La mirada de Demetria siguió a la de su compañera.

-¿Y quién es tu amiguita? Los rumores sostienen que estás viviendo con ella en una casa, en Ibberton Street. Pero tampoco quise creer en eso. Es tan atípico en ti involucrarte en una relación de esa clase.

-Lady Beaumont, lady Kirkdale, permítanme presentarles a mi esposa. -La voz de Jared sonó tan imperturbable como siempre, aunque, en la mirada que dirigió a Olympia, se leyó claramente una señal de advertencia.

Mi esposa.

Olympia se dio cuenta de que se había quedado boquiabierta. La cerró de inmediato y se preparó para enfrentar la crisis. Después de todo, había sido idea suya decir que estaban casados a cualquiera que preguntara sobre ellos, en caso de conocerles. La reputación de Jared estaba en juego. El pobre hombre sólo estaba siguiendo sus instrucciones. No tenía más opción que apoyarlo.

-Mucho gusto -dijo Olympia, brevemente.

-Esto es absolutamente fascinante.-Demetria estudió a Olympia, como si hubiera sido otro de los artículos que se exhibían en el museo.- Vaya sorpresa- Con qué por fin Chillhurst cumplió con las obligaciones que su título le impone y se procuró una vizcondesa.

10

-¿Vizconde? -Media hora después, Olympia entró en su estudio. Se quitó la cofia y giró violentamente para enfrentarse a Jared. Era la primera oportunidad que tenía para estar a solas con él, desde la escena que se había suscitado en el museo mecánico. Estaba en un estado de excitación que se la llevaban los demonios.- ¿Eres vizconde?

-Lamento que te hayas enterado de toda la verdad en esas circunstancias, Olympia. -Jared cerró la puerta y le echó el cerrojo. Se quedó parado de espaldas a la puerta y de frente

a Olympia, con el fin de enfrentarse con la misma expresión sombría y enigmática que había mostrado desde que le presentó como su esposa.- Sé perfectamente bien que te mereces una explicación.

-Eso creo. Soy su empleadora, Sr. Chillhurst. -Olympia resopló. Quiero decir milord. Lo que sea. Maldición. Parece que al fin de cuentas, debí haber insistido en que me diera referencias. Debo suponer que a mi tío tampoco le entregó ninguna,- ¿me equivoco?

-¡Ah! No- murmuró Jared-. Me temo que no. Verás, él no me pidió ninguna referencia.

-¿Él te contrató como maestro para los niños de mi casa y no te pidió referencias. -preguntó Olympia, sin poder creerlo.

-En realidad, no me contrató como maestro -confesó Jared, con tono sereno.

-Esto se empeora a cada momento. ¿Y para qué lo contrató exactamente, milord?

-No me contrató para nada. Sólo me pidió que le hiciera el favor de escoltar las mercancías hasta Upper Tudway -Jared la miró.- Una tarea que he cumplido al pie de la letra, si me permites recordarlo.

-Disparates. -Olympia arrojó la cofia sobre el sofá y caminó hacia su escritorio, para ubicarse detrás de este. Pensó que siempre se sentía fuerte y segura cada vez que se ubicaba allí. Se sentó en una silla y miró furiosa a Jared.- Tenga la amabilidad de explicarme el resto de la historia, señor. Ya me estoy hartando de hacer el papel de tonta en esta escena.

Algo brilló en la mirada unilateral de Jared. Si fue dolor o rabia Olympia no pudo determinarlo a ciencia cierta. De todas maneras, le hizo estremecerse.

Jared se sentó lentamente, extendió sus piernas, medio cubiertas por la silla de caoba. Unió las yemas de los dedos y la miró con expresión cavilante.

-Es un asunto un tanto complicado.

-No se preocupe por la complejidad de esa cuestión. –Olympia sonrió, convenciéndose de que ella también podía aparentar serenidad y frialdad.- Estoy segura de tener la inteligencia suficiente como para captar los puntos esenciales del relato.

Jared apretó la boca.

-Sin duda. Bien. ¿Por dónde empiezo?

-Por el principio, claro. Dígame por qué está haciéndose pasar por maestro en mi casa.

Jared vaciló, aparentemente, buscando las palabras correctas.

-Todo lo que le he contado con referencia a cómo conocí a su tío es cierto, Olympia. Fue en Francia y yo acepté escoltar las mercaderías hasta que llegaran a sus manos.

-¿Y por qué se tomó esa molestia si no le interesaba el puesto?

-El diario de Lightbourne -le contestó Jared simplemente.

Por segunda vez en el día, Olympia sintió que se quedaba boquiabierta.

-¿Por el diario? ¿Sabía de su existencia?

-Sí, yo también estuve tras sus huellas.

-¡Dios mío! -Olympia sintió que le faltaba el aire. Se acomodó contra el respaldo de la silla y trató de pensar con claridad.- Por supuesto. Eso lo explica todo.

-No todo.

-Usted estaba siguiendo los rastros del diario, pero tío Artemis se le adelantó a usted y lo consiguió primero. Por lo tanto, hizo los arreglos necesarios para interceptarlo y conocerlo "accidentalmente". ¿Voy bien hasta ahí?

-Sí. -Jared empezó a tamborilear los dedos entre sí.- Sin embargo...

-Se enteró de que el diario ya estaba empaquetado entre el resto de las cosas que me despacharían, a bordo del barco correspondiente. Por eso, se buscó los medios para acompañar ese embarque.

Jared bajó la cabeza.

-Tu inteligencia jamás deja de asombrarme, Olympia.

La joven trató de ignorar el cumplido. No era el momento para dejarse llevar por las endulzadas palabras del hombre a quien amaba. No debía olvidar nunca que Jared la había engañado deliberadamente.

-Una vez que llegó a la casa, buscó cualquier excusa para quedarse. Al parecer, se dio cuenta al instante de que necesitaba un maestro.

-Fue tu tío el que me insinuó la idea -admitió Jared-. Comentó que ya habías tenido tres maestros distintos en el lapso de seis meses.

-De modo que aprovechaste la oportunidad para permanecer cerca del diario de Lightbourne. Perdón... se aprovechó usted.

Jared estudió la pared que asomaba por encima de la cabeza de Olympia.

-Entiendo que, aparentemente, esa fue la razón por la que le engañé.

-Supongo que tuvo miedo de no poder descifrarlo personalmente y prefirió que yo desentrañara esos extraños códigos para usted.

-Sé que es lo que parece, pero...

Olympia frunció el entrecejo, pensativa.

-¿Qué le atrajo del diario, Sr. Chillhurst? Quiero decir, su alteza.

-Con Jared está bien -dijo él-. La razón por la que estaba buscando el diario cuando conocí a su tío es que pertenece a mi familia. –Se encogió de hombros.- También el tesoro, si es que éste, claro está, existe realmente.

Olympia se quedó helada.

-¿Qué quiere decir con eso de que pertenece a su familia?

-Claire Lightbourne era mi bisabuela.

-Nunca me lo dijo. -Olympia, por poco, se cae de la silla. - ¿Su bisabuela? ¿Condesa? Pero en el diario no se hace referencia al título.

-Porque ella se casó con Jack Ryder, cuando todavía era solamente el capitán Jack. Él se convirtió en conde de Flamecrest varios años después de su vuelta a Inglaterra, desde las Indias Occidentales. A la familia no le agrada mucho hablar del tema, porque, aparentemente, él se compró el título.

-¡ Santo Díos!

-No era tan difícil comprar un título por entonces -dijo Jared-. Sólo hacía falta mucho dinero e influencias. Jack Ryder tenía ambas cosas.

-Sí, por supuesto, -Olympia recordó algunos datos del diario que ella había salteado. Jack Ryder había regresado de las Indias Occidentales siendo un hombre rico. Y amasó una fortuna aun mayor cuando volvió a Inglaterra.

-Después de asegurarse el título de Flamecrest -prosiguió Jared.- Mi bisabuelo adquirió un segundo título, el de vizconde Chillhurst, que se usa para los herederos de Flamecrest. En este caso, por mí.

Eran tantas las sorpresas que Olympia estaba llevándose, que comenzaba a marearse.

-Usted es heredero al título y las propiedades de un conde. Su bisabuelo era el Sr. Ryder de Claire Lightboume. El amado Sr. Ryder de Claire, pensó Olympia.

-Sí.

Mi querido Sr. Chillhurst.

A medida que Jared avanzaba con sus revelaciones, Olympia caía más en el pozo de su depresión. Recordó que, desde un principio, había sabido que no podría tener a su Sr.

Chillhurst a su lado para siempre. No obstante, no podía negar que, íntimamente, había ansiado tenerte mucho más que esas breves y pocas semanas.

Su sueño había terminado demasiado pronto. Demasiado pronto.

Tenía que encontrar la manera de salvarlo, aunque tan sólo fuera por un poco más de tiempo.

Y qué pasaría con Jared, pensó, desesperada. Se negaba a sí misma tener que creer que la pasión que habían compartido no había significado nada para él, que también la había engañado al tomarla entre sus brazos. Tal vez no la amaba, pero la deseaba. Estaba segura de ello.

Se obligó a pensar con lógica.

-Bueno, con razón quería encontrar ese diario, Sr. Chillhurst. Realmente, tiene derecho. Seguramente, habrá estado buscándolo durante muchos años. Debe de haberse sentido muy molesto cuando descubrió que yo lo tendría antes que usted.

-Si no quiere volver a llamarme Jared, con Chillhurst bastará.

-Como quiera. -Olympia luchó desesperadamente, por sonreírle.- Debo decir que esto abre una nueva y gran duda entre nosotros.

Jared la miró, pasmado.

-¿Sí?

-Ciertamente. -Olympia se puso de pie y se acercó a la ventana. Juntó sus manos detrás de la espalda y contempló el pequeño jardín cercado por muros. Estaba a punto de correr un calculado riesgo y debía ser muy cautelosa.

-No comprendo a qué te refieres, Olympia.

Olympia inspiró profundamente.

-Sus conocimientos sobre la historia familiar puede aportarme datos muy útiles, señor. Podría ayudarme a descifrar el diario.

-Lo dudo. Mis conocimientos sobre la historia familiar se limitan a serie de relatos de Banbury, relativos al capitán Jack y a sus ridículas exploraciones.

Olympia enterró las uñas en las palmas de sus manos. Tenía que convencer a Jared de que la dejara seguir estudiando el diario de Lightbourne. Era la única excusa que le quedaba para conservar la conexión con él.

-Uno nunca sabe, señor -dijo ella-. Podría usar información de esos relatos para dar sentido a las extrañas frases que aparecen en el diario.

-¿Usted así lo cree? -Jared parecía estar considerándolo.

-Sí, estoy segura. -Olympia se volvió para mirarle.- Estoy dispuesta a seguir trabajando con el diario de Lightboume, señor. Me sentiré más que complacida en compartir mis conclusiones con usted. Entiendo que el secreto del tesoro pertenece a su familia.

Jared endureció su expresión.

-Olympia, me importa un cuerno el secreto del diario de Lightbourne. He tratado de aclararle ese punto.

-Por supuesto que le importa -insistió ella-. Se ha metido en muchos problemas para encontrarlo y para introducirse en esta casa, como maestro, a fin de descubrir ese secreto. Quiero que sepa que yo entiendo por qué me engañó.

-¿De veras?

-Sí, y debo decirle, además, que su plan ha sido muy inteligente, señor. Habría sido brillante de no ser por el encuentro de esta tarde con lady Beaumont.

-Sólo usted puede encontrar excusas para explicar mi comportamiento, Olympia.

-No son excusas en lo más mínimo, señor. Ahora que considero todo el asunto, sus acciones tienen mucho sentido para mí.

-Debería estar preguntándome por qué no me conformé con seguir actuando como maestro de esta casa y nada más -aventuró Jared-. Sin duda, querrá usted saber por qué la seduje.

Olympia entrelazó los dedos y levantó el mentón.

-No, Sr. Chillhurst. No estoy haciéndome esa pregunta en particular.

-¿Por qué no?-Jared se levantó de inmediato de su silla.-Cualquier mujer lo haría.

-Yo ya conozco la respuesta. -Olympia era plenamente consciente de él.

-¿De verdad? ¿Y cuál es esa respuesta? ¿Cómo se explica usted mi conducta, Olympia? Ambos sabemos muy bien que no me he comportado como debería hacerlo un caballero. Cualquiera diría que he abusado de usted.

-Eso es una rotunda mentira. -Olympia se puso furiosa.- Ambos nos hemos abusado mutuamente, señor.

Jared sonrió.

-¿Eso cree?

-Sí, ambos somos gente de mundo, señor. Los dos sabíamos qué estábamos haciendo, A decir verdad, si hay una culpable de lo que pasó entre nosotros, esa soy yo.

-¿Usted? -Jared se quedó contemplándola, atónito.

Olympia se ruborizó, pero le miró a los ojos, desafiante.

-Usted es un caballero, pero de inmediato intuí que, además, era un hombre de excesivas pasiones. Me temo que abusé de esa realidad.

Jared carraspeó.

-¿Excesivas pasiones?

-Indudablemente, es una condición que ha heredado de su familia -dijo Olympia amablemente-. Después de todo, es descendiente del Sr. Ryder y, por lo que he leído en ese diario, era, sin duda, un hombre de emociones feroces.

-Permítame decirle que es usted la única persona en la faz de la tierra que me considera un hombre de excesivas pasiones, Olimpia. -Jared torció la boca, en un gesto divertido.- De hecho, se dice, más bien, que soy frío e insulso.

-Tonterías. El que diga eso de usted es porque no le conoce en lo más mínimo.

-Toda mi familia opina lo mismo. Y no son los únicos. Lady Beaumont también comparte la idea.

Olympia se distrajo momentáneamente.

-Eso me recuerda otro tema que quería discutir. ¿Quién es lady Beaumont? ¿Una vieja amiga suya?

Jared se volvió y caminó hacia el escritorio de Olympia sin decir ni una sola palabra más. Se apoyó en él y se cruzó de brazos.

-Hasta hace muy poco, lady Beaumont era la Srta. Demetria Saetón -dijo, sin dar señal de emoción alguna-. Hace tres años, estuvimos comprometidos por un breve tiempo.

-Comprometidos. -Por alguna razón, esa noticia la sacudió mucho más que todas las barbaridades de las que se había enterado hasta el momento.- Comprendo.

-¿Sí?

-Es muy hermosa. -Olympia trató de disimular el pánico que la envolvía.

Le resultó muy difícil digerir el hecho de que Jared, alguna vez, hubiese amado a la encantadora Demetria. Se dio cuenta de que, hasta ese momento, no se le había ocurrido pensar en la existencia de otras mujeres en el pasado de Jared. Si bien había notado que no era ningún novato en ese aspecto, Olympia no se le había ocurrido detenerse a cavilar en la posibilidad que realmente él había amado a otra mujer. Y que la había amado lo suficiente como para comprometerse con ella.

-Por varias razones, con las que no le voy a aburrir hoy, Demetria y yo, decidimos que no habíamos nacido el uno para el otro -dijo Jared.

¡Oh! -A Olympia no se le ocurrió otra cosa que decir.

-El compromiso se deshizo poco después de ser anunciado. Hubo los comentarios al respecto porque el compromiso se celebró en la residencia de mi familia, en la isla de Flame, no en Londres. Hace un año, ella se casó con lord Beaumont y así terminó la historia.

-¡Oh! -Olympia tampoco supo qué comentar al respecto. Instintivamente, sospechó que no había sido algo para tomar tan a la ligera, pero se dio cuenta de que no tenía derecho a seguir preguntando.- Bueno, creo que eso no tiene ninguna importancia.

-Justamente.

-Sin embargo -continuó Olympia, decidida a tener en cuenta sólo los temas más importantes,- nos enfrentamos a una desafortunada situación, porque lady Beaumont le ha reconocido esta tarde.

-Yo no la llamaría desafortunada -dijo Jared-. Difícil sería un término más adecuado.

-Bueno, como prefiera llamarlo. Pero el punto es que debemos afrontarlo.

-Tengo una propuesta. -Jared la observó fijamente.

-También yo. -Olympia empezó a caminar lentamente por el estudio.- La respuesta es obvia.

-¿Lo es?

-Por supuesto. Tenemos que hacer las maletas de inmediato y regresar a Upper Tudway.

-Si ese es su deseo, podemos cumplirlo sin problemas. Pero yo creo que no superaremos el escollo por el hecho de irnos de la ciudad.

-Claro que sí. -Olympia le miró significativamente.- Si nos movemos con rapidez, nos habremos marchado antes de que usted se encuentre con más conocidos suyos. Una vez en Upper Tudway, podrá seguir haciéndose pasar por maestro de mis sobrinos.

-No creo...

-Yo puedo seguir trabajando en el diario -dijo ella, con mucho entusiasmo-. Todo será tal como era antes de venir a Londres.

-¿Puedo recordarle que fue idea suya que nos hiciéramos pasar por un matrimonio en caso de ser descubiertos?

Olympia se puso colorada.

-Sé perfectamente bien que todo ha sido culpa mía. Pero para ser justa, debo aclarar que mi plan habría dado excelentes resultados si usted hubiera sido lo que aparentaba ser, señor, un hombre sencillo, de modesta cuna. Lo que embarró todo fue el hecho de sea usted vizconde y también heredero al título de conde.

-Ya lo sé -dijo Jared, disculpándose.

-A nadie le habría importado un rábano nuestra relación. Pero su sangre azul hace que nos convirtamos en la comidilla de todo Londres.

-También lo sé y me siento responsable por todo.

Olympia suspiró.

-No se culpe, señor. Probablemente, lo que pasó era inevitable, dada su naturaleza y temperamento. Un hombre de fuertes pasiones siempre corre el riesgo de motivar rumores. De todos modos, si partimos para Upper Tudway sin demora, las habladurías terminarán de inmediato.

-El daño ya está hecho -dijo Jared-. Ya nos hemos presentado como lord y lady Chillhurst. No podemos esperar que una noticia así se evapore así porque sí.

-Eso pasará si la próxima vez que venga a Londres desmiente todo diciendo que sólo fue una broma -respondió Olympia, rápidamente.

Jared la miró.

-¿Quiere realmente que diga que todo esto no fue más que una broma?

-Podríamos intentarlo -dijo Olympia, solemnemente-. Bien puede decir que yo era solamente una amiga.

-¿Una amiga?

Olympia frunció el entrecejo.

-Bueno, puede decir que era su amante, o una noviecita perdida, o lo que se le ocurra. Yo sé que los caballeros suelen tener sus amoríos en casas no muy lejanas al centro de la ciudad. Es algo muy frecuente.

-¡Santo cielo! -Jared apretó la mandíbula.- ¿Y qué pasaría con su reputación, Olympia?

-Nadie me conoce aquí en Londres y es muy poco probable que esta tontería llegue a oídos de algún habitante de Upper Tudway. -Olimpia dejó de caminar de aquí para allá y

empezó a golpetear un zapato contra el suelo.- Además, no me importa que alguien se entere. Ya le he dicho antes que no me preocupa mi reputación.

-¿Y qué me dice de mí? -preguntó Jared, suavemente-. Yo también tengo una reputación que cuidar.

Olympia le miró con titubeos.

-Creo que podrá superar todo esto sin dañar demasiado su reputación.

-¿Lo da por sentado?

-Ya no tendrá que procurarse otro empleo como maestro en el futuro, ¿verdad? -señaló ella son sorna-. Y a nadie le importará la dama a quien sedujo. Después de todo, yo no tengo ninguna posición en la alta sociedad. Ni usted viene tan a menudo a Londres; más bien, casi nunca. Todo lo que tiene que hacer es desaparecer de la vista de todos por unos pocos meses.

-Tengo otra solución, Olympia.

-¿Sí? ¿Cuál?

-Le sugiero que convirtamos esto en un hecho. Podríamos casarnos en secreto, si solicitamos una licencia especial. Nadie tiene por qué enterarse de cuándo tuvo lugar la boda, exactamente.

-¡Casarnos!- A Olimpia se le secó la boca.- ¿Que yo me case con usted?

-¿Por qué no? Me parece una solución lógica para su plan.

-Imposible -Olympia se recuperó y, a toda prisa, recorrió el perímetro del escritorio. Se desplomó sobre la silla e inspiró profundamente, para tranquilizarse.- Absolutamente imposible, Sr. Chillhurst. Quiero decir, milord.

Jared se irguió y se volvió para mirarla cara a cara. Plantó ambas manos sobre la superficie del escritorio y se inclinó hacia adelante. La expresión de su rostro pareció tallada en piedra.

-¿Por qué no? -le preguntó, apretando los dientes.

Olympia se sobresaltó. Luego entrecerró los ojos, negándose a dejarse intimidar por aquella amenazante expresión.

-Para empezar, usted es un vizconde.

-¿Y eso qué?

Olympia se sintió frustrada con esa respuesta.

-Mal puedo ser yo la esposa de un vizconde.

-Yo seré quien juzgue eso.

Olympia parpadeó.

-Me está proponiendo matrimonio sólo por la difícil situación en la que estamos involucrados.

-Finalmente, le habría pedido que se casase conmigo de todas maneras, Olympia.

-Es muy amable al decirme eso, señor, pero permítame el atrevimiento de decirle que no le creo.

-¿De modo que está llamándome mentiroso, Srta. Wingfield? -preguntó Jared, recurriendo a la formalidad.

Olympia soportó el ataque.

-No precisamente. Simple y sencillamente, se está comportando como el noble caballero que es.

-A la porra con eso.

-Era de esperar -le aseguró ella-. Por otra parte, no permitiré que se vea atrapado en un matrimonio que no desea, cuando no existe absolutamente ninguna necesidad de hacer semejante sacrificio.

-Le aseguro, Srta. Wingfield, que deseo ese maldito matrimonio. Tenerla en mi cama será una compensación más que suficiente por el sacrificio al que tendré que someterme.

Olympia sintió que su rostro se había puesto escarlata.

-Señor, está hablando sólo motivado por la pasión. Esa emoción debe disfrutarse en el momento oportuno, no hay nada de malo en ello, pero no constituye una razón valedera para casarse.

-Estoy en desacuerdo, Srta. Wingfield. -Sin previo aviso, Jared levantó ambas manos para tomarle el rostro entre ellas. La besó ferozmente.

Olympia se sorprendió tanto que ni siquiera pudo ofrecer resistencia. Abrió la boca debajo de la de él y tembló como siempre lo hacía cuando Jared la besaba. Esa calidez tan familiar se dio cita en la parte inferior de su cuerpo. Gimió suavemente.

Jared la soltó y se retiró ligeramente hacia atrás, para mirarla con una expresión de gran satisfacción.

-Entre mi naturaleza apasionada y la suya, Srta. Wingfield, sospecho que nos llevaremos muy bien.

Se dirigió hacia la puerta.

Olympia tragó saliva y trató de recuperar el habla.

-Un momento ¿Adónde cree que va?

-A obtener una licencia especial y a hacer todos los trámites necesarios para lograr una boda más que discreta. Será mejor que se prepare para la noche de bodas. Srta. Wingfield.

-Oiga, vea... Sr. Chillhurst. Quiero decir, lord Chillhurst. Estrictamente hablando, todavía es empleado mío. No puede impartir órdenes de esa clase sin mi autorización.

Jared quitó la llave de la puerta y la abrió. La miró por un instante.

-Por si no lo ha notado, Srta. Wingfield, yo he estado impartiendo las órdenes y organizando toda esta familia desde el día que llegué. Es más, tengo talento para hacerlo.

-Ya lo sé, señor, pero...

-No hay razones para que tenga que preocuparse con los molestos detalles de la vida diaria, Srta. Wingfield. Esas cuestiones no son su fuerte. Sólo deje todo en mis manos.

Jared salió dando un portazo tan fuerte que la puerta tembló en las bisagras.

Olympia empezó a levantarse de la silla, pero en vano. Volvió a caer sobre ella, con un quejido. Aunque nunca había tenido la oportunidad de ver la ardiente arrogancia de ese hombre hasta ese momento, sabía que no debía sorprenderse de encontrarla. Se correspondía a la perfección con su apasionada naturaleza.

Sin embargo, no podía dejarle concretar su descabellado plan de casarse con ella. Después de todo, al hombre le guiaban la pasión y el honor, no el verdadero amor. Se arrepentiría de su impulsiva decisión durante toda la vida, pensó Olympia, con tristeza. Aprendería a odiarla y eso le rompería el corazón.

Tenía que salvarle de esas pasiones, pensó Olympia. Le amaba demasiado como para permitirle que llevara a cabo esa boda. Además, analizando con profundidad las cosas, todo ese lío era culta de ella. Por lo tanto, ella era la única que podía arreglarlo.

Poco antes de la cena, Jared escuchó que llamaban a la puerta de su alcoba. Acababa de sentarse a la pequeña mesa que tenía, para redactar una carta para su padre.

-Adelante.

Levantó la vista para ver que, cuando la puerta se abrió, aparecieron los rostros de Robert, Ethan y Hugh, Minotauro cerraba la pequeña columna que había enfilado hacia el interior de la habitación.

Jared echó un vistazo a las determinadas expresiones de los tres jovencitos y dejó de lado la carta. Giró hacia un lado, apoyando un brazo sobre el respaldo de su silla.

Robert encuadró los hombros.

-Buenas noches, señor.

-Buenas noches. ¿Quieren decir algo?

-Sí, señor. -Robert inspiró profundamente.- Hemos venido aquí para averiguar si lo que dice la Sra. Bird es cierto.

Jared sofocó un improperio.

-¿Qué es, precisamente, lo que ha dicho la Sra. Bird?

Los ojos de Ethan se encendieron de entusiasmo.

-Dice que usted no es maestro, sino vizconde.

-Bueno, dice la verdad a medias. Sí es cierto que soy vizconde, pero creo que mi trabajo como maestro en esta casa ha sido muy meritorio.

Ethan miró a sus hermanos, confuso.

-Bueno, señor, sí. Usted es un maestro muy bueno, señor.

Jared inclinó la cabeza.

-Gracias.

Hugh frunció el entrecejo, ansioso.

-La cuestión es, señor... ¿Seguirá siendo nuestro maestro ahora que se ha convertido en vizconde?

-Tengo todas las intenciones de seguir supervisando vuestros estudios -dijo Jared.

Hugh se relajó.

-Muy bien, señor.

Ethan sonrió.

-Esa sí que es una buena noticia. No nos gustaría tener otro maestro.

Robert resopló, mirando a sus hermanos menores.

-No hemos venido a hablar de esto.

-¿Y entonces de qué han venido a hablar, Robert? -preguntó Jared.

Robert tenía los puños muy apretados, a los costados del cuerpo, las palabras surgieron fluida y rápidamente, como si no hubiera podido parar de hablar.

-La Sra. Bird dice que hizo lo suyo con tía Olimpia, que ahora consiguió lo que quería y que todos en la ciudad ya saben quién es usted realmente y que va a desaparecer de la noche a la mañana por el escándalo que se va a desalar cuando todos se enteren de que no está casado de verdad con tía Olympia.

-Discúlpeme, señor -dijo Ethan, antes que Jared tuviera tiempo de responder-. Pero, ¿qué quiere decir que hizo lo suyo con tía Olimpia?

Robert se salió de las casillas.

-Cállate, idiota.

-Sólo estaba preguntando -se defendió Ethan.

-La Sra. Bird dice que ha arruinado a tía Olimpia,-dijo Hugh a Jared;- pero hace un rato, fui a preguntarle a tía Olympia si estaba arruinada y me dijo que se sentía bien.

-Parece que hay más todavía. -Robert se movía nerviosamente.- La Sra. Bird dice que la única manera de arreglar todo esto sería que se casara de verdad con tía Olimpia, pero que usted ni loco haría eso.

-Me temo que la Sra. Bird se ha equivocado en eso último que me dices -comentó Jared-. Ya le he pedido a tu tía que se case conmigo.

-¿De verdad? -Robert se mostró muy asombrado y, de inmediato, profundamente esperanzado.- Señor, nosotros no sabemos qué es lo que está pasando aquí exactamente, pero lo único que no queremos es que a tía Olympia le suceda algo malo. Ella ha sido muy buena con nosotros.

Jared sonrió.

-También conmigo. Y mis intenciones son las de velar por que nada malo le pase a ella.

Robert sonrió, aliviado.

-Entonces, si usted va a cuidarla, no hay problemas, ¿no?

-Bueno -dijo Jared-. Todavía queda una pequeña dificultad para resolver, antes de que todo esté solucionado a mi entera satisfacción. Pero estoy seguro de que no será obstáculo.

El rostro de Robert se arrugó con una nueva preocupación.

-¿Cuál es esa dificultad, señor?. Tal vez, nosotros podemos ayudar.

-Sí, ayudaremos -dijo Hugh, ansioso.

-Sólo díganos qué hay que hacer -dijo Ethan.

Jared extendió las piernas, se reclinó contra el respaldo y apoyó los codos sobre los posabrazos. Unió las yemas de los dedos. - He pedido a vuestra tía que se case conmigo, pero hasta ahora, no me ha dado su consentimiento. Me temo que hasta que ella acepte, todo este asunto seguirá un poco confuso.

Ethan, Hugh y Robert intercambiaron miradas preocupadas.

-Existe -continuó Jared- cierta urgencia en todo esto, en realidad, su tía debería tomar la decisión de casarse conmigo lo antes posible.

-Hablaremos con ella -dijo Hugh, de inmediato.

-Sí- coincidió Ethan-. Estoy seguro de que la convenceremos de que se case con usted, señor. La Sra. Bird dice que sólo una loca rechazaría su propuesta de matrimonio bajo esas circunstancias. Y tía Olimpia no es ninguna loca -aseguró Robert a Jared-. A veces se preocupa más de la cuenta. ¿Sabe? Es muy inteligente. Estoy seguro de que podemos convencerla.

-Perfecto- Jared se inclinó hacia adelante y cogió su pluma.- Entonces id a cumplir con vuestra tarea. Yo os veré en la cena.

-Sí, señor- Robert hizo la correspondiente reverencia y lideró la columna hacia la puerta.

-Nosotros nos encargaremos de esto por usted, señor -dijo Ethan a Jared. Ensayó una rápida y gentil reverencia y salió corriendo detrás de Robert.

-No se preocupe, señor -le dijo Hugh en tono confidente- Tía Olimpia es casi siempre muy razonable. Seguramente podremos persuadirla de que se case con usted.

-Gracias, Hugh, aprecio mucho la colaboración de los tres –dijo Jared, con tono solemne.

Minotauro se levantó del suelo, meneó la cola alegremente y trotó detrás de los muchachitos.

Jared esperó hasta que la puerta se cerró detrás de su pequeña banda de fieles asistentes antes de proseguir con su carta.

Estimado señor:

Cuando reciba esta carta, pretendo estar ya casado con la señorita Olympia Wingfield de Upper Tudway. No me caben palabras para describirla. Sólo le diré que puede quedarse tranquilo, pues será una esposa ideal para mí.

Lamento que esta boda no pueda ser pospuesta afín de que pudiera presenciarla debidamente. No obstante, será un placer presentarle a mi esposa a la mayor brevedad posible.

Con el afecto de siempre,

Jared

Cuando Jared estaba sellando la carta, escuchó que volvían a llamar a la puerta.

-Adelante

La puerta se abrió y la Sra. Bird dio un solo paso en el interior de la alcoba. Se detuvo y miró a Jared con expresión beligerante.

-He venido para escuchar con mis propios oídos lo que está pasando aquí.

-¿De verás, Sra. Bird?

-¿Es verdad lo que le dijo a los muchachitos? ¿Le pidió a la Srta. Olympia que se casara con usted?

-Sí, eso he hecho, Sra. Bird. Pero no es asunto suyo.

La Sra. Bird pareció momentáneamente azorada. Luego, asumió una expresión suspicaz.

-¿Si eso es verdad, por qué la Srta. Olympia no está como cualquier otra mujer que está a punto de casarse?

-Probablemente, porque rechazó mi propuesta.

La Sra. Bird le miró horrorizada.

-¿Ella lo rechazó?

-Eso me temo.

-Ya nos encargaremos de eso- la Sra. Bird meneó la cabeza.- Esa jovencita a veces tiene una actitud negativa hacia algunas cosas. La Srta. Sophy y la Srta. Ida le llenaban la cabeza con cosas raras. Pero de todas maneras, haremos que entre en razones.

-Confío en que usted la guíe en estas cuestiones, Sra. Bird –Jared le entregó la carta.- ¡Oh!, a propósito, ¿podría encargarse de que esta carta sea despachada?

Lentamente, la Sra. Bird le tomó la carta de la mano.

-¿De veras es usted un vizconde de verdad?

-Sí, Sra. Bird. Eso soy.

-En ese caso, lo mejor será casar a la Srta. Olympia con usted, antes de que se arrepienta y ordene mudarse. ¿De dónde va a conseguir algo mejor que un vizconde?

-Me alegro de que piense así, Sra. Bird.

11

Olympia dejó su pluma y miró, pensativa, la misteriosa frase que acababa de descifrar.

"Si quieres descubrir el secreto errante, busca la clave en la Syrena y su mar ondulante."

No tenía sentido. Del mismo modo que tampoco tenía sentido la advertencia sobre el Guardián. Pero Olympia estaba virtualmente segura de que era otra pieza de su rompecabezas.

Antes de que pudiera seguir considerando el problema, oyó que alguien llamaba a su puerta.

-Adelante -exclamó, ausente, pues tenía toda su atención concentrada en la clave.

La puerta se abrió. La Sra. Bird, Robert, Ethan y Hugh enfilaron hacia el estudio y se acomodaron en hilera, frente a su escritorio. Minotauro apareció detrás de Hugh y tomó su puesto al final de la columna.

Con reticencia, Olympia dejó de lado el diario de Lightboume por un momento y levantó la vista. Descubrió la fila de determinados rostros y los contempló, confusa.

-Buenas tarde- -dijo Olympia-. ¿Algún problema?

-Sí -contestó la Sra. Bird-. Claro que hay problemas.

Robert, Ethan y Hugh asintieron con la cabeza, coincidiendo con la respuesta.

Librodot

-Tal vez tendrían que consultarlo con el Sr. Chillhurst, entonces -sugirió Olympia, aún concentrada en la frase que acababa de transcribir.- Es muy bueno para solucionar problemas.

-Se está olvidando que él es ahora el vizconde Chillhurst –dijo bruscamente la Sra. Bird.

-Si, tía Olympia -dijo Ethan-. Ahora tienes que llamarle Su Alteza.

-¡Oh! claro. Tienen razón. Se me fue de la mente otra vez. Muy bien, consulten ese problema que tienen con Su Alteza. -Olympia sonrió, distraída.- Seguramente lo solucionará- Siempre lo hace.

Robert se irguió, muy nervioso.

-Te pido que me disculpes, tía Olympia, pero el problema eres tú.

-¿Yo? -Olympia miró a la Sra. Bird, buscando una explicación.- ¿De qué se trata?

La Sra. Bird apretó los puños a los costados de sus generosas caderas y dibujó una inflexible línea con la boca.

-El maldito pirata dice que le pidió que se casara con él.

De pronto Olympia se dio cuenta de qué se trataba con todo ese asunto.

-¿Y con eso qué?

-También dice que usted no quiere -continuó la Sra. Bird.

Olympia le sonrió amablemente.

-No puedo casarme con un vizconde, no.

-¿Por qué no? -preguntó Robert.

-Sí, ¿por qué no? -repitió Ethan.

Olympia frunció el entrecejo.

-Bueno, porque él es vizconde. Y algún día será conde. No puede casarse con alguien como yo.

-¿Y qué hay de malo contigo? -preguntó Hugh-. A mí me agrada como eres.

-Sí, eres una clase de mujer bastante agradable -dijo Robert fielmente.

-Y es más. Usted es la única que él arruinó, Srta. Olympia -murmuró la Sra. Bird-. Y la única con la que él se quiere casar.

-Ya expliqué al Sr. Chillhurst, quiero decir, a lord Chillhurst, que después de todo, no estás arruinada -dijo Ethan-. Le dije que estabas muy bien, pero insiste en que quiere casarse contigo.

-Es cierto -agregó Hugh-. Y nosotros también pensamos que tendrías que casarte con él. Si te niegas, tal vez él querrá irse y tendremos que soportar a un nuevo maestro. Tal vez, no podamos encontrar a alguien que sepa cómo hizo el capitán Jack para medir el ancho del arroyo sin cruzarlo. Tal vez tampoco sepamos por que vuela un cometa.

-Es una cuestión de honor -explicó Robert con tristeza.

Olympia sintió otro de esos escalofríos que habían estado atormentándola durante todo el día. Si bien ella, como mujer de mundo, no se preocupaba demasiado por la reputación propia, debía admitir que Jared era un hombre orgulloso. Su honor debía de ser de gran importancia para él. Si de verdad creía que debía casarse con ella para satisfacer su sentido del honor, Olympia no sabría cómo afrontar la situación.

-¿Quién dijo que fuera una cuestión de honor? -preguntó Olympia cuidadosamente-. ¿Chillhurst te dijo eso, Robert?

-Yo fui la que le dijo al amo Robert que era una cuestión de honor -dijo la Sra. Bird-. Es la pura verdad y usted lo sabe, Srta. Olympia.

Olympia miró los expectantes rostros de sus sobrinos.

-Tal vez tendríamos que continuar con esta discusión en privado, Sra. Bird.

-No -dijo Robert al instante-. Hemos dicho a Su Alteza que todos hablaríamos del asunto.

Olympia examinó a Robert cuidadosamente.

-¿De verdad le dijeron eso?

-Sí, y él se mostró muy complacido por nuestra colaboración -le aseguró Robert.

-Entiendo -Olympia se irguió en su silla. El hecho de que Jared hubiera recurrido a esa táctica sólo significaba que quería cumplir con sus objetivos.

La Sra. Bird parecía haberse dado cuenta de que las cosas habían tomado un rumbo diferente. Después de una elocuente mirada que Olimpia le dirigió, la mujer hizo callar a los niños y los llevó hacia la puerta.

-Bueno, bueno. Ya la han escuchado, ¿no? Váyanse corriendo los tres para arriba. Yo voy a terminar de hablar con la Srta. Olimpia.

Robert se mostró escéptico.

-¿Va a llamarnos si nos necesita, Sra. Bird?

-Sí, quédense tranquilos. Vamos, vamos, vamos.

Los tres niños hicieron las reverencias pertinentes y marcharon fuera del recinto. Minotauro les siguió. Apenas se hubo cerrado la puerta del estudio, se oyó el estridente ruido de pisadas y uñas caninas por el pasillo.

Olympia escuchó el estrépito por las escaleras, que se repetía en los pasillos de la planta superior. Nadie corría ni pisaba de ese modo cuando Jared estaba cerca, pensó.

-¿Debo entender que Su Alteza no está en casa?

-No, Srta. Olimpia. Su alteza se fue. No va a estar en toda la tarde. -La Sra. Bird levantó el mentón.- Dijo que tenía algo importante que hacer. No me sorprendería que se haya ido a sacar una licencia especial.

-¡Oh, Dios! -Olympia cerró el diario y se recostó sobre el respaldo de la silla.- ¿Qué voy a hacer, Sra. Bird?

-Casarse con ese tipo.

-No puedo hacer eso.

-¿Porqué le parece que no va a estar a la altura de un vizconde?

-No, creo que podría aprender todo lo necesario para ser una vizcondesa correcta. No debe de ser tan difícil.

-¿Entonces por qué no se quiere casar con él?

Olympia miró hacia la ventana.

-La verdadera razón por la que no quiero casarme con él es porque no me ama.

-Bah. Ya me imaginaba una de esas tonterías. Escúcheme, Srta. Olympia. El amor no es la única razón para casarse.

-No estoy de acuerdo, Sra. Bird -contravino Olympia, distante-. No puedo imaginarme casada con un hombre que no me ama.

-Pero parece ser que no le importa tener un amorío con él - gruñó la Sra. Bird, por toda respuesta.

Olympia hizo una mueca ante la cruda verdad.

-Usted no comprende -murmuró.

-Pero si está clarito como el agua, ¿Cuándo va a aprender a ser práctica?- La Sra. Bird se inclinó hacia delante, agresivamente.- Se pasó muchos años entre esos libracos que tiene, estudiando leyendas, costumbres de gentes que no conocemos, pero no aprendió a usar la cabeza para las cosas que son importantes de verdad.

Olympia se frotó la frente. Esa tarde tenía dolor de cabeza y casi nunca padecía de jaquecas.

-Sólo me pidió que me casara con él porque su prometida nos vio juntos ayer, en el Museo Mecánico de Winslow.

-Prometida. -La Sra. Bird pareció escandalizada.- ¿Ese maldito pirata se consiguió una novia para casarse? ¿Estuvo viviendo en su casa, pensando en arruinarla, mientras se tenía una novia guardadita en otra parte?

-No, no, ella es ahora lady Beaumont. -Olympia suspiró.- Creo que ese compromiso terminó hace tres años.

-¿Por qué? -preguntó la Sra. Bird.

-Porque no se llevaban bien.

-Ja. Seguramente hubo algo más ahí. Me juego la cabeza. - La Sra. Bird mostraba una extraña expresión en sus ojos.- Sería bueno averiguar que pasó entre Su Alteza y la noviecita esa, hace tres años.

-¿Por qué? -preguntó Olimpia, con una expresión interrogante-. Obviamente, no es asunto mío.

-Yo no estaría tan segura. Si quiere saber mi opinión, Su Alteza es muy raro. Claro que esa gente bien siempre es rara- Pero, yo nunca vi con estos ojos alguien más raro que él.

-Sra. Bird, usted no conoce ningún personaje de la gente bien, como usted la llama. ¿Que podría saber entonces de su comportamiento normal?

-Yo sé que no está bien que uno se haga pasar por un maestro, cuando no lo es -respondió la Sra. Bird de inmediato.

-Chillhurst tenía sus razones.

-¿Ah sí? -La Sra. Bird frunció el entrecejo cuando vio que Olimpia volvía a frotarse la frente.- ¿Qué le anda pasando con la cabeza? ¿Le duele?

-Sí. Tal vez tenga que ir arriba a descansar un rato.

-Le voy a buscar un poco de mi tónico de alcanfor y amoníaco. Hace milagros.

-Gracias. -Olympia pensó que, con tal de quitarse de encima a la Sra. Bird, apoyando la propuesta matrimonial de Jared, habría aceptado cualquier cosa. Ya no quería seguir escuchando sus razonamientos lógicos. Ya tenía bastante con tener que desoír al deseo de su corazón. Debía mantener los pies bien firmes en la tierra.

El llamador de bronce sonó insistentemente justo cuando Olimpia estaba a punto de dejar su escritorio. El ladrido de Minotauro se escuchó desde la planta alta.

-Apuesto a que es Su Alteza. Segurito que no puede abrir la puerta solo ahora que es vizconde. -La Sra. Bird salió al pasillo.- La gente bien es tan arrogante.

Olympia calculó la distancia hasta las escaleras. Si se movía con rapidez, podría recluirse en su cuarto antes de que Jared la acorralase en su estudio.

Estaba caminando en puntillas hacia la puerta, cuando oyó voces en el pasillo. Se quedó helada al reconocer dos de las tres.

-Veré si su señoría llegó a casa -dijo la Sra. Bird con un tono que Olympia jamás le había escuchado de labios de ella. Tenía un elemento de desdén completamente nuevo.

Un momento después, la Sra. Bird apareció en la puerta del estudio, son el rostro colorado y lleno de excitación. -Dos damas y un caballero vinieron de visita -dijo en voz baja-. Pidieron hablar con la vizcondesa Chillhurst. Se creen que usted ya está casada con él.

-Ya lo sé. Maldición. Esto tenía que pasar.

-Los voy llevar a la sala de recepción de adelante.

-Dígales que estoy enferma, Sra. Bird.

La Sra. Bird encuadró los hombros con los aires de un general dispuesto a ir a la batalla.

-Mire, es mejor que les atienda o si no van a sospechar que aquí está pasando algo raro. Podemos hacer frente a esta gente.

-No sin Chillhurst.

-Sí que podemos -asintió la Sra. Bird resueltamente-. Vamos a hacer cuenta que usted ya es la vizcondesa. No se van a dar cuenta de nada, va a ver.

-¡Santo Dios! ¡Qué embrollo! No estoy como para afrontar este desastre, Sra. Bird.

-No se haga ningún problema. Yo me voy a hacer cargo de todo. Ah, tome. El caballero me entregó las tarjetas.

-Déjeme verlas -Olympia tomó las tarjetas, las miró y protestó.- Lady Beaumont, lady Kirkdale y alguien llamado Gifford Seaton.

-Yo traeré té -dijo la Sra. Bird-. No tenga miedo. Me voy a acordar de llamarla su señoría enfrente de la gente. Salió corriendo hacia la puerta antes que Olympia tuviera la posibilidad de detenerla.

Con una patética sensación de angustia, Olympia se encaminó lentamente hacia la sala de recepción. Deseaba que Jared llegara en ese momento y salvara milagrosamente la situación. Era tan bueno para manejar esas cosas.

En ese momento, Olympia pensó que, sí no lograba convencerlo de que siguiera adelante con ese interludio romántico que compartían, tal vez Jared se marcharía y ella se quedaría sola, para arreglárselas por sí sola cada vez que la interrumpieran de esa manera tan molesta.

Por supuesto que ocuparse de los detalles de la vida diaria constituiría el menor de sus problemas. Cuando Jared se marchara, se le partiría el corazón. No tendría ni la menor idea de cómo repararlo.

Demetria y Constance estaban sentadas una en cada extremo del sofá. Vestidas de azul y amarillo rojizo, respectivamente, las damas formaban un elegante cuadro que desentonaba con el modesto entorno.

Un hombre apuesto, aparentemente, un par de años más joven que Olympia, estaba de pie, cerca de la ventana. Tenía el mismo color de cabello que Demetria. Vestido rigurosamente a la moda, llevaba una corbata con un nudo muy intrincado, pantalones pinzados y una chaqueta de fina confección, entallada a la cintura.

-Lady Chillhurst, -Demetria sonrió serenamente desde el sofá, pero sus álgidos ojos estaban brillantes de especulación. -Creo que ya le han presentado a mi gran amiga, lady Kirkdale, ayer. Permítame presentarle ahora a mi hermano, Gifford Seaton.

-Sr. Seaton. -Olympia inclinó la cabeza al saludarle, del mismo modo que lo había visto hacer a Jared, con tanta frecuencia.

-Lady Chillhurst. -Gifford le sonrió mientras caminaba hacia ella con lánguida gracia. Tomó la mano de Olympia, se inclinó sobre ella y apenas la rozó con sus labios.- Es un gran placer conocerla.

-Gifford insistió en venir de visita -dijo Demetria-, Constance y yo decidimos acompañarle.

Gifford contemplaba fijamente a Olimpia.

-Señora, su presencia no coincide para nada con la imagen que me había formado de usted, gracias a las descripciones de mi hermana.

-¿Cómo demonios debo entender eso? -Olympia retiró la mano. Pensó que el dolor de cabeza la estaba poniendo irritable. Deseó que toda aquella gente, tan elegantemente vestida, se fuera de inmediato y la dejara en paz.

-No fue mi intención ofenderla, señora -aclaró Gifford de inmediato. Es sólo que Demetria dijo que usted era, obviamente, una mujer de campo y yo pensé que su aspecto le evidenciaría a las claras. No esperaba que fuera tan encantadora.

-Gracias. -Olympia no sabía cómo responder al cumplido.- Supongo que será mejor que tome asiento, Sr. Seaton. Mi ama de llaves traerá una bandeja con té.

-No nos quedaremos mucho tiempo -dijo Constance-. Entienda que sólo estamos aquí por mera curiosidad.

Olympia la miró, incómoda.

-¿Por curiosidad?

Demetria rió.

-Debe usted saber, querida, que Chillhurst y yo, alguna vez, estuvimos comprometidos para casarnos. Cuando mi hermano se enteró, ayer, de que Su Alteza finalmente se había casado, no pudo resistir a la tentación de saber más cosas sobre usted.

La sonrisa de Gifford pareció de hielo.

-Su Alteza tenía requisitos muy específicos paro la mujer que fuera a convertirse en su esposa. Sentí curiosidad por la dama que logró satisfacer esos requisitos tan especiales.

-No tengo ni la menor idea de qué están hablando -dijo Olympia.

Gifford se sentó junto a la ventana. Parecía fascinado con Olympia.

-Bueno, señora, creo que lo mejor será que esté bien al tanto de los hechos antes de comenzar a moverse en nuestros círculos sociales. No es ningún secreto que Chillhurst puso fin al compromiso con mi hermana cuando descubrió cuál era su verdadero estado financiero. ¿Sabe? Incorrectamente, había creído que ella era heredera de una gran fortuna.

-No, no lo sé -Olympia se sentía como un ratón, acorralado por tres hambrientos gatos que se habían dispuesto a jugar con él, antes del mate final para matarlo.

Gifford entrecerró los ojos.

-Hace tres años, Chillhurst dijo que lo único que pretendía de una esposa era que le diera una gran fortuna.

-Gifford, por favor. -Demetria lanzó a su hermano una mirada de reproche y luego sonrió a Olympia.- Chillhurst posee un título noble pero hasta su propia familia admite que tiene alma de comerciante.

-Bueno, Gifford, estoy segura de que lady Chillhurst cumple sus requisitos- dijo Constance, siempre con gentileza-. Parece ser una criatura muy práctica.

-¿Por qué lo dice? -preguntó Olympia. Nunca nadie la había tachado antes de práctica.

Gifford frunció el entrecejo.

-Bueno, es evidente, ¿no? Debe de ser muy rica, porque de lo contrario, Chillhurst no se habría casado con usted. Y Dios sabe que la fortuna de él ya es inmensa. Y la tiene encerrada aquí, aislada en esta casa, en este sector tan poco popular de nuestra ciudad. -Su mirada despreció el modesto vestido de muselina que Olimpia llevaba. - Además, es evidente que no gasta mucho dinero en ropa. Por consiguiente, debemos deducir que tiene un gran sentido de la economía, señora.

-Chillhurst apreciará esa virtud. -La sonrisa de Demetria no expresó lo mismo que sus ojos y su voz denotó aspereza.- Estoy convencida de que tuvo miedo de que yo le gastara hasta el último de sus centavos. Y probablemente, tenía razón. A mí me agrada comprar cosas bonitas.

Constance la miró con una sonrisa divertida.

-Sí, es verdad, Demetria. Y, por lo general, las cosas bonitas tienden a ser caras también.

-Pero vale la pena invertir cada centavo en ellas -agregó Demetria.

Los ojos de Gifford expresaron desagrado.

-Chillhurst tiene mucho dinero. Es rico como Creso. No necesita casarse con nadie por interés.

Olympia abrió la boca, irritada, para protestar, pero se detuvo al ver la mirada de incomodidad que Demetria intercambió con su amiga.

Por intuición pura, Olympia, de pronto, comprendió por qué flotaba tanta tensión en el ambiente. Demetria y Constance no habían querido ir a visitarla. Solo estaban allí para intentar, en vano, controlar a Gifford. Ese joven estaba cargado de odio, de rencor acumulado y, aparentemente, esas emociones tan profundas estaban dirigidas hacia Jared.

Olympia se volvió cavilante.

Demetria se apresuró a intervenir y distraer a Olympia de la rudeza de Gifford.

-Debe disculpar a mi hermano. Todavía, a pesar de que han pasado tres años, está molesto porque Chillhurst se negó a aceptarle un reto a duelo.

Olympia prácticamente dejó de respirar. Se quedó mirando a Demetria por un instante y luego a Gifford.

-¿No me dirá que realmente desafió duelo a Chillhurst?

-No se ofenda, señora, pero no tuve elección. -Un tanto nervioso, Gifford se puso de pie y caminó hacia la ventana.- Trató a mi hermana de manera más inconcebible. Y yo me vi forzado a retarle a duelo.

-Bueno, Gifford. -Demetria volvió a mirarle con enojo.- No es necesario que saquemos ese tema ahora. Después de todo, ya han pasado tres años, y estoy felizmente casada con otro.

Olimpia miró los tensos hombros de Gifford.

-Estoy segura de que la historia ha tenido otros ingredientes además de los que usted me está detallando, Sr. Seaton.

Gifford se encogió de hombros.

-Le aseguro que no. Cuando Chillhurst terminó con el compromiso, le reté a duelo. Le dije que, en mi opinión, él había insultado a mi hermana gratuitamente.

Demetria suspiró suavemente. Constance le tocó el brazo, en un silencioso gesto para reconfortarla.

-¿Qué dijo Chillhurst cuando le acusó de haber insultado a Demetria? -preguntó Olympia con curiosidad.

-Como era debido, ofreció sus disculpas -contestó Demetria, para suavizar las cosas-, ¿No es cierto, Gifford?

-Sí, canalla. Eso fue precisamente lo que hizo. Ofreció sus disculpas y dijo que no me enfrentaría en el campo de honor. Maldito cobarde, eso es lo que es.

-Gifford, no deberías decir semejantes cosas frente a lady Chillhurst -dijo Demetria, ya al borde de la desesperación.

-Presta atención a tu hermana -agregó Constanza.

-Sólo estoy contando los hechos a lady Chillhurst -gruñó Gifford-. Debe saber con qué clase de hombre se ha casado.

Olympia miró a Gifford.

-¿Acaso se ha vuelto loco? Mi esposo no es ningún cobarde.

-Por supuesto que no lo es -dijo Demetria rápidamente-. Nadie soñaría con acusar a Chillhurst de cobarde.

-¡Bah! -Gifford apretó la boca.- Es un cobarde y basta.

Constance se lamentó.

-Ya te dije que no era inteligente acompañar a tu hermano en esta visita, Demetria.

-¿Y que otra cosa podía hacer? -le preguntó Demetria, en voz muy baja-. Estaba totalmente resuelto a venir hoy.

La jaqueca de Olympia se intensificaba.

-Creo que ya he cumplido con mi cuota de atender visitas por esta tarde. Ahora les ruego que tengan a bien retirarse, por favor.

Demetria emitió unos sonidos tranquilizantes.

-Por favor, lady Chillhurst, le ruego que disculpe a mi hermano. Tiene un temperamento muy impulsivo y siempre trata de protegerme. Gifford, prometiste que no causarías ninguna escena. Por favor, discúlpate con lady Chillhurst.

Gifford entrecerró los ojos.

-No voy a disculparme por decir la verdad, Demetria.

-Discúlpate aunque sólo sea por tu hermana -le imploró Constance fríamente-. Seguramente, ninguno de nosotros querrá resucitar las viejas habladurías. Sería muy doloroso para todos los involucrados. -Hizo una delicada pausa.- A Beaumont no le agradaría escucharlas ni en lo más mínimo.

Olympia advirtió que el último comentario pareció haber dado buen resultado. Gifford miró a su hermana, frustrado. Luego, con profunda reticencia, se volvió hacia Olympia e inclinó la cabeza ligeramente.

Olympia ya había aguantado lo suficiente.

-No me interesan sus disculpas. Sucede que hoy estoy muy ocupada. Si no les importa...

-No piense mal de nosotros, lady Chillhurst -le pidió Demetria, mientras se ajustaba los guantes-. En esa época, todo fue muy desagradable, pero ya me he cansado de repetir a Gifford que lo que sucedió hace tres años fue lo mejor que pudo haber pasado, para todos. ¿No es cierto, Constance?

-Muy cierto -corroboró Constance-. Si Chillhurst no hubiera dejado sin efecto el compromiso, Demetria jamás se habría casado con Beaumont. Y tengo la plena certeza de que es mucho más feliz con él de lo que habría sido con Chillhurst.

-Eso ni se discute. -Demetria miró a Olympia.- Beaumont ha sido muy bueno conmigo, señora. Estoy muy satisfecha con la elección de esposo que he hecho. No quiero que crea que todavía sigo lamentando lo de Chillhurst. Nada podría alejarse más de la verdad.

Gifford maldijo por lo bajo.

La cabeza de Olympia latía a un ritmo intolerable. Se preguntó cómo haría una auténtica vizcondesa para quitarse de encima las visitas que no quería atender. Deseó que Chillhurst regresara. El sí habría sabido qué hacer.

-El té, señora -anunció la Sra. Bird desde la puerta, con sus nuevos y ensayados modales-. ¿Desea que lo sirva?

Olympia levantó la vista, agradecida por la interrupción.

-Gracias, Sra. Bird.

La Sra. Bird estaba radiante cuando entró en la sala, triunfante. Asía la pesada bandeja, cargada con toda la platería y porcelana que había encontrado en la casa. Una mujer delgada no habría podido levantar semejante peso. Apoyó la bandeja sobre una pequeña mesa y comenzó a trabajar con gran energía. Las tazas y platos empezaron su concierto, al igual que la platería, al chocar con la porcelana.

Demetria y Constance miraron la bandeja y a la Sra. Bird, con sorna. Gifford, con una sonrisa de desdén.

Olympia decidió hacer otro intento para despejar la sala de visitantes no deseados.

-Disculpen -anunció, muy determinada- pero esta tarde no me he encontrado nada bien. No sé que harán ustedes, pero yo voy a subir ahora mismo a mi habitación para descansar.

Todos se volvieron para mirarla, atónitos.

-Pero, oiga, acabo de traer el té -se quejó la Sra. Bird, agraviada. Dejó la pesada tetera-. No voy permitir que ninguno se vaya de aquí sin haberse tomado una buena taza.

-Creo que no tenemos tiempo de beber su té -dijo Demetria, mientras se levantaba del sofá.

-No, claro. -Constance se puso de pie.- Debemos irnos.

-No se preocupen. Yo me apuraré para servirles. -La Sra. Bird llenó una taza y prácticamente se la plantó en las manos de Demetria.

-Aquí tiene.

Demetria, automáticamente, extendió la mano para tomar el plato y la taza, pero no logró asirlo antes de que la Sra. Bird lo soltara.

La taza se tambaleó y se volcó. El encantador vestido azul de Demetria quedó todo salpicado de té. Gritó y retrocedió un paso.

-¡Oh, Dios! -suspiró Olympia, resignada.

-Ayer mismo me enviaron este vestido -Demetria se sacudía furiosa, las manchas húmedas.- Me costó una fortuna.

Constance sacó un pañuelo blanco de encaje y empezó a limpiar las manchas del vestido de Demetria.

-No pasa nada, Demetria. Seguramente, Beaumont le comprará una docena de vestidos nuevos.

-Eso no viene a cuento, Constance -Demetria miró a la Sra. Bird profundamente disgustada.- Esta mujer es incompetente, lady Chillhurst ¿Cómo demonios puede tolerar que forme parte de su personal?

-La Sra. Bird es una excelente ama de llaves -dijo Olympia fielmente.

-Por supuesto que lo soy. -La Sra. Bird agitaba la tetera de una manera amenazadora.- Trabajo para una vizcondesa de verdad, ¿verdad o no?

El té se derramó sobre la alfombra.

-¡Santo Dios! -exclamó Constance, asombrada y divertida a la vez.- Esto sí que es extraordinario. Espera a que veamos a nuestras amigas en la reunión de naipes de esta noche, en casa de los Newbury. No van creérselo.

-No tienen derecho a hacer correr chismes sobre nosotros -refunfuñó Olympia. Se puso de pie, preparándose para un nuevo intento de hacer salir a esa gente de su casa.

Unos gritos seguidos estallaron en el pasillo.

La voz de Hugh retumbó desde lo alto de las escaleras.

-Vuele aquí, Minotauro. Aquí muchacho. Ven.

Un silbido agudo y penetrante siguió la llamada. Garras caninas rasgaron los pisos de madera. Un minuto después, Minotauro irrumpió en la sala de recepción. El perro se

Librodot

abalanzó a saludar a los invitados de Olympia. En el trayecto la espesa cola se enganchó en la bandeja de té. Dos tazas se hicieron añicos en el piso.

-¡Caramba! -gritó la Sra. Bird-. Ahora voy a tener que ir a traer más.

-Ni se moleste -le dijo Demetria de inmediato.

Constance se retiró hacia atrás, cuando Minotauro se encaminó hacia el sofá.

-Quítenos esa criatura de encima.

Minotauro giró su enorme cabezota en dirección a la voz y, con la lengua colgando, fue hacia ella.

-Pero bueno -Gifford parecía confuso. Empezó a atravesar la sala, con la evidente intención de asir al animal por el collar.

Minotauro ladró, complacido. Aparentemente, había decidido que la desconocida quería jugar.

Olympia escuchó que la puerta principal se abría y se cerraba. Se volvió al instante y vio que Jared entraba por el vestíbulo. Se dirigió hacia la puerta de la sala de recepción, ambas manos plantadas en las caderas, para enfrentarle.

-Por fin. Ya era hora de volver a casa.

-¿Sucede algo malo? -preguntó Jared con toda gentileza.

Olympia señaló con la mano la ruidosa y caótica escena que se había generado detrás de ella.

-Espero que haga algo con toda esta gente que tengo en mi sala de recepción.

Jared avanzó y examinó la sala con sereno interés.

-Minotauro -dijo, en voz baja.

Minotauro dejó de esquivar los intentos de Gifford por atraparlo y salió disparado como una saeta a recibir a Jared. Se detuvo justo cuando llegó frente a él. Se sentó sobre sus patas traseras y le miró, esperando su aprobación. Jared apoyó la mano sobre la cabeza del perro y éste le correspondió el gesto con lo que pareció una sonrisa.

-Vete -le ordenó Jared, sin levantar el tono de voz-. Arriba. Minotauro.

Minotauro se levantó obedientemente y salió trotando de la sala de recepción.

Jared miró a la Sra. Bird.

-No importa por el té, Sra. Bird.

-Pero si todavía no tomaron ni una gota- protestó la Sra. Bird.

Jared miró a Gifford con gélida cortesía.

-Estoy convencido de que nuestros invitados no tienen tiempo para quedarse a tomar el té. Estaban a punto de marcharse ya, ¿no es verdad, Sr. Seaton?

Gifford miró a Jared con evidente rencor, mientras se sacudía los pelos del perro que le habían quedado en la manga de la chaqueta.

-Sí, la verdad es que estábamos a punto de irnos. Ya hemos vivido lo suficiente en este manicomio.

-Que tenga un buen día, lady Chillhurst -dijo Demetria.

Tanto ella como Constance salieron rápidamente hacia la puerta. Gifford les siguió.

Jared se hizo a lado para permitir que todos se marcharan de la sala de recepción.

Olympia notó que Demetria miraba a Jared de reojo, con sorna, cuando pasó a su lado.

-Siempre has sido una persona bastante extraña, Chillhurst, pero esta casa sí que es peculiar, aun para cualquiera de los miembros de tu rara familia. ¿Qué rayos te propones, milord?

-Mis cuestiones domésticas son un asunto mío, señora -dijo Jared-. No vuelva a esta casa sin una invitación.

-Bastardo -le dijo Gifford entre dientes, al pasar junto a él. -Sólo espero que tu pobre esposa sepa en qué se ha metido al casarse contigo.

-Shh, Gifford -le hizo acallar Demetria-. Vamos ya. Tenemos otras visitas que hacer esta tarde.

-Dudo que sean tan divertidas como esta -murmuró Constance.

Los visitantes se dirigieron hacia las escalinatas de la entrada de la casa. Jared cerró la puerta detrás de ellos, sin molestarse en acompañarles hasta el vehículo que les estaba aguardando. Se volvió hacia Olympia.

-No volverás a recibir a ninguno de esos tres -le dijo-. ¿Está claro?

Fue la gota que colmó el vaso para Olympia. Salió disparada hacia las escaleras.

-No me dé órdenes, Chillhurst. No se olvide que aún soy la que manda en esta casa y que usted forma parte del personal. Tenga la amabilidad de recordar su puesto y compórtese como corresponde.

Jared ignoró el estallido.

-Olympia, quiero hablar contigo.

Librodot

-Ahora, no señor. He tenido un día terrible. Subo a mi cuarto a descansar un rato antes de la cena -A mitad de las escaleras, se detuvo y se volvió furiosa hacia él. -Cambiando de tema, señor. ¿Ha caído tan bajo que tuvo que presionar a mis sobrinos y a la Sra. Bird para que me convenzan sobre esa boda?

Jared se dirigió hacia el pie de las escaleras y se agarró del poste de la barandilla.

-Sí, Olympia, eso hice.

-Debería sentirse avergonzado, señor.

-Estoy desesperado, Olympia. -Jared sonrió, de una manera extraña.- Haré cualquier cosa, diré cualquier cosa, me arrastraré por donde sea y utilizaré cualquier táctica con tal de convertirte en mi esposa.

Lo dijo en serio, pensó Olympia. A pesar de su pésimo humor y de su intensa jaqueca, se sintió renovada. Su última resistencia se derribó como cera en el fuego.

-No hay necesidad de seguir con esas manipulaciones, señor -dijo ella, todavía molesta con él y plenamente consciente de los riesgos que estaba corriendo-. He decidido casarme con usted.

Jared apretó con todas sus fuerzas la parte superior del poste tallado.

-¿De verdad?

-Sí.

-Gracias, Olympia. Haré todo lo que esté a mi alcance para que jamás te arrepientas de esta decisión que has tomado.

-Sé que, probablemente, me arrepentiré -comentó ella, con pesimismo,- pero no le veo solución- Por favor, ahora déjeme sola un rato.

-Olympia, aguarda un momento. -Jared buscó sus ojos.- ¿Puedo preguntarte por qué ha cambiado de decisión desde la última vez que la vi, querida?

-No.

Olympia siguió subiendo las escaleras.

-Por favor, Olympia, debo conocer esa respuesta. Mi curiosidad va a comerme vivo. ¿Los niños la convencieron para que cambiara de parecer?

-No.

-Fue la Sra. Bird, ¿no? Sé que ella se preocupa mucho por su reputación, aunque usted no.

-La Sra. Bird no tuvo nada que ver en mi decisión. -Olimpia estaba prácticamente arriba.

-Entonces, ¿por qué ha aceptado casarse conmigo? -le gritó Jared.

Olympia se detuvo precisamente donde estaba y le miró con airada frialdad.

-He cambiado de parecer, señor, porque me he dado cuenta de que usted es brillante para el manejo de una casa.

-¿Y con eso qué? -le preguntó él, confuso.

-Pero señor. Es muy simple. No me atrevo a perderle. Hoy en día es muy difícil conseguir personal competente.

Jared la miró, atónito.

-Olympia, en serio, ¿no te casarás conmigo porque puedo organizar el manejo de tu casa?.

-En mi opinión, para mí, esa es una excelente razón para casarse. ¡Ah! y hay otra cosa, señor.

Jared la miró con los ojos entrecerrados.

-¿Sí?

-¿Por casualidad, sabe a qué se refiere la palabra Syrena?

Jared parpadeó.

-Una sirena es una criatura mitológica que cautivaba a los marineros poco precavidos y les condenaba a su destino.

-No hablo de esa clase de sirena, señor- le dijo ella, impaciente-. Me refiero a la sirena que se escribe con "y".

-Syrena es el nombre del barco en el que el capitán Jack navegó, mientras ejercía como bucanero en las Indias Occidentales -dijo Jared- ¿Por qué me lo pregunta?

Ella se aferró de la barandilla.

-¿Está seguro?

Jared se encogió de hombros.

-Eso es lo que mi padre asegura.

-Los dibujos de las guardas -murmuró Olympia.

Jared frunció el entrecejo.

-¿Que hay con eso?

-Los dibujos de las guardas del diario representan barcos muy antiguos, navegando en mares tormentosos, ondulantes, como recordará. Uno de los barcos tiene la figura de una mujer en la proa. Una sirena, tal vez.

-Me habían dicho que el barco del capitán Jack tenía ese dibujo de la sirena en la proa.

Olympia olvidó su dolor de cabeza. Recogió sus faldas y volvió a bajar a toda prisa.

-Olympia, espere. ¿Adónde va? -preguntó Jared, al verla pasar corriendo a su lado.

-Estaré en mi estudio. -Se volvió al llegar a la puerta.- Voy a estar ocupada durante un buen rato. Encárguese de que nadie me moleste.

Jared arqueó las cejas.

-Por supuesto, Srta. Wingfield. Como parte del personal de esta casa, será un honor cumplir con sus instrucciones.

Olympia le cerró la puerta del estudio ante sus narices. Se dirigió hacia el escritorio y abrió el diario de Lightboume.

Se quedó estudiando el diseño que decoraba las guardas del principio del diario durante un largo rato, y luego, muy lentamente, cogió un cortapapel.

Cinco minutos después, extrajo la figura del Syrena, navegando por el mar ondulante y descubrió el mapa que había sido adherido a ella.

Era el mapa de una isla. Una isla no registrada en los mares de las Indias Occidentales. Pero Olympia advirtió que el mapa no estaba completo. Lo habían cortado por la mitad.

La otra mitad faltaba.

Había una oración escrita al pie del fragmento de mapa:

La Syrena y la Serpiente deben unirse, dos partes
de un todo, un candado que espera su llave.

De inmediato, Olympia fue al final del diario y vio la figura de un barco que navegaba por un agitado mar. Y por cierto, la figura que estaba en proa, era una serpiente. Ansiosa, Olympia levantó la guarda. Pero no había rastros de la otra mitad del mapa.

12

Jared colocó su libro de citas a la izquierda del plato del desayuno.

Pensó que esos elementos eran muy útiles, pues daban al hombre un sentido de control sobre su destino. Indudablemente, no era más que una gran ilusión, pero un hombre tan vulnerable a las pasiones excesivas se aferraba con ahínco a ciertas ilusiones.

-Esta mañana, las clases tendrán lugar de ocho a diez, como siempre -dijo Jared-. Hoy estudiaremos geografía y matemáticas.

-¿Nos contará otra historia del capitán Jack mientras estudiemos geografía, señor? -preguntó Hugh, a la vez que llenaba la boca con los huevos.

Jared le miró.

-No es necesario hablar mientras estás comiendo.

-Le pido disculpas, señor. -Hugh tragó los huevos de inmediato y sonrió.- Listo. Ya terminé. Bien, ¿qué pasará con la historia del capitán Jack?

-Me gustaría escuchar cómo hizo para inventar ese reloj especial, el que medía la longitud en el mar -comentó Ethan, entusiasmado.

-Ya nos contó esa historia -protestó Robert.

-Pero yo quiero volver a escucharla.

Jared observó a Olympia con gran interés. La muchacha masticaba, ausente su tostada con mermelada de grosella silvestre. La expresión de sus ojos le incomodó. Había tenido esa mirada distante y preocupada desde que bajó a desayunar.

Esa mañana no había habido planeados choques accidentales en los pasillos, ni miradas anhelantes, ni besos robados, ni mejillas arreboladas. Un modo muy poco propicio para empezar un día tan importante pensó él.

-Creo que hay una anécdota bastante instructiva referente a los cálculos de longitud en uno de los viajes del capitán Jack a Boston –dijo Jared. Volvió a consultar su libro de compromisos-. Cuando terminen las clases matinales, acompañaré a vuestra tía Olympia a la biblioteca de la Sociedad para Viajes y Exploraciones.

Con esa frase, Olympia, aparentemente, volvió a la realidad.

-Estupendo; hay una o dos cosas que me gustaría verificar en la colección de mapas de la sociedad.

Nadie diría que hoy se casa, pensó Jared con profunda tristeza. Evidentemente, le entusiasmaba mucho más el proyecto de ir a la biblioteca a estudiar viejos mapas que el hecho de casarse con él.

-Mientras esté trabajando en la biblioteca -continuó Jared- yo me reuniré con Félix Hartwell- Tenemos que discutir algunas cuestiones de negocios. Robert, Ethan y Hugh volverán a subir por los aires su cometa en el parque. Cuando termine, ya será la hora del almorzar.

Ethan golpeó los tacones de sus botas contra el travesaño inferior de su silla.

-¿Y qué haremos por la tarde, señor?

-Ten la amabilidad de dejar de dar golpes a la silla -dijo Jared, distante.

-Sí, señor.

Jared miró el siguiente compromiso que había apuntado y sintió que la parte inferior de su cuerpo se tensionaba de anticipación y aprensión. ¿Qué haría si Olympia hubiese cambiado de parecer?

No debía hacerlo. No ahora, que Jared estaba a punto de poseer su propia sirena. No ahora, cuando la única mujer que había deseado con tanta intensidad en toda su vida estaba al alcance de su mano. No ahora.

-Después que hayamos almorzado -prosiguió, luchando por mantener sereno su tono de voz,- vuestra tía y yo cumpliremos con las formalidades necesarias para nuestra boda. Ya está todo arreglado. No nos llevará mucho tiempo. Cuando volvamos...

Se oyó un estrepitoso ruido de cubiertos contra la vajilla, que provenía desde el extremo opuesto de la mesa.

-¡Oh, Dios! -murmuró ella.

Jared levantó la vista justo a tiempo para ver el frasco de mermelada de grosella volar por el aire. La cuchara que estaba dentro, también cayó.

Ethan sofocó una risita. Olympia se puso de pie de un salto, para tratar de limpiar, con su servilleta, aunque en vano, la mermelada que se había derramado sobre la alfombra.

-Déjelo -le dijo Jared-. La Sra. Bird se encargará de limpiarlo. Olympia le miró con titubeo; bajó la vista y volvió a sentarse. De modo que no había estado tan desinteresada en

la boda como había aparentado. Jared sintió una especie de relax. Apoyó los codos sobre la mesa, unió las yemas de los dedos y analizó, concentrado, su libro de compromisos.

-Esta noche, la cena se servirá antes de lo habitual -continuó, iremos a Vauxhall Gardens a ver los fuegos artificiales.

Como era previsible, los niños gritaron entusiasmados.

-Excelentes planes, señor -dijo Robert, con el rostro encendido.

-Nunca hemos visto fuegos artificiales -comentó Ethan.

-¿También habrá una banda tocando música? -preguntó Hugh.

-Eso espero -dijo Jared.

-¿Y podremos tomar helados?

-Probablemente -Jared miró el rostro de Olympia para ver cómo reaccionaba ante la perspectiva de celebrar su boda en Vauxhall Gardens.

Jared pensó que, cualquier otra mujer, se habría sentido profundamente ofendida. Pero, repentinamente, los ojos de Olympia se encendieron.

-Maravilloso. Me encantaría ver los fuegos artificiales.

Jared exhaló un silencioso suspiro de alivio. ¿Quién dijo que él no tenía alma de romántico, en el fondo?, pensó. -¿Podremos ir a pasear por Dark Walk en Vauxhall? -preguntó Robert, con suspicaz inocencia.

Jared resopló.

-¿Qué sabes tú de Dark Walk?

-Uno de los muchachos que conocimos ayer en el parque nos contó algo al respecto -explicó Ethan-. Dijo que era muy peligroso caminar por Dark Walk.

-Es cierto, señor -confirmó Robert-. Nos dijeron que muchas de las personas que entraron a Dark Walk no volvieron a ser vistas nunca más. -Se estremeció.- ¿Usted cree que es verdad, señor?

-No, no lo creo -respondió Jared.

-Otro niño que conocimos ayer en el parque, nos contó que una criada, que había trabajado muchos años en la casa de él, desapareció en Dark Walk -le informó Robert-. Nunca nadie volvió a verla.

-Lo más probable es que haya huido con otro criado -respondió Jared, cerrando su libro de compromisos.

-Me encantaría pasear por Dark Walk -dijo Robert, insistente.

-Llevaremos a los sobrinos de mi prometida a Vauxhall esta noche, para ver los juegos artificiales.

-Vauxhall. ¡Dios mío! -Félix hizo una mueca.- ¿ Qué piensa su novia de esos planes?

-Ella es feliz dejando en mis manos esas decisiones. Sobre otro tema, Félix...

-¿Sí?

Jared metió la mano en el bolsillo y extrajo el pañuelo de Torbert.

-Quiero que te encargues de que esto vuelva a manos del Sr. Roland Torbert. Y junto con él, transmitirás un mensaje.

Félix miró el pañuelo con curiosidad.

-¿Cuál es ese mensaje?

-Informarás a Torbert que, de producirse otro incidente como el que hizo que este pañuelo quedara abandonado en el jardín de lady Chillhurst, tendrá que vérselas personalmente con el lord.

Félix tomó el pañuelo.

-Muy bien, pero dudo que ese individuo represente una gran amenaza para usted, Chillhurst. Torbert no es la clase de hombre que se mete en los jardines de las damas.

-No, no creo que deba preocuparme mucho por él. -Jared extendió sus piernas hacia adelante y miró a su amigo.- Hay una cosa más que quiero tratar ¿Has tenido oportunidad de hablar con los aseguradores?

-Sí, y los resultados no han sido mejores que los que obtuve en mi anterior investigación. -Félix se puso de pie, con expresión de tormento y comenzó a caminar por la sala.- Tendrá que aceptar que la persona que estuvo detrás de la malversación de fondos fue el capitán Richards. Simplemente, no existe otra explicación posible.

-Richards ha trabajado para mí durante mucho tiempo, Félix. Casi tanto como tú.

-Ya lo sé, señor. -Félix meneó la cabeza.- Lamento tener que ser yo el que informe sobre esos aspectos. Sé la importancia que tienen la lealtad y la honestidad para usted. Comprendo cómo debe de sentirse luego de haber sido engañado por una persona en la que confió durante años.

-Ya te he dicho el otro día que no me agrada pasar por tonto.

Media hora después, el ruidoso vehículo alquilado se detuvo frente la casa de los Beaumont. Jared bajó.

-Espérame -gritó al cochero-. No tardaré mucho.

Extrajo su reloj de oro del bolsillo y miró el cuadrante mientras subía las escalinatas de la entrada de la casa. Había dejado a los niños con la Sra. Bird, mientras visitaba a Demetria. No tenía mucho tiempo, pues debía pasar a recoger a Olympia a la biblioteca. Pero eso no constituía un problema, pues no tenía mucho que decir a Demetria.

Cuando la puerta se abrió, apareció un mayordomo cuya mirada de desaprobación no sólo abarcó el inadecuado atuendo de Jared, sino que se extendió a su modo de llegar, tan inadecuado como la ropa. Obviamente, todos los que venían de visita a la casa lo hacían en sus vehículos particulares, no en coches de alquiler.

-Comunique a lady Beaumont que Chillhurst está aquí y que desea hablar con ella -dijo Jared, sin preámbulos.

El mayordomo miró airadamente a Jared.

-¿Su tarjeta, señor?

-No tengo tarjeta.

-Lady Beaumont no recibe visitantes antes de las tres de la tarde, señor.

-Si usted no le avisa de que estoy aquí -le dijo Jared, con mucha caballerosidad- me encargaré de hacerlo personalmente.

El mayordomo se puso furioso, pero con inteligencia se retiró hacia el vestíbulo, para cumplir con las instrucciones recibidas. Jared esperó en los escalones hasta que la puerta se abrió por segunda vez.

-Lady Beaumont le recibirá en la sala.

Jared no se molestó en contestar. Entró en el vestíbulo y dejó que le condujeran hacia donde Demetria le estaba esperando. Ella se encontraba en un rincón de la sala, con sus faldas de seda, celestes y blancas, artesanalmente acomodadas sobre el sofá. Cuando Jared se acercó, ella le sonrió tan distante como siempre. Su mirada fue fría y suspicaz.

Jared pensó que ella siempre le había mirado de la misma manera: con frialdad e indiferencia. Tres años atrás, él, erróneamente, había leído en esa expresión simplemente el autocontrol y disciplina en la conducta personal. En ese momento, había creído que esas

cualidades eran las que él pretendía en una esposa. Más tarde descubrió que lo que Demetria controlaba y restringía era el disgusto que sentía por él.

-Buenos días, Chillhurst. Vaya sorpresa.

-¿Sí?-Jared observó con indiferencia la costosa decoración de la sala. Las paredes estaban revestidas con seda azul. La chimenea, con mármol blanco tallado. Unas pesadas cortinas de terciopelo azul enmarcaban las ventanas, de proporciones clásicas, que daban a un enorme jardín. Todo le distinguía por la fría opulencia que traslucía a las claras la fortuna de Beaumont.

-Te has acomodado muy bien, Demetria.

Demetria inclinó la cabeza.

-¿Realmente dudaste de que lo lograría?

-No. Ni por un segundo. -Jared se detuvo y estudió a la mujer. Advirtió que encajaba a la perfección en esa sala de muebles tan caros. Nadie que conociera a Demetria en ese momento podría adivinar siquiera que alguna vez había estado sin un centavo.- Siempre fuiste una mujer muy decidida.

-Los que no hemos nacido en cuna de oro, debemos aprender a ser decididos o resignarnos a vivir en la inseguridad. Pero tú no entenderías ese problema, ¿no es cierto, Jared?

-Es muy probable que no.

No tenía ningún sentido detenerse a explicarle que él ya, había aprendido esa lección muchos años atrás. Estaba convencido de que a Demetria no le interesaría escuchar la historia de su niñez, agobiada por la inseguridad financiera y por el caos emocional que creaba su excéntrica y apasionada familia.

Jared descubrió en ese momento que jamás había discutido con Demetria esa clase de cosas en el pasado. Claro que ella tampoco había tenido ningún interés. Sólo le preocupaba su futuro y el de su hermano.

Demetria apoyó un brazo, lánguidamente, sobre el respaldo del sofá.

-Tendrás una razón muy específica para venir a visitarme a esta hora, ¿no?

-Por supuesto.

-Por supuesto. -La voz de Demetria revelaba amargura.- Tú nunca haces nada sin una razón muy específica, ¿verdad? Toda tu vida se rige por la razón, tu reloj y tu maldito libro de compromisos. Muy bien, entonces, dime a qué has venido.

-Quiero saber por que tú, tu hermano y tu queridísima amiga, lady Kirkdale, fuisteis a visitar ayer a mi esposa.

Demetria abrió los ojos desmesuradamente.

-Pero, Jared, qué pregunta tan extraña. Simplemente, quisimos darle la bienvenida a la ciudad.

-Guárdate las mentiras para tu marido. Seguramente, a su edad estará feliz de poder creerlas.

Demetria apretó la boca.

-No tienes derecho a juzgar mi matrimonio, Chillhurst. No sabes nada al respecto.

-Lo que sé es que, probablemente, esa boda fue inspirada por la codicia, de tu parte, y una gran desesperación por tener un heredero, por parte de Beaumont.

-Vamos, Chillhurst. Ya sabes muy bien que la codicia y el deseo de tener un heredero son los factores que caracterizan a los matrimonios del mundo aristocrático.- Demetria entrecerró los ojos especulativamente.- Seguramente, no pretenderás que te crea que la unión con esa mujer rara que has tenido escondida en Ibberton Street se basó en sentimientos más nobles, ¿verdad?

-No he venido aquí a discutir sobre mi matrimonio contigo.

-¿Entonces a qué has venido?

-A advertirte a ti y a ese pesado hermano que tienes, de que os mantengáis alejados de mi esposa. No permitiré que ninguno de vosotros juguéis al ratón y el gato con ella, ¿entendido?

-¿Y qué te hace pensar que estábamos jugando con ella? Tal vez, teníamos curiosidad por ver qué clase de mujer había logrado satisfacer tus requisitos.

-Debes de estar muy aburrida, en estos días, para molestarte en visitar a Olimpia.

-¿Quieres decir que es insulsa hasta ese punto?-Demetria le miró con inocencia. -Qué picardía. ¿Cuánto tiempo crees que logrará mantener tu interés? ¿ O es que te has buscado una aburrida marisabidilla para que te complazca?

-Basta, Demetria.

-¿Has encontrado lo que buscabas, Chillhurst? -Los ojos de Demetria expresaron una fría ira.- ¿Una mujer que se adapte a tu maldita agenda? ¿Una mujer que sobre pasión no sabe nada y que, por consiguiente nunca se dará cuenta de que padeces penosamente de la falta de ella?

-No debes meterte en mis asuntos privados. -Jared se volvió para marcharse, pero se detuvo.- Tú has encontrado lo que buscabas, Demetria. Alégrate.

-¿Es una amenaza, Jared?

-Creo que sí.

-Bastardo arrogante. Tienes sangre de pato. -Demetria cerró el puño, sobre el respaldo del sofá.-Te resulta tan fácil amenazar. Sólo porque naciste con todo, fortuna, un título y demás, te crees muy superior a todos nosotros, ¿verdad? ¿Pero sabes algo, Jared? No te envidio.

Jared sonrió.

-Es un alivio escucharlo.

-No, no te envidio en lo más mínimo, milord. -Los ojos de Demetria ardían. - Estás destinado a vivir toda tu vida, sin conocer la clase de pasión que te enciende la sangre. Nunca sabrás lo que es rendirse a un río de turbulentas emociones, capaces de arrastrarte indefinidamente.

-Demetria...

-Nunca saborearás la miel de la dicha de estar con otra persona, cuya alma se corresponde exactamente con la tuya. Tú, con ese corazón de comerciante que tienes, nunca sabrás lo que es tener el poder de conseguir que una amante te responda. ¿no es cierto, Jared?

Jared la miró a los ojos y se dio cuenta de que ella estaba recordando la misma tarde que él. Fue un día en el que él la besó en los establos de la de la isla de Flame. Ese beso no había sido la casta caricia gentil de siempre. Había sido un desesperado intento por parte de él de despertar una respuesta en ella. Fue entonces cuando Jared descubrió, por primera vez, que pretendía pasión de la mujer que se casara con él. Supuso que estaba en deuda con Demetria, por haberle abierto los ojos frente a su debilidad.

-Tendré que arreglármelas lo mejor que pueda -dijo Jared-. Que tengas un buen día, Demetria. Que no vuelva a encontrarte molestando a mi esposa. Y te advierto que apartes a tu maldito hermano de mi vista.

-¿Por qué? -preguntó Demetria, obviamente alarmada-. No puedes herirle. Mi esposo es un hombre rico y poderoso. Protegerá a Gifford de ti si es necesario.

Jared arqueó las cejas.

-Tu esposo está mucho más preocupado por encontrar una cura para el infortunado mal que le aqueja que por proteger al tonto de tu hermano. Además, si deseas hacer un favor a Seaton, deja ya de protegerle. Ya tiene veintitrés años. Es hora de que se haga hombre de una vez.

-Él es un hombre, maldito seas.

-Es un niño, con emociones salvajes y descontroladas. Es malcriado, caprichoso y temperamental. Tú le has confinado a la represión, sobreprotegiéndole en todo momento. Si quieres que crezca, debes dejarle que aprenda a aceptar las responsabilidades de sus propios actos.

-Toda mi vida he cuidado de mi hermano -se defendió Demetria con uñas y dientes-. No quiero ni necesito tus consejos.

Jared se encogió de hombros.

-Como quieras. Pero si tú o Seaton volvéis a interponeros en mi camino, no confíes en que actuaré como un caballero por segunda vez. Ya lo hice una vez, si lo recuerdas. Con una vez basta.

-Tú no entiendes -gruñó Demetria entre dientes-. Pero claro, nunca entendiste. Vete de aquí, Chillhurst o juro que te haré echar a puntapiés.

-No te molestes. Estoy feliz de irme por las buenas.

Jared salió al pasillo sin volver la vista atrás ni una sola vez. El mayordomo había desaparecido, pero Gifford estaba justo junto a la puerta de la sala de recepción, pálido de rabia.

-¿Qué estás haciendo aquí, Chillhurst?

-He venido a visitar a tu encantadora hermana, pero eso no es asunto tuyo. -Jared eludió a Gifford y se encaminó hacia la puerta de salida.

-¿Qué le dijiste, maldita sea?

Jared vaciló, con la mano en el picaporte.

-Te diré precisamente lo que le he dicho. No vuelvas a acercarte a mi esposa, Seaton.

El apuesto rostro de Gifford se distorsionó en una iracunda mueca.

-Ambos sabemos que tus amenazas son en vano. No puedes hacerle daño. Beaumont es muy poderoso, incluso para ti.

-Si estuviera en tu lugar, no confiaría en la protección de Beaumont -Jared abrió la puerta.- Ni en la de tu hermana.

Gifford dio un paso adelante.

-Ojalá te parta un rayo, Chillhurst. ¿Qué cosas estás diciendo?

-Estoy diciendo que si vuelves a ofenderme acercándote a mi esposa me encargaré de que las pagues.

-Chillhurst -le provocó Gifford,- seguramente no estarás amenazándome con retarme a duelo, ¿verdad? Los dos sabemos que eres demasiado razonable, demasiado sensato, demasiado cobarde como para arriesgarte a encontrarte conmigo en el campo de honor.

-Me doy cuenta de que no tiene ningún sentido seguir discutiendo este asunto contigo. Ya te lo he advertido, -Jared salió a los escalones de la entrada y cerró la puerta detrás de sí.

El coche de alquiler aún estaba esperándole en la calle.

-A la biblioteca de la Institución Musgrave -le gritó al cochero-. Deprisa, por favor. Tengo una cita. -Abrió la puerta y subió a la cabina.

-Sí, seño- -El cochero soltó un suspiro de sufrimiento y aflojó las riendas de los caballos.

Jared se acomodó sobre los cojines mientras el coche se alejaba de la casa de los Beaumont. Pensó que Demetria se había equivocado cuando le dijo que estaba condenado a una existencia carente de toda emoción. En ese preciso momento, se sentía víctima de un torbellino de emociones, que excedía toda experiencia anterior.

Era el día de su boda. Debería sentirse tranquilo, ahora que sus planes comenzaban a dar frutos. Olympia pronto sería suya, por las leyes de Dios y del hombre. Sin embargo, esa mañana había despertado con una perturbadora inquietud, que aún le molestaba. No comprendía ese sentimiento que le abrumaba. Después de todo, estaba a punto de hacer suya a la mujer que tanto deseaba. Pero no estaba seguro de por qué, precisamente, ella había aceptado casarse con él. En un principio, Olympia se negó a casarse con él. Y después, a pesar de la escena que había vivido con Demetria el día anterior, anunció que estaba dispuesta a aceptarle como esposo.

Jared miró las transitadas calles. Seguramente que Olympia no le habría aceptado sólo porque él era capaz de mantenerle la casa en orden. Sabía que debía de haber algo más. Tenía que haber algo más.

Olympia le quería a él, se recordó. La apasionada respuesta de la mujer debió haberlo tranquilizado, pero, por alguna razón, no fue así. Olimpia le había dicho claramente que ella

no se casaría sólo por una cuestión física ni para salvar su reputación. Como era una mujer de mundo, esos conceptos no tenían ningún valor para ella; no eran motivos para llegar al matrimonio. ¿ Entonces por qué habría aceptado casarse con él, finalmente?, se preguntó Jared, por enésima vez. Esa pregunta le había atormentado desde el día anterior.

Se le metió en la cabeza que algo que Demetria habría dicho o hecho durante su visita habría impulsado a Olympia a aceptar la propuesta de Jared. Pero eso tampoco tenía sentido. A menos que ese enfrentamiento en la sala de recepción hubiera servido, efectivamente, para que Olympia se diera cuenta de que debía casarse para mantener las apariencias. Después de todo, pensó Jared, una cosa era hablar de engañar a todo el mundo, haciéndole creer que estaban casados, y otra muy diferente era la de llevar a cabo esa escalofriante decepción. Si bien ella no hacía otra cosa más que hablar de su experiencia mundana, no era más que una inocente muchacha de un pueblecito perdido en medio del campo. No había tenido idea del baile en el que se metía cuando pensó que podía fingir que estaba casada con él y que todo el mundo le creería sin crearle problemas.

Por supuesto, recordó Jared, que cuando Olympia trazó su plan, jamás imaginó que tendría que decir que se había casado con un vizconde. Creía que él era sólo un maestro. Se vio obligado a reconocer que el plan de la muchacha habría dado buenos resultados, si él no la hubiera engañado desde el principio de la relación.

Jared sabía que estaba en esa situación por su culpa, exclusivamente. Y sin duda, merecía sufrir por la incertidumbre, atormentarse con preguntas que no sabía cómo formular y hacer equilibrio, precariamente, en el abismo que separaba la esperanza de la decepción. Y bueno, sonrió con pesar, era evidente que nada era seguro y definitivo una vez que un hombre se rendía al turbulento torrente del deseo. Todo lo que podía hacer era luchar para mantenerse a flote.

En pocas horas más, disfrutaría de su noche de bodas. No permitiría que nada se interpusiera entre él y lo que más deseaba en el mundo. Esa noche, cuando la llevara a su cama, Olympia sería su esposa. Se abandonaría al acto de amor más sublime, seguro de que al fin tendría un derecho tangible sobre ella. Tal vez, no sabía a ciencia cierta por qué ella había aceptado casarse con él, pero al menos, tendría la plena certeza de que Olympia lo deseaba con la misma intensidad que él a ella. Y notó que no se trataba de una mera satisfacción. Sería mucho más de lo que había tenido con Demetria.

Librodot

Los fuegos artificiales que encendieron el cielo en Vauxhall Gardens fueron tan espectaculares que casi lograron que Olympia se distrajera del torbellino de sus pensamientos.

Estaba casada. Todavía no podía aceptar la realidad de su nuevo estado civil. Casada con Jared. No parecía posible.

La pequeña y formal ceremonia, llevada a cabo por una persona de las afueras de Londres, pocas horas atrás, se había caracterizado por un elemento surrealista.

¿Y si había cometido un terrible error?, pensó Olympia, desesperada. ¿Qué pasaría si Jared jamás aprendía a amarla del mismo modo que ella le amaba a él? Indudablemente, la deseaba, recordó la muchacha. Tal vez, podría construir amor basándose en los pilares de la pasión. Debía hacerlo.

Pero la pasión no era amor. Ella era una mujer de mundo. Tía Sophy y tía Ida le habían enseñado la importancia del amor, le enseñaron lo que el amor era y lo que no era, Olympia sabía muy bien que había una gran diferencia entre el deseo físico y un compromiso más importante, más serio. Amaba a Jared con todo su corazón, pero no sabía si él podría permitirse amarla. Jared no confiaba en las fuertes pasiones. Se burlaba de las propias y trataba de controlarlas con toda firmeza. Excepto cuando le hacía el amor, pensó Olympia.

Apretó con fuerza su bolso, mientras observaba una nueva explosión de luces en el renegrido cielo.

Excepto cuando le hacía el amor.

Esa noche, se sentía tan insolente y atrevida como cualquier aventurero que se dispone a buscar un tesoro legendario. Estaba arriesgando todo a la descabellada empresa de convertir la pasión de Jared en amor.

-¡Oh! ¡mirad eso! -exclamó Ethan, fascinado, cuando una cascada colorida descendió en el firmamento. Miró a Jared que estaba de pie junto a él-. ¿Alguna vez ha visto algo tan hermoso, señor?

-No -dijo Jared, pero estaba mirando a Olympia, no a los fuegos artificiales-. Creo que nunca he visto algo tan hermoso.

De reojo, Olympia advirtió el controlado fuego del ojo de Jared. Nunca le había resultado más peligroso. La mirada de Jared encendía brillantes chispas en el interior de la muchacha, tan incandescentes y asombrosas como las luces del cielo. Cada vez que Jared le

miraba de ese modo, Olympia se sentía auténticamente hermosa, una leyenda por derecho propio.

-Me gusta mucho la música -exclamó Hugh-. ¿No te parece excitante, tía Olympia?

-¡Oh, sí!-Olympia advirtió que la voz se le quebraba, por falta de aire, y vio que Jared dibujaba una sonrisa cómplice con sus labios. Sabía perfectamente que la joven estaba pensando en el modo en que él la tocaría.

-La canción de una sirena -murmuró Jared, sólo para que ella pudiera oírle-. Y no puedo resistirla.

Olympia arriesgó una nueva mirada a ese perfil imperturbable, implacable, y casi se desarmó ante la masculina expectativa que leyó en su rostro.

Jared la tomó del brazo y la música sonó más fuerte. La multitud presente en Vauxhall pareció maravillada.

-Debe de haber miles de personas esta noche aquí -observó Robert.

-Dos o tres mil, por lo menos -dijo Jared-. Y eso significa que sería muy fácil que cualquiera de vosotros se perdiera. -Examinó los entusiasmados rostros de los muchachos.- Quiero que cada uno de vosotros me dé su palabra de que no se va a alejar de mi vista.

-Sí, señor -dijo Robert, obedientemente. Se interrumpió ante los festejos generales cuando una lluvia de colores volvió a estallar en el cielo.

-Sí, señor -Ethan aplaudía entusiasmado, con toda su atención concentrada en la policroma exhibición.

Hugh miraba la orquesta, un tanto distraído.

-Sí, señor. ¿Es muy difícil tocar un instrumento, señor?

Jared miró a Olympia a los ojos.

-Requiere mucho tiempo y dedicación -le explicó suavemente- pero casi todas las cosas que valen la pena requieren lo mismo. Si uno quiere tener éxito de verdad, debe esforzarse por conseguir lo que desea.

Olympia se dio cuenta de que Jared no se refería a la tarea de aprender a tocar un instrumento. Jared le estaba hablando directamente a ella.

No estaba segura de cuál era exactamente el mensaje, pero presentía que estaba comprometiéndose de alguna manera. Le obsequió con una sonrisa trémula, consciente del peso de la sortija de oro que le había colocado en el dedo, pocas horas antes.

-¿Y los tambores? -insistió Hugh-. Tal vez no sean tan difíciles de aprender.

-Sin duda, el piano sería más placentero.

-¿Le parece? -Hugh le miró con expresión seria.

-Sí. -Jared le sonrió.- Si tienes interés en aprender a tocar un instrumento, haré los preparativos necesarios para que un instructor venga a enseñarte.

Hugh estaba fascinado.

-Me encantaría, señor.

Olympia tocó un brazo de Jared.

-Es muy bueno con nosotros, milord.

Jared le besó el dorso de su mano enguantada.

-Es un placer.

-¿Dónde está Robert? -preguntó Ethan de repente.

-Estaba aquí hace un momento -contestó Hugh-. Tal vez fue a comprar un helado. Yo también quiero uno.

Olympia volvió a la realidad, con profunda preocupación. Miró rápidamente a su alrededor. No había indicios de Robert entre la entusiasta masa que se había dado cita allí para ver los fuegos.

-Se ha ido, milord, prometió que no se alejaría, pero no lo veo.

Jared soltó la mano de Olimpia, con un insulto.

-El Dark Walk.

Olympia le miró.

-¿Qué?

-Tengo la sospecha de que Robert no pudo resistir la tentación de ir a dar un paseo por el Dark Walk.

-¡Oh, sí! Esta mañana habló de un desafío. -Olympia se alarmó por la severa expresión de Jared.- ¿De verdad es tan peligroso ese paseo?

-No -contestó Jared-. Pero no se trata de eso. Robert me prometió que no se alejaría de mi vista y ahora ha desaparecido.

-¿Va a golpearle, señor? -le preguntó Ethan, inquieto.

Hugh frunció el entrecejo.

-Fue por el desafío, señor. Por eso desapareció.

-Sus motivos no tienen importancia -comentó Jared con ominosa serenidad-. Lo que importa es que faltó a su palabra. Pero eso quedará entre Robert y yo. Bien, ahora voy a

dejar a vuestra tía al cuidado de vosotros, mientras yo voy a buscar a Robert. Espero encontrarles a los tres aquí cuando vuelva.

-Sí, señor -susurró Ethan.

-Nosotros cuidaremos de tía Olympia -aseguró Hugh.

Jared miró a Olympia.

-No te preocupes, Olympia. Robert está bien. Volveré con él dentro de unos momentos.

-Sí, por supuesto. -Olympia tomó la mano de Hugh y extendió la otra para tomar la de Ethan.- Esperaremos aquí hasta que volváis.

Jared se volvió y se marchó. En cuestión de segundos se perdió entre la multitud.

Hugh apretó muy fuerte la mano de Olympia. Le temblaba el labio inferior.

-Creo que el Sr. Chillhurst, quiero decir Su Alteza, está muy, pero muy enojado con Robert.

-Tonterías -dijo Olympia, tratando de comunicarle tranquilidad-. Simplemente, está disgustado.

-Tal vez se disguste con todos nosotros por culpa de Robert -agregó Hugh preocupado-. Quizá decida que somos una carga muy pesada de llevar y todo por nada.

Olympia se inclinó para hablar con Hugh.

-Cálmate Chillhurst no nos va a abandonar por Robert, ni por ningún otro motivo.

-Ahora sí que no puede hacer eso, ¿no? -dijo Ethan, un poco más animado-. Después de todo, se ha casado contigo tía Olimpia, ahora nos tiene de clavo, ¿no?

Olympia miró a Ethan.

-Muy cierto. Nos tiene de clavo.

Fue una idea muy realista. Toda la anticipación que había sentido Olympia se evaporó. Si iba al fondo de la cuestión, llegaba a la conclusión de que Jared se había casado con ella por razones de honor y pasión. Y ahora, se había clavado con ella.

13

Jared pensó que debió haber imaginado que Robert no podría resistirse a la tentación de caminar por Dark Walk. Fue culpa suya que el niño se hubiese marchado. Había estado pensando en su noche de bodas, no en sus responsabilidades. La pasión había gobernado su cerebro durante todo el día y ahora debía pagar las consecuencias, como sucedía cada vez que la pasión estaba involucrada.

Las numerosas y coloridas luces comenzaron a hacerse cada vez más escasas, a medida que se acercaba a Dark Walk. La pálida luz de la luna daba a la noche una iluminación muy pobre. La música y el ruido de la multitud se desvanecieron a sus espaldas cuando se internó en los vastos jardines. Los árboles estaban mucho más próximos, unos de otros, en el más oscuro de los senderos que se habían abierto en tan amplio espacio. Cuando Jared pasó a un sector particularmente espeso de vegetación y follaje, oyó la suave y sensual risa de una mujer, seguida del bajo y ansioso murmullo de un hombre. Pero no había indicios de Robert.

Jared estudió en las sombras minuciosamente, pensando que tal vez habría calculado mal. A lo mejor. Robert no había ido por allí. En ese caso, tendría que enfrentarse a un problema mucho mayor del que había imaginado. Las expectativas que había tenido por su inminente noche de bodas se perdieron en la distancia. A ese paso, tendría que conformarse con la felicidad de haber llegado a casa sanos y salvos a la una de la madrugada. Todo lo que había organizado para esa noche estaba alterándose seriamente.

Las hojas se agitaban al borde del sendero. Se oyó la tos de un hombre.

-Mmm. ¿Usted no será este tipo tan rico que se llama Chillhurst no?

Jared detuvo sus pasos cuando escuchó el ronco murmullo que interrumpió sus pensamientos. Se volvió en dirección al denso matorral que estaba a la izquierda del camino.

-Yo soy Chillhurst.

-Eso pensé. Me dijeron que tenía un parche en el ojo. Parece un maldito pirata -dijo.

-¿Quién le dijo eso?

-Mi patrón. -Un hombre extremadamente delgado, de baja estatura, salió de entre los árboles, con su gorra marrón sucia, su camisa manchada y sus pantalones por demás holgados. Se interpuso en el camino de Jared y le sonrió con su dentadura incompleta.- Buenas noches, Su Señoría. Buena noche para los negocios, ¿no?

-Eso depende. ¿Quién es usted? -le preguntó Jared.

-Bueno. -El hombrecito flacucho se rascó el mentón, cavilando.- Tengo amigos que me dicen Tom el Viajero. -Sonrió.- Usted también me puede llamar así.

-Gracias. Pero como aparentemente, usted ya sabe quién soy yo, será mejor que nos olvidemos de las presentaciones y que nos dediquemos al tema que nos interesa. Tengo un compromiso muy importante esta noche.

Tom el Viajero asintió, complacido.

-Ese mocoso me dijo que usted siempre anda de compromiso en compromiso y los cumple al pie de la letra. Me viene como anillo al dedo. Yo también, como usted, soy hombre de negocios como el tipo que me mandó esta noche. Un hombre de negocios debe atender muy bien sus compromisos, ¿no?

-Correcto.

-Nosotros, los hombres de negocios, sabemos cómo tratarnos. -Tom el Viajero meneó la cabeza.- No como ese otro.

-¿Qué otro? -preguntó Jared, impaciente.

-Ese que es puro pinta y bla-bla, pero que no tiene cerebro. Estoy seguro que usted sabe de quién hablo. Están los que se ponen emotivos con los negocios. Empiezan a hacer girar las pistolas y a lanzar amenazas.

-Sí, ya conozco a esa gente.

-Pero también esta la gente, como nosotros, milord. -Tom el Viajero asintió.- Hombres que tienen la mente fresca y usan la lógica, en vez de la pasión para tomar decisiones de negocios. No dejamos que la sangre se mezcle con una cuestión financiera, ¿no?

-No tiene ningún sentido -coincidió Jared-. Ah. ¿y dónde está ese chiquillo, si puedo preguntar?

-Seguro. Escondido fuera de aquí. Bien, si lo quiere de vuelta y a una hora prudencial, será mejor que vayamos a los negocios.

-Estoy a su disposición, -Jared trató de controlarse para no permitir que su expresión delatara su preocupación por Robert. No ganaría nada demostrando indicios de emoción. Tom el Viajero tenía razón. Por el bien de Robert, la cuestión debía tratarse como una simple transacción comercial.

Jared había pasado por una situación muy similar, meses atrás, en España. En esa ocasión, había tenido que negociar para la liberación de sus primos, con dos bandidos muy

experimentados. Aparentemente, estaba destinado a rescatar a los demás de las consecuencias de sus negligentes comportamientos.

¿Quién me rescataría a mí?, se preguntó. Dejó de lado esa pregunta fugaz, para concentrarse en el asunto que tenía entre manos.

El peso de la daga que llevaba dentro de la chaqueta le daba tranquilidad, pero habría sido una locura sacarla. La experiencia le decía que la violencia era el último recurso, innecesario, la marca de las negociaciones fallidas. Por lo general, había mejores métodos para enfrentar los problemas. Métodos más serenos, más sanos y más razonables.

-Me alegro -dijo Tom el Viajero, guiñándole un ojo para darle a entender que ambos eran hombres de mundo-. Bueno, mire, es muy fácil. Mi cliente quiere algo de usted y, a cambio, le va a dar, de vuelta, al chiquillo.

-¿Y qué es lo que su cliente quiere de mí?

-Bueno, eso justamente no me lo dijo. Pero entre nosotros, milord, creo que será una importante suma de dinero. Estoy seguro que usted ya sabe cómo son esas cosas. A mí me dijeron que lo único que tenía que hacer era sacar al mocoso de aquí y pasarle el mensaje. El resto no es asunto mío.

-¿Qué mensaje? -preguntó Jared.

Tom el Viajero se subió el pantalón y asumió un aire importante.

-Mañana va a recibir una carta donde le van a decir que vaya a un lugar, a una cierta hora. En esa misma carta, le van a decir qué tiene que llevar a ese lugar.

-¿Eso es todo?

-Eso me temo, señor. -Tom el Viajero se encogió de hombros.- Como ya le dije, mi parte en esto tiene una naturaleza limitada.

-¿Puedo preguntarle cuanto dinero le paga su cliente por los esfuerzos que ha hecho esta noche? -preguntó Jared, suavemente.

Tom el Viajero le miró con profundo interés.

-Una pregunta muy pertinente, si me lo permite, milord. Muy pertinente, por cierto. Justamente, yo creo que no me han pagado muy bien por todo el tiempo que dediqué y los problemas que tuve.

-No me sorprende. Usted dijo que el patrón era un hombre de negocios y esa clase de gente siempre está buscando buenas ocasiones, ¿no?

-Para ellos es tan normal como respirar, milord.

-Y yo sé que un hombre de su talento debe de cotizar muy alto su tiempo. -Jared extrajo su reloj del bolsillo e hizo una mueca al ver el cuadrante. Estaba tan oscuro que no pudo leer la hora, pero la luz de la luna bastó para reflejar el brillo de la manecilla de oro.

-Sí, señor, es cierto. -Los ojos de Tom el Viajero se encendieron al ver el bonito reloj.- El tiempo es dinero para un hombre de naturaleza comercial.

Jared dejó que el reloj colgara de sus dedos.

-Para los hombres ocupados, como nosotros, nada sustituye a la eficiencia. Las transacciones que se efectúan satisfactoriamente en pocos minutos, en lugar de en varias horas, permiten que uno pueda emprender unos cuantos negocios de alto rendimiento en una sola noche, en lugar de sólo uno.

-Si me permite, señor, le diré que usted comprende prodigiosamente las cosas.

-Gracias. -Jared pendulaba el reloj constantemente, de manera que brillara con cada movimiento.- Yo le sugiero, señor, que nos ahorremos muchas molestias, llegando a un acuerdo aquí y ahora.

Tom el Viajero miraba el reloj como un pez al señuelo.

-Tal vez podamos, señor. Tal vez...

-¿Qué le ha ofrecido su cliente por sus servicios?

Tom el Viajero entrecerró los ojos.

-Cuarenta libras. Veinte de adelanto y el resto cuando le mande la mercadería.

Estaba mintiendo, pensó Jared. A Tom el Viajero no le habrían pagado más de veinte, como mucho. El reloj de oro valía mucho más.

-Muy bien, entonces, redondeemos el trato. -Jared cerró los dedos en torno del reloj.- Como ya le he dicho, esta noche tengo un compromiso muy importante. Le doy este reloj si me devuelve al chiquillo. Si acepta, podrá obtener sus beneficios de inmediato, en lugar de tener que esperar hasta mañana.

-¿El reloj, eh? -Tom el Viajero se quedó considerando la oferta - Bueno, nadie me garantiza que mi cliente me pague la otra mitad que me debe, ¿no?

-No. -Jared hizo una pausa.-A menos que conozca su identidad y pueda acosarlo hasta que le pague.

-Yo no sé su nombre y él no sabe el mío. Prefiero trabajar con un intermediario, ¿sabe? Es más seguro para todos.

-Muy inteligente. -Jared ocultó su irritación- Todo habría sido mucho más simple si hubiera podido conocer la identidad del cliente esa misma noche. Ahora tendría que perder el tiempo intentando localizarlo.

-Sí, señor. Soy muy cauto en mi trabajo. Bueno, y con respecto al reloj...

-La caja del reloj es de oro macizo, como seguramente se habrá dado cuenta. Debo agregar que el trabajo que se ha hecho en el oro es artesanal. La faltriquera se ha hecho con una medalla muy costosa. Vale ciento cincuenta libras, pero usted podría guardárselo como recuerdo de esta noche, en lugar de venderlo a un tercero.

-¿Un recuerdo, eh? Mis amigos estarían muy impresionados, ¿no? -Tom el Viajero se humedeció los labios y volvió a subirse el pantalón.- A cambio querrá recuperar al chiquillo, ¿no?

-Claro. Yo lo quiero de vuelta esta misma noche.- Jared miró a Tom el Viajero. -Tengo cosas más importantes que hacer por la mañana que perder mi tiempo pagando recompensas.

-Entiendo, señor.- Tom el Viajero sonrió con una dentadura en blanco y negro.- Sígame, Su Alteza y tendrá todo listo en pocos minutos. Tom el Viajero abandonó el sendero y se metió en el denso follaje.

Jared volvió a guardarse el reloj en el bolsillo y metió una mano en el interior de su chaqueta. Tomó el puño de la daga pero no la extrajo de su vaina escondida. Le llevó varios minutos abrirse paso entre la vegetación y salir a la calle. Una vez fuera de los jardines, Tom el Viajero cono camino por las varias hileras de coches que esperaban y se apresuró hacia un camino estrecho. Un pequeño coche de alquiler aguardaba en medio de las sombras.

El cochero, envuelto en una capa mugrienta, estaba acurrucado en el asiento. Se sobresaltó al ver a Jared. Lentamente, bajó su petaca de gin y la colocó debajo del pescante.

-Bueno, ¿qué está pasando, eh? -gruñó el cochero a Tom el Viajero-. No nos dijeron nada de que este tipo a iba a venir.

-No viene con nosotros -aclaró Tom el Viajero, tratando de calmar los ánimos-. El y yo nos pusimos de acuerdo en una cuestión de negocios. Vamos a darle a él el mocoso.

-¿A cambio de qué? -preguntó ásperamente el cochero.

-De un reloj que cuesta el triple de lo que nos pagaron a nosotros.

El cochero miró a Jared con suspicacia. Metió la mano en su capa de múltiples pliegues.-Bueno, y entonces, ¿por qué no nos llevamos el reloj y al mocoso también?

Jared avanzó un paso hacia Tom el Viajero y le pasó el brazo por el delgado cuello. Extrajo la daga de su chaqueta y sostuvo la punta del arma contra su garganta.

-Yo preferiría dejar todo este asunto como una cuestión de negocios -dijo en un murmullo- pero si quieren podemos complicarlo más.

-Cálmese, milord -dijo de inmediato Tom el Viajero-. Este amigo mío es un poco apurado. No actúa con frialdad, como usted y yo. Pero como es empleado mío, vamos a hacer lo que yo le diga.

-Entonces dígale que saque la pistola que tiene en el bolsillo y que la arroje al suelo.

Tom el Viajero miró furioso al cochero.

-Haz lo que él dice, Davy. Vamos a ganar mucho dinero con una sola noche de trabajo. Deja de dificultar las cosas.

-¿Estás seguro de que se puede confiar en él? -Davy parecía escéptico.

-Caramba, hombre -rezongó Tom el Viajero-. Hasta mi cliente dijo que él cumplía al pie de la letra los tratos que hacía.

-Bueno, está bien. Si estás tan seguro.

-De lo que estoy seguro es de que no quiero que me corte la garganta -se quejó Tom el Viajero-. Ahora, saca al mocoso del coche y vayámonos.

El cochero vaciló y luego saltó de su asiento. Abrió la puerta del vehículo y extrajo a Robert, maniatado, amordazado, para arrojarlo, aunque de pie, sobre las piedras.

-Ahí lo tiene -gruñó el cochero-. Ahora quiero que nos dé el reloj que Tom dice que nos va a dar. -Empujó a Robert hacia Jared.

Robert se tambaleó hacia adelante, sin ver adonde iba, pero tenía la mirada desorbitada por el miedo. Jared bajó la punta de la daga antes que el niño pudiera verla. Dio vuelta al arma y la apuntó contra la espalda de Tom, sosteniéndola allí.

-Por aquí, Robert.

Robert levantó la cabeza de inmediato, al escuchar la suave orden de Jared. Exclamó algo que apenas pudo oírse por su mordaza. El temor de sus ojos se desvaneció. Lo remplazó una expresión de desesperado alivio.

Jared metió la daga en la vaina oculta. Se retiró hacia atrás y extrajo su reloj del bolsillo. Luego, dio a Tom el Viajero un intencionado empujón hacia el coche.

-Largo ya -le dijo Jared-. Nuestro negocio ha terminado.

-¿Y qué hay de mi reloj? -gimió Tom el Viajero.

Jared se lo arrojó, dibujando un amplio arco en el aire. La caja de oro brilló en la oscuridad, gracias a la luz de la luna. Tom el Viajero lo atajó en el aire, con una exclamación de satisfacción.

-Un placer hacer negocios con usted, señor -dijo Tom el Viajero.

El reloj desapareció en su bolsillo.

Jared no se molestó en contestar. Tomó a Robert y lo sacó lo más rápido que pudo de aquel oscuro sendero, para conducirle a la relativa seguridad de la calle. Una vez allí, le quitó la mordaza.

-¿Te encuentras bien, Robert?

-Sí, señor. -La voz de Robert sonó muy alterada.

Jared le desató las cuerdas con las que le habían amarrado las muñecas.

-Bueno, ya estás libre. Vayámonos de aquí. Tu tía y tus hermanos están esperándote. Deben de estar muy preocupados.

-Les dio su reloj -Robert miró a Jared, atónito.

-Y tú me diste tu palabra de honor de que no te alejarías de mi vista. -Jared condujo a Robert, entre los coches que esperaban, hacia los jardines.

-Lo lamento mucho, señor -dijo Robert, casi en un murmullo-. Sólo quise ir solo a Dark Walk, por el desafío, ¿recuerda?

-¿Y ese desafío era más importante que tu palabra de honor? -Jared avanzaba con pasos gigantescos hacia el área bien iluminada donde había dejado a Olympia y a los mellizos.

-Pensé que estaría de vuelta antes de que notaran mi ausencia -dijo Robert, avergonzado.

-Ya es suficiente. Discutiremos esto por la mañana.

Robert deslizó otra mirada hacia Jared.

-Me temo que está muy enfadado, ¿verdad?

-Me siento muy defraudado, Robert. Y hay diferencia entre ambas cosas.

-Sí, señor. -Se produjo un silencio profundo.

La exhibición de juegos artificiales había llegado a su fin, pero la banda aún seguía tocando en el pabellón. Olympia estaba esperando con los mellizos, a quienes se les veía

inquietos y aburridos. La ansiedad de sus ojos se desvaneció cuando observó que Jared y Robert venían caminando.

-¡Oh! Allí están -dijo, con un alivio evidente-. Estábamos a punto de ir a buscarles a Dark Walk.

-Es cierto -corroboró Ethan-. Tía Olympia dijo que no habría problemas, siempre y cuando nos quedáramos juntos mientras les buscábamos.

Jared pensó lo que habría podido pasar si Olympia y los niños hubieran llegado, inoportunamente, mientras él negociaba con Tom el Viajero. La ira y la preocupación que había estado conteniendo durante la última media hora, se desató en un segundo.

-Te dije que tenías que quedarle aquí con los mellizos -le dijo con suavidad-. Cuando doy una orden, espero que sea cumplida, señora.

Olympia le miró como si la hubiera golpeado. Pero al instante, comprendió la situación.

-Sí, milord -contestó humildemente.

Miró de inmediato a Robert.

-¿Que pasó, Robert? ¿Dónde has estado?

-Un villano me secuestró justo en Dark Walk -dijo Robert, con cierto toque de orgullo. Miró a Jared y la excitación murió en sus ojos.- Me sacó de los jardines y me dijo que me quedaría con él hasta mañana.

-¡Oh! lo estás diciendo en broma, ¿no? -preguntó Ethan.

La expresión de Hugh estaba entre la incredulidad y el asombro. Se volvió hacia Jared para que confirmara los argumentos.

-Es todo un cuento, ¿verdad, señor? Nadie, secuestró a Robert. Está tomándonos el pelo.

-Me temo que Robert os está diciendo la verdad. -Jared tomó el brazo de Olympia y la condujo hacia la salida de los jardines.

-¿Cómo? -Olympia se liberó de la mano de Jared y tomó a Robert por los hombros. Le atrajo hacia ella.- Robert, ¿es cierto? ¿Alguien te secuestró esta noche?

Robert asintió y bajó la cabeza.

-No debí haber ido solo a Dark Walk.

-¡Dios mío! -Olympia le abrazó, desesperada.- ¿Te encuentras bien?

-Sí, por supuesto. -Robert luchó para liberarse del abrazo de Olympia y encuadró sus hombros.- Sabía que el Sr. Chillhurst, quiero decir, que Su Alteza, vendría por mí.- Lo que no sabía era si vendría esta misma noche. Pensé que tendría que esperar hasta mañana.

-¿Pero, por qué trataron de secuestrarte? -preguntó Olympia. Miró a Jared-. No entiendo. ¿Qué quería ese villano?

-No lo sé -le contestó Jared. Volvió a tomarla por el brazo y sacó al grupo de los jardines, hacia las calles-. Confieso que no tuve que perder mucho tiempo para descubrir qué motivos se ocultaban detrás de todo esto.

-¡Santo Dios! -susurró Olympia-. Existe sólo una razón por la que alguien querría secuestrar a Robert. Debe de haber estado tras el diario de Lightboume -afirmó Olympia, con hondo pesar. -Quienquiera que haya sido el secuestrador, querría retenerle para pedir una recompensa -explicó Olympia-. Esa maldad sólo puede llevarla a cabo un solo individuo.

Asombrado, Jared se dio cuenta de hasta dónde estaba llevando a Olympia su imaginación frondosa.

-Mira, Olympia...-

-Fue el Guardián -aseguró Olympia-. ¿No te das cuenta? Tiene que haber sido él. Tenemos que detenerle antes de que suceda algo terrible. Tal vez tengamos que contratar a un investigador para que lo rastree, ¿Crees que podría darnos buenos resultados, milord?

Jared ya se había hartado.

-Maldita sea, Olympia, ¿puedes dejar de parlotear sobre ese condenado Guardián? Esa persona no existe. Si alguna vez, existió, debe de haber muerto hace muchos años. Además, no es el momento ni el lugar para dar rienda suelta a tus fantasías tontas.

Jared sintió que Olympia se ponía tensa. Los tres muchachos miraron a Jared, con silencioso reproche. Jared dijo unas palabrotas en voz baja, contra sí mismo. Sabía que la ira que sentía estaba dirigida, en gran medida, a su propia persona. No había cumplido debidamente con sus responsabilidades. Debió haber vigilado más de cerca a Robert. En cambio, se había dedicado exclusivamente a pensar en su noche de bodas. Esa realidad, sólo le servía para avivar el fuego. No hacía más que pensar en lo cerca que habían estado del caos total y de cómo se habría complicado todo aun más si Olympia hubiera seguido su plan de ir a buscarlos con los mellizos. Y encima, estaba atribuyéndolo todo al Guardián.

Mientras Jared hacía un gesto a un coche de alquiler, para detenerlo, pensaba que no había derecho a que un hombre tuviera que pasar por todas esas cosas en su noche de bodas. Aunque hubiera sido él el único responsable de aquella situación.

-¿Cómo consiguió liberar a Robert, milord? -preguntó Ethan, con su inagotable curiosidad de siempre.

-Sí, señor -repitió Hugh, mientras subía al carruaje-. ¿Cómo hizo para rescatar a Robert?

Fue Robert quien contestó. Deslizó una sobria mirada a Jared y luego miró hacia otra parte.

-Su Alteza entregó al villano su reloj a cambio de mi libertad.

-¿Su reloj? - Ethan abrió los ojos desmesuradamente.

Se produjo un silencio en el carruaje a oscuras. Cuando echó a andar, ruidosamente, todos miraron asombrados a Jared.

-¡Oh, Dios! -murmuró Olympia.

-¡Rayos! -susurró Ethan.

-No puedo creerlo -dijo Hugh-. ¿Su hermoso reloj, señor? ¿Pagó con él por Robert?

Robert se sentó, muy erguido.

-Es la verdad, ¿no, milord? Usted entregó su reloj al villano a cambio de mi libertad.

Jared miro a cada uno de ellos, hasta que, finalmente, se detuvo en Robert.

-Discutiremos ese asunto mañana por la mañana, a las nueve en punto, Robert.

Silencio otra vez.

Satisfecho por haber sido el que pronunció la última palabra, al menos, por el momento, Jared se acomodó sobre los cojines que hacían las veces de respaldo y se puso a mirar, con expresión cavilante, por la ventana. Pensó que era un preludio horrendo para una noche de bodas. Se preguntó por qué, últimamente, nada le salía en la vida tal como él lo planeaba.

Una hora y media después, Olympia caminaba de aquí para allá en su reducida alcoba. Miró el reloj que tenía sobre el escritorio por cuarta vez, desde que, se había puesto el camisón y su bata de chintz. No había ruidos en la habitación de Jared. Hacia casi una hora que la casa estaba en silencio. Todos, excepto Jared, estaban acostados. Hasta Minotauro se había metido en la cocina. Inmediatamente después de que Jared ordenase a

todos que se retiraran a sus aposentos, se recluyó en su estudio, con una botella de brandy y todavía estaba allí.

Era su noche de bodas, aunque Olympia había dejado de contemplarla con deseo y anticipación. A decir verdad, ni siquiera estaba segura de que tendría su noche de bodas. La angustia del mal humor de Jared flotaba en toda la casa. Olympia la sentía, aunque no la comprendía del todo. Trató de convencerse de que Jared estaba así debido a los extraordinarios acontecimientos de esa noche. Era una explicación razonable para ese mal humor. Después de todo, había tenido que perder bastante con tal de recuperar a Robert, quien no debió haber ido solo a aquel lugar. Por otra parte, Olympia supuso que Jared debió de haber pasado momentos muy desagradables, negociando con los villanos para la liberación de Robert. Y era trágico que hubiera tenido que desprenderse de su adorado reloj para lograrlo.

En suma, Olympia se daba cuenta de que los eventos suscitados podían haber alterado a cualquiera, incluso al imperturbable Jared. No obstante, pensó, tampoco Jared tenía derecho a ser tan desagradable en la noche de bodas.

Llegó hasta un extremo del cuarto, se volvió y se encaminó hacia la otra pared. Cada vez se inquietaba más. Rogaba para que Jared no estuviera arrepintiéndose allí abajo. ¿Y si lo sucedido esa noche había bastado para que Jared empezara a dudar seriamente de lo acertado de haberse casado con ella?, pensó Olympia.

¿Y si repentinamente, Jared decidía que ella y los niños eran una carga demasiado pesada de sobrellevar? ¿Qué pasaría, si Jared estaba allí abajo, ahogando con brandy la pena que sentía por el clavo que tenía con la gente de arriba?

Olympia se detuvo frente al espejo que estaba sobre su tocador y resopló al ver su imagen. Pensó que ella no tenía completamente la culpa de que ella y Jared se hubieran visto en el compromiso de casarse. Había sido Jared quien puso todo el desastre en movimiento, cuando apareció en su casa, presentándose como el nuevo maestro de los niños. La había engañado desde un principio. Y si bien ella podía mostrarse comprensiva con los motivos que le habían impulsado a hacerlo, también le servía para aliviar el peso de su propia culpa. Además, ella había contratado a Jared desde el primer momento y él jamás renunció a su cargo.

Olympia levantó el mentón. Pensándolo bien, Jared no tenía derecho a tratar a su inocente empleadora con tanta impertinencia, justo en la noche de bodas.

Inspirada por una nueva decisión, Olympia se acomodó la cofia que llevaba en la cabeza, se ató mejor el cinturón de la bata y se dirigió hacia la puerta. La abrió y salió al silencioso pasillo. Desde lo alto de las escaleras, divisó la luz de una vela por debajo de la puerta del estudio. Irguió la postura, bajó las escaleras y atravesó el pequeño vestíbulo de abajo. Levantó la mano para golpear la puerta pero cambió de parecer al instante. La apoyó sobre el picaporte y giró este. Con la frente bien alta, entró al estudio y cerró la puerta detrás de sí. Se detuvo de repente al ver a Jared. Su imagen le afectó mucho más de lo que había imaginado.

Estaba repantigado en la silla de Olympia, con la relajada gracia de una bestia carnívora. Tenía las botas arrogantemente sobre el escritorio, como si él hubiera sido el dueño del estudio y de todo lo que había en él.

Se había quitado la chaqueta hacía rato. La única vela que proveía de iluminación a toda la habitación indicaba que se había abierto la camisa hasta la mitad del pecho. Tenía en una mano una copa de brandy a medio terminar. El parche de terciopelo negro que cubría su ojo izquierdo sólo servía para que el brillo de su otro ojo pareciera más intimidatorio.

-Buenas noches, Olympia. Pensé que a esta hora estarías profundamente dormida.

Olympia recuperó fuerzas, para defenderse de ese desagradable tono de voz.

-He bajado a hablar con usted, Sr. Chillhurst.

Jared arqueó una ceja.

-¿Sr. Chillhurst?

-Su Alteza -se corrigió, impaciente-. Quiero discutir cierto asunto con usted.

-¿De veras? Yo no te lo recomiendo. No precisamente esta noche. -La saludó con su copa de brandy.- Como verás, no estoy del mejor humor.

-Entiendo. -Olympia le miró trémulamente.- Has pasado por muchas cosas desagradables esta noche. Un hombre con una sensatez tan refinada debe de haberse sentido muy afectado por esta experiencia tan desafortunada. Sin duda, necesitarás tiempo para recuperarle.

-Sin duda. -Jared hizo una mueca. Una tosca diversión brilló en su ojo cuando tragó el brandy.-Los hombres que tenemos la desgracia de tener una sensatez refinada y una naturaleza apasionada reaccionamos emotivamente a los secuestros y esas cosas.

-No necesitas burlarte de mí por tu naturaleza, Chillhurst -dijo Olympia- Somos como somos y debemos afrontarlo y sacar provecho de ello. -Inspiró profundamente, para recuperar el coraje.- Y creo que lo mismo debe aplicarse a nuestro matrimonio, milord.

Jared la miró con disgusto.

-¿De verdad?

Olympia dio un paso y cerró fuertemente su bata hasta el cuello, justo debajo del mentón.

-La cuestión es que estamos clavados uno con el otro, si entiendes lo que quiero decir.

-Clavados uno con el otro. Un concepto encantador.

-Sé que estás dudando de lo acertado o no de haberte casado conmigo y, realmente, lo lamento mucho. Traté de disuadirte, como recordarás.

-Perfectamente, milady.

-Bueno, desgraciadamente, no podemos hacer nada al respecto. Entonces, tenemos que tratar de sacarle provecho.

Jared dejó la copa sobre el escritorio, apoyó los codos en los posabrazos de la silla y unió las yemas de los dedos, para mirarla con una expresión enigmática.

-¿Estás arrepintiéndote de haberte casado conmigo, Olympia?

Ella vaciló.

-Lamento que te hayas sentido obligado a casarte conmigo, milord. Me habría gustado que fuera de otro modo.

-Yo no estaba obligado a casarme contigo.

-Claro que sí.

-¿Debes discutir conmigo por cada tontería? -Jared apretó la boca. -Me casé contigo porque quería hacerlo.

-¡Oh! -A Olympia, esa realidad le alcanzó de sorpresa. Sintió que su ánimo se levantaba.- Eso me tranquiliza, milord. He estado un poquito ansiosa. A una no le agrada pensar que se han casado con ella sólo cara cumplir con lo que el honor exige.

-He disuelto un compromiso, como recordarás. Quédate tranquila, pues si yo hubiera querido encontrar una salida para que esta unión no se efectuara, la habría hallado de cualquier manera.

-Comprendo.

-Al igual que tú, no me preocupan las apariencias ni el potencial de un escándalo.

Olympia avanzó otro paso hacia el escritorio.

-Me alegro mucho de eso, milord.

Jared ladeó la cabeza, un tanto burlón.

-¿Crees que podrías llamarme Jared? Estamos solos esta noche y, como tú misma lo has señalado, ahora estamos casados.

Olympia se ruborizó.

-Por supuesto, Jared.

-¿Por qué te casaste conmigo, Olympia?

-¿Cómo has dicho?

Jared estudió el rostro de la joven a la luz de la vela.

-Te pregunté por qué te casaste conmigo. ¿Fue solamente porque te resulté útil en la casa?

-Jared.

-Creo que eso fue lo que insinuaste cuando aceptaste mi propuesta ayer. Me dejaste bien en claro que me apreciabas por mi capacidad de instaurar el orden en tu casa.

Olympia se horrorizó.

-Dije eso simplemente porque me dolía la cabeza y porque estaba furiosa con la escena que tuve que soportar en la sala, con lady Beaumont, lady Kirkdale y el Sr. Seaton. Hay muchas razones por las que me sentí complacida de aceptar tu propuesta.

-¿Estás segura? -Jared tamborileó los dedos.- Debo recordarte qué, tal vez, no te resulto tan útil como creíste en un principio. Esta noche, sin ir más lejos, casi pierdes a Robert por mi culpa.

-Él no se perdió por tu culpa sino por la suya propia -Olimpia estaba desesperándose.- Tú lo rescataste, Jared, y nunca lo olvidaré.

-¿Por eso has bajado esta noche? ¿Viniste a agradecerme que rescaté a Robert después de que lo perdí?

-Basta ya. -Olympia estrechó de inmediato la distancia que les separaba y se plantó directamente frente al escritorio.- Creo que te estás poniendo deliberadamente difícil, milord.

-Posiblemente. Estoy de un humor muy difícil.

Olympia entrecerró los ojos.

-Es más todavía. Creo que has instigado esta riña para molestarme.

Yo no la inicié. -Inesperadamente, Jared quitó las botas del escritorio y se puso de pie. Parecía mucho más alto que ella -. Fuiste tú.

-Yo no fui -Olympia se negó a retroceder.

-Sí, fuiste tú. Yo estaba sentado solo, pensando en mis cosas, cuando apareciste por esa puerta sin que nadie te llamara.

-Esta es nuestra noche de bodas -le recordó Olimpia, apretando los dientes-. Debiste haber subido conmigo. Yo no tenía por qué bajar a buscarte.

Jared plantó ambas manos sobre la superficie del escritorio y se le acercó.

-Dime por qué aceptaste casarte conmigo, Olimpia.

-Ya sabes la respuesta a eso. -Estaba auténticamente furiosa. -Me casé contigo porque eres el único hombre que deseé con toda mi alma. El único hombre que con sólo ponerme un dedo encima, me hace arder de pasión. El único hombre que me entiende. El único hombre que no me considera rara. Jared, tú has convertido todos mis sueños en realidad. ¿Cómo no iba a aceptar casarme contigo, maldito pirata?

Un silencio ensordecedor envolvió la sala. Olympia se sentía como si acabara de caer a un abismo, por una potente cascada.

-¡Ah! -dijo Jared-. Bueno, supongo que es así -Extendió los brazos para tomarla. Y la tomó precisamente en el momento en que ella se sumergía en el mar de pasión que ahogaría a ambos.

14

Apenas la había tocado, Jared sintió que la ráfaga interior de Olympia se transformaba en una pasión mucho más poderosa.

Has convertido todos mis sueños en realidad.

Jared pensó que nunca una mujer le había dicho esas cosas. Ninguna mujer le había deseado así. Nada parecía perturbar el deseo que Olympia sentía por él. Le había deseado desde un principio, cuando sólo le había creído el maestro de sus sobrinos. Le había deseado

después de descubrir su verdadera identidad. Había seguido deseándole aun teniendo toda la razón del mundo para creer que él buscaba lo mismo que ella: el secreto del diario de Lightboume. Olimpia no tenía ningún interés en sus títulos ni en su fortuna. Le quería a él.

Jared se dio cuenta de que era mucho más de lo que siempre había aspirado.

Pero no bastaba. Nunca bastaría. El verdadero tesoro todavía le eludía, aunque ella no podía identificarlo. Sin embargo, nunca había estado tan cerca, jamás había tenido tanto. Un hombre inteligente tomaba lo que se le presentaba y se consideraba afortunado. Un pirata se aferraba a lo que tenía y dejaba que la fortuna se cuidase sola.

Jared levantó a Olympia por encima del escritorio. La tomó en sus brazos y se dejó caer en la silla. Ella cayó contra él, cálida, fragante vibrante de deseo.

-Jared. -Olympia le rodeó el cuello con sus brazos y apretó su boca contra la de él. Un gemido bajo y sensual se escapó de sus labios.

Jared tocó la curvatura de la pantorrilla expuesta de la joven, que se veía porque se le había levantado el camisón y la bata. Por alguna razón acudió a su mente la primera imagen que tuvo de ella en su biblioteca, tratando de zafarse de las manos de Draycott. Jared pensó que Olympia no quería que ningún hombre la tocara sólo él. Jared sintió que la boca de Olympia se abría para él, invitándole a ingresar en la húmeda y oscura cavidad. Jared aceptó la invitación, abandonándose a la intimidad del embriagador beso. Olympia temblaba. Su lengua tocó la de él con la ansiedad de una gatita curiosa. Jared le apretó más la pantorrilla y luego ascendió con la mano hasta su muslo. Su piel le recordaba pétalos de rosa. Era tan suave. Él, por el contrario, estaba tenso, erecto, desesperado por disfrutar de la plena posesión. Las manos le temblaban con la fuerza de su necesidad.

Metió la mano entre los muslos de Olympia. Ella gimió, arrancó la boca de la de él y ocultó el rostro en su hombro. Y luego separó un poco las piernas para él.

-Sí -murmuró Jared. Tomó en la palma de su mano el centro de su ardiente deseo y creyó que iba a estallar. Olympia no dejaba de restregarse contra su mano y él gimió sobre su boca. El olor del femenino deseo le cautivaba, le hechizaba, le dominaba como un mágico artilugio.

Sirena.

Olympia gritó cuando él halló la perla oculta entre sus piernas. Convirtió sus uñas en delicadas garras, que clavó en la espalda de Jared, quien sintió humedad en sus dedos.

Jared abrió la bata de chintz y desató el cuello del remilgado camisón blanco de linón. Liberó el dulce fruto de los senos de Olympia y saboreó un pequeño y apetitoso bocado. Olympia se convulsionó de deseo.

-Jared, no puedo soportarlo.

La muchacha le tomó el rostro entre sus delicadas manos y le besó con una salvaje pasión de miel, que parecía tan ingobernable como el curso del viento. Jared inhaló profundamente, al sentir la firme y lujuriosa curvatura de sus nalgas presionándose contra el erecto órgano.

Olympia había deslizado una mano en el interior de la camisa de Jared, para acariciarle y juguetear con el rizado vello. Comenzó a descender, explorándolo con la lengua, mientras seguía bajando.

Jared sintió que Olympia se escapaba de su regazo. La sostuvo con más firmeza, para que no cayera al suelo. Y entonces se dio cuenta de que la joven estaba tratando de desabrocharle los pantalones.

Inspiró profundamente y, de inmediato, ejecutó la tarea por ella. Y entonces estuvo libre. Oyó la casi imperceptible exclamación de Olympia cuando se encontró con el miembro entre los dedos. Lo tocó con la típica ternura femenina.

-Me encanta tocarte -susurró ella. Lo rodeó con más seguridad-. Tan potente, orgulloso y poderoso.

Las palabras y las caricias de Olympia le empujaron hacia un abismo invisible. Tenía la sensación de que, repentinamente, se había quedado sin aire. Cerró los ojos y empezó a librar una violenta batalla, para no derramar su semilla entre los dedos de su esposa.

Era la primera vez que ella le tocaba tan íntimamente y no estaba seguro de poder recuperarse de esa experiencia. No estaba seguro de querer recuperarse de esa experiencia.

Jared sintió que Olympia seguía deslizándose, hasta llegar al suelo. Finalmente, quedó arrodillada frente a él, acurrucada entre sus muslos.

Jared abrió los ojos y la miró.

Ella miraba detenidamente su latente miembro.

-¿Olympia?

Ella pareció no escucharle. Le tocaba cada vez con mayor intensidad.

-Eres tan magnífico, Jared. Tan excitante. Como un valiente héroe de una antigua leyenda.

-¡Caramba! -murmuró él-. Así me haces sentir. -Hundió las manos en la cabellera de ella. Casi no se enteró de que la cofia se había caído al suelo.

Olympia imitó el gesto de Jared, pero en el vello que rodeaba el miembro viril. Comenzó a besarlo entre los muslos.

-Vale ya -Jared sabía que no podía resistir más ese tormento erótico.

Se levantó de la silla y se acostó en la alfombra. Llevó a Olimpia consigo y la colocó encima de su cuerpo, con una ronca exclamación.

-¿Jared? No entiendo -Olympia se refugió en su pecho desnudo. Le miró con una mezcla de severa confusión y radiante erotismo.

Jared le acomodó las piernas sobre sus caderas, de modo que la joven quedó a horcajadas sobre él.

-Es una costumbre muy común entre los habitantes de varias... -Jared se interrumpió y apretó los dientes, para evitar el estallido. La húmeda y caliente abertura de Olympia estaba apoyada justamente en el ancho extremo de su miembro.- Entre los, eh, habitantes de ciertas tierras lejanas.

Olympia parpadeó y luego su sonrisa comunicó un femenino entendimiento. Bajó cuidadosamente, hasta que Jared quedó alojado en la entrada del femenino canal.

-¿Que tierras son esas, Sr. Chillhurst? Usted ya sabe que tengo mucha ansiedad por conocer los hechos.

Jared la miró y advirtió la deliciosa y perversa sensualidad en sus ojos. Sonrió.

-Por favor, Srta. Wingfield. Recuérdeme hacerle una lista más tarde.

-Si no es mucha molestia.

-En absoluto. Como recordará, soy maestro. Y soy excelente para hacer listas.

Entrelazó las manos alrededor de las caderas de Olympia y empujó hacia arriba, en un solo y rápido movimiento que tomó a la joven por sorpresa.

-Jared. -Abrió los ojos, en señal de asombro y luego volvió a entrecerrarlos, con un deseo que se acrecentaba a cada instante.- Una costumbre de lo más interesante.

-Pensé que te resultaría fascinante. -Jared trazó la curvatura de sus muslos con las manos.- A mí sí.

Apenas pudo pronunciar esas palabras. Todo su cuerpo respondía al canto de la sirena. Estaba totalmente tenso, desesperado. Olympia era estrecha, caliente, húmeda. Le envolvía, le albergaba, le transformaba en una parte de su cuerpo.

Durante esos breves instantes en los que estuvo alojado en el cálido interior, Jared sintió que no estaba solo. Estaba con la única persona en el mundo que era capaz de tocarle el alma. La única que podía rescatarle de su isla solitaria.

-Mi encantadora sirena. Mi esposa.

Olympia gritó. Se estremeció, y su cuerpo se estrechó insoportablemente alrededor de Jared.

Y, entonces, comenzó a entonar la dulce melodía de la sirena, la canción que sólo dedicaba a él. Jared empujó una vez más en su interior y se abandonó a los turbulentos mares de la pasión.

-Fuegos artificiales -barbulló Jared.

Olympia se desperezó. Estaba acostada sobre el cuerpo fibroso y húmedo de Jared, con las piernas entrelazadas con las de él y su cabellera cubriéndole el pecho, como un manto rojizo.

-¿Qué has dicho? -le preguntó Olympia.

-Hacerte el amor esta noche fue como estar en medio de una exhibición de fuegos artificiales -Jared cogió un abundante mechón de cabello en su mano, lo miró a la luz de las velas y sonrió. - Eres una sirena con muchos talentos. Puedes seducirme aun mientras discutes conmigo.

Olimpia rió.

-No te ofendas, milord, pero es notablemente sencillo seducirte.

La sonrisa de Jared desapareció.

- Sólo tu puedes hacerlo.

Olimpia apenas se asombró ante el repentino cambio de humor de Jared. Tal vez, porque ella se sentía demasiado relajada y contenta. Miró el único ojo de su esposo y, una vez más, tuvo la sensación de que un velo interno se corría momentáneamente. Se vio penetrando la calma fachada que Jared presentaba al mundo entero, para incursionar en las tempestuosas profundidades de su apasionada alma.

-Me complace escuchar eso, Jared, porque a mí me sucede lo mismo -dijo ella suavemente-. Tú eres el único hombre que he deseado de este modo.

-Ahora somos un verdadero matrimonio, con todas las de la ley -declaró él, como sellando un pacto invisible-. Ninguno de los dos puede volverse atrás.

-Comprendo. Eso era lo que trataba de explicarte antes.

-Ah, sí. Tu sermoncito sobre el clavo que tenemos el uno con el otro y sobre cómo debemos obtener provecho de la situación irreversible.

Olympia se ruborizó por la burla de Jared.

-Sólo trataba de aplicar la práctica en esta cuestión.

-Deja lo práctico y lo mundano para mí -dijo él-. Soy excelente para manejar esa clase de cosas.

Olympia frunció el entrecejo.

-Es muy raro, ¿no?

-¿Qué?

-Que seas tan inteligente en las cuestiones prácticas, cuando es obvio que eres un hombre de fuertes emociones. Tu fuerza de voluntad es muy impresionante, milord.

-Gracias -le dijo-. Trato de controlarme lo máximo posible.

Ella sonrió, con gesto de aprobación.

-Sí. ¿Y lo logras la mayoría de las veces, Jared?

-¿Hmm?

Olympia tocó la banda negra que aseguraba el parche de terciopelo sobre el ojo.

-Nunca me contaste cómo fue que perdiste el ojo.

-No es una historia muy edificante.

-De todas maneras, me gustaría escucharla. Quiero saber todo sobre ti.

Jared jugueteó con su cabello.

-Tengo dos primos, Charles y William, que han pasado casi toda su vida haciendo honor a la fama familiar.

-¿A qué te refieres?

-A que son bastante agradables, pero también negligentes, impulsivos y muy molestos. Cuando tenían catorce y dieciséis años respectivamente, decidieron dedicarse al libre comercio. Cayeron en manos de un contrabandista que estaba haciendo negocios con los franceses.

-¿Qué sucedió?

-Yo me enteré de sus planes la misma noche en que iban a comenzar con su nueva actividad. Mi padre y mi tío estaban en Italia en una estúpida aventura. Mi tía acudió a mí. Me rogó que impidiera que mis primos resultaran lastimados.

-¿Cuántos años tenías tú?

-Diecinueve.

-Entonces tú... ¿Algo salió mal esa noche? -preguntó Olimpia con inquietud.

Jared sonrió de mala gana.

-Por supuesto que algo salió mal. Por lo general, cada vez que mi familia pone a prueba cualquiera de sus planes idiotas, las cosas salen mal. En este caso en particular, se trataba del capitán del barco que había cruzado las mercaderías de contrabando por el canal.

-¿Qué hizo?

-Después de que mis primos descargaran el barco y se encargaran de depositar segura la mercancía en el puerto, el capitán decidió que ya no requeriría de sus servicios. Tampoco quiso compartir las ganancias con los muchachos. Decidió tomar posesión de las mercancías y no dejar testigos.

Olympia miró horrorizada el ojo vacío de Jared.

-¿Trató de matarlos?

-Yo llegué justo cuando iba a disparar sobre Charles. Mis primos no portaban armas. Yo había llevado la daga de mi padre. -Jared hizo una pausa.- Afortunadamente, me había enseñado a usarla. Pero, desgraciadamente, el capitán del barco había tenido mucha más experiencia que yo en las peleas con armas blancas. Me sacó el ojo en la primera estocada.

-Dios mío. -Murmuró Olympia.- Estuviste muy cerca de la muerte.

Jared dejó de mirarle el cabello para concentrarse en su rostro. Le obsequió con una extraña sonrisa.

-Como verás, no tan cerca. Y tampoco mis primos. Todo tuvo un final feliz, sirena.

Olympia le abrazó con todas sus fuerzas.

-Nunca más debes arriesgarte de ese modo, Jared.

-Te aseguro que no me agrada, particularmente, esa clase de situaciones -musitó Jared-. Y tampoco las ocasiono.

Olympia le apretó contra él.

-Jared, cada vez que pienso lo que te costó esa noche...

-No lo pienses. -Jared le tomó el rostro entre ambas manos.- ¿Me entiendes? No pienses en eso y no vuelvas a sacar el tema.

-Pero, Jared...

-Olympia, ya terminó. Había terminado hacía quince anos. Desde que sucedió, he hablado con todo el mundo al respecto. No quiero volver a tocar el tema. -La hizo callar, colocándole los dedos sobre la boca. -Ni una palabra más, sirena. No obtendremos ningún provecho. Nadie puede alterar lo que ya pasó. Lo mejor es dejar el pasado en el olvido.

-Sí, Jared. -Olympia guardó silencio. Apoyó la cabeza sobre el hombro del hombre. En su mente se sucedía una serie de horrendas imágenes sobre lo que Jared debió de haber vivido aquella noche.

Olympia pensó que Jared era un hombre inteligente. Un hombre de fuertes emociones y de refinada sensatez. Un hombre así no podía resultar ileso en un acto de tanta violencia. Las peores heridas siempre estarían muy por debajo de la superficie.

Jared se desperezó.

-En cuanto a Robert...

Olympia frunció el entrecejo cuando sus pensamientos regresaron bruscamente al presente.

-Sí, pobre Robert. Tal vez sea el momento de hablar de lo sucedido esta noche en Vauxhall Gardens.

-No hay mucho de que hablar, Olympia.

-Por el contrario. Debemos pensar quién pudo haberle secuestrado y por qué. Ya sé que tú no crees en mi teoría de la existencia del Guardián del diario de Lightboume, pero me parece que debemos tener en cuenta esa posibilidad.

-Maldición. -Jared se sentó de mala gana. Cerró la bragueta de sus pantalones y apoyó el codo sobre una rodilla que tenía flexionada.

Estudió la preocupada expresión de Olympia por un momento.

-¿Qué crees que es lo que está pasando aquí exactamente? ¿De verdad estás convencida de que un fantasma del capitán Jack anda suelto, buscando el tesoro?

-No seas ridículo. -Olympia se apartó el cabello de los ojos y buscó a tientas la parte delantera de su bata.- Por supuesto que no creo en fantasmas. Pero por experiencia sé que siempre hay un ápice de verdad aun detrás de la más descabellada de las leyendas.

-Nadie está tras el secreto del diario de Lightboume, excepto tú, milady.

-¿Y qué me dices del Sr. Torbert?

-Indudablemente, Torbert sabe que estás investigando una vieja leyenda pero no puede saber cuál. Además, no le creo capaz de recurrir al secuestro. No le falta dinero. Y puedes ponerle la firma a que no es el Guardián.

Olympia se quedó meditando sobre ello.

-Bueno, te garantizo que su aspecto se contradice mucho con los personajes que se describen generalmente en una leyenda.

-Astuta observación -comentó Jared.

-Pero quienquiera que se haya llevado a Robert esta noche, debe de haber tenido una razón.

-Por supuesto que tuvo una razón. Y muy simple: dinero.

-¿Dinero? -Olympia le miró disgustada.- ¿Te refieres a que alguien puede haberse enterado de las tres mil libras que recibí por la venta de las mercaderías que me envió tío Artemis?

-No -contestó Jared, enfáticamente-. Claro que no. -Se puso de pie y levantó a Olimpia, para que también quedara parada, frente a él.- Olympia, creo que el secuestrador de Robert no estaba detrás de tus tres mil libras ni del diario de Lightbourne.

Ella buscó su mirada, ansiosamente.

-Entonces, ¿por qué alguien habría de molestarse en secuestrar a Robert? El no pertenece a una familia adinerada.

-Ahora sí -respondió Jared.

Olympia estaba azorada. Guardó silencio y, luego, tragó la saliva.

-¿A tu familia?

-La fortuna Flamecrest es bastante importante, gracias a Dios, sin contar con el tesoro perdido del capitán Jack. Lo más probable es que a Robert lo hayan secuestrado para obligarme a pagar un cuantioso rescate.

-¡Por Dios! -Olympia buscó a tientas la silla para dejarse caer en ella rápidamente.- No había pensado en eso. No me había dado cuenta de que alguien podría pensar que te sentirías responsable por Robert, ahora que le has visto en la obligación de casarte conmigo.

-Olympia, te haré una advertencia. Si vuelves a insinuar una sola vez más que me casé contigo por obligación, contra mi voluntad, perderé los estribos. Me casé contigo porque quise. ¿Está claro?

Olympia miró la implacable expresión de su esposo.

-Sí, milord.

-Muy bien, entonces. -Jared buscó su reloj y lanzó un insulto cuando advirtió que el bolsillo estaba vacío. Miró el reloj de pared.- Te sugiero que subamos a la cama. Ha sido una noche muy larga y creo que necesito descansar.

-Sí, por supuesto. -Olympia se levantó de la silla. Se sentía desolada. La exuberante felicidad que había tenido entre sus manos minutos atrás, mientras hacía el amor con Jared, se había disuelto.

Jared la estudiaba minuciosamente, mientras cogía la vela.

-Olimpia, ahora eres mi esposa. Pero eso en nada cambia nuestra relación. ¿Entiendes? Yo seguiré atendiendo los asuntos domésticos y me encargaré de la educación de Robert, Ethan y Hugh. No tienes que preocuparte por esos molestos detalles. Yo me encargaré de todo en tu lugar.

Olympia sonrió.

-Sí, Jared. -Se puso de puntillas, de pie, y le besó la mandíbula.- Pero habrá un detalle que no se mantendrá como antes.

Jared arqueó una ceja.

-¿Cuál?

Olimpia se ruborizó, pero no desvió los ojos de su mirada desafiante.

-Me refería, a la cuestión de cómo dormiremos, milord. Se me ocurrió que ya no tendremos la necesidad de, eh, usar el estudio para hacer lo que hicimos hace un rato.

Jared sonrió con su estilo bucanero.

-No, milady, ya no necesitamos escondernos en tu estudio. Ya es hora de que experimentemos la tradicional costumbre inglesa de hacer el amor en la cama.

Jared le entregó la vela, para que ella la sostuviera, mientras él la levantaba en sus brazos. Luego la llevó arriba.

El Amo de la Syrena debe hacer las paces con el Amo de la Serpiente antes de que las dos partes se unan para formar un todo.

Olympia frunció el entrecejo ante la reciente clave que acababa de descifrar en el diario de Lightbourne. Sabía que el amo de la Syrena sólo podía referirse al capitán Jack. El amo de la Serpiente, sin duda, seria su inseparable amigo y compañero, Edward Yorke.

Claire Lightbourne no había estado muy al tanto de la pelea que habían tenido ambos hombres. Había tenido lugar en las Indias Occidentales, mucho antes de que ella conociera a su Sr. Ryder en Inglaterra. Sin embargo, ella había registrado el hecho de que su esposo había jurado no volver a tratar con él ni con ninguno de su clan.

Pero ambos estaban ya, hacía mucho tiempo, en el cielo o el infierno que aguarda a los bucaneros. No había modo de reunirles para que hicieran las paces.

No había forma de unir las dos mitades del mapa.

-Maldición -exhaló Olympia. Tenía la sensación de que estaba muy cerca de la respuesta que buscaba. Pero debía encontrar la mitad del mapa que faltaba. Pensó que, tal vez, habría pasado de generación en generación de la familia Yorke, del mismo modo que la mitad de los Flamecrest había pasado por los Ryder.

¿Cómo se hacía para encontrar un descendiente de un bucanero que había muerto muchos años atrás?

Olympia golpeteó su pluma contra el escritorio, mientras limpiaba la superficie de este, pensativa. Ojalá Jared hubiera demostrado más interés en la investigación que ella llevaba a cabo sobre el diario de Lightbourne.

La muchacha deseaba, desesperadamente, poder hablar con alguien inteligente al respecto. Pero en ese asunto, Jared prefería quedarse al margen. No se involucraría en la investigación.

Olympia presentía que esa negativa de él se debía a sus deseos de demostrarle que no se había casado con ella para conocer el secreto. No obstante, le dificultaba sus estudios.

Un golpe en la puerta interrumpió sus maquinaciones.

-Adelante -gritó, impaciente.

El pequeño desfile que se organizó en su estudio estaba formado por Ethan, Hugh, la Sra. Bird y Minotauro. Olympia advirtió que hasta el perro parecía mortificado.

-¿Sucede algo malo? -preguntó, inquieta.

Hugh dio un paso al frente.

-Robert costó demasiado.

Olympia dejó su pluma.

-¿Cómo has dicho?

-Que pensamos que Robert costó demasiado -explicó Ethan, con soberbia-. Lord Chillhurst tuvo que pagar con su hermoso reloj. En este momento, Robert está recibiendo

una severa reprimenda en el comedor y muy pronto, seguramente, nos pedirán a todos que nos marchemos.

-¡Oh! realmente no creo que Chillhurst vaya a golpear a Robert por lo que pasó anoche -dijo Olympia-. Y pueden estar seguros de que tampoco nos marcharemos.

-Algunos de nosotros nos vamos a tener que ir enseguida -comentó la Sra. Bird, derrotada, pero desafiante.- Su Alteza mismito me lo dijo.

Olympia no salía de su asombro.

-¿De verdad?

-De verdad. Dijo que mañana nos vamos a mudar a un caserón de la ciudad. Dijo que va a tomar personal nuevo. -La desafiante expresión de la Sra. Bird se desvaneció sin previo aviso y su voz se oyó quebradiza, por la angustia.- Va a contratar un mayordomo, Srta. Olympia, un mayordomo de verdad. ¿Y qué van a hacer conmigo, yo le pregunto? Su Alteza no va a necesitar una ama de llaves común y corriente como yo, después que se consiga gente de la ciudad para que trabaje en la casa.

-Y Su Alteza tampoco nos querrá a nosotros -musitó Hugh-. Especialmente, después que tuvo que desprenderse de su reloj por culpa de Robert. Nos va a meter a todos en un barco y nos despachará a la casa de nuestros parientes en Yorkshire.

Ethan dio un paso al frente.

-¿Crees que nos alcanzará el dinero para comprar a Su Alteza un reloj nuevo, tía Olympia? Yo tengo seis centavos.

Hugh se puso furioso con su hermano.

-No seas tonto, Ethan. Seis centavos no son nada para comprar un reloj como el que Su Alteza tuvo que dar a cambio por Robert.

La Sra. Bird rompió en un llanto desconsolado.

-No va a querernos a ninguno. Y a mí, menos que a ninguno.

Olympia se puso de pie de un salto, completamente exasperada.

-Esto ha sido más que suficiente. No quiero seguir escuchando tonterías. No sé nada de la mudanza a la casa grande, pero si tenemos que hacerlo, me importa un comino. Nada va a cambiar aquí. El mismo Chillhurst me lo confirmó anoche.

La Sra. Bird le dirigió una mórbida mirada.

-Entonces le mintió otra vez, Srta. Wingfield. Todo ha cambiado aquí, ahora que se casó con él.

-Eso no es cierto. -Olympia observó su pequeño grupo familiar con firme convicción.- Dijo que todo seguiría funcionando de la misma manera que cuando él llegó a vivir con nosotros. Chillhurst no golpeará a Robert. No va a dejarla sin trabajo, Sra. Bird. Y no va a despachar a nadie a Yorkshire.

-¿Cómo sabe todo eso, Srta. Olympia? -preguntó la Sra. Bird. Si bien la voz aún le sonaba angustiada, en sus ojos brilló una chispa de esperanza.

-Porque confío en que cumplirá con su palabra -dijo Olimpia con toda serenidad-. Además, todos vosotros formáis parte de mi familia y Chillhurst lo sabe. Jamás trataría de separamos. Sabe muy bien que yo no lo permitiría.

La chispa de esperanza murió en los ojos de la Sra. Bird.

-Usted está hablando como si él todavía fuera su empleado, Srta. Olympia. Pero la pura verdad es que usted ya no da las órdenes en esta casa. Ahora es la esposa de Chillhurst. Él es el dueño de la casa y puede hacer lo que se le antoje.

Minotauro lloriqueó bajito y metió la cabeza debajo de la mano de Olympia.

-Lamento mucho lo que pasó anoche, señor.

Robert estaba parado como un soldado frente a Jared. Tenía la vista fija en la pared que estaba detrás de Jared, por encima de su hombro izquierdo.

Jared tenía los codos apoyados en el escritorio, las yemas de los dedos unidas y las tamborileaba entre sí. Estudió el rostro de Robert, plenamente consciente de que el mocoso estaba haciendo valientes esfuerzos para que el labio inferior no le temblara.

-¿Entiendes precisamente qué es lo que me ha defraudado de ti, Robert?

-Sí, señor. -Robert parpadeó varias veces.

-No fue el hecho de que te hayas metido en problemas. Tampoco el que me hayas costado un fino reloj.

Robert se animó a mirarle furtivamente, pero luego volvió a clavar la mirada en el mismo sector que antes.

-Lamento mucho lo de su reloj señor.

-Olvida el reloj. Es barato, comparado con el honor de un hombre. Nada es más importante que el honor para un hombre.

-Sí, milord.

-Cuando das a alguien tu palabra, Robert, debes hacer todo lo que esté a tu alcance para cumplir con ella. Nada menos es aceptable. Nada menos es honorable.

Robert resolló audiblemente.

-Sí, señor. Prometo ser muy cuidadoso con mi honor en el futuro.

-Me alegra escuchar esa decisión.

Robert le miró ansioso.

-Señor, desearía pedirle un favor muy especial. Sé que no me lo merezco, pero estoy dispuesto a hacer cualquier cosa a cambio.

-¿Cuál es ese favor?

Robert tragó saliva.

-Deseo pedirle que no castigue a los demás por lo que yo hice. Ethan y Hugh son muy pequeños, señor. Están aterrados ante la posibilidad de que les envíe a Yorkshire. Y sé que tía Olympia se pondría muy triste si les apartara de su lado. Verá, ella nos aprecia bastante. Se sentiría muy sola sin nosotros.

Jared suspiró.

-Nadie será alejado de esta casa, Robert. Tú, tus hermanos y tu tía están ahora bajo mi cuidado. Puedes estar muy seguro de que cumpliré mis responsabilidades hacia vosotros. -Hizo un esbozo de sonrisa. -Con un poco de suerte, actuaré mejor que anoche.

Robert frunció el entrecejo.

-Lo que sucedió anoche fue culpa mía, señor.

-Me temo que ambos tendremos que asumir nuestra parte de culpa. Yo no debí haberte perdido de vista. Tuve que haber adivinado que le tentaría ir solo a Dark Walk por el desafío que te hizo ese muchachito.

Robert pareció confuso.

-¿Y cómo habría podido adivinarlo, señor?

-Porque alguna vez, yo también tuve tu edad.

Robert le miró asombrado.

-Ya lo sé. Es difícil de creer. -Jared bajó las manos y se reclinó contra el respaldo de la silla.- Bueno, ya hemos hablado lo suficiente de ese tema. Pasemos a otro.

Robert vaciló.

-Señor, si no le importa, me gustaría saber precisamente qué castigo he de recibir por lo que hice anoche.

-Dije que el asunto está terminado, Robert, Me doy cuenta de que ya te has castigado lo suficiente por lo que hiciste y eso basta. Por supuesto. Es un claro síntoma de que estás convirtiéndote en un hombre-. Jared sonrió satisfecho. -Estoy muy complacido contigo, Robert. Uno de los principales objetivos de un maestro es ver que sus alumnos se conviertan en jóvenes honorables, en cuya palabra uno puede confiar.

Con cierta sorpresa, Jared se dio cuenta de que no había dicho más que la verdad. Su actividad de maestro le daba sus satisfacciones. Pensó que un hombre podría pasarlo mucho peor en otros menesteres. Literalmente, un maestro se forjaba un futuro al educar a los niños.

Robert se quedó parado muy erguido.

-Sí, señor. Trataré de no volver a fallar nunca más. ¿Eso significa que usted seguirá siendo nuestro maestro, a pesar de que ahora está casado con tía Olympia?

-Sí, por supuesto. Me gusta esa tarea. Pero hay otra cosa que requiere mi atención inmediata. Robert, quiero que pienses detenidamente todo lo que pasó anoche y que me lo cuentes en detalle. Quiero saber todo lo que esos villanos dijeron mientras estuviste con ellos.

-Sí, señor, pero pensé que había dicho que el asunto había terminado.

-Sólo en lo que a ti respecta -dijo Jared-. Pero todavía quedan uno o dos detalles que debo solucionar.

-¿Qué clase de detalles, señor?

-Debo averiguar quién contrató a esos villanos para que te secuestraran.

Robert abrió los ojos desmesuradamente.

-¿Va a buscarlo, señor?

-Con tu ayuda le encontraré, Robert.

-Haré todo lo que pueda -Robert frunció el entrecejo, pensativo.- Pero no sé si podré ayudarle, señor. Lo único que recuerdo que dijeron era que la persona que les había contratado era un hombre de negocios, como usted.

-Supongo que sabrá que hubo rumores sobre la existencia de un amante-. Lady Aldridge miró con una expresión cómplice a Olympia mientras le entregaba una taza de té. -Se dice que Lord Chillhurst descubrió a su prometida en una situación de lo más comprometedora con un amante, suyo y allí mismo terminó el compromiso. Por supuesto

que esa historia jamás se confirmó. Nadie que estuviera relacionado con ella quiso hablar del tema.

Olympia juntó las cejas, obviamente molesta.

-Dudo seriamente que esa historia haya sido cierta y no quiero hablar de eso, señora.

Olympia se dio cuenta de que no lo estaba pasando para nada bien.

Había aceptado la taza de té que le ofreció lady Aldridge porque no había encontrado una manera amable de rechazarla. Después de haber pasado las últimas dos horas en la biblioteca de lady Aldridge, se sintió casi obligada a ser amable, aunque no hubiera encontrado nada útil en la colección de mapas de su esposo. Desgraciadamente, se había dado cuenta, de la manera más dura, que lady Aldridge era una chismosa inveterada.

-Tiene razón, lady Chillhurst. Yo tampoco creo que sea cierta esa historia.

Pero la expresión de lady Aldridge traslucía con mucha mayor nitidez sus pensamientos al respecto. Era evidente que creía cada palabra del chisme.

-Perfecto. Tal vez podamos cambiar de tema. -Olympia trató de aparentar aburrimiento.

Lady Aldridge le dirigió una mirada de pesar.

-Pero por supuesto, señora. No fue mi intención ser ofensiva. Espero que comprenda que no estaba hiriendo a la familia de su esposo. Sólo comentaba sobre lady Beaumont.

-Prefiero no hablar de ella tampoco.

-¿Qué hay en relación con esa lady Beaumont? -preguntó lord Aldridge mientras se introducía en la sala de recepción. Después de que Olympia terminó de investigar, el hombre se había quedado unos minutos más en su biblioteca, para devolver sus valiosos mapas a su lugar. -¿Qué tiene que ver ella con este mapa de las Indias Occidentales que lady Chillhurst está tratando de ubicar?

-Nada, querido-. Lady Aldridge le dirigió una sonrisa benigna.- Simplemente, le estaba contando cómo y porqué había terminado el compromiso entre lord Chillhurst y lady Beaumont hace tres años.

-Puras habladurías. -Aldridge se dirigió hacía la mesa donde estaba el brandy y se sirvió una copa.- Chillhurst tenía toda la razón del mundo al terminar con ese compromiso. Un hombre de su posición no puede casarse con una mujer que empieza a relacionarse con otro hombre ya desde antes de la boda.

-Por supuesto que no -murmuró lady Aldridge. Miró a Olimpia especulativamente.

-Debe pensar en su honor -comentó Aldridge-. El clan Flamecrest es terriblemente original, pero siempre ha sido muy orgulloso en cuestiones de honor.

Lady Aldridge sonrió fríamente.

-Si Chillhurst era tan amante de su honor, ¿por qué no retó a duelo al amante de su prometida después de que les sorprendió juntos? También escuché que el hermano de lady Beaumont le retó a duelo y que Chillhurst le ignoró.

-Probablemente, porque es demasiado inteligente como para dejarse matar por una mujer. -Lord Aldridge bebió un sorbo de brandy.

-De todas maneras, todos saben que lord Chillhurst no tiene ni una gota de sangre caliente en sus venas. El resto de la familia es terriblemente volátil, pero él no. Pregunte a cualquiera que haya hecho negocios con él. Es frío y centrado para todo.

-¿Usted ha hecho negocios con mi esposo? -preguntó Olimpia en otro desesperado interno por cambiar de tema.

-Por cierto. Hice bastante dinero con eso. -Lord Aldridge asintió con tosca satisfacción.

-No sabía que conocía a mi esposo -dijo Olympia.

-Bueno, no. Nunca traté con él directamente, como es natural. El hombre nunca viene a la ciudad. Hace todos sus negocios a través de su hombre de confianza.

-¿El Sr. Hartwell?

-Precisamente, Félix Hartwell ha manejado todos los negocios de su esposo durante años. Pero todos saben que es Chillhurst quien da las órdenes. A partir de escaso dinero volvió a reconstruir la fortuna Flamecrest después de que su abuelo y su padre la hubiesen derrochado hasta el último centavo. En las cuestiones financieras, toda la familia tiene sus altibajos. Por lo menos, ellos los tuvieron hasta que Chillhurst se hizo cargo.

-Mi esposo es muy hábil para hacerse cargo de esas cosas -dijo Olympia, con orgullo.

-Es obvio que usted admira a su esposo, lady Chillhurst. -Lady Aldridge tomó su taza de té.- Me resulta muy emocionante, aunque un poco extraño, dadas las circunstancias.

-¿Qué circunstancias? -preguntó Olympia, totalmente irritada con su anfitriona. Si ser gentil con esa clase de gente era uno de los requisitos para ser vizcondesa, pensó Olympia, le resultaría terriblemente difícil cumplir con sus funciones.

-Como mi esposo ha dicho, Chillhurst tiene fama de no poseer emociones fuertes. Es insensible. Entonces, una se pregunta si no fue esa la razón por la que lady Beaumont buscó refugio en otro hombre durante su compromiso con él.

Olympia estrelló su taza contra el plato.

-Mi esposo es un hombre admirable en todo aspecto, lady Aldridge. Y no le faltan emociones fuertes.

-¿De verdad? -Los ojos de lady Aldridge brillaron con maldad.- ¿Entonces por qué no se sintió en la obligación de retar a duelo al amante de su prometida ni en la de aceptar el desafío de su futuro cuñado?

Olympia se puso de pie.

-Las decisiones de mi esposo no son de su incumbencia, lady Aldridge. Ahora, si me disculpan, el reloj acaba de dar las cuatro y debo marcharme. Mi esposo dijo que pasaría a recogerme a las cuatro en punto y es estrictamente puntual.

Aldridge dejó su copa de coñac rápidamente.

-La acompañaré hasta la puerta, lady Chillhurst.

-Gracias -Olympia no le esperó para salir de la sala.

Aldridge la alcanzó en el vestíbulo.

-Lamento no haber podido ayudarla esta mañana, lady Chillhurst.

-No se preocupe.

La verdad era que Olympia había perdido las esperanzas de encontrar el mapa que le daría la pista necesaria para localizar la isla a la que Claire Lightbourne hacía referencia en su diario. Si bien tenía en su poder la mitad del mapa de la isla, no tenía ni la más remota idea de dónde podría estar situada esa maldita porción de tierra.

-Lady Chillhurst, ¿no olvidará la advertencia que le hice con respecto al Sr. Torbert, verdad? -Aldridge la miró nervioso.- Ese hombre no es de fiar. Prométame que actuará con cautela cuando trate con él.

-Le aseguro que eso mismo haré. -Olympia se ató la cofia mientras el mayordomo le abría la puerta.

Jared estaba esperando en el coche de alquiler, frente a las escalinatas de la entrada de la casa. Ethan, Robert y Hugh estaban con él.

Olympia sonrió aliviada y bajó los escalones corriendo, para reunirse con su familia.

15

Cuando Jared abrió la puerta que estaba junto a las escaleras de la mansión Flamecrest, Hugh murmuró: -Mirad eso.

-Es la mejor habitación de todas. Hay toda clase de cosas interesantes aquí -dijo Ethan. Se metió en la habitación, detrás de su hermano mellizo y examinó los baúles y muebles que estaban en la habitación-. Apuesto a que debe existir una fabulosa fortuna en joyas guardada en esos baúles viejos.

-No me sorprendería en absoluto. -Olympia levantó aun más el candelabro y miró por encima de la cabeza de los niños, para estudiar el cuarto en penumbra. Unas enormes y delicadas telarañas vibraron como velos rasgados en la pálida luz del cirio.

Ethan tenía razón, pensó Olympia. Esa sala, que aparentemente era el depósito de la casa, era la más intrigante de las muchas habitaciones que Jared les había mostrado en la gira que habían hecho por la mansión.

Pero no la más inusual. Ese honor lo tenía la galería que estaba en el piso de abajo, que contenía una escalera que conducía a ninguna parte. Simplemente, terminaba por la mitad, en una pared de piedra. Sin embargo, el cuarto que estaban explorando en esos momentos tenía la más interesante colección de artículos de toda clase, decidió Olympia.

-No se puede saber lo que uno podría descubrir aquí -dijo Olympia.

-Tal vez hallemos uno o dos fantasmas -predijo Robert, con negro placer.- ¿Este es un lugar muy raro, no? Se parece a una de las habitaciones de la casa embrujada del libro que estoy leyendo.

-Fantasmas -repitió Hugh, con voz entrecortada, por el entusiasmo y el miedo-. ¿Realmente crees que puede haber algún fantasma aquí adentro?

-Tal vez el fantasma del mismo capitán Jack -sugirió Ethan, con una voz de horror sepulcral-. Quizá pasa a través de las paredes y baja volando por las escaleras de la galería.

Jared miró de reojo a Ethan con un leve gesto de la ceja.

Esa es una idea interesante. El fantasma del capitán Jack, pensó Olympia frunciendo el entrecejo

-El capitán Jack murió pacíficamente en su cama- dijo Jared con un tono apagado-. En ese momento tenía ochenta y dos años y sus restos descansan en la isla de Flame. Esta casa ni siquiera estaba construida cuando él murió.

-¿Entonces quién construyó esta maravillosa casa, señor? -preguntó Hugh.

-El hijo del capitán Jack, el capitán Harry.

Hugh abrió desmesuradamente sus ojos.

-¿Su abuelo la construyó? Vaya, seguramente fue un hombre muy inteligente.

-Inteligente, sí -dijo Jared-. Inteligente para gastar dinero. Esta casa representa uno de los métodos más interesantes para dilapidar una importante porción de las fortunas familiares.

-¿Qué pasó con las demás fortunas familiares?- preguntó Ethan.

-Mi padre y mi tío se encargaron de aniquilar el resto. De no haber sido por mi madre, todos estaríamos ahogándonos en el fango de la pobreza ahora -explicó Jared.

-¿Qué hizo su madre para salvarle de la pobreza? -preguntó Robert.

-Me dio uno de sus collares -Jared miró a Olympia a los ojos. - A ella se lo había regalado mi abuela, quien a su vez, lo había recibido de mi bisabuela.

-¿Claire Lightboume? -preguntó Olympia, abriendo los ojos.

-Sí. Tenía diamantes y rubíes y era valiosísimo. Mi madre me lo dio cuando tenía diecisiete años y me dijo que, finalmente, tendría que obsequiárselo a la mujer con la que me casara. La intención de ella era que fuera pasando de generación en generación en nuestra familia, por una línea ininterrumpida de vizcondesas Flamecrest. Mi madre era una especie de romántica.

-Tía Olympia es la mujer con la que finalmente usted se ha casado -señaló Robert-. ¿Le ha obsequiado con el collar?

-Sí, ¿ya le ha regalado el collar? -preguntó Hugh, obviamente cautivado con la historia.

-No -contestó Jared, sin indicios de emoción alguna-. Lo vendí cuando cumplí diecinueve años.

-Lo vendió.- Ethan hizo una mueca de desilusión.

-¡Oh! no, señor- exclamó Robert deprimido.

Librodot

Hugh miró a Jared.

-¿Vendió el hermoso collar de su bisabuela? ¿Cómo pudo hacer eso, sabiendo que supuestamente, debía pertenecer a su esposa?

-Utilicé el dinero para reconstruir el único barco que le quedaba a mi familia en esa época. -Jared no quitó la vista de Olimpia.- Ese barco fue la base de todos los negocios que hice después.

Olympia advirtió la determinación de su esposo y supo, sin duda alguna, que le habría costado muchísimo vender el collar de su madre.

-Fue algo muy práctico, milord -dijo ella, comprensiva-. Estoy segura de que tu madre se habrá sentido orgullosa de su hijo, que usó el dinero para reconstituir las fortunas de la familia Flamecrest.

-No particularmente -dijo Jared fríamente-. Mi madre se puso tan melodramática como el resto de la familia. Se puso a llorar cuando se enteró de cómo había actuado para refinanciar la reconstrucción de ese primer barco. Pero por supuesto, no por eso dejó de disfrutar de los resultados de mi operación.

-¿Qué quiere decir? -preguntó Hugh.

Jared hizo un gesto con la mano, como para abarcar toda la mansión.

-Mamá dio muchas fiestas importantes aquí en la ciudad. Le encantaba recibir gente y gastaba mucho dinero en bailes y soirées que ofrecía en esta casa. Recuerdo una en particular, en la que se le ocurrió mandar hacer una catarata y una pequeña laguna de champaña en una de las salas.

-Vaya -dijo Hugh-, ¡Una catarata de champaña!

Robert inclinó la cabeza con gesto interrogante.

-Apuesto a que usted recuperó el collar cuando se hizo rico.

Jared apretó la mandíbula.

-Quise hacerlo, pero llegué demasiado tarde. El joyero que me lo había comprado lo destruyó por completo. Quitó todas las piedras para utilizarlas en diferentes brazaletes, sortijas y prendedores. Todo el lote se había dispersado entre distintas manos. Era muy difícil localizar todas las gemas y volverlas a ensamblar.

-De modo que se perdió para siempre -concluyó Hugh con un suspiro dramático.

Jared inclinó la cabeza.

-Eso me temo.

Olympia levantó el mentón.

-Yo creo que has hecho lo que tenías que hacer, milord. Todos deberían honrarte por haber solucionado las cosas con lógica y sentido práctico, en esas circunstancias. Tengo la sospecha de que tus familiares, aunque no lo hubieran confesado abiertamente se habrán sentido orgullosos de ti.

Jared levantó un hombro, transmitiendo indiferencia con su gesto y miró la habitación en penumbra. La pesada llave que había usado para abrir la cerradura, colgaba de la argolla de hierro que tenía en la mano.

-Ahora no tiene ninguna importancia, ¿verdad? Ya está hecho. En cuanto a los fantasmas y demás, dudo que en esta recámara vayan a encontrar algo más interesante que muebles con mucho polvo y retratos viejos de la familia.

-Retratos. -La excitación afloró en la voz de Olympia.- Por supuesto. Tal vez haya algún retrato de Claire Lightboume, por aquí. Y tal vez, hasta haya alguna del capitán Jack.

Jared miró por última vez la alcoba, con una expresión desdeñosa.

-Quizá. Podrás buscarlos más tarde, si quieres. Está oscureciendo y sospecho que la cena debe de estar lista. -Automáticamente, se llevó la mano al bolsillo vacío.

Olympia hizo una mueca. Ethan, Hugh y Robert miraron la mano de Jared y contuvieron la respiración.

Una pálida sonrisa asomó a los labios de Jared, cuando rozó el bolsillo vacío con las yemas de los dedos. Se volvió sin hacer comentarios y avanzó hacia la puerta.

-Vamos. Ya hemos perdido bastante tiempo en este recorrido.

Los muchachos se fueron, con reticencia, detrás de él. Olympia echó un último vistazo a la sala antes de seguir a los demás. Se consoló pensando que, en otra oportunidad, podría volver a buscar con tranquilidad lo que quería.

Jared unió las yemas de los dedos y miró hacia su nuevo mayordomo analíticamente. Él mismo lo había contratado, luego de indicar a Félix que no se molestara en buscar a una persona para ese puesto.

Félix se mostró sorprendido de que Jared hubiera preferido entrevistar personalmente a los aspirantes para ese cargo.

-Nunca me había dicho que quería tomarse la molestia de seleccionar usted mismo a un mayordomo, Chillhurst.

-Me temo que es algo que debo atender en persona -le contestó Jared-. Se requieren ciertas condiciones, ¿sabes?

Félix no le comprendió.

-¿Porqué?

Jared sonrió ante la confusión de su amigo.

-Porque esta persona obligada a trabajar con el ama de llaves que tenemos actualmente, que es una mujer de lo más inusual.

-Ya le dije que debería permitirme que la remplazara por otra, bien entrenada y experimentada -musitó Félix.

-No puedo hacer eso. Mi esposa no lo permitiría jamás. Está muy unida a esa mujer.

Félix le miró de una manera extraña.

-¿Permite que su esposa dé las órdenes en ese aspecto?

Jared giró la palma de la mano, que quedó hacia arriba, en un gesto de resignación, en su nuevo aspecto como esposo.

-Digamos que me complace malcriar a mi flamante esposa.

Félix resopló audiblemente.

-Empiezo a creer que me habla con honestidad cuando me dice que es un hombre nuevo, atrapado en las redes de la pasión, Chillhurst. Usted no es así, amigo mío. Tal vez tendría que consultar con un médico.

-¿Te parece?

Félix rió.

-Pero le aconsejo que no recurra al mismo doctor que Beaumont. Por lo que se cuenta, el matasanos no ha podido curar al pobre Beaumont del mal que le aqueja.

El recuerdo del consejo de Félix hizo sonreír a Jared, mientras examinaba al Sr. Graves, de Bow Street.

El apellido le venia de perilla, pensó Jared, pues, traducido al español, significaba "tumbas". Era alto, de hombros caídos y cadavéricamente flaco. Tenía la permanente expresión de condolencia de un sepulturero. Jared se había quedado con él, después de haber entrevistado a varios candidatos de Bow Street, por el brillo de perspicaz inteligencia que detectó en su mirada.

-Bien, ¿comprende entonces cuáles son las obligaciones en esta casa? -preguntó Jared.

-Sí, milord, creo que sí. -Graves tiraba, muy incómodo, de su nueva chaqueta negra. Obviamente, no estaba acostumbrado a tanto refinamiento. - Debo cuidar de cerca a todos los habitantes de esta casa y no permitir la entrada de nadie que usted mismo no haya autorizado a que entre.

-Correcto. También tendrá que estar alerta a todo suceso inusual o sospechoso. Quiero un informe diario de todos los eventos cotidianos, por mundanos que le parezcan, que se susciten mientras yo esté fuera de la residencia. ¿Está claro?

-Sí, milord. -Graves hizo un valiente esfuerzo por erguir sus caídos hombros.- Puede contar conmigo para eso, señor. No le he fallado en el otro aspecto, ¿verdad?

-Claro que no, Graves. -Jared tamborileó los dedos.- Usted y su amigo Fox me han proporcionado la evidencia que necesitaba para poner a prueba mi teoría.

-Fox y yo nos sentimos muy complacidos de poder satisfacerle, señor.

-Tal como ya le he dicho, tengo razones para creer que alguien trató de secuestrar al sobrino de mi esposa en una ocasión. Además, es posible que alguien haya tratado de entrar a nuestra anterior residencia en Ibberton Street. Quiero que mantenga todo bajo vigilancia. No me importa tanto la posibilidad de que entren a robar algo, como la de que vengan a hacerle daño a cualquiera de mis familiares.

-Entendido, Su Alteza.

-Muy bien entonces. Empezará a hacerse cargo de sus obligaciones desde ahora mismo. -Jared frunció el entrecejo- Una cosa más, Graves.

-¿Sí, milord?

-Hará todo lo que esté a su alcance para llevarse bien con nuestra ama de llaves, la Sra. Bird. No quiero que se me moleste con peleítas entre el personal, ¿de acuerdo?

-Sí, señor. La Sra. Bird y yo ya nos hemos presentado. Es una mujer muy particular, si no le molesta que lo comente. Tiene mucho humor. Siempre me agradaron las mujeres con humor.

Jared disimuló una sonrisa.

-Entonces veo que no me será necesario preocuparme por el asunto. Puede retirarse, Graves.

-Sí, Su Alteza.

Jared esperó a que su nuevo mayordomo se retirase de la biblioteca. Luego, se puso de pie y rodeó el escritorio, para ir a detenerse junto a la ventana. Los jardines todavía

estaban hechos un verdadero desastre, pero la mansión, que había estado cerrada durante años, había cambiado radicalmente por dentro. Habían limpiado y lustrado todo. La madera relucía y los cristales habían retomado el brillo natural. Esa vieja monstruosidad, milagrosamente, había dejado de ser un claustro para convenirse en un hogar acogedor, para los tres niños que estaban a su cargo y su esposa. No, se corrigió al instante. Era exactamente al revés. Los tres niños y Olympia habían transformado la casa en un hogar.

Después de unos pocos minutos de reflexión, Jared volvió al escritorio y se sentó. Abrió una gaveta y extrajo su libro de compromisos. Al abrirlo, contempló las notas que había apuntado allí en los últimos meses.

Ya no podía negar la conclusión tan obvia. La evidencia era demasiado clara para ser ignorada. Jared se preguntó por qué habría pospuesto lo inevitable durante tanto tiempo. No era su naturaleza vacilar en esos asuntos. Desde un principio lo había sospechado, pero tuvo la esperanza de encontrar otra explicación para la malversación de fondos. Ya era hora de actuar. Ya había hecho el papel de tonto durante demasiado tiempo.

La voz de que Olympia se había casado con el vizconde Chillhurst corrió con una velocidad asombrosa. Ella deseaba que no hubiera sido así. Ser una vizcondesa comenzaba a traer sus problemas, pensó Olimpia dos días después, mientras le ayudaban a bajar del antiguo carruaje Flamecrest. Aparentemente, cuando una tenía un título, perdía parte de su identidad personal.

Jared había ordenado que sacaran el viejo coche del depósito, que lo limpiaran, lo lustraran y lo hicieran tirar por caballos bien robustos. Seguidamente, estableció que cada vez que Olympia abandonara la mansión, debía estar escoltada, permanentemente, por un criado y una dama de compañía.

La nueva dama de compañía, una muchacha de diecisiete años, demasiado servicial y comedida, siguió a Olympia, tal como sus obligaciones se lo dictaban, mientras esta subía las escalinatas de la entrada de la Institución Musgrave.

-Puedes esperar en uno de esos bancos, Lucy. -Olympia le indicó los bancos de madera que estaban en el vestíbulo que antecedía a la biblioteca.- Regresaré dentro de una hora, aproximadamente.

-Sí, señora. -Lucy hizo su reverencia.

Olympia entró de inmediato a la biblioteca. El viejo bibliotecario asintió con la cabeza, a modo de bienvenida.

-Buenos días, lady Chillhurst. Lamento cualquier descortesía por mi parte en el pasado.

-Buenos días, Boggs. -Olympia se quitó los guantes y sonrió al hombre.- ¿Qué es eso de la descortesía? Siempre ha sido usted muy atento conmigo.

-Lamento decir que no sabía que usted era la vizcondesa Chillhurst. -Boggs la miró, indignado consigo mismo.

-Ah, por eso, -Olympia restó importancia a la cuestión. Ya había discutido con Jared cómo debía manejar esa clase de situaciones.- Por supuesto que no lo sabía. Mi esposo prefiere la privacidad y por eso decidimos pasar inadvertidos, permanecer casi en el anonimato, mientras estuviéramos en la ciudad. Pero como nos descubrieron de todas maneras, Su Alteza decidió que ya no tenía sentido seguir ocultándonos de todo el mundo.

Evidentemente, a Boggs no le entraba en la cabeza que alguien que tuviera un título nobiliario quisiera permanecer en el anonimato. Pero era demasiado gentil como para expresar sus pensamientos en voz alta.

-Sí, señora.

-¿Le importaría si reviso las cartas y mapas de las Indias Occidentales una vez más?

-En absoluto. -Boggs la condujo hacia la sala de los mapas.- Utilice lo que quiera. Ya tuve que abrir la sala para otro miembro de la sociedad. Está aquí ahora, husmeando el material.

-¿Sí? -Olympia frunció el entrecejo.- ¿El Sr. Torbert o et Sr. Aldridge?

-No, el Sr. Gifford Seaton.

-¿El Sr. Seaton?-Olympia estaba tan asombrada que, por poco se le cae el bolso.- No sabía que también fuera miembro de la sociedad.

-Sí, lo es. Se inscribió poco después de que su hermana se casase con Lord Beaumont. Debe de haber sido hace unos dos años; pasa bastante tiempo en el gabinete de las Indias Occidentales.

-¡Oh! -Olympia fue hacia la puerta y miró el oscuro y sombrío interior.

Gifford estaba de pie frente a una gran mesa de caoba, examinando un mapa que había desenrollado. Levantó la vista y vio a Olympia. Su sonrisa fue calculadora.

-Lady Chillhurst. -Gifford mantuvo la mano en un extremo del mapa, mientras saludaba a Olympia con una reverencia.- Qué bueno verla. Me habían dicho que tenía la costumbre de utilizar la biblioteca de la sociedad.

-Buenos días, Sr. Seaton. Esta misma mañana me acabo de enterar de que es miembro activo de la Sociedad para Viajes y Exploraciones.

-He leído todos sus informes publicados por la Sociedad -murmuró Gifford.- Son extremadamente informativos, si me lo permite.

-Muy amable, -Olympia se sintió ridículamente complacida. El malestar que experimentó al ver a Gifford en esa sala fue desvaneciéndose lentamente. Se acercó más a la mesa y vio el mapa.- Veo que esta estudiando las Indias Occidentales. ¿Está escribiendo algún informe o planeando algún viaje a esa región?

-Cualquiera de las dos sería una posibilidad. -Gifford la estudió meticulosamente.- Tengo entendido que usted también está interesada en esa región, lady Chillhurst. Boggs me ha dicho que usted ha estudiado los mapas y cartas de la zona.

-Tiene razón. -Miró el mapa que Gifford había desenrollado.- Sin embargo, no he tenido oportunidad de estudiar éste. Parece bastante viejo.

-Lo es. Lo encontré el mes pasado y lo guardé en un cajón especial. Para poder tener acceso a él cuando lo necesitara.

-¿De verdad? -Olympia miró ansiosa el mapa.- Con razón yo no lo había visto con anterioridad.

-Sin duda. -Gifford vaciló y luego hizo un gesto, hacia el mapa.- Puede examinarlo ahora, si gusta. A mí me ha resultado muy interesante, porque contiene islas pequeñas que no aparecen en los demás mapas de la colección de la sociedad.

-Qué interesante. -Olympia dejó a un lado su bolso y se inclinó sobre el mapa.

-¿Debo concluir que le interesan islas no registradas de las Indias Occidentales, señora?

-Sí, por cierto. -Olympia se acercó más al mapa, buscando puntos familiares de referencia, que hubiera localizado en otros mapas de la zona. Pero, a primera vista, ya se desilusionó.- Esta es una descripción muy poco usual de la geografía de la región. No está tan elaborada como la mayoría.

-Me dijeron que este mapa fue trazado personalmente por un bucanero que recorrió las Indias Occidentales hace más de cien años.

-¿Un mapa de bucanero? -Olympia levantó la vista de inmediato y descubrió que Gifford estaba mirándola de una manera muy especial.- ¿De verdad?

El se encogió de hombros.

-Eso fue lo que Boggs me dijo. ¿Pero quién puede estar seguro de esas cosas? El mapa no está firmado, de modo que no hay modo de confirmar el nombre de la persona que lo dibujó.

-Fascinante. -Olympia siguió examinando el mapa.- Ciertamente parece muy viejo.

-Sí. -Gifford se movió y se colocó más cerca de ella, de modo que podía seguir estudiando el mapa.- Lady Chillhurst, me gustaría disculparme por mi comportamiento de la otra tarde. Lamento haberla ofendido.

-No se preocupe, señor. -Olympia examinó más de cerca un puntito de tierra que no había notado en otros mapas.- Creo que hay demasiadas emociones involucradas en esa situación.

-Mi hermana y yo hemos estado solos en el mundo -dijo Gifford.- Hasta que se casó con Beaumont, nuestra situación financiera era extremadamente precaria. Hubo veces en las que temí que pasaríamos el resto de nuestras vidas en un asilo, o en una prisión para deudores.

Olympia se sintió muy apenada. Por lo menos, ella no había tenido que pasar por esos temores, gracias a la pequeña herencia que había recibido de tía Sophy y tía Ida.

-Qué penoso para ambos -dijo Olympia suavemente-. ¿No tenían parientes a quienes recurrir?

-Ninguno. -La sonrisa de Gifford fue melancólica.- Vivíamos como podíamos, señora. Y lamento decir que, la mayoría de las veces, fue mi hermana la que tuvo que llevar la carga más pesada. Yo era demasiado joven para prestarle ayuda. Se hizo cargo de ambos, hasta que consiguió casarse bien.

-Ya veo.

Gifford apretó la boca.

-Mi familia no siempre fue pobre. Demetria y yo tuvimos que pasar esa vergüenza porque mi padre no tenía talento para las finanzas. Y para empeorar las cosas, le encantaban los juegos de azar. Se disparó un tiro en la cabeza el mismo día que apostó lo último que quedaba de la herencia que había recibido.

Olympia olvidó el mapa que tenía frente a sí. El dolor de los ojos de Gifford no era para que fuera ignorado.

-Lamento mucho escuchar eso.

-Mi abuela fue heredera de una gran fortuna, ¿sabe?

-¿De veras?

-Sí. -Gifford asumió una expresión distante, como si hubiera estado mirando el pasado y viéndolo con nitidez.- Había heredado un imperio en construcciones navales de mi bisabuelo y lo había administrado con la misma habilidad que cualquier hombre.

-Fue seguramente una mujer muy inteligente -dijo Olympia.

-Se decía que era extremadamente astuta. En esa época, sus barcos zarpaban desde América hasta los puntos más distantes del planeta, llevando sedas, especias y té.

-¿América?

-Sí. Mi bisabuelo había establecido su empresa naval en Boston. Mi abuela se crió allí. Eventualmente, se casó con uno de sus capitanes. Se llamaba Peter Seaton.

-¿Su abuelo?

Gifford asintió.

-Jamás conocí a ninguno de mis abuelos. Mi padre era hijo único. Cuando sus padres murieron, heredó todo. Vendió los barcos y se vino a Inglaterra. -Gifford apretó el puño.- Se casó y luego procedió a despilfarrar todo el dinero.

-¿Qué pasó con su madre?

Gifford bajó la vista, con el puno aún cerrado.

-Murió cuando yo nací.

-Y ahora no tiene más que a su hermana.

Gifford entrecerró los ojos.

-Y ella sólo me tiene a mí. Espero que entienda por qué me enfurecí cuando Chillhurst rompió el compromiso. Ella había trabajado tanto para ganarse el interés de él. Había empeñado hasta las últimas joyas de mi madre para comprarse vestidos que le impresionaran ese verano.

Olympia le tocó la manga.

-Sr. Seaton, me entristece mucho su desgraciada historia familiar. Pero, por favor, no culpe a mi esposo por lo que pasó. Le conozco lo suficiente como para saber que él no terminó el compromiso porque se enterara de cuál era el estado financiero de su hermana.

-Demetria me contó la verdad y yo prefiero creer en ella, no en Chillhurst. -Gifford se apartó bruscamente de la mesa.- Es todo tan injusto, maldita sea.

-Pero su hermana ha logrado un matrimonio bastante conveniente y parece muy feliz. Usted goza de las ventajas de estar conectado con lord Beaumont. ¿Por qué no esta tan comento como ella, entonces?

Gifford se volvió de inmediato para mirarla cara a cara, consumido por el odio.

-Porque no está bien. ¿No lo entiende? No es justo que Chillhurst lo tenga todo y nosotros no tengamos nada. Nada.

-Sr. Seaton. No comprendo. A mí me parece que han conseguido lo que querían.

Gifford hizo un esfuerzo evidente por mantener el control. Cerró los ojos e inspiró profundamente.

-Le pido que me perdone, lady Chillhurst. No sé lo que me ha pasado.

Olympia le sonrió con cierto titubeo.

-Tal vez lo mejor es cambiar de tema. ¿Quiere que estudiemos juntos este mapa?

-En otro momento, tal vez, -Gifford extrajo su reloj del bolsillo y miró la hora.- Tengo otro compromiso.

-Sí, por supuesto. -Olympia miró el reloj, pensando en el que Jared había tenido que entregar para recuperar a Robert.- Es un reloj muy bonito. ¿Puede decirme dónde puedo comprar otro igual?

Gifford frunció el entrecejo.

-Lo compré en una pequeña tienda en Bond Street. Hice diseñar toda la pieza y las faltriqueras especialmente para mí.

-Ya veo. -Intrigada, Olympia avanzó un paso.- El motivo de la caja es muy original, ¿ parece una serpiente?

-Una serpiente de mar. -Gifford volvió a guardarse el reloj en el bolsillo.- Una criatura mitológica y legendaria, usted entiende. -La sonrisa de sus labios no se reflejaba en su mirada.- Es el símbolo de la época en la que mi familia tenía el puesto que le correspondía en el mundo. Ahora, si me perdona, debo irme.

-Que tenga un buen día, Sr. Seaton -Olympia miró pensativa, mientras Gifford salía del gabinete. Cuando se quedó sola, volvió a concentrarse en el viejo mapa que estaba sobre la mesa. Pero su mente ya no estaba allí. Estaba preocupada con el elaborado diseño del reloj de Gifford y de las faltriqueras.

Le resultó extrañamente familiar.

-Bienvenida a casa, milady. -Graves sostuvo abierta la puerta principal de la mansión Flamecrest, mientras Olympia subía rápidamente los escalones de la entrada.- Tenemos visita.

-¿Sí? -Olympia se detuvo en el vestíbulo y se volvió para mirar al nuevo mayordomo.- ¿Lo sabe la Sra. Bird?

-Sí, milady, ya lo sabe.-Graves rió.-Y está un poco alborotada por ello.

La Sra. Bird apareció en escena.

-Srta. Olympia, ¿es usted? Era hora que llegara. Su Alteza me dijo que esta noche van a venir dos personas más para cenar. Y encima, tengo que preparar dos habitaciones para que se queden a dormir. Lo que yo quiero saber, es si todo este lío va a ser cosa de todos los días.

-Bueno, en realidad, no puedo contestarle a eso -dijo Olympia-. No tengo la menor idea de cuántos amigos va a recibir Su Alteza.

-No son amigos, estos -dijo la Sra. Bird pensando en un mal presagio-. Son parientes. El padre y el tío de Su Alteza. -Bajó la voz y se dio vuelta a ambos lados para asegurarse de que no hubiera nadie más en la habitación.- El padre de Su Alteza es un conde.

-Sí, ya lo sé -Olympia desató las tiras de su cofia.- Estoy segura de que usted podrá solucionar el problema de los invitados de esta casa, Sra. Bird.

Graves sonrió a la Sra. Bird con expresión enamoradiza.

-Por supuesto que puede, señora. El poco tiempo que he trabajado en esta casa me ha bastado para darme cuenta de que la Sra. Bird es una mujer muy habilidosa.

La Sra. Bird se puso colorada como un tomate.

-Nada más quería saber cuántas veces voy a tener que hacer esto. Tengo que hacer planes, ¿sabe?

-No dude en pedirme ayuda cuando lo necesite, Sra. Bird - comentó Graves. -Estoy listo para colaborar en lo que pueda. Seguramente, juntos podremos lograrlo.

La Sra. Bird bajó modestamente los ojos.

-Entonces, creo que nos vamos a arreglar.

-No lo dude -dijo Graves.

Olympia miró a uno y a otra.

-¿Dónde está Su Alteza y nuestros invitados?

-Su Alteza está en la biblioteca, señora -dijo Graves-. Los invitados, arriba, con los muchachitos. Creo que el conde y su hermano están contando anécdotas a los señores Robert, Ethan y Hugh.

Olympia, que se dirigía a la biblioteca, se detuvo por un momento.

-¿Anécdotas?

-Sobre un individuo llamado capitán Jack, creo, señora.

-¡Ah! bueno, entonces mis sobrinos deben de estar muy entretenidos con las historias. -Olympia cogió el picaporte de la puerta de la biblioteca.

-Permítame, señora. -Graves acudió de inmediato a la puerta para abrírsela.

-Gracias -le dijo Olympia gentilmente, un poco asombrada por semejante tratamiento-. ¿Hace eso todo el tiempo?

-Sí, señora. Forma parte de mi trabajo -Graves inclinó la cabeza y le hizo un gesto como para que entrara en la biblioteca.

Jared estaba sentado en su escritorio. Levantó la vista cuando vio a Olympia entrar.

-Buenos días, querida. -Se puso de pie.- Me alegra que estés en casa. Tenemos visita. Mi padre y mi tío han llegado.

-Eso tengo entendido.

Jared esperó a que la puerta se cerrara detrás de ella. Luego le sonrió.

Olympia atravesó toda la sala y se echó en sus brazos. Levantó el rostro para recibir su beso.

-Creo que me agrada esto de estar casado -murmuró Jared cuando finalmente alzó la cabeza.

-A mí también. -Olympia retrocedió un paso, de forma reticente.- Jared, acabo de tener la conversación más inusual de mi vida con Gifford Seaton. Hay uno o dos puntos que yo...

La sonrisa sensual de Jared desapareció tras una furibunda máscara.

-¿Qué ha dicho?

Olympia frunció el entrecejo.

-No hay necesidad de que levantes la voz, milord. Puedo escucharte perfectamente bien. Te decía que acabo de mantener una extraña conversación con el Sr. Seaton.

-¿Seaton te habló?

-Sí, eso es lo que trato de decirte. Nos encontramos en la biblioteca de la sociedad, en la Institución Musgrave. Es de lo más asombroso, pero parece que tanto el Sr. Seaton como yo tenemos interés en las Indias Occidentales.

-Canalla -dijo Jared, con una voz peligrosamente baja-. Le dije que no se te acercara.

Olympia se enfadó.

-No creo que debas insultarle de ese modo. El Sr. Seaton es un hombre conflictivo. Ha tenido una vida muy difícil.

-Seaton es una rata perversa y calculadora que lo único que quiere es hacer daño. Le he dado órdenes estrictas de que se mantuviera alejado de ti.

-Por el amor de Dios, Jared, no es culpa del Sr. Seaton que nos hayamos encontrado accidentalmente en la biblioteca de la sociedad.

-No estés tan segura de eso. Tal vez, Seaton se enteró de que habitualmente vas a la biblioteca y de que pasas varias horas allí. Por lo tanto, deliberadamente, puede haber planeado una visita para que coincida con la tuya.

-La verdad, Jared, es que te estás extralimitando. El Sr. Seaton parece tener un genuino interés académico en las Indias Occidentales. Hasta me permitió ver el mapa que había descubierto en la biblioteca.

-Apuesto a que tenía un motivo para hacerlo. -Jared se sentó en la silla de su escritorio, con una expresión de amargura.- Sea como fuere, yo me haré cargo de esto. Mientras tanto, tú evitarás otro contacto con Seaton. ¿Está claro, milady?

Olympia le miró, consternada.

-Eso es suficiente, milord.

-¿Suficiente? Todavía no he empezado. Voy a dar al joven Seaton una lección que no olvidará en toda su vida.

-Jared, no voy a permitir esta clase de conversación. No pensarás que puedes dar órdenes irracionales y que puedes imponerte así sólo porque te has convertido en mi esposo.

Jared la miró fríamente.

-Sé muy bien que tú prefieres no tener que preocuparte por los molestos problemas de la vida cotidiana, querida. No obstante, en cuanto a nuestro matrimonio, hay un pequeño detalle que me temo que tendrás que tener muy en cuenta.

Olympia entrecerró los ojos.

-¿Y cuál es ese pequeño detalle?

Jared se reclinó sobre el respaldo de su silla, apoyó los codos en los posabrazos y unió las yemas de los dedos.

-Yo soy el amo de esta casa. Haré lo que crea que es mejor y tomare las decisiones correspondientes. Tú obedecerás esas decisiones, milady.

Olympia se quedó boquiabierta.

-No haré semejante cosa. No, a menos que esté de acuerdo con esas decisiones. Y sucede que no estoy de acuerdo con el edicto que acabas de dictar con respecto al Sr. Seaton.

-Maldición, Olympia. Soy tu esposo y tú harás lo que yo diga.

-Haré lo que se me venga en gana, tal como siempre lo he hecho -gruñó Olympia. Oyó que la puerta se abría a sus espaldas, pero no le prestó ninguna atención-. Ahora me escucharás a mí, Sr. Chillhurst y prestarás mucha atención. No te olvides de que yo te he empleado como maestro de esta casa. Al final de cuentas, me parece que aún eres empleado mío.

-Esa es una rotunda estupidez -le contestó Jared de forma airada. Eres mi esposa, no mi jefa.

-Eso, señor, es una cuestión de opiniones. En lo que a mí respecta, en nada ha cambiado nuestro acuerdo original.

-Todo ha cambiado -dijo Jared entre dientes-. Y eso, señora, no es una cuestión de opiniones. Es materia legal.

-¡Oh! ¡Oh! -Una voz desconocida interrumpió la disputa antes de que Olympia pudiera contestar.

-¿Qué está pasando aquí? -preguntó otra voz desde la puerta.

-¿Crees que estamos interfiriendo en una pelea doméstica, Thaddeus?

-Eso parece -dijo el primero, con tono alegre-. Nunca había visto a tu hijo irritado, Magnus. Tal vez el matrimonio le haya sentado bien.

-¡Santo cielo! -murmuró Jared. Miró hacia la puerta.- Milady, permíteme presentarte a mi padre, el conde de Flamecrest y a mi tío Thaddeus Ryder. Caballeros, mi esposa.

Cuando Olympia se volvió, encontró a dos hombres mayores, de aspecto imponente. De cabellos canos, apuestos y vestidos de punta en blanco, le sonrieron con una picardía que, indudablemente, se habría ganado muchos corazones femeninos.

-Flamecrest para servirle -dijo el más alto de los dos, con una reverencia elegante-. Un placer conocerla, señora.

-Thaddeus Ryder. -El segundo hombre le sonrió con simpatía. -Me alegra comprobar que, al fin, Jared haya cumplido con sus obligaciones hacia la familia. No creo que haya encontrado ya la llave del tesoro del capitán Jack, ¿no?

Jared soltó una exclamación de genuino disgusto.

-Maldición, tío, ¿acaso no conoce el significado de la discreción?

Thaddeus le miró sorprendido.

-No es necesario ser discretos ahora, muchacho. Ella es de la familia.

-La mejor de todas las posibilidades, si me lo permiten -dijo Magnus, con una sonrisa radiante para Olympia-. Así, no habrá que molestarse en visitarla a hurtadillas por las noches y tratar de cautivarla para que revele el secreto. Ahora será un placer para ella contarnos todo lo que descubra, ¿no es así, querida?

Olympia estudió a ambos hombres con gran interés.

-Será un placer para mí compartir con ustedes todo lo que encuentre en mis investigaciones. Sin embargo, creo que deben saber que alguien más está detrás del tesoro.

-¡Por los clavos de Cristo! -La sonrisa de Magnus se transformó en una mueca iracunda.- Me lo temía. -Miró a su hermano.- ¿No te dije que tenía un mal presentimiento, Thaddeus?

Thaddeus parecía preocupado.

-Sí, eso me dijiste, Magnus. Eso me dijiste. Y las premoniciones son siempre muy respetadas, en nuestro clan. Todos lo sabemos. -Estudió a Olympia.- ¿Alguna idea de quién puede ser el que esta detrás del tesoro de nuestra familia, querida?

Olympia se dio cuenta de que, por lo menos, estaba en presencia de personas que entendían sus preocupaciones y que no se burlarían de sus temores.

-Bueno, yo tengo una idea de quién puede ser, pero tal vez les resulte descabellada; el señor Chillhurst se ha negado a darle crédito.

Magnus arrugó la nariz.

-Mi hijo es muy inteligente para ciertas cosas, pero le falta imaginación. No le preste atención. Cuéntenos lo que piensa, muchacha.

De reojo. Olympia advirtió que Jared apretaba la boca. Ella lo ignoró.

-Creo que algo o alguien conocido como el Guardián, está detrás del tesoro del capitán Jack.

-El Guardián. -Magnus la miró sorprendido.

Thaddeus parecía tan sorprendido como confuso.

-¿El Guardián, eh?

Olympia asintió con la cabeza.

-El diario contiene una clara advertencia sobre el Guardián.

Magnus y Thaddeus se miraron entre sí y luego a Olimpia.

-Bueno, si ese es el caso, no tiene por qué preocuparse, mi querida -explicó Magnus con aire de gran paciencia.

Thaddeus confirmó.

-Claro.

Jared habló con un tono de presagio.

-Preferiría que este tema se deje de lado ahora mismo.

-¿Por qué? ¿Qué saben ustedes de este Guardián?- preguntó Olympia a Magnus.

Magnus arqueó una espesa ceja, con un gesto asombrosamente familiar.

-El Guardián es su esposo, mi querida. ¿Acaso mi hijo no le ha contado que tiene el gran honor y la responsabilidad de este título desde que cumplió los diecinueve años?

-Mi familia le ha bautizado con el nombre de El Guardián desde que rescató a mis dos muchachos de manos de un contrabandista -dijo Thaddeus.

Olympia no podía creer lo que estaba escuchando. Se recuperó, se volvió abruptamente y miró a Jared frente a frente.

-No se molestó en mencionar ese pequeño detalle.

Jared apoyó las manos en los posabrazos de la silla, para ponerse de pie.

-Mira, Olympia, puedo explicarte...

Olympia estaba furiosa.

-Sr. Chillhurst, me ha engañado desde el principio. Si no fue por una cosa, fue por la otra. He sido permisiva con sus feroces pasiones y sus emociones, pero en esto, ha llegado demasiado lejos ¿Cómo pudo ocultarme que usted era el Guardián?

-Maldita sea; Olympia, esto es una tontería. Has estado preocupándote por un fantasma legendario que está tras el secreto del diario. Yo no soy una leyenda ni un fantasma. Y me importa un comino el maldito tesoro.

-Sr. Chillhurst, debo decirte que en nada has querido cooperar en este asunto. A decir verdad, me has dificultado las investigaciones a cada paso, negándote a darle la atención que merecía. Estoy muy molesta contigo, señor.

-Eso veo -murmuró Jared-. ¿Pero qué ocurre con eso de que mi padre me haya conferido el absurdo título de Guardián cuando tenía diecinueve años? Ese dato no puede servirte en tus estudios.

Olympia levantó el mentón.

-Eso está por ver, Sr. Chillhurst.

-Olympia. espera...

Pero Olympia no estaba de humor para esperar. Acababa de descubrir otra pieza del rompecabezas. Necesitaba reflexionar al respecto. Salió corriendo de la biblioteca sin volver la vista atrás.

16

Magnus sonrió a Jared.

-¿Sr. Chillhurst?

-Ocasionalmente, mi esposa olvida que ya no soy su empleado -dijo Jared fríamente.

-¿Su empleado? -Thaddeus se burló.- ¿De dónde sacó esa idea?

-Es una larga historia, señor. -Jared rodeó el escritorio.- Y en este momento, no tengo tiempo para contársela. Ahora, si me disculpan, debo hablar con mi esposa. Como lo han visto, es una mujer de temperamento muy voluble.

Magnus se abofeteó la pierna y soltó una carcajada.

-Me alegra ver que te hayas procurado una mujer interesante, hijo. Debo confesarte que tenía miedo de que te hubieras buscado una mujercita tonta y sin inteligencia que te amargara la vida.

Thaddeus rió.

-Ella cree que eres un hombre de fuertes pasiones, muchacho. ¿De dónde rayos sacó esa idea?

-No lo sé -Jared apretó con fuerza el picaporte de la puerta.- Enseguida vuelvo. Debo dejar a lady Chillhurst algo bien en claro, antes de que el día termine.

-Atiende, hijo -dijo Magnus-. Nos serviremos un poco de tu brandy en tu ausencia. Espero que sea del bueno, francés, de la bodega del capitán Harry.

-Sí -contestó Jared-.Traten de consumirlo antes de que yo vuelva.

-Tómate tu tiempo, muchacho, tómate tu tiempo.- Thaddeus hizo un gesto con la mano, instándole a salir.

Jared salió de la biblioteca, cruzó el vestíbulo de suelos de mármol y subió las escaleras.

La puerta del cuarto de Olympia estaba cerrada. Jared apretó la boca. Levantó la mano y golpeó intensamente.

-Largo -le indicó ella desde dentro, con tono distante y distraído-. Estoy muy ocupada.

-Olympia, deseo hablar contigo.

-Realmente, no tengo tiempo para perder parloteando sobre quién es el que manda en esta casa, Sr. Chillhurst. Debo cumplir con mi trabajo.

-¡Pues vaya, mujer! Termina dándome órdenes como si yo fuera un sirviente más.

Jared puso la mano en el picaporte. Lo giró violentamente, aunque esperaba encontrar la puerta cerrada con llave. Para su sorpresa, no fue así. La puerta se abrió con mucha más fuerza de la que Jared había querido ejercer. Se estrelló contra la pared, estrepitosamente, al punto que Olympia se sobresaltó en su silla.

Ella le miró furiosa desde su escritorio.

-Te dije que estaba ocupada, señor.

-¿Demasiado ocupada para hablar con tu esposo? -Jared cerró la puerta y acortó rápidamente la distancia entre ellos, con una indiferencia que no sentía.

Olympia frunció el entrecejo, con gesto enfadado.

-No me siento muy caritativa contigo en este momento, milord. Todavía no puedo creer que no me hayas contado toda la verdad sobre ti.

-Al demonio con todo eso Olympia. Durante todos estos años, he tratado de olvidar todas estas estupideces del Guardián.

La mirada de Olympia se fijó en el parche negro que le cubría el ojo y su expresión se tomó más tierna.

-Sé que ese título te debe de traer recuerdos terribles. Pero es una pieza muy importante para mis investigaciones. Puede ser la clave para todo el proyecto.

-No es la clave. ¿Cómo puede serlo? Admito que, para mi familia, soy el Guardián, pero me importa un cuerno el diario y el tesoro. Esa advertencia sobre mí es una tontería. No debes tomarla en serio.

La comprensión se encendió en los ojos de Olympia.

-Fue por eso que no me dijiste la verdad desde un principio. Tuviste miedo a la interpretación que yo pudiera hacer de la advertencia. Creíste que pensaría lo peor de ti.

-No quería que me tuvieras miedo. Maldita sea, mujer. No soy el fantasma del capitán Jack.

Olympia golpeó su pluma contra la hoja de papel.

-Nunca dije que lo fueras. No creo en fantasmas, milord.

-¿Entonces, cómo es posible que esté conectado con todo ese embrollo del diario? -preguntó Jared.

Olympia se volvió cavilante.

-Ese es el problema que estoy tratando de resolver en este momento, señor. Debo descubrir la relación entre la advertencia y el Amo de la Syrena y el resto de los datos recabados. Haz el favor de retirarte. Sé que esto no te interesa y yo no puedo concentrarme en lo mío si te tengo parado delante de mí, gritándome a cada momento.

-No te estoy gritando.

-Sí. Honestamente, Jared, tu naturaleza emocional es bastante difícil de llevar. Yo te entiendo, claro, pero quiero que te marches de mi alcoba.

Jared se puso furioso.

-No te atrevas a arrojarme de tu alcoba, milady.

-¿Por qué no? -Ella le miró.- Es mi alcoba y en este momento, no quiero que estés en ella.

-¿Ah, sí? -Jared se agachó y la arrancó de la silla.- En ese caso, nos iremos a mi alcoba.

-Sr. Chillhurst, déjame ahora mismo. -Olympia puso la mano en su cofia, que empezaba a deslizarse por su cabello.- Tengo trabajo que hacer.

-¿No me digas? Es hora de que cumplas con algunas obligaciones conyugales. -Jared atravesó sin demora la puerta que comunicaba la alcoba de Olympia con la suya.

Caminó hacia la enorme cama y tendió a Olympia sobre ella. La cofia terminó de caérsele y su bella cabellera rojiza y brillante se liberó sobre las almohadas. El vestido se le había subido hasta las rodillas, revelando sus hermosas piernas, cubiertas con medias.

-Sirena -murmuró Jared. El deseo se apoderó de él. Sabía que no podría responder de sus actos.

Se acostó sobre Olympia, atrapándola para que no pudiera escapar. Ya estaba erecto. Sentía el fuego arder en sus venas y una irrefrenable necesidad en las entrañas.

Olympia abrió los ojos desmesuradamente.

-Por Dios, Sr. Chillhurst. Es pleno día.

-Permítame informarle, señora, que en ciertas partes del mundo, las costumbres dictan hacer el amor a pleno día.

-¿De verdad? -Su asombro se convirtió en sensual especulación.- ¿A plena luz del sol?

-Esa costumbre asombraría a gente medio tonta, que no tiene amplias nociones sobre la vida, pero no a los hombres y mujeres de mundo como nosotros, Olympia. Somos diferentes tú y yo.

-Sí. -La sonrisa de Olympia se le antojó muy tierna. Sus ojos le dieron la erótica bienvenida.- Somos diferentes, milord.

Jared le beso la garganta y sintió que ella se volvía vulnerable. La joven enterró los dedos en su cabellera y arqueó el cuerpo contra el de él.

Una dicha ardiente se apoderó de Jared. La embriagante respuesta de Olympia abría las compuertas de su propia pasión. Ella le pertenecía pensó feliz. No podía resistirse a él, aun cuando estuviera furiosa.

Debía de amarlo. Tenía que amarlo.

De repente, Jared se dio cuenta de que necesitaba escuchar esas palabras de labios de ella. ¿Por qué nunca las había pronunciado en voz alta?. Se preguntó.

Seguramente le amaba.

Dejó esa consideración de lado, pues la pasión se impuso. Olympia le regaló su sonrisa de sirena y le acarició la pierna con su pie aún calzado.

-Es una suerte que nos hayamos encontrado, ¿verdad, milord? No creo que haya otro hombre en la faz de la Tierra que sea más afín con mi personalidad que tú.

-Me alegra que pienses eso. -Jared le tomó un seno posesivamente.- Porque puedes estar segura de que no existe otra mujer en la faz de la Tierra que entienda mi naturaleza como tú.

Mucho tiempo después, de mala gana, Jared rodó del cuerpo de Olympia y se relajó sobre las almohadas. Se colocó un brazo en la nuca y contempló el cielorraso con profunda satisfacción.

Olympia se desperezó y se estiró contra su cuerpo.

-Hacer el amor a pleno día es una costumbre muy agradable, ¿no? Tendremos que volver a ponerla en práctica muy pronto.

-Definitivamente. -Jared la abrazó.- Espero que no vuelvas a arrojarme fuera de tu cuarto en el futuro.

-Voy a pensarlo dos veces antes de hacerlo -le contestó Olimpia, muy seriamente.

Jared resopló.

-Lo dije en serio, mi pequeña sirena. Puedes hechizarme con una mirada o con una sonrisa, pero no vas a darme órdenes como si todavía trabajara para ti. Yo seré el amo en mi casa del mismo modo que lo soy en los aspectos comerciales. Y también seré el amo de mi esposa. ¿Está clarito?

-Eso es. -Olympia se sentó en la cama, sin prestar atención a su desnudez. Miró a Jared, con los ojos encendidos de excitación.- Amo de tu esposa.

-Me alegro de que estés de acuerdo, milady. -Jared estudió la hermosa curvatura de sus senos.- En un momento determinado, un hombre debe poner los puntos sobre las íes.

-Amo de tu esposa. Jared, tú siempre me has llamado sirena.

-Sí. -Jared delineó los contornos del pezón izquierdo de Olimpia con el pulgar.- Es porque eso eres.

-¿No lo entiendes, milord? -Olympia se arrodilló a su lado, entre las mantas desarregladas.- Acabas de autodenominarte amo de la sirena. El capitán Jack era el Amo de la Syrena y tú, su descendiente. Tú eres el nuevo Amo de la Syrena.

Jared comprendió a dónde apuntaban las deducciones de Olympia y resopló.

-Olympia, has llegado demasiado lejos con esta lógica.

-No, no lo suficiente. -Olympia se levantó de un salto.- Debo volver al trabajo de inmediato. Vete, Jared. Me distraes.

-Milady, sucede que estoy en mi cuarto.

-¡Oh! sí. Es verdad. Entonces debes disculparme, pero yo tengo que regresar a mi alcoba. -Olympia se volvió rápidamente y salió corriendo por la puerta abierta.

Jared contempló la imagen de las dulcemente redondeadas nalgas hasta que desapareció de su vista. Luego suspiró y se sentó lentamente.

Vio las prendas que habían sido abandonadas, de forma negligente, sobre su cama y la alfombra. Recogió la pequeña cofia blanca de Olimpia y sonrió. Levantó la vista y frunció el entrecejo cuando vio el reloj de la pared. Era casi la una, y tenía un compromiso en el puerto dentro de cuarenta y cinco minutos.

-Rayos.

Jared cogió su camisa. El matrimonio hacía estragos en la rutina de un hombre.

Cuarenta y cinco minutos después, Jared bajó de un coche de alquiler y caminaba por una calle bastante transitada, hacia una pequeña taberna. El hombre que había contratado para hacer averiguaciones en los muelles, estaba esperándole. Jared se sentó y espantó con la mano a la rolliza prostituta de la taberna que se le acercó.

-¿Qué tal, Fox, qué ha averiguado?

Fox se limpió la boca con la manga de la camisa y eructó.

-Justo lo que usted sospechaba, milord. Ese hombre estaba enterrado hasta el cuello hace seis meses. Todos pensaban que jamás iba a salir. Después, despacito empezó a pagar todas sus deudas. Lo mismo pasó hace tres meses. Perdió todo, pero, después, encontró la manera de cubrir los agujeros.

-Ya entiendo. -Jared se quedó meditando el asunto.- Sabía lo que estaba pasando. Lo que ignoraba era el porqué. Ahora lo sé.

El juego. Bueno, aparentemente, todo el mundo tenía esa pasión secreta, pensó Jared.

-Típico caso, milord. -El suspiro de comprensión de Fox se confundió con un nuevo eructo.- El hombre se siente atraído por las salas de juego hasta que se queda seco por

completo. Es triste, pero real. La única diferencia esta vez fue que el tipo pudo salir antes de que fuera demasiado tarde. ¿Suerte para él, eh?

-Sí, mucha, por cierto.-Jared se puso de pie.-Esta tarde le mandaré el pago por Graves, como habíamos acordado. Gracias por sus servicios.

-Cuando guste, milord. -Fox bebió otro trago de cerveza.- Como ya informé a Graves, estoy siempre disponible.

Jared salió de la taberna y se quedó en la calle, pensando, unos momentos. Consiguió detener un coche de alquiler, pero se arrepintió. Tenía que meditar sobre lo que acababa de enterarse.

Caminó lentamente, sin rumbo predestinado. Apenas advirtió la existencia de tabernas y cafés a su paso. Aun a esa hora del día, estaban atiborradas de trabajadores, marineros, carteristas, prostitutas y rateros.

Una parte de la atención de Jared permaneció en su entorno, como siempre. Sentía el peso de la daga entre las costillas.

Mientras caminaba, repasaba los datos obtenidos. Ahora conocía los motivos que llevaron a esa persona a estafarle, pero, de todas maneras, no le solucionaban ni le facilitaban la cuestión.

Había llegado el momento de enfrentarse con la persona que había traicionado su confianza. Pero Jared no tenía prisa alguna. Después de todo, no tenía muchos amigos.

El hombre del cuchillo salió de la calleja sin hacer ruido, aparentemente. Jared advirtió primero su sombra. El oscuro contorno de su figura se dibujó en la pared de ladrillos cuando se abalanzó hacia adelante.

Ese segundo de advertencia bastó y Jared se hizo a un lado. La hoja del arma del agresor cortó el aire, en lugar de su cuerpo.

El hombre se dio vuelta, bailando torpemente para recuperar el equilibrio y atacó una segunda vez.

Jared estaba preparado para defenderse. Levantó el arma para bloquear la puñalada y, simultáneamente, desenvainó la daga. El sol se reflejó en el excelente acero español.

El atacante respiró profundamente.

-Nadie dijo que usted andaba armado.

Jared no se molestó en contestar. Rodeó a su oponente, consciente de que el hombre tenía los ojos fijos en la daga. Cuando estuvo seguro de que el hombre no apartaría la vista

de allí, lanzó un puntapié. Lo asestó en el muslo del atacante. Este gritó de dolor y rabia y se tambaleó, tratando de no caerse. Jared sacudió la daga; el hombre retrocedió, tropezó y fue a dar contra el pavimento.

De una patada, Jared desarmó al hombre y se agachó para poner la punta de su daga contra la garganta de la víctima.

-¿Quién te ha contratado? -le preguntó Jared.

-No lo sé -el hombre miraba la empuñadura de la daga.- Sólo fue un negocio que me llegó a través de mi intermediario. Nunca vi al tipo que me pagó.

Jared se puso de pie, indignado y envainó nuevamente la daga.

-Largo de aquí.

El hombre no necesitó que le repitiera la orden. Se puso de pie, como pudo e intentó recoger el cuchillo que estaba tirado por encima de los adoquines de la calle.

-No lo toques -le ordenó Jared.

-Sí, señor. Lo que usted diga, señor.

El malhechor salió corriendo por la calle. Un momento después, desapareció en un estrecho camino entre dos grandes depósitos.

Jared miró el cuchillo de la persona que le había atacado.

No, pensó, ya no era el momento de seguir posponiendo el inevitable enfrentamiento.

Una hora más tarde, Jared subía las escalinatas de entrada a la casa que Félix Hartwell había ocupado durante diez años. Una profunda angustia le embargaba cuando abrió la puerta y penetró en la pequeña sala. No estaba seguro de lo que uno debía decir en una situación como esta. Pero le resultó innecesario encontrar las palabras adecuadas. Cuando Jared abrió la puerta de la oficina interna, descubrió que era demasiado tarde. Félix se había ido. Había una carta sobre el escritorio. Estaba dirigida a Jared, y obviamente, la habían escrito a toda prisa:

Chillhurst:

Ya sé que está al tanto de todo. Era sólo una cuestión de tiempo. Siempre fue tan extraordinariamente inteligente. Debe de tener, probablemente, algunas preguntas que hacer. Lo menos que me corresponde hacer a mí es darle una contestación.

Yo fui el que hizo correr la voz de su presencia aquí, en Londres y de su extraña relación con la Srta. Wingfield. Tenía la esperanza de que, al ser descubierto, regresara de inmediato al campo. Me preocupaba que estuviera cerca, Chillhurst. Pero como usted decidió quedarse en la ciudad, pensé en utilizar a uno de los muchachos para conseguir el dinero que necesitaba. Quiero que sepa que jamás habría dañado al muchacho. Sólo quería retenerlo para obtener la recompensa. Pero usted volvió a burlarme. Es usted tan extraordinariamente inteligente.

Por lo mucho que le conozco, sé que recurrirá a la justicia, pero confío en que no me encuentre antes de abandonar Inglaterra. Hace mucho que tenía todo preparado porque sabía que este día llegaría inevitablemente.

Me arrepiento de todo. Jamás pretendí que las cosas llegaran tan lejos. Mi única excusa es que no tuve opción.

Atentamente,

FH

PD: Sé que no me va a creer en absoluto, pero me alegro de que haya sobrevivido esta tarde. Fue el acto de un hombre desesperado, del que me arrepentí apenas lo había puesto en marcha. Por lo menos, no tendré que cargar con el peso de una muerte en mi conciencia.

Jared arrugó la carta en su puño.

-Félix, ¿por qué rayos no me pediste ayuda? Éramos amigos.

Se quedó allí, parado, mirando el ordenado escritorio de Félix durante un rato, hasta que, por fin, pudo volverse y salir a la calle. En ese momento, lo único que quería era hablar con Olympia. Ella le entendería.

-Jared, lo lamento tanto. -Olympia se levantó de la cama y corrió junto a Jared, que estaba mirando hacia la oscuridad de la noche.

-Yo confiaba en él, Olympia, Durante todos estos años, cada vez delegué más responsabilidades en él. Tenía tanta familiaridad como yo en las cuestiones de negocios. ¡Caramba! No suelo cometer esta clase de errores.

-No debes culparte simplemente por haber depositado toda tu confianza en la persona equivocada. -Olympia lo abrazó por detrás y lo apretó con todas sus fuerzas.- Un hombre de fuertes pasiones como tú, escucha más a su corazón que a los dictados de su mente.

Jared apoyó la mano sobre el marco de la ventana.

-Mi amistad con Hartwell pasó la prueba del tiempo. Me conocía mejor que nadie. Él fue quien arregló todo para que conociera a Demetria.

Olympia frunció el entrecejo.

-Bueno, en eso no creo que te haya hecho un gran favor.

-Tú no entiendes. Nadie se sintió peor que Hartwell con los resultados de esa relación.

-Si tú lo dices, Jared.

Esa tarde, a última hora, Olympia se había dado cuenta de que algo muy serio estaba pasando con sólo mirar a Jared. Había tratado de hablar con él al respecto, pero Jared se había negado hasta ese momento, que todo el mundo se había retirado a sus respectivos aposentos.

-He hecho algunas investigaciones y creo saber cómo empezó todo. -Jared bebió un trago de brandy de la copa que sostenía en la mano.- A Félix comenzó a gustarle el juego. En un principio, ganaba.

-¿Pero le cambió la suerte?

-Sí. -Jared bebió otro trago.- Le cambió la suerte. Siempre pasa. Aparentemente, cubrió lo que había perdido con el dinero que recibió de uno de nuestros inversores. Luego, cubrió la cuenta del inversor con dinero que le ingresaba por otros medios. Mientras pudo ir tapando agujeros, la cosa permaneció en secreto.

-Su plan funcionó, y, en consecuencia, fue ganando cada vez más coraje.

-Tienes razón. Empezó a jugar cada vez más y a endeudarse sin cesar. Seis meses atrás, me di cuenta de que algo no funcionaba bien y comencé a investigar-. Jared apretó la boca. -Naturalmente, pedí a mi hombre de confianza que hiciera tal averiguación.

-Ha debido ser muy astuto para conseguir ocultarte la evidencia de sus robos durante tanto tiempo.

Jared se encogió de hombros.

-Hartwell es muy inteligente. Por eso le contraté.

-Me pregunto cómo habrá hecho para enterarse de que tú lo habías descubierto -murmuró Olympia.

-Obviamente, se dio cuenta esta tarde, cuando el hombre que contrató para matarme falló en su intento.

-¿Qué has dicho? -Olympia se separó, furiosa, de la manga de Jared para que, de nuevo, se volviera hacia ella.- ¿Estás diciéndome que alguien trató de matarle, Jared?

Jared sonrió, mientras analizaba la horrorizada expresión de su rostro.

-Cálmate, querida. No fue gran cosa. Como podrás ver, el individuo falló.

-Para mí, sí fue algo muy importante, milord. Debemos hacer algo de inmediato.

-¿Qué sugieres? -preguntó Jared suavemente.

-Vaya, acudir al magistrado. -Olympia comenzó a caminar de aquí para allá, furiosa.- Contratar a algún investigador privado. Debemos encontrar a este lunático sin demora y asegurarnos de que quede en la cárcel por el resto de sus días.

-Dudo que sea posible. Esta tarde, fue obvio que Hartwell planeó todo por si yo conseguía descubrirle. Me dejó una nota por escrito diciendo que se iba de Inglaterra.

-¿De verdad? -Olympia se volvió.- ¿Estás seguro de que se fue?

-Razonablemente seguro. -Jared terminó su brandy.- Ese era el curso natural de las cosas y Hartwell es un hombre lógico y cuidadoso. -Hizo una mueca con la boca.- Muy parecido a mí. Fue una de las razones por las que le contraté.

Olympia resopló.

-Esto me irrita, Jared. Me gustaría mucho verle pagar por su intento de asesinarte. Debe de ser un monstruo de sangre fría.

-No, creo que, en el fondo, sólo era un hombre desesperado. Probablemente, sus acreedores no le dejarían en paz. Le amenazarían con causarle algún daño físico o moral.

-¡Bah!, eres demasiado bueno, milord. Ese hombre no es más que un monstruo. No podré pegar un ojo esta noche, pensando en lo que esa bestia pudo hacerte. Gracias a Dios que pudiste escapar.

La mirada de Jared estaba radiante.

-Te agradezco que le preocupes por mí.

Olympia se enfadó con él.

-No creas que sólo estoy siendo amable. Es perfectamente normal que esté alarmada por este incidente.

-Cierto. Supongo que una buena esposa debe mostrar preocupación si su marido le cuenta que estuvo al borde de la muerte.

-Jared ¿te estás burlando de mí o de ti mismo esta vez?

La diversión desapareció en los ojos de Jared.

-Ninguna de las dos cosas. Simplemente, estaba preguntándome hasta qué punto llega tu preocupación.

Ella le miró azorada.

-Esa es una pregunta muy estúpida, Chillhurst.

-¿Lo es? Debes perdonarme. No estoy en plena forma hoy. La excitación, sin duda.

-¿Cómo pudiste cuestionar la profundidad de mi preocupación, aunque sólo hubiera sido por un segundo? - lo interrogó Olympia, enfurecida.

Jared sonrió.

-Eres muy leal con la gente que trabaja para ti ¿ No es así milady?

-Tú eres algo más que un simple empleado, milord -gruñó ella-. Eres mi esposo.

-Ah, sí, claro. -Jared dejó la copa de brandy y la estrechó.

17

La Sra. Bird apoyó ruidosamente la cafetera sobre la mesa del desayuno y examinó a los presentes con ojo crítico.

-La cocinera quiere saber cuántos van a estar presentes, esta noche para cenar, Su Alteza. A ella, igualito que a mí, no le gusta nada que venga un montón a comer sin avisar.

Jared tomó su taza de café.

-Puede decirle a la cocinera que, por casualidad, sé precisamente cuánto gana cada una de vosotras. En su caso, Sra. Bird, ha habido un aumento considerable, porque sus

responsabilidades se han incrementado también. Soy plenamente consciente de que pago los mejores salarios de la ciudad y, en consecuencia, pretendo que me brinden los mejores servicios por lo que abono. Informe a la cocinera de que todos estaremos presentes para cenar.

-Ya sé, Su Alteza. Pero ella está un poquito enojada. Me va a echar la culpa a mí sí a ella se le ocurre quemar la sopa, ¿eh?

Jared arqueó una ceja.

-Si esta noche sirve la sopa quemada, mañana estará buscando un nuevo empleo. Lo mismo sucederá con cualquier otro miembro del personal que se sienta incapaz de cumplir con sus obligaciones en esta casa.

La Sra. Bird resopló y, atolondrada como siempre, se volvió en dirección a la cocina.

-Tenga la amabilidad de llevarse al perro con usted -le gritó Jared desde atrás.

La Sra. Bird se detuvo, y se volvió.

-Ahora yo le voy a preguntar una cosa: ¿Para qué tanto empleado nuevo si soy yo la que se tiene que encargarse de todo aquí? -Chasqueó los dedos para llamar a Minotauro.- Sal de debajo de la mesa, maldito monstruo. No te hace ninguna falta otra salchicha.

Minotauro salió de su escondite, con la boca llena de salchichas.

Ethan miró a Jared con inocencia.

-Yo no le di salchichas, señor. Palabra de honor.

-Ya sé quién fue el que lo dio la salchicha a Minotauro. -Jared miró a su padre con disgusto. -Estamos tratando de quitarle la costumbre de comer con la familia, señor. Le agradecería que no lo malcríe.

-Tienes razón, hijo. ¿Puedo hacerte una pregunta? ¿De dónde sacaste a tu ama de llaves? -Magnus se sirvió una generosa rodaja de salchicha.- Maldita bocazas. No parece tener mucho respeto por sus patrones.

-Vino con el resto de la gente -dijo Jared, ausente.

Robert se tapó la boca con la mano, para no echarse a reír.

Olympia dejó de mirar los huevos que tenía delante y levantó la vista.

-No deben prestar atención a la Sra. Bird. Ha estado con la familia desde siempre. Yo no sé qué haría sin ella.

-Contratar a otra ama de llaves, nada más -dijo Thaddeus-. No puede rezongar a los invitados a primera hora de la mañana.

-No, jamás dejaría que la Sra. Bird se fuera -comentó Olympia de inmediato.

Jared apoyó los codos sobre la mesa y unió las yemas de los dedos. Miró a su padre con expresión cavilante.

-No tiene que preocuparse por la Sra. Bird, señor -dijo fríamente.- Ella y yo llegamos a un acuerdo, hace un tiempo. Y debo admitir que ella me señaló un punto interesante. ¿Cuánto tiempo van a quedarse usted y tío Thaddeus?

Magnus fingió una afligida expresión.

-Ya nos quieres echar a puntapiés de aquí, ¿eh, hijo? Pero si acabamos de llegar.

Thaddeus hizo una mueca.

-Ahórrate la saliva, muchacho. Tu padre y yo no iremos a ninguna parte hasta que ayudemos a tu esposa a revelar el secreto del diario de Lightbourne. Será mejor que te acostumbres a nuestra presencia por un tiempo.

-Me lo temía. -Jared miró a Olympia, que estaba sentada al otro extremo de la mesa.- Confío en que descubras pronto ese secreto, querida. O, de lo contrario, tendremos que aguantar a estos intrusos que se han invitado solos, indefinidamente.

-Haré lo que pueda, milord. -Olympia se ruborizó ligeramente.

No estaba segura si debía avergonzarse o no por la descortesía de su esposo. Aparentemente, ni Flamecrest ni Thaddeus parecieron haberse ofendido por las groseras palabras de Jared.

-Muy bien, entonces. Dejaré ese tema en tus manos -Jared hizo un gesto, como para sacar su reloj e hizo una mueca al no encontrarlo en su lugar.- Debo recordar que tengo que comprar uno nuevo-. Miró el reloj de pared y luego a Robert, Ethan y Hugh. -Es la hora de vuestras clases. Esta mañana, geografía y matemáticas, creo.

Thaddeus se quejó.

-Qué aburrido.

-Ese es mi muchacho -protestó Magnus-. Pon en sus manos una bella mañana de verano y él la desperdicia en geografía y matemáticas.

Robert miró ingenuamente a Jared.

-Señor, teníamos la esperanza de que esta mañana pudiéramos prescindir de nuestras clases. Su Alteza, el conde, dice que los niños de nuestra edad deben ir de pesca todas las mañanas de verano.

-Es cierto -confirmó Ethan-. Y tío Thaddeus nos dijo que cuando él era niño solía hacer barquitos de papel para hacerlos flotar en los arroyos.

-Y que practicaba esgrima con una espada de verdad -agregó Hugh.

-Os podéis retirar de la mesa del desayuno -dijo Jared con toda la tranquilidad-. Os doy cinco minutos para que vayáis a la sala de la clase y abráis vuestros libros.

-Sí, milord. -Robert se puso de pie bruscamente e hizo sus reverencias.

-Sí, milord. -Ethan abandonó la silla, inclinó la cabeza rápidamente y salió corriendo hacia la puerta.

-Sí, milord. -Hugh imitó a sus hermanos.

Jared esperó a que los tres niños se hubieran marchado de la sala para mirar a su padre y a su tío con severidad. -Esta casa se rige por unas pocas normas, muy simples, pero absolutamente inflexibles. La primera regla dice que yo hago las normas. Y una de mis normas es que los niños recibirán sus clases todas las mañanas, a menos que yo decida lo contrario. Les agradeceré que no interfieran.

Olympia estaba asombrada.

-Chillhurst, estás hablando con tus mayores.

Magnus rió.

-Maldita razón. Sólo te pedimos que tengas un poco de respeto por nosotros.

Thaddeus rió con perversidad.

-Eso es valentía, muchacha. No le permitas que sea insolente con sus mayores.

Jared miró a Olympia mientras se ponía de pie.

-No tienes que preocuparte por mi comportamiento, milady. Te aseguro que he convivido con ellos el tiempo suficiente como para saber que, si no pongo las bases desde un principio, claramente, son capaces de convertir esta casa en un caos en un abrir y cerrar de ojos.

-Lo dudo -dijo Olympia, tensa.

-Confía en mi -dijo Jared-. Les conozco mucho mejor que tu. Que tengas un buen día, querida. Te veré al mediodía. Hasta entonces, estaré en el aula de clases. -Inclinó la cabeza en dirección a su padre y a su tío- -Señores.

-Vete, hijo -le contestó Magnus-. Todavía estaremos aquí cuando tú vuelvas.

-Me lo temía -dijo Jared, desde la puerta.

Salió al pasillo, dejando a Olympia a solas con Magnus y Thaddeus.

Les miró de reojo y se alivió al advertir que ninguno de los dos parecía ofendido.

-Chillhurst prefiere que la casa esté en orden- explicó Olympia.

-No es necesario que se disculpe, querida-. Magnus le dirigió una mirada radiante. -El muchacho siempre fue un poco chapado a la antigua. Había veces en que su madre y yo nos sentíamos desesperanzados con él.

-Es un buen muchacho -le aseguró Thaddeus-. Pero no sale a nadie de la familia.

-¿En qué sentido? -preguntó Olympia.

-No tiene sangre caliente en las venas -dijo Magnus con tristeza-. Carece del fuego de los Flamecrest, no sé si me entiende. Siempre está detrás de ese famoso libro de compromisos y mirando la hora. Se entierra en sus negocios. No siente emociones violentas ni fuertes pasiones. En resumen, es un muy atípico miembro del clan.

Olympia frunció el entrecejo a ambos hombres.

-Yo creo que no entienden muy bien a Chillhurst.

-Bueno, es justo -defendió Thaddeus-. El tampoco nos entiende a nosotros.

-Jared es un hombre de refinada sensatez y profundas pasiones -dijo Olympia, convencida.

-¡Bah! Nunca sabremos si tiene sangre de bucanero en las venas, pero, de todas maneras, es un buen muchacho- Thaddeus frunció el entrecejo. -Hablando de su reloj, ¿qué pasó con él?

Olympia apretó la boca.

-Chillhurst utilizó su hermoso reloj para pagar el rescate por mi sobrino.

Magnus se quedó mirándola.

-No me diga. Típico en él comprar la seguridad del muchacho con un reloj, en lugar de hacerlo con su daga entre los dientes y dos buenas pistolas. Un comerciante de alma. ¿Quién cree que secuestró al niño?

-Chillhurst cree que puede haber sido un hombre de su confianza, que abandonó el país desde que sucedió eso-, dijo Olympia. -Sin embargo, yo no estoy tan segura.

Thaddeus entrecerró los ojos.

-Hablemos de este tema como corresponde, querida.

Olympia miró en dirección a la puerta, para asegurarse de que Jared no hubiera regresado sin avisar.

-Bien, señores, para decirles la verdad, yo sospecho que la persona que secuestró a Robert estaba detrás del diario de Lightbourne.

-¡Ah!, ¡ah!- Magnus golpeó la mesa de tal forma que toda la vajilla vibró y la platería saltó. -Estoy de acuerdo. El diario debe ser el motivo de todo esto. Estamos acercándonos al secreto, Thaddeus. Lo siento en mis huesos.

Los ojos de Thaddeus brillaron.

-Díganos lo que ha descubierto hasta ahora, muchacha. Tal vez, Magnus y yo podamos ayudarle.

Olympia se mostró muy entusiasmada.

-Suena maravilloso. Yo apreciaría mucho su ayuda. Debo admitir que Chillhurst me ha obstaculizado las cosas, prácticamente.

Magnus exhaló un suspiro ruidoso.

-Ah, sí, así es mi muchacho. ¿Qué se le puede hacer? Bueno, pero vayamos al grano. ¿Hasta dónde ha llegado con las investigaciones del diario?

-Muy cerca del final. -Olympia dejó a un lado su plato y colocó una mano encima de la otra, sobre la mesa. Miró cuidadosamente a sus dos nuevos asistentes.- Aunque he podido traducir la mayoría de las frases, no he podido entender su significado.

-¿Cuáles son? -preguntó Magnus.

-Bueno, hay una frase sobre el Amo de la Syrena que debe hacer las paces con el Amo de la Serpiente de mar. Ahora, a simple vista, parece que se refiriera al capitán Jack y al capitán Yorke.

-Un poquito tarde para amigarlos-, dijo Thaddeus. -Hace años que están bajo tierra.

-Ya lo sé. Pero he comenzado a creer que es necesario que se reúnan los descendientes de ambas familias para develar el misterio-, explicó Olympia. -He encontrado la mitad del mapa que conduce al tesoro. Y sospecho que algún familiar de la familia Yorke tiene la Otra mitad.

-En ese caso, nunca descubriremos el tesoro-, comentó Magnus amargamente.

-Maldita sea- vociferó Thaddeus, golpeando el puño fuertemente contra la mesa. -Estar tan cerca sólo para enteramos de que jamás lo tendremos en nuestro poder.

-¿Por qué lo dicen?- Olympia miró hacia una y otra cara llenas de desilusión.

-Porque no podremos encontrar ningún descendiente del capitán Edward Yorke-, dijo Thaddeus, con tristeza. -Jamás tuvo hijos. El maldito clan está muerto hace tiempo, por lo que yo sé.

Olympia intentó responder, pero se detuvo cuando oyó la voz de Graves desde la puerta.

-Le ruego me disculpe, señora. -Sostenía una bandeja de plata llena de tarjetas e invitaciones.- Ha llegado el correo de la mañana.

Olympia lo descartó con un movimiento de la mano.

-Su Alteza revisará todo eso. Él maneja esas cosas.

-Sí, señora. -Graves comenzó a retirarse.

-Aguarde un momento-. Magnus miró a Graves. -Veamos qué tiene ahí.

-Se trata simplemente de invitaciones a varios eventos sociales- explicó Olympia, irritada por la interrupción. -No han dejado de llovemos invitaciones de todas partes, desde que se enteraron de que Chillhurst está en la ciudad.

-¿Es cierto?- Thaddeus frunció el entrecejo. -¿Han asistido a muchas fiestas y veladas?

-¡Oh!, no-, respondió Olympia, sorprendida. -Chillhurst las tira a la basura.

Magnus gruñó.

-Típico en él... Ese muchacho nunca supo cómo divertirse. Abramos algunas de esas invitaciones para ver qué está aconteciendo en la sociedad. Tal vez encontremos algo interesante para hacer, mientras estemos aquí, Thaddeus.

-Tienes razón-. Thaddeus hizo un ademán a Graves para que entregara la bandeja a Olympia.

-Realmente, no creo... -, comenzó Olympia, cuando Graves plantó la bandeja frente a ella.

-Tiene que aprender a divertirse, si pretende pasar el resto de sus días junto a Chillhurst -Magnus la miró con afecto.- Rompa alguno de esos sobres y veamos quién está haciendo qué esta semana.

-Muy bien, si insisten-. Con cierta reticencia, Olympia cogió una de las pequeñas notas blancas y frunció el entrecejo al ver el sello de cera que la cerraba. -¿Alguno de ustedes tiene algo para abrir esto?

Se oyó un ruido metálico contra el cuero. Olympia miró azorada cuando ambos parientes políticos extrajeron sus respectivas dagas. Contempló los diseños grabados en las empuñaduras de las armas que Magnus y Thaddeus le mostraron.

-Aquí tiene, muchacha-, dijo Magnus.

Olympia recordó el arma que Jared traía la noche que llegó a la casa de Upper Tudway.

-¿Todos los hombres del clan Flamecrest tienen la costumbre de portar una daga?

-Es la tradición familiar-, le aseguró Thaddeus. -Hasta mi sobrino lleva una.

-Por supuesto que la daga que lleva Chillhurst es especial- agregó Magnus con cierto grado de orgullo. -La llevé yo durante años, hasta que se la pasé a él. Era la misma que usaba el capitán Jack.

-¿De verdad?-, Olympia olvidó toda la pila de invitaciones que tenía frente a ella. -No sabía que la daga que Chillhurst lleva perteneció, alguna vez a su bisabuelo.

-Excelente pieza de acero-, comentó Magnus. -Salvó la vida del capitán Jack en más de una ocasión. También la de mi hijo y la de los hijos de Thaddeus en una ocasión. El capitán Jack denominó el arma con el apodo de Guardián.

-El Guardián-. Olympia se puso de pie como un resorte. -Llamó a Jared el Guardián.

-Eso es. -Magnus arqueó las cejas.- Otra tradición familiar. El hombre que porta el arma se hace acreedor al título.

-Vaya. No me había dado cuenta-. Se puso a meditar.

-¿Qué pasa, niña?- preguntó Thaddeus.

-Tal vez, nada. Tal vez, todo. Una de las misteriosas frases del diario dice: "Cuando el corazón del Guardián abras con tu llave, cuídate de su beso mortal mientras buscas la clave"-. Olympia se alejó de la mesa.

-Debo ver esa daga.

Escuchó que las sillas se arrastraban contra el piso mientras ella se dirigía a la puerta.

-Vaya, vaya-, exclamó Thaddeus. -Se ha ido, Magnus. Está detrás de algo.

-Vamos tras ella, hombre-, ordenó Magnus.

Olympia no les esperó. Corrió por el pasillo y subió las escaleras, de dos en dos peldaños, hasta el tercer piso. Cuando llegó, corrió por el corredor que la conduciría al salón de clases. Con la respiración agitada, cogió el picaporte, lo giró y entró tan bruscamente que golpeó la puerta contra la pared.

Ethan, Hugh y Robert estaban reunidos alrededor del globo terráqueo. Los tres se volvieron para mirarla, sorprendidos. Jared la miró, advirtiendo su excitada expresión.

-¿Sucede algo malo, mi querida?

-Sí, no, no lo sé-. Olympia escuchó que Magnus y Thaddeus estaban detrás de ella, en la puerta. -Chillhurst, ¿te importaría mucho si examino cuidadosamente tu daga?

Jared miró por encima de la cabeza de Olympia, en dirección adonde su padre y su tío estaban de pie.

-¿Qué está pasando aquí?

-¿Y Yo que sé?-dijo Magnus, con tono alegre. -La niña salió disparada como una bala. Nosotros sólo la seguimos.

Jared miró enojadamente a Olympia.

-Si esto tiene algo que ver con tus estudios sobre el diario, querida, puede esperar hasta la tarde. Ya sabes que no me gustan tas interrupciones en mis clases.

Olympia se puso colorada.

-Lo sé, milord, pero esto es realmente muy importante. ¿Podrías permitirme examinar la daga, por favor?

Jared dudó, pero se encogió de hombros, obviamente resignado. Atravesó la sala y se acercó a donde estaba su chaqueta colgada de un perchero. Metió la mano en el interior y desenvainó la daga. Sin decir una palabra, se la entregó a Olympia, por el mango.

La joven la tomó cuidadosamente y tocó el extremo letal.

-Cuídate de su beso mortal-, murmuró. Estudió el intrincado diseño de la empuñadura.- Tu padre me informó que esta arma perteneció a tu bisabuelo y que le dio el nombre de Guardián.

Jared miró irónicamente a su padre, de reojo.

-Otra estúpida leyenda familiar.

Olympia giró la hoja en su mano.

-¿Hay algún modo de quitar el mango?

-Podría hacerse-, contestó Jared. -¿Pero para qué?

Ella levantó la vista, ansiosa.

-Porque quiero abrir el corazón del Guardián con mi llave.

Jared tomó la daga de sus manos, con la vista fija en los ojos de su esposa.

-Muy bien. Es evidente que no hay otra manera de satisfacer tu curiosidad.

Olympia sonrió.

-Gracias, milord.

Poco tiempo después, Jared separó la empuñadura de la hoja. Miró en el interior de aquella.

-¡Caramba!

-¿Qué es?- preguntó Robert, ansioso.

-Sí, ¿qué es?- repitió Ethan, mientras se acercaba con Hugh.

Jared miró a Olympia y sonrió.

-Creo que el honor corresponde a mi esposa.

Olympia le quitó la empuñadura de la mano y miró en el interior.

Había una antigua hoja de papel doblada en el interior.

-Hay algo aquí.

-¡Caramba! -musitó Thaddeus.

-Sácalo de una vez, niña. La curiosidad me matará de un infarto -dijo Magnus.

Con los dedos temblorosos por la emoción, Olympia extrajo la hoja de papel de la empuñadura. La abrió con mucho cuidado y estudió lo que estaba escrito en ella.

-Creo que estos números deben corresponder a la longitud y latitud de la misteriosa isla donde el tesoro está escondido.

Jared puso la mano en el globo terráqueo.

-Léemelos.

Olympia leyó los números en voz alta.

-Debe de estar muy cerca de las Indias Occidentales.

-Así es-. Jared miró, pensativamente, un puntito de tierra que aparecía apenas al norte de Jamaica. -Por todo lo que se cuenta, el capitán Jack era un excelente matemático. Podía calcular la longitud y latitud con gran precisión.

-Por Dios, hijo-, dijo Magnus, con tonos rimbombantes. -Tu esposa lo ha hecho. Ella fue la que halló la clave para el tesoro.

-Eso parece-, dijo Jared.

-No del todo-, dijo Olympia.

Todos se volvieron para mirarla.

-¿Qué quieres decir?- preguntó Thaddeus. -Tenemos en nuestras manos la información precisa para navegar hasta esa maldita isla donde el capitán Jack escondió el tesoro.

-Sí, pero sólo tenemos la mitad del mapa-, aclaró Olympia. -La otra mitad todavía nos falta. Cada vez me convenzo más de que los descendientes del capitán Yorke tienen la otra mitad del mapa.

-Entonces, todo está perdido-. Magnus estrelló el puño sobre la palma de su mano. -No hay ningún maldito descendiente.

-Supongo que podríamos hacer el intento de cavar por toda la maldita isla -dijo Thaddeus, pensativo.

Jared le miró, como descartando la sugerencia.

-Suponiendo que pudiéramos encontrar la isla, es muy poco probable que encontremos el tesoro cavando al azar.

-Nosotros podríamos ayudar en ello, señor- se ofreció Robert.

-Sabemos cavar muy bien- aseguró Hugh a Jared.

-Y también Minotauro- dijo Ethan.

-Basta ya- Jared levantó la mano para conseguir silencio. Olympia tiene razón. Todavía no tenemos todas las piezas del rompecabezas. La búsqueda de pistas debe continuar.

Olympia miró el papel que se había ocultado en el interior de la daga.

-Debemos tratar de averiguar si realmente todos los Yorke han muerto.

Magnus frunció el entrecejo.

-Ya le dije que todos pasaron a mejor vida.

Por cuanto yo sé, el capitán Yorke no tuvo hijos que perpetuaran su apellido.

-¿Y por qué no una hija?- preguntó Olympia.

Toda la sala se quedó en silencio.

-¡Caramba!-dijo Thaddeus. -No había pensado en eso.

Una hija podría guardar el secreto o el tesoro de una familia, de la misma manera que un hijo- dijo Olympia.- Justamente ayer, el Sr. Seaton me contaba la historia de su abuela, que había administrado un importante astillero que había heredado de su padre.

La expresión indulgente de Jared se desvaneció. Su mirada se tornó fría.

-No permitiré que Seaton quede involucrado en esto, ¿está claro Olympia?

-Sí, por supuesto, discúlpame-. Olympia se encaminó hacia la puerta. -Debo seguir con el diario. Hay otros dos puntos más que quiero revisar.

Magnus y Thaddeus se volvieron para seguirla.

-Permítanos que le ayudemos- gritó Magnus.

-No, realmente, no creo que sea de gran utilidad- dijo Olympia.

-Bueno, entonces tendremos que entretenernos de otra manera- comentó Thaddeus. Miró especulativamente a Jared, -¿Qué estás enseñando a estos niños, muchacho?

-Dudo que se diviertan en esta sala de clases- dijo Jared. -Por hoy, no toleraré mas interrupciones.

-Este muchacho siempre ha sido un aguafiestas- comentó Magnus a Olympia, mientras sostenía la puerta abierta. -Llámenos cuando esté lista, mi querida.

-Muy bien-. Olympia le miró. -¿Que harán hoy ustedes dos?

Magnus y Thaddeus intercambiaron especulativas miradas. Luego Magnus sonrió a Olympia.

-Creo que revisaremos esas invitaciones que recibió hoy. Apuesto a que mi hijo ni se molestó en presentarla en el mundo de la sociedad, ¿verdad?

Jared murmuró por lo bajo.

-Olympia no está interesada en frecuentar los círculos sociales.

-¿Cómo sabes eso?- preguntó Magnus. -Es obvio que ella todavía no ha tenido oportunidad de conocer lo que es la sociedad. Tu sigue con tus malditas clases, hijo, y deja que tu esposa participe con nosotros en las actividades sociales.

Olympia miró un rostro tras otro.

-La cuestión es- dijo ella un tanto incómoda -que realmente no tengo qué ponerme.

Magnus palmeó su hombro de un modo indulgente y paternal.

-Deje eso en manos de Thaddeus y mías. En nuestra juventud, causábamos sensación y nuestras esposas, que Dios las tenga en su santa gloria, parecían perlas. Tenemos muy buen gusto y un gran estilo, ¿no, Thaddeus?

-Sí, Magnus, claro que sí-. Thaddeus comenzó a cerrar la puerta del salón de clases. Pero se detuvo para asomarse hacia el interior. -Será mejor que salgas a buscar una modista esta misma tarde, muchacho. No querrás avergonzar a tu esposa.

-Maldita sea, tío...-, comenzó Jared.

Thaddeus cerró la puerta a pesar de la protesta y sonrió con alegría a Olympia.

-Corra a ver qué descubre en ese diario, querida. Yo le enviaré una buena modista y varias muestras de géneros. En muy poco tiempo, haremos que le confeccionen un par de vestidos decentes.

-Como gusten- contestó Olympia, ausente. Se aferró a la hoja de papel que estaba en el interior de la daga. Estaba aturdida, con tantos descubrimientos.- Les ruego que me disculpen, por favor. De verdad debo continuar con mi trabajo.

Aun contra su voluntad, a las nueve de la noche del día siguiente, Jared estaba esperando pacientemente en el vestíbulo. Llevaba una chaqueta negra, pantalones ceñidos y una prolija corbata que su padre le había mandado poner. El pesado y antiguo coche del clan Flamecrest esperaba al pie de las escalinatas, para conducirles al baile de lord y lady Hunlington.

Jared no conocía a tos Hunlington, pero Magnus le había asegurado que Lady Hunlington era una amiga suya, de la época en que cortejaba a su madre.

-No se puede pretender mejor anfitriona para lanzar a Olympia en la high society-. Magnus se había frotado las manos, con gran entusiasmo, mientras explicaba el plan a Jared. -Conoce exactamente a las personas indicadas y todas estarán allí.

-No veo motivos para lanzar a mi esposa a ninguna parte-, se había quejado Jared. -Ella está conforme con los círculos en los que se mueve actualmente. No creo que se divierta mucho en esa sociedad.

-Con eso demuestras lo que sabes de mujeres, hijo-. Magnus meneó la cabeza, desconsolado. -No sé cómo has hecho para procurarte una mujer de tanto carácter como Olympia.

Jared miró a su padre de reojo.

-¿Eso significa que estás de acuerdo con la nuera que te ha tocado en suerte?

Magnus exclamó: -Encajará perfectamente en la familia.

Jared sonrió al recordar la conversación que había mantenido con su padre, mientras seguía en el vestíbulo, mirando el reloj con impaciencia. Todavía no habían bajado ni Magnus ni Thaddeus. No había visto a Olimpia desde el mediodía.

Jared estaba anticipando la aparición de la muchacha con cierta suspicacia. Sabía que su padre y su tío habían estado encerrados con la modista toda la tarde del día anterior y que

había llegado un vestido esa misma tarde, a las cinco, con varias cajas más. Pero no sabía a qué atenerse.

Ya había caminado por la calle lo suficiente como para haberse dado cuenta de que estaban de última moda los vestidos muy escotados y géneros ultrafinos. Jared decidió que si el vestido de Olympia resultaba ser demasiado atrevido, simplemente no la dejaría ir al baile. Un hombre debía poner mano firme en ciertos aspectos.

Graves apareció al pie de la escalera, Jared frunció el entrecejo cuando vio que su mayordomo parecía más preocupado de lo habitual.

-Discúlpeme, milord. Acaba de llegar un mensaje a la cocina, para usted. Me imaginé que querría leerlo de inmediato-. Le entregó la nota sellada.

Jared la tomó y estudió el pobre manuscrito.

-¿Qué rayos es esto?

-No lo sé, milord. El muchachito dijo que era urgente.

-¡Demonios!- Abrió la nota y estudió su contenido:

Señor:

Lamento informarle que el caballero en cuestión no se ha ido del país realmente. Un conocido mío le vio hace poco menos de una hora. Creo que se dirige a su viejo lugar de operaciones. Pensé que tal vez querría encontrarse conmigo allí, lo antes posible. Me reuniré con usted en la calleja que está detrás del edificio.

Atentamente,

Fox

Jared miró una vez más hacia lo alto de las escaleras, mientras doblaba la nota.

-Esto tiene que ver con nuestro viejo problema. Graves. Por favor, no diga nada al respecto a mi esposa. Se preocupará. Dígale que me reuniré con ella más tarde, en la mansión de los Hunlington.

-Tiene razón, señor. -Graves abrió la puerta.- Tal vez yo debiera acompañarle.

-No es necesario. Fox estará allí.

Jared salió y bajó las escalinatas. Se preguntó qué haría si podía poner sus manos encima de Félix Hartwell.

18

-Me temía esto -Thaddeus miró con cierto pesar el atiborrado salón de baile.- Parece que ese hijo tuyo, finalmente, no vendrá.

-Maldito sea, caramba- Magnus arrebató una copa de champaña de una bandeja que pasaba y la bebió de un solo trago.- Sabía que la idea de venir aquí no le había caído nada bien, pero al menos, podría haber pasado unos minutos, aunque sólo fuera para no humillar a Olympia.

-Yo no me siento humillada -dijo Olympia de forma contundente. -Estoy segura de que Chillhurst habrá tenido una razón muy importante para salir esta noche. Ya oyeron ustedes a Graves. Recibió un mensaje urgente.

-¡Bah! el único mensaje que Jared consideraría importante es el que estuviera relacionado con sus negocios-, murmuró Thaddeus. Miró a Olympia de la cabeza a los pies, con una expresión de genuina apreciación.

-No sabe lo que se está perdiendo. El joven Robert tenía razón. Esta noche pareces una princesa de los cuentos de hadas, niña. ¿No crees que parece una princesa, Magnus?

-Sí, claro que sí- Magnus le brindó esa encantadora mirada de pirata. -Una perla. Mañana por la mañana será el comentario de todo el mundo. Vaya, esa modista tenía razón al vestirla de verde esmeralda.

Olympia sonrió.

-Me alegro de que estén complacidos con su obra. Debo admitir que ni yo me reconozco esta noche.

Para hablar con franqueza, Olympia se sentía irreal. Las faldas de seda, que le llegaban hasta los tobillos, parecían flotar a su alrededor. El escote era bastante más bajo de los que la muchacha solía usar y las mangas revelaban ligeramente sus hombros. El cabello, peinado con un elegante moño con la raya en medio. Complementaban el peinado diminutas flores de satén verde y algunos rizos que caían, gráciles junio a las orejas; el calzado de satén y los guantes largos eran del mismo tono que el vestido.

Thaddeus, Magnus y la modista habían convenido en que la única alhaja que podía llevar con ese atuendo era un par de pendientes de esmeralda. Pero Olympia les explicó que ella no tenía pendientes de esmeralda.

-Yo me encargaré del asunto- prometió Thaddeus.

La tarde del baile, apareció con un bellísimo par de pendientes, de esmeralda y diamantes. Olympia se horrorizó.

-¿De dónde diablos los ha sacado?- le preguntó Olympia, con suspicacia.

Thaddeus se mostró herido.

-Son un obsequio, mi querida.

-No puedo aceptar un obsequio tan valioso, señor- dijo ella de inmediato.

-No fui yo quien se los compró- le aseguró Thaddeus, guiñando un ojo. -Fue su esposo.

-¿Chillhurst compró esto para mí?- Olympia se había quedado mirando la joya, maravillada. Se asombró y, secretamente, se emocionó, al enterarse de que Jared había encontrado unos minutos, dentro de sus muchas actividades, para comprarle un par de pendientes. -¿El mismo los escogió?

-Lo que quise decir -aclaró Thaddeus muy cuidadosamente- con eso de que su esposo se los compró no fue que él personalmente saliese a escogerlos. La verdad es que fue su dinero el que los pagó.

-¡Oh!- al instante, Olympia perdió interés por los pendientes.

-Pero, niña, eso es casi lo mismo que vaya él personalmente a comprarlos -insistió Thaddeus.- Vea, Chillhurst es un sobrino excelente, pero no tiene idea de lo que es el estilo y el buen gusto.

-Eso es verdad, muchacha- agregó Magnus solemnemente. -No tiene ni idea de lo que es la moda. Pero desde la época del capitán Jack, Jared es el único de la familia que tuvo el don de hacer dinero.

Thaddeus asintió con la cabeza.

-No hay duda de que todo el dinero que Magnus, yo y cualquier otro miembro del clan ha gastado en la vida provino de manos de Jared, de un modo u otro.

Olympia resopló, molesta.

-En ese caso, creo que el conde, usted y el resto de la familia deben a Chillhurst un poco más de respeto.

-¡Oh!, estamos muy orgullosos del muchacho- explicó Thaddeus.

-No lo dude ni por un instante. Pero tampoco hay que negar que Jared no está hecho con el mismo molde que nosotros.

Robert, Hugh y Ethan se habían mostrado maravillados al contemplar a Olympia cuando bajaba las escaleras esa tarde.

-Vaya, estás hermosa, tía Olympia- murmuró Hugh.

-La mujer más hermosa del mundo entero- agregó Ethan.

-Como la princesa de un cuento de hadas- concluyó Robert.

Olympia se emocionó con la admiración de los niños. Al menos, fue un aliciente ante la decepción que se llevó al descubrir que Jared no sería testigo de su transformación.

Esa desilusión fue lo que le demostró que, al final de cuentas, ella había estado realmente ansiosa por observar la expresión de Jared cuando la viera tan cambiada.

-Caramba, aquí viene Parkerville- anunció Magnus.- Indudablemente, querrá presentaciones y una pieza de baile, al igual que los demás-. Miró a Olympia. -Seguramente, no querrá ir a la pista, ¿no?

-Ya le dije que no sé bailar. Tía Ida y tía Sophy pensaban que bailar no era importante para una joven. Prefirieron enseñarme griego, latín y geografía.

-Pronto solucionaremos ese problemita- murmuró Thaddeus, mientras un hombre mayor, de patillas se acercaba. -Mañana voy a contratar a un profesor de baile.

-Mientras tanto, yo me encargo de Parkerville- susurró Magnus.

-Ese tipo siempre ha tenido inclinaciones lascivas-. Inclinó la cabeza para saludar al recién llegado. -Buenas noches, Parkerville- saludó Magnus efusivamente.- Hace siglos que no nos vemos. ¿Cómo está su encantadora esposa?

-Muerta, gracias-. Parkerville dirigió una pegajosa sonrisa a Olympia. -Me enteré de que por fin tiene una nuera, Flamecrest. Los rumores decían que su muchacho la tuvo

encerrada hasta esta noche. Y ahora que la veo personalmente, me doy cuenta por qué. Me la presentará, ¿no es cierto?

-Por supuesto-. Magnus cumplió con el ritual de las formalidades con aire de aburrimiento.

Lord Parkerville tomó la mano enguantada de Olympia y se detuvo más de lo debido con ella.

-Es un verdadero placer, señora. ¿Me permite esta pieza?

Olympia sonrió, por puro compromiso, mientras tiraba elegantemente de su mano, para liberarse de la de él.

-No, gracias, señor.

Parkerville se mostró genuinamente decepcionado.

-¿Tal vez más tarde?

-Lo dudo- respondió Magnus por ella.- Mi nuera es extremadamente peculiar cuando elige a compañeros.

Parkerville le miró, irritado.

-¿Es cierto, señor?

-Sí, claro que lo es- Magnus sonrió.- Por si no se ha dado cuenta, esta noche no ha bailado con nadie.

-Me he dado cuenta- dijo Parkerville. -Y todos los demás también-. Sonrió a Olympia especulativamente.-Todos estamos esperando ver a quién le dará el honor de concederle una pieza.

Olympia no prestó atención a su tono de voz.

-Señor, yo no...

-Lady Chillhurst-. Lord Aldridge apareció entre los invitados y se detuvo justo frente a Olympia. -Es un placer verla aquí esta noche.

Magnus asumió una expresión amenazante.

-¿Conoce a este hombre, querida?

-¡Oh!, sí-. Olympia sonrió a Aldridge. -Qué agradable verle, señor. ¿Su esposa ha venido con usted?

-Debe de estar por alguna parte-. Aldridge sonrió esperanzado.

-¿Podría convencerla para que baile conmigo, señora? Sería un gran honor para mi ser el primero que la conduzca a la pista de baile.

-No, gracias- comenzó Olympia. -Verá, yo no...

-Olympia, quiero decir, lady Chillhurst-. Gifford Seaton se abrió paso entre los presentes y se situó junto a Olympia. -He oído que estaba usted aquí. Todo el mundo está comentando su presencia-. La estudió sorprendido y con elocuente admiración. -Permítame decirle, señora, que está usted preciosa esta noche.

Magnus resopló.

-¿Usted es el joven Seaton, no es verdad? Recuerdo haberle conocido cuando su hermana estaba comprometida con mi hijo.

-Sí, yo también le recuerdo- refunfuñó Thaddeus. -Dudo que a Chillhurst le agrade que se haya presentado así frente a lady Chillhurst, Seaton, y a nosotros tampoco. Váyase ahora.

Gifford le miró, molesto.

-Lady Chillhurst y yo ya nos conocemos. Tenemos intereses en común-. Volvió a dirigirse a Olympia.- ¿No es cierto, señora?

-Sí, muy cierto-. Olympia palpó la tensión en el ambiente. -Por favor, caballeros. No me avergüencen, ni a mí ni a Chillhurst, causando una escena. El Sr. Seaton y yo ya nos conocemos de antes.

Magnus y Thaddeus la miraron con bastante irritación.

-Sí usted lo dice- rezongó Magnus. -Me sorprende que Chillhurst haya permitido esta presentación, si no le importa que se lo diga.

Chillhurst no tuvo nada que ver en todo esto. -Gifford miró a Magnus con sarcasmo.- Le dije que lady Chillhurst y yo tenemos intereses en común. Ambos somos miembros de la Sociedad para Viajes y Exploraciones.

Magnus hizo una mueca. Thaddeus seguía enfadado. Olympia frunció el entrecejo, mirando a sus parientes políticos.

-Ya basta. A ambos, les digo que el Sr. Seaton tiene tanto derecho a hablar conmigo esta noche como cualquier otra persona que esté presente en esta fiesta.

Gifford sonrió.

-Gracias, señora. Confío en que también tengo el mismo derecho que los demás a solicitarle un baile.

Olympia sonrió.

-Sí, por supuesto. Pero desgraciadamente, voy a tener que negarme-. Hizo una pausa y su mirada se detuvo en la elaborada faltriquera del reloj del joven. -Pero me agradaría hablar con usted unos minutos, señor, si me lo permite.

La sonrisa de Gifford asumió un aire triunfante.

-Será un gran placer para mí, señora. Permítame escoltarla hasta el salón de los platos fríos.

Olympia aceptó el brazo que Gifford le ofreció. Vio a Magnus entrecerrar los ojos, Thaddeus resopló con más fuerza que nunca. Olympia calmó a ambos con una sola mirada.

-Estaré de regreso enseguida, milord- le dijo al conde. -Por favor, le ruego que me disculpe. Tengo algo muy importante que discutir con el Sr. Seaton.

-Vaya, vaya, vaya- murmuró Parkerville, con malicia. -Esto sí que está poniéndose interesante, ¿verdad?

Magnus y Thaddeus se volvieron hacia él con expresiones asesinas.

Olympia les ignoró y urgió a Gifford a que avanzara.

-Vamos, señor. He tenido muchas ansias de conversar con usted. Tengo unas pocas preguntas que formularle.

-¿Qué clase de preguntas?- Gifford la condujo entre un grupo de personas despampanantemente vestidas.

-Sobre su reloj.

Gifford la miró asombrado.

-¿Qué rayos tiene que ver mi reloj en todo esto?

-Todavía no estoy muy segura, pero me agradaría saber por qué escogió ese motivo de la serpiente de mar.

-Maldición-. Gifford se detuvo bruscamente cerca de las puertas que, en esos momentos, estaban abiertas. Tenía una mirada muy peculiar. -Lo sabe, ¿no es así?

-Creo que sí- dijo Olympia. -Usted es el bisnieto del capitán Edward Yorke.

Gifford se pasó la mano por su cabello, cuidadosamente peinado.

-Caramba. Por todos los demonios. Tenía el presentimiento de que usted adivinaría la verdad. Hubo algo en usted que me hizo deducir que podría unir todas las piezas para llegar a la conclusión final.

-No tiene motivos para alarmarse, Sr. Seaton. No veo motivos por los que no podamos trabajar juntos en esto- Olympia le miró con curiosidad. -¿Puedo preguntarle por qué ha mantenido en secreto su verdadera identidad?

-Nunca mentí sobre mi identidad- se defendió Gifford.- Y tampoco Demetria, nuestro apellido es Seaton. Simplemente, jamás le contamos a Chillhurst quién había sido nuestro bisabuelo.

-¿Por qué no?

-Porque el capitán Jack Ryder fue el enemigo de siempre de nuestro bisabuelo- estalló Gifford, enfurecido.-Ryder creía que Yorke le había delatado ante los españoles, pero eso no fue cierto. Otra persona le traicionó. De todas maneras, Ryder logró escapar de esa maldita embarcación española. Regresó a Inglaterra siendo un hombre rico.

-Sr. Seaton, por favor. No haga una escena.

Gifford se puso completamente colorado y se dio vuelta a ambos lados para ver si alguien le había escuchado.-Lady Chillhurst, ¿podríamos discutir esto afuera, en los jardines? No quiero que la mitad de la high society escuche esta conversación.

-Sí, por supuesto. -Preocupada por la evidente vulnerabilidad de las emociones de Gifford, Olympia permitió que la condujera afuera, a la paz de la noche. -Sr. Seaton, comprendo su interés en el tesoro, pero lo que no entiendo es por qué ha actuado tan secretamente. Esa vieja contienda entre el bisabuelo de Chillhurst y el suyo terminó hace muchos años ya.

-Está equivocada, señora. Nunca ha terminado -los músculos se tensaron en los brazos de Gifford. Apretó la mano.- El conde de Flamecrest juró eterna venganza contra mi familia. Juró que jamás permitiría que Edward Yorke recibiera la mitad del maldito tesoro que fue enterrado en esa condenada isla. También juró que sus descendientes harían honor a su palabra, en nombre de la familia.

-¿Cómo sabe todo esto?

-Mi abuela dejó escrita toda la historia, junto con la mitad del mapa de mi bisabuelo.

-¿De modo que usted tiene la otra mitad del mapa?- preguntó Olympia, ansiosa.

-Por supuesto. Mi abuela se la dejó a mi padre- Gifford hizo una mueca.- Fue lo único que mi padre pudo dejarnos a Demetria y a mí. De haber existido un mercado para mapas por la mitad, seguramente la habría empeñado, como hizo con todo lo demás.

-¿Qué sabe, según los relatos de su abuela?

-No mucho. Aparentemente, cuando su padre murió, mi abuela hizo una propuesta al clan Flamecrest. Fue rechazada. Entonces, ella pidió a mi padre que lo intentara otra vez, algún día-. Gifford rió con sorna.- En nombre de la amistad que, en otros tiempos, había unido a Yorke y a Ryder.

Olympia le miró de reojo, tratando de dilucidar su expresión a pesar de las sombras

-¿Ella trató de hacer las paces?

-Siempre hay una mujer detrás de esas cosas. Los Flamecrest jamás quisieron limar asperezas. Harry, el hijo del capitán Jack, envió un mensaje a mi abuela diciendo que él cumpliría el juramento de su padre. Que no permitiría que el tesoro cayera en manos de ningún descendiente de Edward Yorke. Sostuvo que era por una cuestión de honor familiar.

-Así son los Flamecrest- musitó Olympia.- Muy emotivos.

-No fue justo- murmuró Gifford, ferozmente. -Flamecrest y su familia prosperaron, pero Demetria y yo no tuvimos nada. Nada.

-Tampoco el actual conde de Flamecrest, hasta que tuvo la suerte de que su hijo se hiciera cargo de todos sus negocios- contravino Olympia. -Señor, hay otra cosa que no entiendo. Si odiaba tanto a la familia de mi esposo, ¿por qué demonios consintieron el casamiento entre Demetria y él?

-Ella jamás tuvo la intención de casarse con él, en realidad- dijo Gifford.- Es más, jamás quiso comprometerse.

-No entiendo.

Gifford suspiró con impaciencia.

-Convencí a Demetria para que fuera presentada a Chillhurst, porque nos enteramos de que él estaba buscando esposa. Demetria logró que se lo presentaran, mediante una conexión que le va a intrigar.

-Félix Hartwell.

-Sí. Ella sabía que Hartwell era el hombre de confianza de Chillhurst, de modo que hizo lo imposible por dar con él, Demetria es muy hermosa-. Un orgullo fraternal brilló en los ojos de Gifford.- Ningún hombre puede resistirse a ella.

-Entonces el Sr. Hartwell se encargó de que Demetria recibiera una invitación para ir a la isla de Flame.

-Correcto. Como era natural, yo, al ser su hermano, tuve que acompañarla. Pensé que, tal vez, tendría la oportunidad de dar una vuelta a todo el castillo Flamecrest, para tratar de encontrar la otra mitad del mapa.

-¿Y qué pasó?

Gifford rió con amargura.

-Sólo estuvimos unos pocos días en la casa cuando Chillhurst pidió a Demetria que se casara con él. Demetria aceptó porque todavía no habíamos encontrado el mapa. Yo le dije que necesitaba un poco más de tiempo.

-¡Por Dios! -exclamó Olympia. -No tenía idea de que Chillhurst se había lanzado a buscar una esposa de ese modo tan práctico y frío. No es su estilo, sabe.

-Por el contrario. Es típico en él hacer una cosa así.

-Eso no es cierto. Yo creo que debe de haber sentido cierta ternura por su hermana- dijo Olimpia. -De no haber sido así, jamás le habría pedido que se casase con él.

Gifford la miró como si Olympia hubiera sido una inocente niñita, pero no hizo comentarios al respecto.

-Como quiera. El hecho fue que le pidió que se casara con él. Eso nos daba más tiempo para buscar la mitad perdida del mapa.

-Que jamás encontró- dijo Olympia, con fría satisfacción. -Se lo merecía, señor, si me permite que se lo diga. Nunca debió haber emprendido la búsqueda de esa manera tan malvada.

-No tenía otra alternativa- dijo Gifford a la defensiva. -El capitán Jack Ryder nunca permitió que mi bisabuelo tuviera su mitad del tesoro, por pura maldad, y sus descendientes actuaron de conformidad con esa maldad.

Olympia frunció la nariz.

-Es evidente que estamos frente a dos familias apasionadas y altamente emotivas. Creo que ha llegado el momento de hacer las paces. ¿No está de acuerdo, Sr. Seaton?

-Jamás-. Los ojos de Gifford se encendieron de furia. -No después del modo en que Chillhurst trató a mi hermana. Nunca perdonaré ni olvidaré.

-Por el amor de Dios, Sr. Seaton. Si su hermana ni siquiera quería casarse con Chillhurst. Y en cuanto a usted, sólo la usó a ella y a su compromiso para tener la oportunidad de registrar el castillo Flamecrest. No puede pretender hacer el papel de parte ofendida.

-La cuestión es que Chillhurst la insultó- contestó Gifford, indignado.- Terminó con el compromiso de la manera más cruel, simplemente porque se enteró de que ella no heredaría nada. Ojalá no hubiera sido tan cobarde como para vérselas conmigo en el campo del honor.

Olympia le tocó el brazo.

-Sé que este tema es muy emotivo para usted. Por favor, créame cuando le digo que Chillhurst no terminó con el compromiso simplemente porque se enteró de que su hermana no era la heredera de una gran fortuna.

-¡Oh!, ya sé que él insiste en que terminaron porque no se llevaba bien con Demetria, pero eso es mentira. Yo sé la verdad. El se sintió feliz con el compromiso durante algunos días. Luego, una tarde, terminó todo sin muchas explicaciones, ni aviso previo.

Gifford entrecerró los ojos, furioso.

-Demetria, lady Kirkdale y yo tuvimos sólo una hora para empaquetar nuestras cosas y marchamos.

Olympia le miró sorprendido.

-¿Lady Kirkdale estaba con ustedes en la isla de Flame?

-Sí, por supuesto- dijo Gifford, irritado. -Había muchos invitados y ella fue como acompañante de Demetria. Fue la gran amiga de mi hermana durante muchos años. También fue ella la que la presentó a lord Beaumont.

-Entiendo.

Gifford cerraba y abría el puño.

-Señora, su lealtad para con su esposo es loable, pero lamento decirle que se ha formado un concepto equivocado de él. También me apena comunicarle que, por lo que sé de él, dudo de que se haya casado con usted por amor.

-Realmente, no quiero hablar con usted de un asunto tan personal, señor.

Gifford la miró compasivamente.

-Mi pobre e inocente dama. ¿Qué puede saber usted, una inexperta que vivió toda la vida en medio del campo, sobre un hombre como Chillhurst?

-Tonterías, se lo aseguro. No soy tan inocente como usted cree. He recibido una excelente educación, gracias a mis tías y luego proseguí con mis estudios diligentemente. Soy una mujer muy de mundo.

-Entonces se dará cuenta de que se casó con usted sólo porque quería que usted le revelara el secreto del diario de Lightboume.

-Pamplinas. Mi esposo jamás se casaría por razones tan bajas. No tiene ni el más mínimo interés en ese tesoro. No lo necesita. Es un hombre muy rico ya, con o sin ese tesoro.

-¿Pero no se da cuenta? El dinero es lo único que le interesa a Chillhurst. La codicia de un hombre así es infinita.

-¿Cómo lo sabe?

-Porque yo pasé casi un mes en su casa-. Gifford levantó la voz, exasperado. -Aprendí muchas cosas sobre él en ese tiempo. Entre ellas, que no tiene sentimientos ni calidez para nada ni nadie que no tenga que ver con sus malditos asuntos de negocios. Tiene sangre fría como los patos.

-Chillhurst no tiene sangre de pato y le voy a agradecer que no le insulte. Además, le aseguro que no se casó conmigo para descubrir el secreto del diario de Lightboume. Apreciaré que no haga correr tan perverso rumor.

-Pero debe de ser esa la razón por la que se casó con usted. Si no, ¿por qué habría de contraer nupcias, un hombre como él, con una mujer sin dinero?

-Sr. Seaton, no agregue ni una sola palabra más. Estoy segura de que se va a arrepentir.

Gifford la tomó por los brazos y la miró con honda preocupación.

-Lady Chillhurst- comenzó, y luego se detuvo; su voz se oyó emocionada cuando continuó. -Mi querida Olympia, si me permite la insolencia. Sé por lo que debe de estar pasando. Usted es una inocente a quien están usando en todo esto. Sería un honor para mí ayudarle en todo lo que pueda.

-Quita tus sucias manos de mi esposa-. La voz de Jared se oyó tan fría y dura como la hoja del Guardián. -O te mataré aquí y ahora, en lugar de prefijar lugar y hora más adecuados.

-Chillhurst-. Gifford soltó a Olympia y se volvió para enfrentarse con Jared.

-Jared, después de todo, decidiste venir al baile- dijo Olympia. -Me alegro.

Jared la ignoró.

-Te dije que te mantuvieras lejos de mi esposa, Seaton.

Librodot

-Maldito bastardo- exclamó Gifford, disgustado. -Conque por fin decidiste presentarte esta noche. Todos se preguntaban si te tomarías la molestia. ¿Te habrás dado cuenta de que tu pobre esposa se ha sentido completamente humillada por tu ausencia, no?

-Pamplinas- dijo Olympia de inmediato. -No me sentí para nada avergonzada.

Ninguno de los dos prestó atención a sus palabras. Jared miró a Gifford con frialdad. Pero Olympia advirtió el peligro en su expresión.

-Más tarde me ocuparé de ti, Seaton- Jared tomó el brazo de Olympia.

-Te estaré esperando ansiosamente- Gifford inclinó la cabeza en una burlona reverencia. -Pero todos sabemos que jamás encontrarás un lugarcito libre, en tu maldito libro de compromisos, para enfrentarle conmigo, ¿no? La última vez, no pudiste.

Olympia tomó plena conciencia de que el control de Jared pendía de un hilo.

-Por favor, Sr. Seaton, cállese. No agregue ni una sola palabra más, se lo ruego. Mi esposo rara vez se enoja, pero creo que usted le está presionando demasiado.

Gifford asumió un aire burlón.

-No se preocupe por mí, lady Chillhurst. No hay riesgo de duelo. Su esposo no cree que valga la pena ponerse en peligro en nombre del honor, ¿no es verdad, Chillhurst?

Olympia empezó a aterrarse.

-Sr. Seaton. Usted no sabe lo que está haciendo.

-Creo que sabe muy bien lo que está haciendo- dijo Jared.- Vamos, querida. Me estoy cansando de esta conversación-. Tomó el brazo de Olympia y empezó a avanzar hacia el salón de baile.

-Sí, por supuesto-. Olympia estaba tan feliz de que ninguno de los dos hubiera retado a duelo al otro que recogió sus faldas verde esmeralda y prácticamente empezó a correr.

Jared la miró, divertido.

-¿Tienes tanta prisa por bailar conmigo, milady? Es un honor.

-¡Oh!, Jared. Por un momento creí que permitirías al Sr. Seaton que te desafiara a un estúpido duelo-. Olympia sonrió, temblorosa. -Estaba muy preocupada.

-No tienes por qué preocuparte, mi querida.

-Gracias a Dios. Debo decir que nunca termino de sorprenderme por lo bien que logras dominar tus fuertes pasiones, milord. Me impresionas.

-Gracias. Me esfuerzo por lograrlo. La mayoría de las veces.

Ella le miró, disculpándose.

-Temía que te ofendieras profundamente por las idioteces que el Sr. Seaton estaba diciéndote.

-¿Puedo preguntarte qué hacías en los jardines con él?

-¡Santo cielo!, casi lo olvido-. La excitación que Olympia había experimentado momentos atrás, renació. -Salí a los jardines porque el Sr. Seaton quería hablar en privado conmigo.

-Eso imaginé-. Jared se detuvo justo antes de entrar en el deslumbrante salón de baile. -Muchas de las personas que están presentes aquí esta noche, llegaron a idéntica conclusión. No dudes de que todo el mundo está murmurando al respecto.

-¡Oh Dios!

-¿Tal vez estés de humor para ilustrarme con los pormenores de esta conversación tan privada?

-Sí, por supuesto- Olympia parecía burbujeante en ese momento. -Jared, nunca vas a creer lo que acabo de descubrir. Gifford Seaton y su hermana son descendientes directos del capitán Edward Yorke. Tienen en su poder la otra mitad del mapa.

-Por el amor de Dios-. Obviamente, Jared esperaba escuchar cualquier otra cosa menos esa. Se quedó mirándola, aturdido. -¿Estás segura?

-Absolutamente segura-. Olympia sonrió orgullosa. -Empecé a sospechar después de haber escuchado algún comentario somero sobre su historia familiar y, especialmente, cuando le encontré en la biblioteca mirando mapas de las Indias Occidentales como yo lo hacía. Luego, por casualidad, vi su reloj y el diseño que llevaba grabado en él.

-¿Qué diseño?

-El de una serpiente de mar-. Olympia no pudo disimular el triunfo en su tono de voz. Se trata de la misma serpiente de mar que está dibujada en la proa del barco, que aparece en las guardas del diario de Lightbourne.

-¿El emblema del barco de Yorke?

-Precisamente. Esta noche confronté con él toda la información que yo poseía y admitió que era, por cierto, el bisnieto de Yorke. Por eso estábamos hablando en los jardines.

-Caramba.

-Él y Demetria son descendientes de la hija de Yorke y, por eso, no llevan su apellido.

Librodot

Jared pareció pensativo.

-De modo que realmente había alguien buscando el mapa en todo este tiempo.

-Sí-. Olympia le tocó el brazo. -Por favor, Jared, no te ofendas, pero también debo decirte que hace tres años Demetria aceptó conocerte para que su hermano tuviera la oportunidad de registrar todo, tratando de hallar la mitad perdida del mapa.

-¿De modo que ella convenció a Hartwell de que nos presentara sólo para que el idiota de su hermano encontrara el legendario y maldito mapa perdido?- Jared se mostró auténticamente disgustado.

-Estoy segura de que el Sr. Hartwell desconocía sus verdaderas intenciones- aventuró Olympia de inmediato.

-Pero tal vez sí las conocía y pensó usarlas, de alguna manera, en el futuro- dijo Jared. -Tal vez él también, como todos los demás hombres, se sintió cautivado por la belleza de Demetria. Pero eso no tiene ninguna importancia ahora.

-Muy cierto- coincidió Olympia. No quería que Jared pensara demasiado en la belleza de Demetria. -Eso pertenece al pasado, milord.

Jared la miró de la cabeza a los pies.

-Lamento mucho no haber podido acompañarte toda la noche, querida.

Olympia sintió mucha ternura al advertir la admiración en los ojos de su esposo.

-No te preocupes, Jared. Sé que recibiste un mensaje urgente. Graves me lo dijo.

-El mensaje decía que Hartwell todavía sigue en Londres.

Olympia se quedó de piedra.

-¿Saliste a buscarle esta noche?

-Sí. Fui a su antiguo lugar de trabajo porque me informaron que podría estar allí. Pero no encontré a nadie, ni tampoco indicios de que hubiera vuelto. Estoy convencido de que la información que recibí en la nota fue incorrecta.

-Gracias a Dios- Olympia se sintió aliviada. -Me alegro mucho. Espero que ese hombre perverso no vuelva nunca más a Inglaterra.

-También yo-. Jared le tomó de la mano y la condujo hacia las puertas del salón. -Ahora que, por fin, he llegado, ¿me harás el honor de concederme un vals?

Olympia suspiró, pesarosa.

-Ojalá pudiera. Lo lamento mucho, Jared, pero no sé bailar un vals.

-Ah, pero yo sí.

-¿Sí?

-Hace tres años, cuando me di cuenta de que tendría que hacer la corte a una mujer, me tomé la molestia de aprender. Nunca lo puse en práctica, pero creo que no habré perdido todo lo que aprendí.

-Entiendo-. Se había molestado en aprender a bailar para hacer la corte a Demetria, pensó Olympia con mucha tristeza. -Ojalá pudiera acompañarte. El vals parece que es muy bello.

-Juntos, descubriremos cuan bello y divertido es bailarlo. -Jared la condujo entre la curiosa multitud, hacia la pista.

Olympia estaba muerta de ansiedad.

-Jared, por favor, no quiero avergonzarte.

-Jamás podrías avergonzarme, Olympia-. Colocó la mano en la estrecha cintura de Olimpia. -Ahora, presta atención y sigue mis pasos. Después de todo, yo soy maestro, ¿recuerdas?

-Cierto-. Olympia sonrió y se dejó llevar por la música. -Tiene un talento muy peculiar para enseñar, Sr. Chillhurst.

La mañana siguiente, cuando estaba preparándose para seguir con sus investigaciones con el diario de Lightbourne, Olympia recibió un mensaje de Demetria.

Señora:

Me urge hablar con usted de inmediato, por un asunto muy importante. Por favor, no comente con nadie sobre esta visita, en especial, no le diga a su esposo que se encontrará conmigo. Hay una vida en juego.

Atentamente

LadyB

Olympia sintió escalofríos. Se puso de pie y salió corriendo a la puerta.

19

-¿Está segura de esa información?- preguntó Olympia. Con gran tensión, se sentó en el sofá azul y dorado, conmocionada por lo que Demetria acababa de contarle. Conmocionada, pero no terriblemente sorprendida.

-Me han llegado los rumores por distintas fuentes. Los verifiqué una y otra vez-. La angustia y el temor oscurecieron los bellos ojos de Demetria. -No caben dudas; Chillhurst ha retado a duelo a mi hermano.

-¡Dios Santo!-, murmuró Olympia. -Me lo temía.

-No tiene razones para tener miedo, maldita sea-. Demetria se apartó violentamente de la ventana, por la que había estado contemplando los jardines. -Yo soy la que debe estar aterrada. Su esposo tiene toda la intención de matar a mi hermano.

-Demetria, cálmate-. Constance se sirvió una taza de té de un recipiente de plata y colocó también un terrón de azúcar. Era obvio que se sentía muy cómoda en la residencia de Demetria, como si estuviera en su propia casa. -No ganas nada siendo presa del pánico.

-Es fácil decirlo, para ti, Constance. No es tu hermano el que está a punto de morir.

-Ya lo sé-. Constance miró a Olympia significativamente. -Pero no todo está perdido. Creo que lady Chillhurst está tan alarmada como tú ante esta situación. Querrá ayudarnos.

-Si lo que usted dice es cierto, debemos encontrar una manera de detenerlo- dijo Olympia. Trató de serenarse para pensar con lógica.

-¿Y cómo podemos detenerlo?- Demetria revoloteaba de una ventana para otra, como una ave exótica y salvaje, atrapada en una lujosa jaula. -No he podido establecer el día, ni el lugar, ni la hora del encuentro. Estas cosas se guardan muy en secreto entre los que están involucrados.

-Yo podría llegar a descubrir esos detalles.

Olympia se puso de pie y comenzó a caminar de aquí para allá. Su mente estaba abrumada con las implicaciones de la información que acababa de recibir. Jared estaba a punto de poner en peligro su vida en un duelo. Y todo por culpa de ella.

-¿Usted cree que puede descubrir el lugar, fecha y hora del duelo, cuando yo, con todos mis contactos, he fracasado?- preguntó Demetria.

-No debe ser tan difícil- respondió Olympia. -Mi esposo es un hombre de hábitos muy precisos.

-Sí, lo es, ¿no es verdad?- gruñó Demetria. -Es como uno de esos juguetes de cuerda del Museo Mecánico de Winslow.

-Eso no es cierto- le defendió Olympia fríamente. -Pero cree en la importancia de planificar bien un día. Si tiene un compromiso para encontrarse con su hermano al amanecer, seguramente debe de haberlo anotado en su libro de citas.

-¡Dios Santo!- Constance abrió los ojos desmesuradamente.- Tiene razón, Demetria. Todos sabemos que Chillhurst cree ciegamente en la rutina y en los hábitos. No sería de extrañar en él el hecho de que anotase todos los particulares de un duelo.

Demetria miró a Olympia.

-¿Puede encontrar alguna manera de revisar su libro de compromisos?

-Probablemente, pero no será ése el principal escollo con el que nos toparemos-. Olympia trató de concentrarse. -El verdadero problema es hallar el medio de detener el duelo.

-Supongo que podríamos notificarlo a las autoridades- comentó Constance. -Después de todo, batirse en duelo es ilegal. Claro que si recurrimos a la justicia Chillhurst o Gifford podrían terminar en la cárcel. Como mínimo, causaríamos un escándalo descomunal.

-¡Santo Dios!- Demetria suspiró. -Beaumont se pondría furioso si hubiera tamaño escándalo en la familia. Seguramente dejaría a Gifford sin un penique.

Olympia tamborileó los dedos en el brazo del sofá.

-Y pueden estar seguras de que Chillhurst no me daría las gracias si le arrestan por mí. Debemos hallar otro medio de detener esta tontería. ¿Ha tratado de hacer entrar a Gifford en razón?

-Por supuesto que lo he intentado-. Las faldas del vestido celeste y blanco de Demetria crujieron furiosas cuando se encaminó hacia otra ventana. -Ni siquiera quiso admitir que había un duelo planeado. Mucho menos me escuchó cuando le dije que lo más probable era que Chillhurst le atravesara el corazón con una bala.

-Mi esposo no intentará matarle deliberadamente- dijo Olimpia con brusquedad. -A lo sumo, se defendería. Me preocupa mucho más su hermano, porque él sí desea verle muerto.

-Mi hermano no es rival para su esposo- susurró Demetria. - Por lo que sé, en el campo del honor siempre triunfa el que tiene la mente más fría y la mano más firme. Es la sangre fría, no la caliente, la vencedora. Y a sangre fría, a Chillhurst no le gana nadie.

-Eso es mentira- dijo Olympia.

-Conozco a Chillhurst y sé que ni siquiera dejaría correr una gota de sudor por su frente, aunque tuviera que cenar en el infierno con el mismo demonio- contravino Demetria. -Pero con Gifford es diferente. En realidad, estuvo esperando siempre este momento-. Cerró los ojos. -Dice que quiere tener la oportunidad de vengar mi honor. Nunca ha perdonado a Chillhurst por lo que pasó hace tres años.

Olympia respiró profundamente.

-Su hermano es un hombre muy emotivo. Como todos los que están involucrados en este maldito asunto.

-Además de vengar mi honor- continuó Demetria, muy triste,- creo que él siente que estaría haciéndole un gran favor si logra atravesar a su esposo de un balazo.

-Las emociones de su hermano terminan por gobernar sus pensamientos, ¿no es verdad?- Olympia dirigió a Demetria una mirada suspicaz. -Un rasgo familiar, indudablemente.

Demetria la miró con agudeza.

-Gifford me dijo que usted ya sabe que él y yo somos bisnietos del capitán Yorke.

-Sí.

Constance arqueó sus cejas, perfectamente delineadas.

-Fue muy inteligente de su parle haber llegado a esa conclusión, lady Chillhurst.

-Gracias- murmuró Olympia. -Pero volvamos a nuestro problema. Yo sugiero que, primero, debo averiguar los detalles del duelo. Una vez que tenga esos datos, tendré que hallar la manera de evitar que Chillhurst acuda a la cita.

-Aunque lo logre, ¿qué ganaría con eso?- preguntó Constance.- Chillhurst y Gifford, simplemente, establecerían una nueva fecha y horario para el duelo.

-Si podemos evitar el primer encuentro que, seguramente, se habrá concertado por la ira que ambos sentían en ese momento- concluyó Olympia,- tal vez ganemos un poco de tiempo, en el que los dos podrán pensar y tranquilizarse. Debemos aprovechar esa tregua.

Demetria se frotó las manos.

-¿A qué se refiere?

-Usted debe hablar con Gifford y yo trataré de hacer lo propio con Chillhurst.

-No dará resultado- Demetria se mordió el labio inferior. - Gifford cree que Chillhurst es un cobarde porque no aceptó el reto tres años antes. Pero yo conozco la verdadera razón por la que Chillhurst se rehusó y no tiene nada que ver con la cobardía.

Olympia sonrió.

-También yo lo sé perfectamente bien.

Constance y Demetria se miraron entre sí y luego a Olympia, con aire cavilante.

-¿De verdad?- preguntó Demetria con mucho tacto.

-Por supuesto- Olympia bajó la vista en dirección al té, al que no había tocado. -Es obvio que Chillhurst rechazó el reto de su hermano porque estaba preocupado por usted.

-¿Por mí?- Demetria no entendía nada.

Constance sonrió a Olympia extrañamente, por encima del borde de su taza.

-¿Está segura de eso, Lady Chillhurst?

-Sí- dijo Olympia. -Evidentemente, Chillhurst se negó a batirse en duelo con Gifford porque sabía lo mucho que Demetria quiere a su hermano. Mi esposo no quiso causar la angustia que todo duelo involucra.

-¡Bah! A él, yo le importaba un rábano- musitó Demetria.- Chillhurst planeó la boda conmigo de la misma manera que emprendía cualquier otro asunto comercial. Obviamente, usted no conoce la verdad en lo más mínimo.

-No estoy de acuerdo- dijo Olympia. -He pensado mucho al respecto y extraje ciertas conclusiones.

Demetria volvió a girar bruscamente.

-Déjeme explicarle algo, señora. La razón por la que Chillhurst se negó a aceptar el reto en duelo de mi hermano, hace tres años, fue porque tuvo miedo de que salieran a la luz los verdaderos motivos de ese desafío. Temió que el escándalo le humillara frente a todos.

-Entiendo que se refiere a que él la encontró a usted con su amante, ¿verdad?- preguntó Olympia.

Un silencio breve pero tajante reinó en la sala. Finalmente, Constance dejó su taza de té.

-Veo que ha llegado a sus oídos el viejo rumor que se corrió después de que Chillhurst hubiese terminado con el compromiso.

-Sí, ha llegado a mis oídos- dijo Olympia. -Y no fue sólo un rumor, ¿no es cierto? Fue la verdad.

-Sí- admitió Demetria. -Pero yo dije a todo el mundo, incluso a mi hermano, que Chillhurst había roto conmigo porque había descubierto que no heredaría ninguna fortuna. Y todos aceptaron la historia, incluso Chillhurst.

-Era mejor para todos aceptarla- agregó Constance. -La verdad habría causado mucho daño a todos los involucrados.

Demetria miró a Olympia de reojo.

-Gifford dice que Chillhurst es un cobarde pero no sólo porque no aceptó su reto, sino porque no desafió a mi amante.

-Bueno, no habría podido hacerlo, ¿verdad?- dijo Olympia con toda serenidad. -Un caballero no puede retar a duelo a una dama.

Constance y Demetria la miraron sin articular palabra. Constance fue la que se recuperó primero.

-De modo que también sabe eso, ¿no?- sus ojos brillaron divertidos. -¿Se lo dijo Chillhurst? Debo admitir que me sorprende que le haya confesado toda la verdad. Ya es difícil para un hombre descubrir a su prometida con otro hombre. Pero mucho más duro aun descubrirla con una mujer.

-Chillhurst no me ha contado nada- dijo Olympia. -Es un caballero. Jamás comentaría ningún chisme de la mujer con la que una vez estuvo comprometido.

Constance frunció el entrecejo.

-No creí que fuera capaz de contar esa verdad a nadie. Pero entonces, ¿cómo descubrió que yo fui la mujer con quien Chillhurst encontró a Demetria aquel día?

-No fue una deducción demasiado difícil- Olympia se encogió de hombros. -Me dijeron que usted acompañó a Demetria a la isla de Flame hace tres años. Desde que las conocí, me resultó evidente que entre ustedes hay una amistad un poco especial, similar a la que siempre unió a mis tías. Simplemente, até cabos.

-Sus tías-. Demetria se quedó boquiabierta.

-Tía Sophy era la única que estaba unida a mí por lazos sanguíneos- explicó Olympia. -Su íntima amiga y compañera se llamaba Ida. Siempre pensé en ella como una tía y por eso la llamaba tía Ida.

-¿Conocía bien a esas tías suyas?- preguntó Constance, interesada.

-Muy bien. Tía Sophy y tía Ida me criaron desde que tenía diez años, cuando me depositaron en su casa, sola y sin un centavo -explicó Olympia. -Ellas me recibieron cuando ninguno de mis restantes familiares quiso tomarse esa molestia. Fueron muy buenas conmigo.

-Entiendo- Constance miró a Demetria. -Esta dama no es la inocente muchacha de pueblo que tú creíste en un principio, mi querida.

-Eso veo- comentó Demetria con una sonrisa. -Mis disculpas, señora. Ahora me doy cuenta de que usted es una mujer de mundo auténtica, en todo el sentido de la palabra.

-Eso es precisamente lo que no dejé de repetir a Chillhurst -respondió Olympia.

La anotación en el libro de compromisos de Jared era clara y escalofriante. Olympia cubría la llama de la vela con una mano, mientras leía las horribles palabras: Jueves. Amanecer. Cinco en punto. Chalk Parm.

Olympia dedujo que Chalk Farm sería probablemente el lugar del encuentro. Cerró el libro de compromisos, con gran angustia y sopló la vela.

El Jueves a las cinco de la mañana.

Sólo le quedaba un día para evitar el encuentro entre Chillhurst y Gifford. Obviamente, necesitaría ayuda.

-¿Olympia?- Jared se movió cuando ella volvió a la cama.- ¿Sucede algo malo?

-No. Sólo me levanté a beber un poco de agua.

-Estás helada-. La abrazó con fuerza.

-El aire está muy frío esta noche- murmuró Olympia.

-Seguramente encontraremos la manera de abrigamos mutuamente.

La boca de Jared descendió sobre la de ella, exigente, feroz, caliente. Apretó la mano en su vientre. Ella se aferró a él, con todas sus fuerzas, como si, de ese modo, hubiera podido protegerlo de todo mal.

Jared la llamaba sirena, pensó Olympia, pero ella jamás permitiría que él se estrellara contra tas rocas. Encontraría el modo de rescatarle.

-¿Quiere que le ayudemos a salvar a mi hijo?- Magnus miró a Olympia, totalmente confuso. Luego miró a los demás, que se habían reunido en el estudio, frente al escritorio de Olympia.

-Necesito ayuda de usted, señor-. Olympia dejó de mirar al conde para contemplar a Thaddeus, Robert, Ethan y Hugh con determinada expresión. -Todos tienen que ayudarme. Mi plan no dará resultado sin la cooperación de todos.

-Yo te ayudaré, tía Olympia- dijo Hugh de inmediato.

-Y también yo- repitió Ethan.

Robert se enderezó en su silla.

-Puedes contar conmigo, tía Olympia.

-Perfecto- dijo Olimpia.

-Un momento-. Thaddeus movió rápidamente sus cejas. -¿Quién dice que el muchacho necesita que te salven?

-Thaddeus tiene razón. Mi hijo puede cuidarse solo- anunció Magnus, con una sonrisa orgulloso. -Yo mismo le enseñé a usar una pistola. No haga tanto revuelo por esta cuestión del duelo, querida. Jared será el ganador.

-Claro que sí-. Thaddeus entrelazó tos dedos de ambas manos, sobre su barriga. -Tiene buena vista y mano firme. Nunca vi a nadie que pensara más en frío en una situación critica. Saldrá airoso.

Olympia se puso furiosa.

-Parece que ustedes no entienden. No quiero que mí esposo arriesgue su pellejo en un estúpido duelo para salvar mi honor.

Magnus resopló.

-No tiene nada de estúpido. El honor de una dama es muy importante, querida. Yo mismo me batí en duelo dos o tres veces, para salvar el honor de mi esposa, cuando tenía la edad de Jared.

-Yo no lo permitiré- declaró Olympia, enfurecida por la despreocupación de Magnus.

-Dudo que pueda detenerle-. Magnus se frotó la mandíbula. - Debo admitir que me sorprende que mi hijo esté demostrando tanto carácter. Parece que, después de todo, el también tiene el fuego de los Flamecrest.

-El muchacho está conviniéndose en el orgullo de la familia- comentó Thaddeus, complacido. -Tú también debes sentirte orgulloso de tu hijo, Magnus.

-Basta ya de tonterías-. Olympia se puso de pie de un salto y apoyó ambas manos sobre el escritorio. -Usted, señor -dijo a Magnus, -jamás ha entendido a su propio hijo. -Se

dirigió luego a Thaddeus.- Y usted tampoco le conoce. Sólo se conformaron con aceptar lo que veían exteriormente.

A Thaddeus se le movieron las patillas.

-Bien, veamos...

-No quiero escucharles más hablando de lo mucho que temían que Jared no tuviera el fuego de los Flamecrest. La verdad es que Chillhurst tiene mucho más fuego en sus venas del que ustedes son capaces de imaginar. Pero él conquistó ese fuego y lo controló durante toda su vida, porque sobre sus hombros pesaban demasiadas responsabilidades.

-¿De qué está hablando?- preguntó Magnus.

-Chillhurst no pudo darse el lujo de dar rienda suelta a sus salvajes pasiones y a sus emociones, porque tenía la responsabilidad de cuidar y responder por todos ustedes. Siempre tuvo que dedicarse a rescatarles de lo que fuera.

-Vaya, eso es llegar demasiado lejos -rezongó Magnus.

-¿Sí?- Olympia entrecerró los ojos. -¿Va a negarme que le endosaron una tremenda responsabilidad cuando todavía tenia una edad muy tierna?

-Bueno, es un modo de decir las cosas- debió admitir Magnus de mala gana. -Pero yo siempre estaba cerca para echarle una mano. ¿No es así, Thaddeus?

-Claro, y también yo- dijo Thaddeus. -Por supuesto que ninguno de los dos tenía mucha cabeza para los negocios, Magnus. Tienes que admitirlo. El único entendido en finanzas y economía siempre ha sido tu hijo.

-Y los dos se mostraron siempre muy felices de tomar ventaja de esos talentos, ¿no es cierto?- Olympia fijó una mirada desafiante, en cada uno de ellos.

-Bueno, pero...-empezó Magnus.

-Ja- le interrumpió Olympia. -Usted y el resto de la familia gozan terriblemente gastando el dinero que él gana para todos, pero le condenan por tener, precisamente, el temperamento que se necesita para ganar ese dinero.

-Bueno, no es tan así-. Magnus se movió, inquieto, en su silla. - Ganar dinero está muy bien, pero en las venas de los Flamecrest debe correr sangre caliente, no fría.

Thaddeus suspiró.

-Chillhurst no es como el resto de nosotros, Olympia. Es más, jamás mostró indicios de semejanza hasta hace poco tiempo. Lo menos que queremos, en este momento, es

obstaculizar sus decisiones, justo ahora que empieza a mostrar un poco de carácter, algo del fuego de los Flamecrest.

-Vamos a salvarle, no a obstaculizar sus decisiones- corrigió Olympia. -Y todos ustedes van a ayudarme.

-¿Sí?- Magnus se mostró escéptico.

-Bueno, veámoslo de este modo- dijo Olympia, con un tono de voz muy frío. -Si ustedes no me ayudan en este asunto, yo me aseguraré de que ninguno de ustedes se entere jamás de dónde está enterrado el tesoro escondido de los Flamecrest. Personalmente, destruiré el diario de Lightbourne y todos sus secretos.

-¡Santo Dios!- susurró Thaddeus. El y su hermano intercambiaron miradas de horror.

Magnus se dirigió a Olympia con una sonrisa encantadora.

-Bueno, ya que lo expresa de ese modo, querida, supongo que podremos echarle una mano.

-Será un placer aportar nuestro granito de arena- contribuyó Thaddeus.

Robert tomó la palabra.

-¿Qué quieres que hagamos, tía Olympia?

Lentamente, Olympia se sentó en su silla y colocó ambas manos, una sobre la otra, por delante.

-He trazado un plan que creo que me dará buenos resultados. A Chillhurst no le complacerá en lo más mínimo, pero una vez que se calme, creo que entrará en razón.

-Sin duda- dijo Magnus, pesaroso. -Mi hijo siempre entra en razón. Es uno de sus principales defectos.

Jared sostuvo el candelabro bien alto, mientras estudiaba los contenidos del depósito ubicado en lo alto de las escaleras.

-¿Qué querías hacerme ver aquí arriba, Olympia?

-Uno de los retratos-. Olympia, que llevaba un delantal sobre su vestido matinal, luchaba por arrastrar un pesado y enorme baúl. -Está justo detrás de esto.

-¿No podríamos dejar esto hasta mañana? Son casi las nueve.

-Estoy muy ansiosa por ver este cuadro en particular, Jared. - Tiró, sin éxito, de la manija de bronce del baúl. -Tengo la esperanza de que se trate del retrato de tu bisabuelo.

-Muy bien, ponte de lado. Yo te lo correré, cariño-. Jared sonrió al ver los mechones de cabello rojizo flotando en el aire, libre de la presión de la modesta cofia de muselina que Olympia se había puesto. -¿Por qué crees que es un retrato del capitán Jack?

Olympia se enderezó, respirando rápidamente y se sacudió las manos en el delantal.

-Porque apenas alcancé a ver una parte de él y, por lo poco que pude ver, el hombre del retrato se te parecía mucho, incluso hasta en el parche.

-Lo dudo mucho. Pero de todos modos, será un placer ayudarte. Sostén el candelabro.

-Sí, por supuesto- Olympia tomó el candelabro de su mano y le obsequió con una sonrisa muy radiante. -Gracias por tu ayuda.

Jared contempló la sonrisa.

-¿Sucede algo malo, Olympia?

-No, no, por supuesto que no.- El candelabro le temblaba ligeramente en la mano. -Quiero ver ese retrato, porque si es del capitán Jack, puede darme alguna pista hacia el tesoro escondido.

-Ah, sí, el maldito tesoro-. Jared se acercó al pesado baúl y le empujó hacia un costado. El pálido brillo de la luz de la vela se tornó más distante cuando recogió el siguiente objeto que se interpuso en su camino, una silla tapizada con una pesada muselina. -Olympia, acércate más con ese candelabro.

-Lo lamento mucho- le contestó Olympia desde la puerta. Su voz se oyó extrañamente fina, quebradiza. -Pero me temo que no puedo hacer eso.

Jared soltó la silla bruscamente y se volvió de inmediato, justo a tiempo para ver que Olympia cerraba violentamente la puerta. El portazo fue tan fuerte que toda la sala vibró. La corriente de aire apagó la vela que ella había dejado en el suelo.

Jared se encontró, al instante, envuelto en una oscura noche. Oyó la llave girar dos veces en la cerradura, desde el lado de afuera.

-Sé que, probablemente, te enfadarás mucho conmigo por un tiempo, Jared-. La voz de Olympia fue apenas audible, por la gruesa puerta de madera que les separaba.- Y lo lamento mucho. De verdad. Pero es por tu propio bien.

Jared avanzó un paso. Se llevó por delante el baúl. Hizo una mueca de dolor y luego, extendió la mano hacia adelante, con el fin de ir tanteando el camino. -Abre la puerta, Olympia.

-La abriré por la mañana. Te doy mi palabra de honor, milord.

-¿A qué hora de la mañana? -preguntó Jared.

-A las seis o las siete, me imagino.

-¡Cielos!.- En ocasiones, tener una esposa inteligente podía ser un verdadero estorbo, pensó Jared. -Entiendo que te has enterado del duelo, querida.

-Sí, Jared, me enteré-. Olympia pareció más segura de sí. -Y como estoy segura de que no podré convencerte para que desistas de batirte en duelo, mientras eres la víctima de tan turbulentas pasiones, he decidido tomar una medida drástica.

-Olimpia, te aseguro que esto es totalmente innecesario. -Avanzó otro paso y se golpeó la rodilla con la silla tapizada en muselina. -¡Ay!

-¿Estás bien, Jared?- preguntó Olympia, ansiosa.

-No puedo ver nada aquí adentro, Olympia.

-Pero te he dejado una vela.

-Se apagó cuando diste ese tremebundo portazo.

-¡Oh!- Olympia vaciló. -Bueno, hay más velas y un yesquero cerca de la puerta, Jared. Los puse allí más temprano. Enciende una. También te he dejado una colación fría. Está en una bandeja tapada, cerca de la caja grande que está en el rincón.

-Gracias- Jared se masajeaba la rodilla.

-La Sra. Bird, personalmente, preparó el pastel de cordero y ternera. Y el pan es fresco de esta mañana. También hay un poco de queso.

-Veo que has pensado en todo, mi querida-. Jared seguía avanzando hacia la puerta.

-Eso espero-, dijo Olympia. -Hay una taza de noche debajo de una de las sillas. Debo admitir que eso fue sugerencia de Robert.

-Robert es un niño astuto. -Jared encontró la puerta y se agachó, para coger una segunda vela, a tientas.

-Jared, hay otra cosa más que debo decirte. El personal tiene la noche libre hoy. Se les dio órdenes precisas de que no volvieran hasta después del amanecer, de modo que es inútil que comiences a llamar, dando gritos, a ningún criado.

-No tengo intenciones de llamar a nadie a gritos-. Logró encender la vela en el tercer intento. -Dudo que alguien me escuche desde aquí arriba.

-Perfecto-. Olympia pareció aliviada. -Además, tu tío y tu padre han llevado a los niños al teatro Astley. No regresarán hasta muy tarde. Juraron no abrir esta puerta.

-Entiendo-. Jared estudió las paredes del cuarto.

-¿Jared?

-¿Sí, Olympia?

-Espero que puedas perdonarme. Sé que en este momento debes de estar furioso conmigo. Pero creo que entiendes que yo no podía permitirte que arriesgaras tu vida al amanecer.

-Vete a la cama, Olympia. Discutiremos esto durante la mañana.

-Sé que estás muy enfadado, milord-. El tono de Olympia fue resignado pero decidido. -Sin embargo, no hay alternativa. Necesitas tiempo para calmarte. Tiempo para considerar tus acciones. En este momento, no hay duda de que te consume la pasión y la emoción.

-No hay duda.

-Buenas noches, Jared.

-Buenas noches, querida.

Jared escuchó que los pasos de Olympia se perdían en la distancia.

La última vez que había explorado ese cuarto tenía diez años. No le resultaría sencillo encontrar la entrada secreta que conducía a las escaleras que daban a la galería de abajo.

Tendría que mover unas cuantas cajas y baúles para llegar a esa pared. Y una vez allí, tendría que trabajar afanosamente para encontrar el resorte escondido que operaba el sistema de la puerta. Una gruesa capa de tierra tapaba las marcas.

Jared sonrió, mientras pensaba en todo el esfuerzo y la molestia que Olympia se había tomado para evitar que se arriesgara en un duelo al amanecer. Durante toda su vida se había preguntado quién sería capaz de rescatarle de un peligro. Ahora, ya conocía la respuesta.

Le llevó más de una hora hallar la puerta secreta. Cuando palpó la fina línea en los paneles, soltó un improperio de satisfacción. Luego extrajo al Guardián de la vaina e introdujo la punta en la pequeña grieta. El viejo mecanismo oxidado crujió dentro de la pared, pero de todas maneras el panel cedió. Jared guardó la daga y levantó la vela. Comenzó a bajar por las escaleras que el capitán Jack había construido.

Si bien era cierto que los condes de Flamecrest habían sido un clan de excéntricos, pensó Jared, nadie había podido tacharles de estúpidos. Siempre habían tenido razones para hacer las cosas, aunque la gente, por lo general, no comprendiera esas razones.

Si las personas que venían de visita a la mansión creían que la escalera, que moría en la nada, en la galería de arriba, era un claro ejemplo de lo extravagante que eran los Flamecrest, era un problema de ellos. El abuelo Harry siempre había creído que era muy positivo tener una vía de escape en cada habitación.

Jared frunció el entrecejo al comprobar que el tercer piso de la casa estaba completamente a oscuras. Bajó al segundo piso y también lo encontró sumido en las sombras. Tal vez, Olympia había decidido trabajar en la biblioteca, hasta que el conde y los demás regresaran a la casa.

Le había hecho el amor muchas veces en la biblioteca, pensó Jared, mientras bajaba el último tramo de escaleras. Nada le impediría hacerlo nuevamente esa noche.

Cuando llegó al pie de las escaleras, descubrió que el vestíbulo estaba tan oscuro como el resto de la casa. Pero sonrió al ver un pequeño haz de luz que provenía de la biblioteca, por debajo de la puerta.

Dio un largo paso y casi se llevó por delante un objeto grande, suave y pesado. Al imaginar que Olympia pudo haber caído, bajando las escaleras en la oscuridad, se quedó petrificado. Sin embargo, cuando bajó la vista, se dio cuenta de que no era Olympia la que estaba tendida allí. Se trataba de Graves.

Jared se hincó sobre una rodilla y tocó la garganta del hombre. Las pulsaciones eran fuertes. Graves no se había roto el cuello en la caída. Luego, Jared detectó una pequeña mancha de sangre sobre el piso de mármol y el candelabro de plata junto a Graves.

De modo que el mayordomo no se había caído. Le habían dado un golpe en la cabeza.

Jared miró la puerta cerrada de la biblioteca. Su escalofrío fue aun más violento. Se puso de pie y, lentamente, caminó hacia la puerta. Tocó el picaporte con la mano.

Volvió a desenvainar la daga. Insertó la hoja en la manga de la camisa y empuñó el mango. Después, sopló la vela y abrió la puerta.

La luz de la única vela que estaba sobre el escritorio reveló la imagen de Olympia. Estaba parada cerca de la ventana. Tenía los ojos abiertos desmesuradamente, cargados de silenciosa aprensión.

Félix Hartwell estaba rodeándole el cuello con el brazo. Con la otra mano, sostenía una pistola.

-Buenas noches, Félix- dijo Jared con toda tranquilidad. -Me temía que no hubieras tenido el buen gusto de irte de la ciudad.

-No se acerque, Chillhurst, o le juro que la mato-. La voz de Félix sonó ronca. Había un peligroso temblor en ella.

La mirada de Olympia se encendió al ver a Jared.

-Me dijo que ha estado vigilando la casa y esperando la oportunidad en que estuviera vacía para entrar -dijo ella, bastante tranquila. -Me temo que mi plan de encerrarte allí arriba y de pedir a todo el mundo que se fuera por esta noche le dio la oportunidad que buscaba.

-Si me hubieras pedido mi opinión sobre tu plan, querida, te habría dicho que tenía un par de fallos- le contestó Jared, con suavidad, aunque sin abandonar la vista de Félix.

-Silencio- ordenó Félix. -Chillhurst, quiero diez mil libras ahora mismo.

-Está casi desesperado- aclaró Olympia. -Ya le he dicho que no creo que en la casa haya algo de tanto valor.

-Tienes razón- le confirmó Jared. -No hay. Por lo menos, no hay algo de ese valor que sea pequeño y fácil de transportar. Supongo que podrías llevarte algunos muebles, para llegar a esa suma, Félix.

-Le advierto que no se burle de mí, Chillhurst. Yo estoy tan ansioso de irme de Inglaterra como usted de verme partir. Pero estoy enterrado hasta el cuello y mis acreedores empiezan a impacientarse. Se enteraron de que, probablemente, abandonaría la ciudad y han amenazado con matarme. Debo pagarles para quedar libre.

-Bueno, hay algo de platería- comentó Jared, pensativo. –Pero necesitarías un enorme carruaje para llevarte diez mil libras en objetos de plata. Yo te diría que sería bastante engorroso, especialmente, para una persona que tiene tanta prisa por salir del país.

-Debe de haber joyas-. Félix parecía desesperado. -Ahora tienes esposa. Debes de haberle regalado finas alhajas. Un hombre de tu posición siempre halaga a su esposa con esas chucherías.

-¿Joyas?- Jared dio un paso adelante. Pensó que sólo correría un riesgo. -Lo dudo.

Olympia carraspeó.

-Bueno, hay un par de pendientes de esmeralda y diamantes. Los que usé en el baile de los Hunlington.

-¡Ah! Sí. Los pendientes- repitió Jared. -Por supuesto.

-Lo sabía-. Félix entrecerró los ojos, en una mezcla de triunfo y alivio. -¿Dónde están, lady Chillhurst?

-Arriba, en una caja, sobre mi tocador-, murmuró Olympia.

-Muy bien- Félix la soltó y la empujó. Apuntó a Jared con la pistola.- Irá arriba a buscarlos. Sólo le doy cinco minutos. Si se retrasa, le juro que mataré a su esposo. ¿Me entiende?

-Sí-. Olympia empezó a correr. -No se preocupe. Regresaré enseguida con los pendientes.

-No te apures por mí- le dijo Jared, mientras ella avanzaba a toda prisa hacia la puerta. -Necesitarás una vela, querida. Mejor vuelve al escritorio y enciende una para llevártela.

-¡Oh, Dios!, Sí, por supuesto. Necesitaré una vela-. Olympia se volvió bruscamente y corrió al escritorio.

-Apúrese- ordenó Félix.

-Trato de apurarme, señor-. Cogió una vela y la acercó a la otra, que ya estaba encendida. Miró a Jared a los ojos.

Él le sonrió.

Olympia apagó la vela con los dedos y dejó el cuarto a oscuras.

-Maldita sea- gritó Félix. Disparó con la pistola. Hubo un pequeño resplandor por la breve explosión.

El Guardián llegó a la mano de Jared, quien lo arrojó en dirección a donde Félix había estado parado. Se escuchó un agudo y aterrador grito de dolor y luego un golpe seco.

-¿Jared?.- Se oyó un rasgueo en la oscuridad. La vela que Olympia tenía en la mano se encendió. -¿Jared, estás bien?

-Muy bien, querida. Espero que la próxima vez que se te ocurra encerrarme en el depósito te detengas a pensar primero en lo útil que puedo resultarte en situaciones como esta.

Félix se quejaba, tirado en el suelo. Abrió los ojos y miró a Jared.

-Siempre fue usted muy inteligente, carajo.

-Yo también te creía inteligente a ti, Félix.

-Sé que nunca me creerá, pero de verdad, lamento mucho haber tenido que llegar a este punto.

-Yo también-. Jared atravesó la sala y se arrodilló junto a Félix. Examinó el mango de la daga que salía del hombro de Félix. -Sobrevivirás, Hartwell.

-No tiene mucho sentido- murmuró Félix. -No quiero seguir con vida, señor. Ojalá me hubiera matado mientras lo intentó.

-No irás a prisión- dijo Jared. -Veré que tus acreedores reciban el dinero que les corresponde. A cambio, tú te irás de Inglaterra para siempre.

-No lo dirá de verdad, ¿no?- Félix le miró a los ojos. -No, Chillhurst. Pero claro, jamás pude entenderle de verdad.

-Ya veo-. Jared miró a Olympia, que estaba cerca de ellos. -Sólo hay una persona en la faz de la tierra que me entiende.

Graves apareció en la puerta, tambaleándose. Tenía la mano sobre la nuca, pero parecía estar alerta a la situación. -Milord, veo que he llegado un poco tarde.

-¡Oh! Sí, Graves, ¿Cómo se siente?

-No voy a morir. Gracias, señor.

Olympia se volvió rápidamente, preocupada.

-Graves, está herido.

-Nada grave, señora. En esta profesión, me han golpeado varias veces en la cabeza. Me enorgullezco en decir que no me ha dañado mucho. -Graves hizo que su sonrisa fuese cadavérica. -Espero que no le cuenten a la Sra. Bird lo duro que soy. ¿Saben? Quiero aprovecharme un poquito de su compasión.

-Se horrorizará- le aseguró Olympia.

La sonrisa de Graves desapareció cuando miró a Jared.

-Lamento lo que sucedió aquí esta noche. Después de que la señora hiciera que me fuese de la casa, junto con el resto del personal, decidí volver a escondidas, pero obviamente, llegué demasiado tarde. Él ya estaba dentro. Nunca le oí a mis espaldas.

-Está bien. Graves. Todos hemos sobrevivido esta noche.

Un fuerte golpe en la puerta de entrada interrumpió a Jared.

-Tal vez será mejor que atienda, Graves.

-Yo iré- dijo Olympia de inmediato. -Es evidente que Graves no puede cumplir con sus obligaciones esta noche.

Encendió la segunda vela y fue hacia el vestíbulo. Protestando con vehemencia. Graves la siguió hasta la puerta.

Jared tocó el hombro herido de Félix.

-Maldición-. Félix respiró profundamente y se desmayó.

-Demetria, Constance- exclamó Olympia delante de la puerta.

-¿Qué están haciendo aquí? ¿Y por qué ha venido usted a esta hora, Sr. Seaton? Bien, si ha venido para hablar del duelo, será mejor que sepa que no se llevará a cabo. ¿Está claro?

-Puede soltar a Chillhurst -dijo Constance. -Demetria le contó todo a su hermano. Gifford quiere presentar sus disculpas y cancelar el reto. ¿No es verdad, Gifford?

-Sí- dijo Gifford, obediente. -Por favor, diga a su esposo que quiero hablar con él.

Jared miró hacia la puerta.

-Estoy aquí, Seaton. Antes de que te disculpes, ¿te molestaría mucho ir a buscar un médico?

Gifford se detuvo ante la puerta.

-¿Y para qué rayos quieres un médico?- Entonces, sus ojos se fijaron en Félix. -Maldición. ¿Quién es ese hombre? ¿Por qué hay tanta sangre?

Olympia se paró de puntillas para espiar por encima del hombro de Gifford.

-Es el Sr. Hartwell. Trató de robarme mis pendientes de esmeralda y diamantes. En el piso está su pistola. Amenazó con matar a Jared con ella.

-¿Pero qué le pasó a él?- Gifford se quedó mirando a Félix, con náuseas, pero fascinado.

-Chillhurst usó su daga para salvamos- contestó Olympia, con gran orgullo. -Se la arrojó al Sr. Hartwell cuando él nos disparó con la pistola.

-¿Chillhurst lo redujo con su daga?- preguntó Gifford, sin creerlo.

-¡Oh! Sí, Chillhurst siempre la lleva consigo. Fue de lo más asombroso, porque todo ocurrió en la oscuridad. Yo acababa de apagar la vela y...

Gifford emitió un sonido extraño cuando Jared tomó la empuñadura la daga y la extrajo de la herida de Félix. La sangre comenzó a fluir intensamente, en los pocos segundos que tardó Jared en atar fuertemente la bata de Félix alrededor de la herida.

-¡Dios mío!- Gifford parecía estar a punto de desmayarse. - Nunca he visto a un hombre apuñalado.

-Si esto te parece desagradable- le dijo Jared, con toda espontaneidad, -deberías ver a un hombre con un balazo en el pecho. Por eso te mandé un mensaje recordándote que te aseguraras de que hubiera un médico presente en nuestro duelo.

-Después de todo, eres un maldito pirata, ¿no?-. El rostro de Gifford se tomó macilento. Cayó redondo al piso.

20

-Debo decirte que has sido muy inteligente al escaparte del depósito-. Olympia se acurrucó contra él. -Pero tú nunca dejas de sorprenderme, milord.

-Me alegro que aún le impresionen mis humildes habilidades. -Jared entrelazó los dedos en su cabello.

Eran casi las tres de la madrugada. En la casa reinaba nuevamente el silencio, ahora que todos, por fin, estaban ya en la cama. Sin embargo, aunque estaba exhausta, Olympia no lograba conciliar el sueño. Los eventos de la noche eran demasiado recientes aún.

-Siempre me han impresionado tus muchas habilidades, milord. -Olympia le besó el hombro. -Me alegro de que no te hayas enfadado conmigo por haberte encerrado en el depósito.

-Mi encantadora sirena- murmuró Jared. -Me resulta imposible enfadarme contigo. Cuando pusiste la llave en la cerradura, me di cuenta de que me amabas.

Olympia se quedó tiesa.

-¿Cómo rayos hiciste para llegar a esa conclusión?

-Nunca nadie trató de rescatarme-. Trató de buscar su rostro en la penumbra. -No estoy equivocado, ¿verdad? ¿Tú me amas?

-Jared, te he amado desde el día en que entraste a la biblioteca de mi casa y me rescataste del Sr. Draycott.

-¿Y por qué no me lo dijiste?

-Porque no quería que te sintieras en la obligación de tener que amarme para corresponder a mis sentimientos- explicó Olympia. -Ya me has brindado tanto. Tenía la esperanza de que me amaras, pero no quería presionarte. A decir verdad, era difícil no desearlo. He ansiado tu amor más que ninguna otra cosa en este mundo.

-Lo has tenido desde el día que te conocí-. Jared le rozó la boca con la suya, con mucha ternura. -Debo admitir que no me había dado cuenta de que te amaba al principio. Estaba demasiado ocupado tratando de enfrentarme a la fuerte pasión que incitabas en mí.

-¡Ah!, Sí, la pasión-. Olympia sonrió. -También estaba ese sentimiento, ¿no?

-Definitivamente-. Le besó la punta de la nariz. -Pero también hay amor. Nunca me he sentido así con nadie, Olimpia.

-Me alegro, milord.

-Yo te busqué con el fin de encontrar el tesoro escondido- dijo Jared, contra sus labios, - pero pronto me di cuenta de que el único tesoro que realmente quería eras tú.

-Milord, tus palabras me arrebatan el aire-. Le rodeó el cuello con los brazos y le atrajo hacia ella. -Acércate y cuéntame más anécdotas de tus viajes. Me encantaría escuchar alguna sobre tierras lejanas y extrañas, donde las parejas se encuentran para hacerse el amor en playas de valiosísimas perlas.

Jared no necesitó más ruegos. Se colocó sobre ella y buscó su boca con la suya. Olympia se estremeció bajo su exigente y demandante cuerpo. Jared estaba completamente excitado. Esa pasión en él creó una familiar respuesta en ella, quien hundió las uñas en sus hombros.

Cuando llegó el momento oportuno, cuando el mundo exterior dejó de importarle, Jared se alojó en la cálida cavidad de su esposa y le murmuró al oído.

-Canta para mí, mi dulce sirena.

-Sólo para ti- le juró Olympia.

-No tenía en mente matar a Seaton, ¿sabes?- le confesó Jared un rato después.

-Por supuesto que no. Jamás matarías a nadie intencionadamente. Pero en el calor de un duelo, todo puede pasar-. Olympia le apretó con más fuerza el brazo. -Te podría haber matado.

-No creo que hubiera llegado hasta ese punto-. Jared sonrió en las sombras. -Ya había decidido que era hora de que alguien diera una lección a Seaton. Estaba convirtiéndose en un estorbo.

-¿Cuál era tu plan?

-Sabía que Seaton estaba tan convencido de que yo era un cobarde, que pensaba que no me presentaría a la cita del amanecer. También sospeché que se preocuparía mucho, al verme aparecer en Chalk Farm.

-¿Y qué crees que habría pasado?

-Sería el primer duelo de Seaton- dijo Jared. -Su primera experiencia con la verdadera violencia. Seguramente, la mano le habría temblado tanto, que el disparo saldría para cualquier parte. Tenía planeado dejarle disparar a él primero. Y luego, le habría dejado uno o dos minutos para que contemplara la situación antes de que yo hiciera mí disparo.

-El honor habría quedado satisfecho y Gifford habría recibido su lección -dijo Olympia lentamente.

-Precisamente. Como verás, querida, no tenías ninguna necesidad de tomarte la molestia de dejarme encerrado en el depósito-. Jared la cobijó más cerca de su corazón. -Pero me complace que lo hayas hecho.

-¿Y cómo habría yo de conocer tus planes?- La voz de Olimpia apenas fue audible, pues tenía la boca apretada contra su garganta. -¿Y si algo hubiera salido mal? Realmente, debes consultar conmigo en el futuro, con respecto a situaciones tan delicadas como esta, Chillhurst.

Jared se echó a reír.

La escena que tuvo lugar en la biblioteca, dos días después, fue caótica. Todo el mundo estuvo presente, a excepción de Jared, quien estaba entrevistando a su nuevo hombre de confianza, a puerta cerrada, en el estudio de Olympia.

El insoportable bullicio de la biblioteca era el resultado de una descabellada conversación, en la que varias personas trataban de hablar al mismo tiempo. En un rincón del salón, Thaddeus y Magnus clamaban por la mitad del mapa que tenía Gifford. Este, a su vez, formulaba un sinfín de preguntas respecto de la otra mitad del mapa, que había estado en poder de la familia Flamecrest.

Robert, Ethan y Hugh también se habían dejado contagiar por el entusiasmo. Se habían reunido alrededor de los mapas, haciendo sugerencias sobre las mil maneras de cavar para sacar el tesoro.

Minotauro saltaba, yendo de una persona a la otra, con la lengua colgando y olfateando cuanta bota o zapato se le interpusiera en el camino.

En el otro extremo de la sala, Demetria explicaba a Olympia cómo había caído en la cuenta, finalmente, de que había llegado la hora de contar a su hermano toda la verdad, sobre lo sucedido tres años atrás.

-Me he pasado toda la vida protegiéndole, desde que mi madre murió. No podía permitir que le mataran por mi culpa- dijo ella.

-Entiendo- le respondió Olympia. -Tiene suerte de tenerla como hermana.

-Sin embargo, Chillhurst tenía razón- dijo Constance. -Ya era hora de que Demetria dejara de proteger a su hermano. Ya ha hecho demasiado por él.

-Gifford alimentó su rencor hacia la familia de su esposo durante todos estos años, porque no tenía otra cosa a qué aferrarse- dijo Demetria.

-Y yo permití que ese odio siguiera creciendo porque parecía fijarle metas en la vida, darle cierto sentido del orgullo. No sabía lo que le podría pasar si abandonaba esa obsesión de encontrar el tesoro. Temía que terminara mal en esas salas de juego.

-Por supuesto que sospechábamos que jamás daría con la mitad del mapa que faltaba- dijo Constance. -Pero hace tres años, cuando Gifford dijo a Demetria que tenía un plan para dar con el mapa, no le quedó otro remedio más que llevarle la corriente.

-Una cosa llevó a la otra- confesó Demetria. -Cuando quise darme cuenta, Chillhurst me había propuesto el matrimonio. Fue como un baldazo de agua fría, pero después deduje que, casarme con él, no sería tan negativo.

-Pensó que Chillhurst podría darle la seguridad financiera y la posición que Gifford tanto deseaba -dijo Constance.

Demetria sonrió con desazón

-Y Chillhurst no parecía la clase de hombre que exigía demasiado de una esposa. Como verá, yo creía que no tenía una naturaleza apasionada. Sólo hubo una ocasión en la que me sorprendió con su osadía. Pero cuando yo no le respondí, él no se ofendió. Y yo le creí totalmente frío.

-Fui yo quien descubrió que ese matrimonio jamás daría resultado- comentó Constance. -Era evidente que Chillhurst tenía pensado pasar muy poco tiempo en Londres. No le interesaba la vida de la ciudad. Entonces, creí morir de angustia ante la perspectiva de estar separada de mi querida amiga durante tanto tiempo.

-Y luego, una tarde, Chillhurst nos sorprendió juntas y todo terminó- dijo Demetria.

Un agradable y familiar cosquilleo avisó a Olympia de que Jared estaba cerca. Se volvió y le vio parado ante la puerta. El corazón comenzó a latirle rápidamente, como siempre le sucedía cada vez que le veía.

Estaba tal como aquel día en que Olympia le había conocido, peligroso, excitante, surgido de una leyenda.

Jared la miró a los ojos y sonrió. Luego habló para todos los presentes.

-Buenos días a todos-. Si bien no alzó la voz, el grupo allí reunido hizo silencio de inmediato. Rostros expectantes se volvieron hacia él.

Cuando logró la atención de todos, Jared entró y se situó detrás del escritorio. Abrió su libro de compromisos y lo consultó. La excitación de la sala era palpable.

-¿Y bien, hijo?- preguntó Magnus. -¿Has hecho los arreglos?

-He tomado una determinación que creo que será de interés para todos-. Jared dio vuelta a una de las páginas del libro. -He dispuesto que uno de los buques Flamecrest zarpe rumbo a las Indias Occidentales dentro de quince días.

-Vaya-. Thaddeus sonrió, complacido.

-El buque estará al mando de uno de mis hombres de mayor confianza y experiencia, el capitán Richards. Todos los que deseen ir a buscar el tesoro, pueden ir a bordo- dijo Jared.- Creo que eso incluye a Seaton, mis primos y, por supuesto, a mi padre y a mi tío.

-Claro- declaró Magnus, satisfecho.

-Ni lo dudes de que estaré a bordo- le aseguró Thaddeus. - Vaya, Magnus, otra vez en alta mar.

Gifford sonrió. Olympia advirtió que ese odio que tanto había expresado con la mirada se había desvanecido en los últimos dos días.

-Gracias Chillhurst- dijo Gifford, con toda sinceridad. -Realmente, esto es muy gentil de tu parte.

-No tienes por qué agradecerme nada- le contestó Jared. -Me alegro mucho de poder enviarles a las Indias Occidentales. Estoy ansioso por reinstaurar el orden de mi casa.

-¿Eso significa que usted no irá personalmente a buscar el tesoro escondido, señor?- le preguntó Robert.

-Significa precisamente eso, Robert. Voy a quedarme en casa, para atender mis asuntos de negocios y mis responsabilidades como esposo y maestro.

Robert pareció aliviado. Hugh y Ethan intercambiaron sonrisas.

-Bien-. Jared cerró su libro de compromisos. -Creo que eso concluye mis anuncios de esta mañana. Mi nuevo hombre de confianza está aguardándome en el vestíbulo. Él les informará sobre los detalles del viaje.

Magnus, Thaddeus y Gifford salieron corriendo hacia la puerta.

Cuando salieron de la sala, Demetria miró a Jared.

-Gracias, Chillhurst.

-No tienes por qué darme las gracias-. Jared miró el reloj de pared.

-Ahora, si me disculpan, tengo varios compromisos que atender esta mañana.

-Por supuesto- Demetria sonrió y se puso de pie. -No quereros robarte más tiempo del que ya te hemos quitado, milord.

-No, claro-. Constance parecía divertida, inclinó graciosamente la cabeza en dirección a Olympia. -Buenos días, señora.

-Buenos días- dijo Olympia. Esperó a que Demetria y Constance se marcharan para asentir en dirección a Robert.

Robert se ruborizó y miró a Jared.

-Señor, si no le importa, mis hermanos y yo tenemos un obsequio que hacerle.

-¿Un obsequio?- Jared arqueó las cejas, sorprendido. -¿De qué se trata?

Robert extrajo una pequeña caja de su bolsillo, avanzó dos pasos hacia el escritorio y se la entregó a Jared.

-No es tan hermoso como el que usted tuvo que entregar como recompensa para que me soltaran, señor, pero esperamos que sea de su agrado.

-Hay una inscripción en el interior- comentó Hugh. –Tía Olympia pidió al joyero que la grabara.

Ethan le codeó en las costillas.

-Cierra la boca, idiota. Ni siquiera ha abierto la caja, todavía.

Lentamente, Jared abrió la caja y estudió el contenido. Un silencio y un gran suspenso envolvieron la sala.

Jared se quedó mirando el reloj durante largo rato. Luego, también lentamente, lo extrajo de la caja y leyó la inscripción: "Para el mejor maestro del mundo". Cuando levantó la vista, hubo un brillo muy especial en sus ojos.

-Te has equivocado, Robert. Este reloj es mucho más hermoso que el que entregué a ese villano que te secuestró. Os lo agradezco mucho, a todos.

-¿De verdad le agrada, señor?- preguntó Ethan.

-Es el regalo más bonito que me han hecho desde que era niño- dijo Jared. -De hecho, creo que nadie me ha regalado nada desde que tenía diecisiete años.

Robert, Ethan y Hugh intercambiaron sonrisas de satisfacción.

Olympia tuvo que esforzarse mucho por no romper en llanto.

Jared quebró la emotividad, guardándose el reloj en el bolsillo. Miró a los niños.

-Vamos- les dijo, -creo que es hora de cumplir con nuestras actividades programadas para hoy.

-¿De qué se trata, señor?- preguntó Robert, con expresión dubitativa. -Espero que no sea latín.

-No, no es latín-. Jared sonrió. -La Sra. Bird les está esperando en la cocina con té y pasteles.

-Muy bien, señor- exclamó Robert.

Hugh se echó a reír. Hizo una rápida reverencia.

-Vaya, tengo apetito. Espero que haya pasteles de jengibre.

-Y yo espero que haya pasteles de grosella- dijo Ethan, mientras hacía su reverencia.

-Yo prefiero los de ciruela- comentó Robert, pensativo. Hizo a su tía una grácil reverencia y se fue detrás de sus hermanos.

Jared miró a Olympia.

-Había empezado a temer que no nos dejaran solos en ningún momento esta mañana.

-Has estado muy ajetreado esta mañana, ¿no te parece, milord?- Olympia le miró a los ojos. -¿Estás seguro de que no quieres ir con los demás a buscar el tesoro escondido?

-Absolutamente seguro, milady-. Jared se quitó la chaqueta y la colgó en el respaldo de la silla. Luego fue hacia la puerta. -Tengo cosas mejores que hacer, que salir corriendo a buscar un tesoro que no necesito.

-¿Qué clase de cosas, milord?- Olympia lo vio girar la llave en la cerradura de la puerta de la biblioteca.

Jared regresó a ella, deliberadamente. En sus ojos brillaba un ardiente deseo.

-Hacer el amor con mí esposa encabeza la lista.

Levantó a Olympia en sus brazos y se encaminó hacia el sofá.

Olympia le rodeó el cuello con las manos y le miró, entre sus pestañas casi caídas.

-Pero, Sr. Chillhurst, ¿qué me dice de sus compromisos para el día de hoy? Esta clase de cosas haría desastres en sus cuidadosamente programadas actividades matinales.

-Mis compromisos pueden esperar, milady. Un hombre de mi naturaleza no puede ser esclavo de su rutina.

Las suaves carcajadas de Olympia se interrumpieron por el ardiente beso del pirata.